E. George Squier / Paul Marcoy



IMPRESIONES DE VIAJEROS SOBRE PUNO

I



Universidad Nacional del Altiplano RECTORADO

GEORGE EPHRAIM SQUIER nació en junio de 1821 en Bethlehem, New York. Hijo de un ministro metodista y nieto de un soldado de la Revolución Americana: un Samuel, amigo y auditor de Cronwell, y un Ephraim, el segundo de Knowlton en Bunker Hill y que acompañó a Benedict Arnold a través de los bosques, desde Maine a Quebec, sobresalen en la ilustre casa de los Squier. Se crió en una casa de campo, enseñó en una escuela de invierno, estudió ingeniería Civil y trabajó en un periódico local.

LAURENT SAINT-CRICQ es el verdadero nombre de *Paul Marcoy*, quien nació el 22 de octubre de 1815 en Burdeos, Francia. Sus padres fueron Jeanne Roy y Bernard Saint-Cricq, quien era propietario y negociante. Al terminar sus estudios secundarios, se orientó hacia el comercio en la pura tradición bordelesa y visitó, entre 1831-1834, las grandes y pequeñas Antillas. De regreso a Francia, colaboró en varias revistas locales y publicó artículos sobre pintura (expuso más tarde sus propios lienzos en distintas galerías bordelesas), actividades que lo apasionaban mucho más que el comercio.

Después de algunos años de estadía en Burdeos, Marcoy viajó hacia América del Sur; visitó Chile, Bolivia y Perú donde residió varios años y emprendió numerosas incursiones en los Andes que le permitieron adquirir conocimientos básicos del quechua.

E. George Squier / Paul Marcoy



Impresiones de viajeros sobre Puno

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL ALTIPLANO

Dr. Edgardo Pineda Quispe RECTOR

Dr. Germán P. Yábar Pilco

Dr. Eduardo Flores Condori VICERRECTOR ACADÉMICO VICERRECTOR ADMINISTRATIVO © Universidad Nacional del Altiplano Av. El Ejército N° 329 Telf. (051-368338) Web: www.unap.edu.pe

Dr. Lucio Ávila Rojas

Past Rector

M.Sc. Néstor Collantes Menis Jefe de la Oficina Universitaria de Investigación

© Impresiones de Viajeros por Puno. Tomo I Compilación José Luis Velásquez Garambel

Tiraje: 1000 ejemplares Primera Edición

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2015-05412 ISBN: 978-612-4188-42-8

COMISIÓN ESPECIAL DE PUBLICACIONES

- © Coordinador y Editor General: José Luis Velásquez Garambel
- © Editor Gráfico: Moisés Bustincio Cahui
- C Cuidado de edición, notas y prefacio: Yemira Carem Mareth Maguiña Cutipa

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro por cualquier medio, salvo que lo acrediten fines académicos. Libro no venal de carácter educativo y de difusión cultural.

Impreso en: Editorial Altiplano E.I.R.L.

Jr. Moquegua N° 450 - Int. 02 - Puno

Puno, Abril 2015

PRESENTACIÓN

Dr. Edgardo Pineda Quispe Rector de la UNA-P

En toda América no existe un esfuerzo como el materializado por la Universidad Nacional del Altiplano, el de presentar una colección de 100 títulos (libros), todos sobre Puno (sobre historia, antropología, sociología, arquitectura, literatura, medicina, etc.), "La Biblioteca Puneña", compuesta por clásicos, inhallables en cualquier biblioteca pública, inalcanzables a los lectores comunes, textos que por lo difíciles de encontrar se habían convertido en joyas al alcance de raros coleccionistas.

Había sucedido, como en el medioevo europeo, que los libros más importantes sobre Puno eran de acceso sólo para ciertos elegidos por alguna divinidad, el conocimiento sobre "lo nuestro" se había elitizado, generando toda una cultura de la dominación y marginación en base al conocimiento, el imperio de esa época oscura ha concluido, y la universidad, ha jugado el rol que le corresponde, ser luz y mecanismo de democratización del saber, y de esa relación espiritual entre conocimiento e identidad.

Hay ejemplos de democratización de la información como el de Escorza, con los populibros, el de Venezuela con la Biblioteca Ayacucho o el del Gobierno Revolucionario de Juan Velazco Alvarado con la Colección Monumental del Perú; pero ninguna iniciada y encausada por una universidad, ninguna sobre el rescate de toda la inteligencia y grandeza del terruño, ninguna que articule identidad, cultura y desarrollo. Por ello estamos seguros que nuestra región con este aporte está preparada para conocerse a sí misma, lograr el tan ansiado despertar, más allá de cualquier mesianismo, lograr una identidad basada en amor a lo propio y a partir de esto, que es material, generar un espíritu e interés colectivo, una unidad que nos lleve al desarrollo.

Esta biblioteca es un instrumento, un arma de guerra contra la indiferencia que sufre Puno y acaso todo el sur peruano, representa la victoria de las identidades subalternas, constituye además un homenaje a todos los hombres que hicieron de Puno una región de tradición, inteligencia y grandeza cultural. Estos libros son de carácter no venal, son distribuidos en todas nuestras bibliotecas (centrales y especializadas), así como en las bibliotecas municipales, centros de documentación, archivos y centros educativos emblemáticos de nuestra región, hemos cumplido con el objetivo trazado con este proyecto, somos el alma mater de Puno, la quinta universidad más antigua del Perú.

Es tarea del lector, del estudioso, del investigador, de los maestros, el conocer esta región en todas sus dimensiones; no existen excusas para no amar y engrandecer Puno.

Prefacio

Por sus impresionantes paisajes y lo original de sus tradiciones, Puno ha sido siempre un lugar visitado y concurrido, tal como lo demuestran los primeros documentos del siglo XVI. Cieza de León, Murúa y otros estudiosos anotaron los registros más antiguos de esta parte del país, hasta llegar al siglo XX, cuando Riva Agüero cierra el periodo de los que podríamos llamar "los viajeros" en las regiones peruanas.

Amable lector, recogemos en este libro las crónicas de los "viajeros" que recorrieron, durante casi todo el siglo XIX, los paisajes de nuestra región en donde todavía quedan vestigios arqueológicos dignos de admirar. Es en este periodo cuando –particularmente europeos y norteamericanos– recorren el mundo, dejándonos una invalorable documentación que la etnología y la historia, a través de sus investigadores, han tomado como fuente de riqueza documental, ya que representan los últimos vestigios antes de la llegada a la modernidad.

Raimondi, viajero incansable, recorrió el Perú por espacio de diecinueve años, tiempo en el que observó una naturaleza deslumbrante que consideraba debía ser conocida en el país y en el extranjero. Sus anotaciones son, quizá, las más científicas en comparación con las de otros viajeros. Le preocupaban datos como el suelo, la composición de las plantas, la tierra, es decir, los elementos tangibles del ande. Sus viajes tienen un destino fijo: la investigación.

Por otro lado, Middendorf, americanista de auténtica vocación, tiene una visión más rigurosa. En cada párrafo de sus viajes detalla aspectos de altura, temperatura y distancia. Los pormenores observados desde su viaje a caballo o en mula, nos muestran claramente la miseria, el abandono y la injusticia que por aquellos años se vivía en el altiplano. Él anota estos hechos con un sentir cercano y casi de identificación con los pueblos a los que llegó. Era, probablemente, el más comprometido con los pueblos andinos, tanto en sus avatares como en sus penurias.

Gracias al recorrido por las pampas heladas del altiplano, Wiegner descubre la profundidad y la hondura del paisaje andino, y no tiene reparos en

afirmar que "Dios, cuando creó el mundo, quiso dejar un recuerdo del caos primitivo y no dio forma a este rincón de la tierra". Es innegable el hondo recuerdo que queda en él de los paisajes agrestes y majestuosos de este lado del Perú.

Es menester aclarar que la presente edición incorpora fotos y dibujos originales que nuestros "viajeros" realizaron durante sus recorridos por Puno. Estas son herramientas que dan un panorama más amplio y verídico de lo que era nuestra tierra en los albores de la modernidad, que ya se sentía próxima.

Recordemos que luego de los cronistas están los "viajeros". Todos los testimonios e impresiones que presentamos contribuyen ejemplarmente a forjar lo que hoy conocemos como la "peruanidad", asumiendo lo andino como compromiso para entender las huellas que nos traen hoy a nuestro tiempo.

La enorme tarea de edición de los dos volúmenes hubiera resultado imposible sin la ayuda de Walter Segundo Díaz Montenegro, por la digitalización, agradecimiento.

UN VIAJE POR TIERRAS INCAICAS CRÓNICA DE UNA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA

(1863 - 1865)

E. GEORGE SQUIER

DATOS DEL VIAJERO

George Ephraim Squier nació en junio de 1821 en Bethlehem, New York. Hijo de un ministro metodista y nieto de un soldado de la Revolución Americana: un Samuel, amigo y auditor de Cronwell, y un Ephraim, el segundo de Knowlton en Bunker Hill y que acompañó a Benedict Arnold a través de los bosques, desde Maine a Quebec, sobresalen en la ilustre casa de los Squier. Se crió en una casa de campo, enseñó en una escuela de invierno, estudió ingeniería Civil y trabajó en un periódico local.

Trabajó en *The New Yor State Mechanic* desde 1841 al 42 en el área de redacción. Al año siguiente estuvo en el *Hartford Journal*. En el 45 dirigía la *Scioto Gazette*, en Chillicothe, Ohio, y el 47 el diario del Congreso del mismo Estado. Con el Dr. Davis examinó los restos de los *mound-builders*, escribiendo un volumen que apareció en las publicaciones del Instituto Smithsoniano (1848). La Sociedad Histórica de Nueva York le publicó, en 1849, *Aboriginal Monuments* y ya por entonces cultivaba relaciones con Albert Gallatin y se carteaba con Humboldt y Jomard. El presidente Tyler había enviado a Irving de Ministro a España, y al calor de aquel entusiasmo que llevaba a la diplomacia a los hombres de letras, Squier fue designado Encargado de Negocios en Centro América (1849) previas las gestiones de Gallatin, John L. Stephens, Prescott el historiador y Sparks el que compiló el epistolario de Washington.

En 1849, para poder estudiar las construcciones originarias de esa región, se convirtió en Encargado de Negocios de Estados Unidos para América Central. De regreso a su país plasmó sus investigaciones y experiencias de viaje en una copiosa obra compuesta por varios libros sobre Honduras, San Salvador y Nicaragua (en este último país se le considera una figura principal para el mejor conocimiento de su historia nacional).

En 1862 Squier arribó al Perú también como Comisionado de los Estados Unidos. Su interés por los temas arqueológicos lo llevaron a escribir "Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica" (1863-1865). La primera edición en castellano de este libro sobre los incidentes de exploración —explica la historiadora Mariana Mould de

Pease— se publicó en 1974; es decir, más de un siglo después de su impresión original en inglés.

En los alrededores de Cusco a Squier le fue entregado un cráneo trepanado y fue él, en 1865, el primero en anotar la práctica de las trepanaciones craneanas en épocas prehispánicas. Su cráneo inca causó revuelo en la comunidad científica y académica. Y su descubrimiento es considerado un hito en la historia de la cirugía en la medicina antigua. El cráneo en cuestión es albergado hoy en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York.¹

Del fragmento que se apunta en este libro

El fragmento que ahora mostramos pertenece al libro original UN VIAJE POR TIERRAS INCAICAS, Crónica de una expedición arqueológica (1863-1865) publicado en 1974 en Bolivia por la Editorial Los Amigos del libro, que en sus capítulos XVI, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX y XXI (pág. 163-229) hacen mención a las tierras altiplánicas.

Es necesario indicar que el texto editado en 1974 llegó a nuestras manos gracias al apoyo del Ingeniero Ricardo Bardales Vassi, prestigiado autor del libro Wiracocha editado por la Universidad Nacional del Altiplano, a quien agradecemos hondamente.

Esta biografía está basada en los datos expuestos por Rafael Heliodoro Valle en *The Hispanic American Historical Review / George Ephraim Squier*. Vol. 5, No. 4 (Nov., 1922), pp. 777-784.

CAPÍTULO XVI

En Tiahuanaco y hacia las islas sagradas

```
Sospechosos de buscar tesoros. — El guardián de los tapados. — La fiesta de la papa y Corpus Christi. — La celebración Indígena. — Música, bailes y trajes. — Partida de Tiahuanaco. — Aldea de Guaqui. — Ganado que se alimenta en el lago. — Puente de totora sobre la salida del lago. — Entrada a la aldea de Desaguadero. — Un cura jovial. — Hospitalidad de los caballeros y señoritas. — Mi anfitrión, el comandante. — Zepita. — Escenas en el camino. — Región comparativamente fértil. — Aldea de Yunguyo. — Una invitación apremiante. — Un cumplido de cena. — Luminaria legal.
```

No dudo de que hasta la fecha el cura de Tiahuanaco crea que nuestra visita a las ruinas tuvo por objeto desenterrar tesoros y que teníamos algún itinerario o guía conseguido de los archivos de la Vieja España para orientar nuestra búsqueda.

Lo que los indios mismos pensaban, no nos lo dijeron. Pero en nuestro primerísimo día entre los monumentos y a la hora de haber levantado nuestra tienda fotográfica y sacado nuestros instrumentos, nos dimos cuenta de la presencia de un hombre viejísimo, marchito, arrugado y encorvado por el peso de los años. Sus cabellos eran escasos y canosos, sus ojos catarrosos y su cara desfigurada por una gran mascada de coca que llevaba en una mejilla. Usaba pantalones andrajosos de basto tejido nativo hecho con el vellón de la llama, amarrados con tiras de cuero; su poncho era viejo y harapiento y el largo gorro de lana, bien ajustado sobre su frente, estaba grasiento por el uso y tieso de suciedad. Tenía una vasija de barro, que contenía agua, colgada de su cintura, además de una bolsa de piel que contenía coca y una pequeña calabaza con cal viva. En su mano llevaba un pequeño pico o martillo de picapedrero de doble filo. No nos prestó atención perceptible, pero vagó premeditadamente entre los bloques de piedra cortada que se esparcían por el suelo y finalmente seleccionó uno de una especie de toba blanca, que hizo rodar lentamente y con muchas pausas hasta el pie mismo del gran monolito; luego se sentó en el suelo, lo

colocó entre sus piernas y, después de preparar una nueva mascada de coca, comenzó a trabajar la piedra, aparentemente con el propósito de partirla por la mitad. Se dedicó a esto todo el día con escaso resultado y durante todo este tiempo ni nos observó ni respondió a nuestras preguntas. Justo antes de regresar a la aldea, al filo de la noche helada, persuadí a uno de los arrieros, que sabía hablar en aymara, a que le preguntara cuál era su ocupación. Obtuvo del viejo la concisa respuesta de que estaba "tallando una cruz". Todas las mañanas estaba en las ruinas antes que nosotros y nunca se iba antes de que nosotros lo hiciéramos a la noche. Todo el día picaba la piedra entre sus rodillas, aparentemente, absorto en su trabajo y ajeno a nuestra presencia. Después de un tiempo llegamos a considerarlo parte integral de los monumentos y lo hubiéramos extrañado tanto como al gran monolito mismo.

Una tarde hice mención del viejo al *cura*, quien volvió a adoptar un aire misterioso, me llevó a dar una vuelta por la plaza y me explicó con susurros cargados de vapores de cañazo que el viejo era, nada más ni nada menos, un espía de nuestros actos y que no hacíamos ningún movimiento en cualquier dirección que no observara cuidadosamente. "Es", dijo el padre, "uno de los guardianes de los *tapados*. Tiene más de cien años de edad. Estuvo con Túpac Amaru cuando éste se lanzó a derribar el poder español y dirigió a los aymaras cuando saquearon la ciudad de Huancané y acuchillaron a todos los hombres, mujeres y niños blancos que cayeron en sus manos. Sigue siendo pagano y arroja coca en las apachetas. ¡Ahl ¡Si solamente supiera lo que ese viejo sabe de los *tapados*, señor", exclamó el *cura* con fervor, "no estaría desperdiciando mi vida entre estos bárbaros! ¡Puede compadecerse de mí! Y por el amor de Dios, señor, si encuentra los tesoros, ¡compártalos conmigo! ¡No puedo vivir mucho más aquí!" Y el padre estalló en un sensiblero paroxismo de lágrimas.

Von Tschudi, cuando estuvo en Tiahuanaco, encontró u obtuvo algunas reliquias antiguas —pequeños ídolos de piedra, si mal no recuerdo— pero no había avanzado muchos kilómetros en su camino a La Paz cuando se vio rodeado por un grupo de indios del pueblo y obligado a entregarlas. No padecimos ninguna vejación, aunque no hay duda de que éramos estrechamente vigilados y que el sordo y aparentemente casi ciego anciano picapedrero era un espía de nuestros actos.

Ya he dicho que nuestra visita a Tiahuanaco coincidió temporalmente con el Chuño y Corpus Christi. La población del lugar, como por supuesto la de toda la región, es india, pues los sacerdotes, funcionarios y terratenientes blancos son tan pocos que casi no vale la pena enumerarlos. Estos indios pertenecen a la familia aymara, que difiere de la quechua, y constituyen una raza más morena, más taciturna y más cruel. Su celebración de la fiesta del Chuño, una ceremonia que data de antes de la conquista, y de la fiesta de la Iglesia eran igualmente notables y, por arrojar alguna luz sobre sus prácticas primitivas y condición actual, probablemente son dignas de una breve mención.

He mencionado una variedad de papa acre entre los principales artículos alimenticios de la Sierra. Se la vuelve más apetitosa que cuando se la emplea en su estado natural y más capaz de ser conservada, al extenderla en el suelo y exponerla durante algunas semanas a las heladas de la noche y el sol del día, hasta que se convierte en chuño, momento en que se la almacena para consumo. El chuño acababa de ser almacenado cuando llegamos a Tiahuanaco, y en la segunda noche después de nuestra llegada comenzaron los preparativos para celebrar el acontecimiento mediante un gran abandono a la chicha y cañazo, con los alborotos correspondientes en diferentes partes de la aldea, extrañamente compuestos de vivas, aullidos, alaridos y chillidos, nada propicios para el sueño y no del todo tranquilizadores para quienes viajan en medio de un pueblo notoriamente triste, celoso y vengativo. En la mañana del tercer día, al partir hacia las ruinas, observamos que en los lados de la plaza se alineaban vendedores de chicha, chupe, pastelillos ordinarios y charqui o tasajo, y que se habían erigido varios puestos en diversos lugares de la plaza. Durante el día las campanas de la iglesia repicaron incesantemente; hubo una fusilería irregular de cohetes y un redoble incesante de tambores, interrumpido o en todo caso alternado por las agudas notas de la siringa o flauta de Pan y los fieros y salvajes gritos de los jaraneros.

Nunca olvidaré la extraordinaria escena que nos sorprendió a nuestro regreso al pueblo por la tarde. Las calles estaban desiertas y toda la población del lugar estaba reunida en la plaza, agrupada a lo largo de sus lados, donde brillaban fogatas alimentadas con tallos de quinua, mientras que la parte central de la plaza estaba ocupada por cuatro grupos de danzadores y danzadoras, vestidos con trajes corrientes, si se exceptúa el hecho de que los hombres en cada grupo tenían pañuelos o cuadrados de género de algodón de diferentes colores que estaban atados, a la manera de insignias distintivas, sobre sus hombros derechos y caían sobre sus espaldas. Llevaban tocados de plumas o penachos de variados colores, alargados mediante trozos de caña, que se elevaban hasta una altura de 1,5 a 1,8 metros, como una sombrilla invertida, desde una faja firmemente ceñida alrededor de la frente. Cada hombre tenía debajo del brazo izquierdo un rústico tambor, de gran circunferencia pero bajo, que golpeaba con un palillo que sostenía en su mano derecha, mientras que con la izquierda se llevaba a la boca una flauta de Pan, que difería por su tono y tamaño de la de su vecino. En cada grupo había varias mujeres, todas vestidas de azul, pero que, al igual que los hombres, llevaban pañuelos de géneros de diferentes colores que cruzaban sus pechos por sobre sus hombros izquierdos. También llevaban sombreros o tocados de papel rígido, el ala perfectamente plana y redonda, plegada y cortada como para representar la figura convencional del sol con sus rayos. La copa se componía de tres piezas semicirculares, colocadas en forma triangular, con rayos de diferentes colores que irradiaban desde espejuelos cuadrados colocados en su centro.

Cada grupo bailaba con vigor al son de su música unida, que suplía con volumen lo que le faltaba en melodía: salvaje y penetrante, aunque lúgubre; la flauta aguda y el tambor apagado, con frecuentes toques de cuernos de vaca a cargo de aficionados entre los espectadores, llenaban el oído con sonidos discordantes. Cada hombre parecía ansioso de sobrepasar a su vecino con la energía de sus movimientos, a menudo extravagantes; en cambio los movimientos de las mujeres eran lentos y majestuosos. La música tenía su cadencia y sus partes enfáticas eran marcadas con movimientos enfáticos similares en el baile. La "música diabólica" que Cortés escuchó después de ser rechazado por primera vez frente a México, música que duró toda la noche y le causó horripilación, mientras sus compañeros capturados eran sacrificados a Huitzlipochtli, el dios azteca de la guerra, no pudo ser más extraña o más fascinante, más misteriosa o más salvaje que la que resonó en nuestros oídos durante el resto de nuestra estadía en Tiahuanaco. El festival prosiguió noche y día sin parar, cada vez más frenético y ruidoso, y sólo culminó con el comienzo de la fiesta de la Iglesia. Fue un espectáculo extraordinario el de los símbolos del cristianismo y las imágenes de nuestro Salvador y los santos llevados por las calles de Tiahuanaco por un sacerdote tambaleante e indios que hacían eses, mientras los jaraneros del chuño danzaban y tocaban el tambor alrededor de ellos. Los cánticos de la Iglesia se mezclaban con los agudos tonos de la siringa mientras las campanas repicaban y el humo fétido de míseras velas, combinado con el olor de la pólvora húmeda, oscurecía y envenenaba la atmósfera. La saturnalia alcanzó su punto máximo en la iglesia, ante el oscuro altar, cuando la Hostia fue elevada en las inseguras manos del borracho que afrentaba al Cielo y degradaba a la religión, y abandonamos la escena con la clara convicción de que los ritos salvajes de los aymaras sólo habían cambiado de nombre y que el festival que habíamos presenciado era en sustancia una repetición detallada de las ceremonias y observancias anteriores al descubrimiento.

El camino que se dirige desde Tiahuanaco hacia el norte se eleva sobre el nivel general como consecuencia del aniego de la planicie durante la estación lluviosa y cada 5 kilómetros está marcado con columnas de adobe. Después de pasar algunos edificios amplios situados en la base de las colinas occidentales, que habían pertenecido a los jesuitas, quienes obtuvieron y en determinada época tuvieron un control casi absoluto de toda esta región y erigieron en cada aldea templos que emulaban por su solidez a los de los incas, llegamos, a una distancia de 20 kilómetros, a la aldea de Guaqui, que se distingue no sólo por su inmensa iglesia, sino por contener en su plaza media docena de quinuas u olivos silvestres, con troncos de por lo menos 12,5 centímetros de diámetro, productos aislados y, en esta parte de la Sierra, gigantescos del mundo vegetal. También aquí los indios estaban celebrando el Corpus Christi, pero en vez de la siringa tocaban una especie de flauta de caña, sus tambores eran más pequeños y sus tocados diferentes de los de sus vecinos de Tiahuanaco, aunque igualmente llamativos.

Llevaban insignias similares sobre sus hombros, pero no estaban tan completamente embriagados.

Un poco más allá de Guaqui, el camino llega hasta la orilla del lago Titicaca o más bien al espejo menor de agua conectado con él, que a veces se llama Tiquina o Chucuito. Hasta una distancia considerable de la orilla, el agua es poco profunda y está llena de una especie de hierba lacustre, que crece hasta la superficie, donde forma un colchón siempre verde. Esta hierba es ingerida en abundancia por los bueyes y vacas de la Sierra y constituye su principal alimento cuando la sequía y la helada destruyen el pasto. Para obtenerla, penetran en el agua hasta que sus lomos apenas son visibles, alejándose cada vez más de la orilla a medida que el nivel del lago desciende, de suerte que siempre hay un espacio despejado de agua cerca de la tierra y una faja esmeralda de verdor más allá. Todo el tiempo, un risco de piedra arenisca roja del que han caído grandes bloques que obstruyen el camino sobresale por encima del camino y la orilla del lago. Esta piedra es precisamente la misma que la de muchos de los bloques que hay en las ruinas de Tiahuanaco, que sin duda se obtuvieron en alguna parte del gran arrecife a cuya sombra viajábamos.

A 25 kilómetros de Guaqui y 45 de Tiahuanaco llegamos al Desaguadero por segunda vez. Forma aquí el límite entre Bolivia y el Perú y cada Estado tiene un establecimiento aduanero y una docena de soldados en su propia ribera. Uno de éstos nos ordenó perentoriamente que pasáramos al edificio destartalado que lleva el nombre de Aduana, pero el oficial al mando, que se había enterado de que nos acercábamos, nos permitió pasar sin desmontar.

Cruzamos el río, en el punto en que desemboca desde el lago, por otro puente flotante de totora. Unas pocas balsas del mismo material estaban amarradas justamente encima del puente, así como también una tosca barcaza de madera, aparejada como balandra, que fue construida con gran gasto por el señor Forbes para trasladar hasta aquí mineral de cobre desde la orilla opuesta del lago. El río fluye con corriente fuerte y majestuosa por una llanura baja y pantanosa, limitada por elevados riscos despedazados de piedra caliza y arenisca. Después de un curso de unos pocos kilómetros, se abre en una serie de poco profundas lagunas y totorales, llenos de cañas, peces y aves acuáticas, donde tienen sus moradas los restos de una salvaje tribu india, los uros. Éstos viven en balsas o armadías de totora y se dice que subsisten de la caza y la pesca, ya que cultivan sólo unas pocas papas amargas y ocas en las depresiones de la sierra de Tiahuanaco.²

Estos indios y sus modos de vida son mencionados por Herrera en su "Historia". "Eran tan salvajes", afirma, "que cuando se les preguntó quiénes eran, contestaron que no eran hombres, sino uros, como si se hubiera tratado de una especie diferente de animales. Se encontraron en el lago pueblos íntegros de ellos, que vivían en balsas de totora amarradas a rocas y, cuando lo creían conveniente, todo el pueblo se mudaba a otro lugar." Esta

La aldea llamada El Desaguadero está construida en la orilla peruana del río, a la sombra de una elevada eminencia rocosa, en la que se encuentran las ruinas grises de un viejo calvario o iglesia. La aldea es pobre, con una iglesia destartalada semitechada en la plaza, en la que el cura y los habitantes principales estaban disfrutando de la fiesta. Cruzaba la entrada de la plaza, entre dos palos torcidos, una soga de la que colgaban lo que se pensaba que eran decoraciones. Consistían fundamentalmente en objetos de valor de plata pertenecientes a la gente: tazas, copas, platos, fuentes, soperas, cucharas, sartas de dólares españoles y uno o dos artículos de uso doméstico que difícilmente se dejan nombrar y que. por cierto, sean de plata o de otro material, rara vez son conspicuos en casas bien administradas. En las esquinas de la plaza había altares improvisados adornados con espejos, cuadros de la iglesia, litografías muy coloreadas y alegres colgaduras, como cubrecamas, manteles escarlatas, echarpes y pañuelos abigarrados y otras galas llameantes. A la izquierda de la plaza había una especie de tienda o toldo abierto que se extendía sobre un espacio alfombrado con una estera de juncos, dentro del cual había asientos, y aquí se encontraba la élite de ambos sexos del lugar, dedicada a celebrar la fiesta mientras que algunos indios, fantásticamente vestidos, bailaban frente a la pequeña iglesia al son de una música discordante.

La escena era graciosa y bárbara por igual, e involuntariamente sofrenamos nuestros caballos al pasar por debajo de la extraordinaria sarta de tesoros que adornaba la entrada a la plaza. Apenas habíamos tenido tiempo de abarcar el panorama cuando se nos acercó el cura mismo, que sostenía en una mano una botella y en la otra una pequeña taza de plata. Su rostro estaba rojo y brillante, sus ojos lagrimosos y parpadeantes, su paso decididamente inseguro y su lengua espesa. Insistió en que tomáramos un trago y luego en que desmontáramos para ser presentados al grupo que estaba debajo del toldo, donde, en respuesta a nuestras preguntas, dijo que encontraríamos al comandante, para el que traíamos cartas y de cuya hospitalidad pensábamos abusar. Por eso accedimos y fuimos presentados formalmente a todos y cada uno de los caballeros y señoritas, pues es costumbre designar a todas las mujeres del Perú, jóvenes y viejas, casadas y solteras, con este diminutivo. Y con todos y cada uno tuvimos que tomar un traguito, por suerte en copas no mucho más grandes que un dedal. Las señoritas fueron ciertamente muy afables y los caballeros casi afectuosos —era bien entrada la tarde y la fiesta estaba en su tercer día—, de modo que tuvimos cierta dificultad para marcharnos con el comandante a su casa, que, como todas las demás, era pequeña y pobre. El comandante era un anciano y, a pesar de ello, nada más que coronel, en un país en que uno de cada tres hombres es general y

ilustración de los modos de vida de un pueblo salvaje y primitivo resulta interesante en relación con el descubrimiento de los restos de lo que se llama viviendas "lacustres" en los lagos suizos.

uno de cada diez gran mariscal. Sin embargo, declaró poseer un apellido histórico y estar emparentado con el último de los virreyes.

RI

ĩ

Maté algunos patos en los charcos medio congelados detrás de la casa del comandante y con ellos, algunos artículos de mis provisiones y un plato de un muy buen pez del lago, llamado suches (única contribución del comandante) no cenamos del todo mal en El Desaguadero. Mi lecho fue tendido sobre un banco largo de rústicos postes en uno de los lados del cuarto, debajo del cual el solitario pongo o sirviente indio metió los platos provenientes de nuestra mesa, porque eso de lavar las tazas y los platos antes de la próxima comida es algo desconocido en el Perú. H. se las arregló para acomodarse sobre unos sacos de cebada en uno de los rincones y el comandante, por la alucinación que siguió a tres días de festividades, confundió mis velas de cera con sus fétidas velas de sebo y desapareció con ellas, dos cajas de sardinas y una lata de bizcochos en otro cuarto. Temo que no fuera muy madrugador, porque no había hecho su aparición cuando partimos a la mañana siguiente.

Después de trepar la abrupta cadena detrás del pueblo de El Desaguadero, volvimos a descender a la orilla del lago, a cuya vera corre el camino hasta el pueblo de Zepita, un lugar serpenteante y ruin, que cuelga de las faldas de una larga y empinada serranía que se alza justo por encima de una llanura baja y pantanosa. Aquí encontramos una especie de tambo, donde se habían congregado numerosos nativos embriagados que regresaban de la feria de Vilque, cerca de Puno, y nos vimos obligados a desayunar con la dura carne de una llama veterana que había sido muerta esa mañana, aumentada a duras penas con unos pocos huevos. La carne de mula, especialmente la de un animal que ha sido sacrificado porque está demasiado disminuido para viajar, no es muy estimada por los epicúreos, pero puedo dar fe de que es preferible a la de la llama en su mejor estado e incluso que la carne de llama es mejor que ninguna en absoluto.

En Zepita nos desviamos del camino directo a Puno hacia la derecha, para cruzar la llanura pantanosa de que he hablado, con el fin de visitar la península de Copacabana y la isla adyacente. El sendero corre sobre un terraplén de tierra y piedras que lo mantiene por encima de los charcos y arroyos de la baja llanura, sobre la cual se esparcían grandes bandadas de aves acuáticas de todo tipo, incluida gran cantidad de gaviotas blancas y moteadas, flamencos, ibis, gansos, patos, gallinas acuáticas y somorgujos. Éstos se remolineaban en nubes, con un ruido como el de un fuerte viento en un bosque, al aproximarnos, y daban vueltas, chillando, en el aire, para luego volver a posarse en algún punto nuevo, ocultando literalmente el suelo de la vista. Los puentes que cruzan los cauces de agua son curiosas construcciones de terrones de tierra, cada una de cuyas capas sobresale por encima de la inferior, hasta que las superiores se tocan y se apoyan la una contra la otra para formar una especie rústica de arco, que es curioso, pero no está calculado para inspirar una fuerte sensación de seguridad. La ausencia de leña y madera de construcción ha llevado a la gente de la Sierra a

adoptar muchísimos artificios novedosos y notables, para subsanar esa carencia, en arquitectura y navegación, así como en la construcción de caminos.

A 5 kilómetros de distancia, el suelo se eleva y se afirma, con un suave declive hacia el sur, y está punteado por casas y rebaños. En ningún lugar en el interior del Perú encuentra el viajero más pruebas de laboriosidad y frugalidad que aquí. La riqueza de la gente consiste casi íntegramente en manadas y rebaños. Suministran ganado a La Paz y Arequipa y producen una valiosa cosecha anual de lana. Debido a cierta ventaja por lo que respecta a la exposición, mejor suelo o acción afortunada del lago sobre la temperatura, aquí se cultivan las mejores papas de la región y en algunas estaciones favorables la cebada llega a madurar.

En todas direcciones en la cuesta ondulante hay innumerables montículos de piedras apiladas con gran regularidad, probablemente de resultas de generaciones de esfuerzos para despejar el suelo pedregoso. También observamos que cerca de nuestro camino yacían grandes bloques de basalto y traquita, unos labrados completamente y otros sólo en forma parcial, que por su material y hechura son exactamente similares a los de Tiahuanaco. Evidentemente fueron obtenidos en las canteras visibles al pie de las eminencias rocosas a nuestra izquierda y habían sido abandonados a mitad del camino hacia el lago. No tengo duda de que, si no todas, la mayoría de las piedras de Tiahuanaco fueron obtenidas aquí y de los riscos de piedra arenisca al sur de El Desaguadero y que fueron transportadas en balsas hasta el extremo sur de la bahía de Guaqui.

Todo el día disfrutamos del magnífico panorama de la gran mole del Illampu y sus dependencias coronadas de nieve, que parecían elevarse desde el borde mismo del lago azul brillante, salpicado de audaces islas pardas. A las cinco llegamos a Yunguyo, situado en el estrecho istmo que conecta la península de Copacabana con la tierra firme. Se trata de un pueblo importante, con dos grandes iglesias, y una gran plaza, que encontramos llena de jarangueros borrachos y billlangueros, quienes la noche anterior habían logrado incendiar el techo de paja de una pulpería, desde donde las llamas se habían extendido por dos de los lados de la plaza, dejando sólo una serie de bajas paredes ennegrecidas, dentro de las cuales todavía se elevaba un humo asfixiante y un nauseabundo olor de paja húmeda y plumas quemadas. La "conflagración" no había refrenado los humores de la fiesta y seguían tocando los tambores, haciendo sonar las flautas y bailando con una energía sólo igualada por la que se desplegó en Tiahuanaco. Tuvimos cierta dificultad para atravesar la multitud turbulenta y de aspecto más bien siniestro y más todavía para encontrar a una persona lo suficientemente sobria para mostrarnos la casa del comandante. Éste había salido para asistir a una gran cena de las autoridades del lugar, reforzada con la presencia del juez de distrito proveniente de Juli, pero tan pronto como se enteró de nuestra llegada abandonó a sus amigos y se apresuró a darnos la bienvenida, y luego insistió en que volviéramos con él y nos uniéramos a la reunión festiva.

En vano protestamos que estábamos impresentables para una reunión elegante y rogamos que se nos permitiera despojarnos de nuestras ropas burdas y manchadas por el viaje. Nuestro nuevo y vehemente amigo nos apresó literalmente y lo seguimos sumisamente al banquete. La reunión era fundamentalmente de hombres vestidos de negro, algo severamente en régle en las grandes ocasiones en el Perú, pero los estilos eran diversos y abarcaban los de muchos años. Y en cuanto a los sombreros de copa no pude dejar de pensar que los habían tomado prestados de algún antiguo receptáculo hebreo de esa maravillosa cobertura para la cabeza. Las damas estaban vestidas con trajes menos extraños y menos pretensiosos, pero mucho más elegantes y apropiados. El chupe en variedad de formas y diferentes grados de consistencia y nauseabundez, constituía el plato principal de la cena, en tanto que la "copa flotante" estaba llena de un dulce vino de Málaga, con un nítido gusto a melaza y sen. Abundantes aves acuáticas —gansos y patos de muchas variedades— jugueteaban a tiro de escopeta de nuestras ventanas y había peces ansiosos de ser capturados a 90 metros; sin embargo, no tuvimos ni pescado ni aves cazadas: sólo chupe y carnero magro del color y casi la consistencia de bloques de caoba.

9

En Yunguyo prevalece el mismo hábito peculiarmente notable que en Lima, hábito al que ya me he referido como un acto de agradable dignación del caballero, al que corresponde la dama, a saber, el de pasarse bocados de comida, el primero en su tenedor y la segunda simplemente con sus dedos, que llevan los bocaditos hasta la boca del galante.

La celebridad del día era la luminaria legal y funcionario judicial de Juli. Estaba fuera de su lugar en la Sierra y sólo necesitaba tener los carrillos un poco más rellenos, una voz algo más gruñona y una peluca de pelo de caballo para convenirse en un adorno de la judicatura inglesa. Conocía el derecho romano y el "Code Napoléon", pero era más bien flojo en geografía, y estaba algo confundido en cuanto a las posiciones relativas de Londres y Nueva York. Ante su diligente solicitación, le prometí alojarme en su casa cuando llegara a Juli.

La frontera entre el Perú y Bolivia —por cierto muy arbitraria e incómoda— cruza el istmo que conduce a la península de Copacabana 5 kilómetros más allá de Yunguyo. Entre los comensales asistentes a la cena estaba el comandante boliviano de la península y dispusimos dejar atrás nuestras nudas de carga para que se repusieran y acompañarlo a la mañana siguiente hasta la sede de su jurisdicción, donde la famosa Virgen de Copacabana tiene su rico e imponente santuario. Desde allí nos proponíamos visitar las Islas Sagradas del lago Titicaca.

CAPÍTULO XVII

Las islas sagradas de Titicaca

Copacabana. —Su famoso santuario. — Saludados como Viracochas. — La iglesia de la Señora de Copacabana. — El camarín. — Ofrendas votivas. — Una peregrina de España. —La estatua de la Señora. — Un ídolo de piedra azul anteriormente adorado aquí. — La Fuente del Inca. —La ladera. — Yampapata. — A la espera de una balsa. — Noche en un tambo. —Viaje en balsa. — Descripción del lago. — La isla sagrada de Titicaca. —Manco Cápac y Mama Ocllo comenzaron aquí su misión. — El grano sagrado. — Etimología del nombre Titicaca. —Ruinas del templo, convento y palacio. —La isla de Coati. —La isla de Soto o de la Penitencia. —Desembarco en Titicaca. — Ascensión a las terrazas. —La roca sagrada de Manco Cápac. —Desembarcadero de los incas. —Presunta estatua trina y una. — El laberinto. — Noche en la hacienda. —Las fogatas de San Juan. — El Baño de los Incas. — El Palacio del Inca.

Cinco kilómetros más allá de Yunguyo, el viajero asciende a una elevada serranía transversal, que es el límite entre Bolivia y el Perú. Justo dentro del límite y en el territorio de este último se encuentra el Calvario de Yunguyo, mitad iglesia, mitad fortaleza, que es el baluarte peruano contra una invasión boliviana por vía de la península de Copacabana.

Más allá de la iglesia guerrera hay un fértil valle, circundado por rocas de formas fantásticas, que con muy poca imaginación se transforman en rígidas y monstruosas figuras de hombres y animales. Y pude comprender perfectamente cómo la mente simple y supersticiosa del peregrino de la época incaica, que seguía su penoso camino hacia las Islas Sagradas, quedaría impresionada y colmada de temor reverencial ante estas pétreas efigies, que la tradición afirma que son vestigios de hombres y gigantes impíos a quienes una Divinidad ultrajada convirtió en piedras en castigo por sus iniquidades y como advertencia a los que pudieran seguirlos por este sagrado sendero sin el ayuno y las debidas propiciaciones penitenciales preliminares.

Después de escalar otra serranía que cae abruptamente hacia el lago desde la alta y rocosa masa central de la península y después de atravesar algunos campos de oca y parcelas de altramuces, llegamos a un lugar señalado por las ruinas de una vieja iglesia, donde por primera vez se ve cómo la bahía de Copacabana extiende sus plácidas aguas azules, enmarcadas por ásperos promontorios, y presta su líquida perspectiva a la isla de Titicaca, consagrada al Sol Bienhechor, isla en la que se posaron por primera vez las plantas de su mensajero celestial. Soy viajero viejo y no dado a "sensaciones", pero debo confesar que aquí experimenté una emoción. Al menos así me lo aseguró H., quien me tomó el pulso para comprobar el hecho. "Después de deducir una leve irregularidad producida por una subida más bien rápida a la colina, descubrió en el pulso una percusión como la que a menudo acompaña a una emoción súbita." Y me recomendó un tranquilizador vaso de chicha de las provisiones que le entregó a Berríos el considerado comandante de Yunguyo. Satisfecho con su diagnóstico de mi caso, caminé por la cresta de la serranía hasta el punto en que terminaba abruptamente en un escarpado risco perpendicular de 600 metros y me dediqué a calcular el tiempo de caída de las piedras hasta el agua que estaba abajo, en tanto que H. hacía un dibujo de la escena.

Bajando por la empinada pendiente de la cordillera, entre sólidas paredes de piedra que delimitaban campos recién despejados de su cebada o en que indios curiosamente vestidos cosechaban las brillantes y tiernas ocas, doblamos finalmente la punta de un promontorio y llegamos a la vista de la "Ciudad Bendita" de Copacabana, un pueblo grande y serpenteante, construido sobre una eminencia situada en la base de una pirámide de elevadas rocas astilladas, en el centro de cuyas bajas y arracimadas viviendas se eleva grandiosa la masa gris y solemne del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, así como la Catedral de Estrasburgo y el Duomo de Milán proyectan sus majestuosas siluetas sobre las guaridas de los hombres que se encuentran a sus pies.

En los suburbios había santuarios menores, llamativos por su colorido arcaico, en que los peregrinos se preparaban mediante oraciones y penitencia para encontrarse con las santidades más grandes que les tiene reservada la aldea sagrada. Nuestro comandante no se fijó en los santuarios, sino que llamó al primer habitante que encontró, quien se quitó el sombrero, tocó con su frente nuestros estribos, saludándonos con "¡Tat-tai Viracocha!" (Padre Viracocha), y le ordenó que preparara una casa que señaló para nuestra recepción y que consiguiera cebada para nuestros animales. Se veía claramente que el comandante sabía emplear su autoridad en Copacabana.

Nada podría ser más lóbrego que las calles de la sede de la famosa Virgen. Las casas están tan amontonadas y son tan repulsivas como las de Tiahuanaco. La plaza es amplia, pero los edificios en tres de sus lados quedan empequeñecidos por las imponentes proporciones arquitecturales del santuario que ocupa el lado restante. La *fiesta* de la iglesia casi había acabado, las velas se

habían apagado y las flores estaban marchitas en los improvisados altares o santuarios que habían sido erigidos en tiendas provisorias en las esquinas de la plaza. Un grupo de mujeres aymaras, cada una con su pequeña provisión de ajíes, ocas, pescado seco y altramuces, se alineaba en el centro de la plaza, en tanto que una jauría vagabunda de perros flacos y de lomos arqueados recorría furtivamente el espacio libre en una búsqueda infructuosa de algún trozo de alimento para saciar su hambre famélica. Indios escuálidos y flacas llamas doblaban con movimiento suave y silencioso las esquinas e indias, tiritantes y despeinadas, atisbaban furtivamente detrás de las cortinas de cuero que en sus miserables chozas reemplazan a las puertas, mientras recorríamos ruidosamente los toscos pavimentos de piedra en dirección a la casa del comandante. Nunca mayor el contraste entre la escualidez de la vida y el esplendor religioso que en este remoto y casi inaccesible pueblo de Copacabana.

La casa del comandante no era de ningún modo imponente, su séquito no era magnífico y su ménage era escaso, pero cuando pasamos debajo de la arcada baja y destartalada que llevaba al patio de su modesta residencia, sus criados se apresuraron, con cabezas descubiertas, a tocarnos las rodillas con sus frentes y saludarnos con "¡Tat-tai Viracocha!", pues Viracocha, reputado de haber nacido del mar y uno de los personajes más conspicuos del panteón incaico, tenía ojos azules, cabellos rubios y tez clara. No saludaron a nuestro cejinegro y cetrino anfitrión con apelativos semejantes, omisión que evidentemente lo fastidió un poco, porque nos pidió que disculpáramos a los tontos. Fuimos lo suficientemente vanidosos para no ver el incidente a la misma luz que el comandante y H. "no comprendía por qué un irlandés de ojos azules y un yanqui de cabellos rubios debían exigir disculpas por haber sido casualmente confundidos con semidioses". De hecho, sólo lamentamos no poseer una huaca de primera clase y un moderado conocimiento del aymara que nos permitieran construir un establecimiento opuesto al de Nuestra Señora en la colina situada frente a su magnífico templo. Porque la santidad de Copacabana de ningún modo se debe totalmente a Nuestra Señora, sino más bien a cierto "ídolo muy renombrado entre los gentiles", que la precedió en este lugar y a quien, nos dicen los cronistas, se erigieron "suntuosos templos" y que era asistido por una "multitud de sacerdotes y vírgenes".

El comandante nos consiguió una casa vacía que, por haber permanecido cerrada durante mucho tiempo, estaba un poco mal ventilada y mohosa; pero como habían pasado cuatro meses desde que sus ocupantes se murieran de viruela, se la consideró segura para los Viracochas. Y nos ofreció un desayuno tan suntuoso como el que pueden conseguir un total desprecio por el gasto y un ejercicio inconsiderado de autoridad irrestricta. Se había sacrificado un cerdo y se había pagado por él, pero ahí quedó una familia aymara, como Raquel, desconsolada y en llanto, porque no era posible reemplazarlo: ¡sólo había cuatro más en toda Copacabana!!! Y el comandante se ufanó de conseguir 450 gramos de

mantequilla de Puno, dorada bajo su envoltura transparente. Luego nos sirvieron ocas hervidas y ocas asadas para comerlas con mantequilla. Todavía, crescendo, comimos cebollas, pequeñas, es verdad, pero muy fuertes, y yo puse remate a la ola más alta de nuestra mañana de diversión al aportar una caja de bizcochos, crujientes como cuando salieron de la diestra mano del panadero de Londres. La chicha no resultó un sustituto del todo satisfactorio del vino de Falerno, pero todas las deficiencias quedaron más que compensadas por una taza de café de los Yungas, fragante y potente, fortificación y solaz para el cuerpo y estímulo para la inteligencia.

Cualquier descripción de la iglesia y santuario de Nuestra Señora de Copacabana no daría más que una idea pobre de su extensión y magnificencia. Está construida en su mayor parte con ladrillos, techada con centelleantes tejas verdes y amarillas, y se eleva en una plaza amplia, rodeada por macizos muros, donde se han plantado árboles de quinua y el arbusto que produce la brillante flor carmesí abocinada, llamada "Flor del Inca" (Cantuta buxifolia). La entrada tiene lugar por pesadas puertas de hierro, forjadas en España, debajo de un elevado paso. En el recinto que está al frente de la iglesia hay una majestuosa cúpula de piedra, de 27 metros de altura, que se eleva por encima de tres altas y esmeradamente talladas cruces de alabastro, sostenidas por una base del mismo material. Desde la cornisa se inclinan imágenes esculpidas de santos y ángeles y el triángulo místico aparece en medio de una gloria en la cúpula pintada. En cada esquina del patio hay sólidas estructuras cuadradas de ladrillo, cerradas por macizas puertas de hierro, sin más aberturas que uno o dos angostos ojos de buey. En ellas se depositan los huesos de los peregrinos que han fallecido en Copacabana. La iglesia es alta y su interior tan sombrío que sólo con dificultad puede uno distinguir los primorosos adornos de los diversos altares y los temas de las numerosas pinturas que cubren sus paredes. Con ella se comunican patios y claustros, cubiertos de cebada o tapados por desperdicios, con puertas desvencijadas que chirrían lúgubremente en sus goznes. Todo sugiere decadencia y desolación.

La característica principal del edificio es, sin embargo, el camarín, o aposento de la Virgen, un gran cuarto detrás del altar mayor. Aquí está su santuario y éste es el Sanctasanctórum de Copacabana. La admisión en él debe ir precedida de confesión y el pago de cierta suma de dinero. Así se mantienen las rentas de Nuestra Señora y se sostiene a su cuerpo de sacerdotes. El guardián del santuario, un hombre guapo e inteligente de La Paz, en cuyos hombros el manto del sacerdocio descansaba ligeramente y que parecía más apto para el campamento o el foro que para los servicios del altar, nos recibió en la antesala del camarín y con una sonrisa nos dispensó de la limosna y la confesión. Al camarín se llega por dos escaleras —Una para subir, en uno de los lados, y otra, para bajar, en el otro— a fin de que las multitudes que practican aquí sus devociones en períodos establecidos no lleguen a un estancamiento absoluto. La

fiesta había reunido a un número considerable de indios de los pueblos vecinos y una fila ininterrumpida de ellos ascendía por las escaleras, cuyos escalones de piedra están profundamente desgastados por rodillas piadosas, guiados por un sacerdote que sentado en un nicho, pronunciaba lenta y pesadamente ciertos cánticos u oraciones en aymara, a los que respondían los devotos.

1

Nuestro guía ordenó perentoriamente a los abatidos peregrinos que nos hicieran lugar y éstos se aplastaron contra las toscas paredes a ambos lados para que pudiéramos pasar. El camarín de la Virgen está juiciosamente cubierto con colgaduras para lograr únicamente esa "tenue luz religiosa" sobre la que escriben los poetas. Una alfombra espesa pero más bien chillona cubría el piso, un órgano de consola se encontraba en un nicho cerca de la puerta y las paredes estaban adornadas con ofrendas votivas de todo tipo y grado de valor. Aquí estaban la espada con empuñadura de diamantes y las pistolas engastadas en oro del general Santa Cruz y las joyas de su esposa, así como pequeñas y toscas representaciones en plata de brazos, piernas, corazones y ojos, depositadas aquí por los indios en recuerdo de las maravillosas interposiciones y curas de Nuestra Señora.

La imagen de la Virgen se guarda en una especie de alcoba, detrás de una pesada cortina de terciopelo bordado, y se evita una aproximación demasiado estrecha mediante una sólida barandilla de plata. Al hacer retiñir una campana un acólito invisible, quien a continuación empezó a tocar una monótona melodía en el órgano de consola, todos cayeron de rodillas, el resplandeciente velo de terciopelo fue descorrido lentamente y la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Copacabana se reveló ante nuestros ojos heréticos. Se trata de una imagen primorosamente vestida, de apenas 90 centímetros de altura, brillante en alegre raso y colmada de oro y joyas. Su cabeza es minúscula en comparación con la resplandeciente corona que sostiene y su cara es de un delicioso color blanco y rosa y tan brillante como el término medio de los bustos femeninos en las vidrieras de las tiendas de coiffeurs des dames metropolitanos. Su celebridad especial y sin duda buena parte de su popularidad entre los indios deriva del hecho de que fue confeccionada (así dice la leyenda) en 1582 por Tito-Yupanqui, descendiente en línea recta de los gobernantes incas, quien no había tenido ninguna instrucción artística especial previa, pero que fue inspirado por la Virgen misma que lo favoreció posando especialmente para él a fin de que no hubiera ningún error en su retrato.

Este santuario es el punto de reunión de los peregrinos de casi toda la América católica, pero en especial de las provincias de Brasil y el Plata. Se ha sabido que en una sola ocasión lo han visitado hasta treinta mil personas. Y el renombre de Nuestra Señora de Copacabana no se limita a América. Entre los rostros dolientes de los devotos que había en el camarín, nunca olvidaré el de una muchacha pálida y rubia que estaba reclinada en una estera frente al santuario, con sus grandes ojos lustrosos inmóvilmente fijos en la imagen de la Virgen. Cada día durante semanas había sido subida hasta su lugar en la cámara sagrada

por indios que ascendían de rodillas la escalera de piedra. Venía de Barcelona, España, y había llegado hasta aquí como último recurso después de haber visitado cada santuario célebre del Viejo Mundo.

Alrededor del cuello de la imagen de la Virgen había varias sartas de crucecitas de madera, una de las cuales retiró reverentemente el custodio para colocarla en mis manos cuando bajábamos la escalera. Se supone que se ha embebido de virtudes y poderes especiales por haber estado colgada alrededor del cuello de la Virgen una sola noche. Nosotros miramos y escuchamos en decoroso silencio, pero al dirigirnos con nuestro guía a sus habitaciones, invitados por él a beber un vaso de jerez, H. observó profanamente que, a excepción del convento que se encuentra al pie del Monte Sinaí, no conocía ningún lugar que recompensara mejor el saqueo que el santuario de Nuestra Señora de Copacabana. Los ojos del guardián centellearon cuando le repetí la impía observación y me dio una respuesta que por su ambigüedad me llevó a inferir que los conservadores del santuario habían cuidado hace tiempo juiciosamente de los diamantes y rubíes verdaderos que habían sido depositados allí por piadosos penitentes y que el botín del ladrón del camarín difícilmente lo compensaría de los riesgos de probable detección en este mundo y segura condenación en el próximo.

El ídolo que confirió su santidad y fama a Copacabana, antes de ser suplantado por el trabajo de Tito-Yupanqui, también dio su nombre al lugar y a la península; la palabra significaba, según los cronistas, una piedra preciosa con la que uno puede ver o que confiere visión. Fue enterrada por los indios a la llegada de los españoles, pero posteriormente fue desenterrada por éstos y despedazada. Era una bella piedra azul, que representaba un rostro humano. Los templos de que hablan los autores antiguos han desaparecido por completo o de ellos sólo quedan vestigios escasos e insatisfactorios. Sin embargo, en los arrabales del pueblo, cerca del cementerio, encontramos gran número de nichos, escalones y lo que aparentemente estaba destinado a servir de asientos cortados en las rocas, los cuales pueden haber tenido alguna relación con el antiguo culto.

En la hacienda de Cusijata, a 2,5 kilómetros del pueblo, hay restos escasos de lo que la tradición afirma que fue un palacio de los Incas. Consisten principalmente en bloques de piedra, grandes y bien cortados; pero el único objeto restante de interés es lo que se llama el "Baño de los Incas". Se lo puede describir como un inmenso jarrón, de formas simples, tallado en un solo bloque de traquita de vena lina, que tiene un diámetro interior de 1,01 metros y una profundidad de 1,57 metros. Sus paredes tienen 15,2 centímetros de espesor. Actualmente está hundido en la tierra, en un pequeño y destartalado edificio de adobes, y todavía se lo emplea como baño.

Inmediatamente después de nuestra llegada a Copacabana, el comandante había enviado a un indio con una orden a los alcaldes de la isla de Titicaca a fin

de que tuvieran preparada para el día siguiente una balsa para nosotros en el embarcadero de Yampupata, distante 20 kilómetros. Nos pusimos en camino hacia ese punto al mediodía, con la intención le llegar a la isla esa misma noche. Desde la rocosa eminencia en que está construido el pueblo, el camino desciende abruptamente hasta un bello anfiteatro llano, de 3,2 kilómetros de ancho, y luego da una curva alrededor de la cabecera de una bahía, que aquí penetra en la tierra entre dos altos y ásperos cabos. El agua jugueteaba y espumaba entre las guijas de la orilla, a lo largo de la cual una bandada de alegres chorlitos correteaba en ávida búsqueda de los diminutos moluscos arrastrados por las olas, con cuyo avance y retroceso su línea mantenía una cadencia oscilante. Más allá de la pequeña llanura se encuentra lo que en el Perú se llama una *ladera*, en otras palabras, el camino sube a gran altura por la cara de los empinados y en muchos sitios absolutamente perpendiculares promontorios que cuelgan sobre el lago y se convierte en un simple sendero de cabras, angosto y rugoso, mitad desgastado, mitad cortado en la roca.

Pero ni las dificultades ni el peligro de la senda pudieron distraer totalmente nuestra atención de los centenares de paisajes amplios y maravillosos que aparecían repentinamente ante nuestros ojos en cada curva y recodo. Las penínsulas desnudas y acantiladas; los escarpados y panorámicos promontorios detrás de los cuales penetraba el lago por muchos desgarros en su rocoso acantilado y se extendía en anchas y plácidas bahías; las islas igualmente abruptas, acantiladas y yermas; la rojiza mole de la isla sagrada de Titicaca; las lejanas playas de Bolivia, con su cinturón plateado de los Andes; las aguas azules y olas chispeantes, con casi todos los restantes elementos de lo bello y lo impresionante, contribuyeron a configurar las escenas calidoscópicas del atardecer y, juntamente con el cielo sin nubes, la brillante luz del sol y la atmósfera vigorizante, a imbuirnos de una sensación de elevación y reposo inconsciente con el murmullo de las aguas, el crujido de hojas y los susurros de los hombres.

Más allá de la *ladera* llegamos una vez más a la guijosa orilla del lago; luego, después de escalar el empinado cuello de una rocosa península y bordear las cuestas cultivadas de suave declive, entre muros de piedra que encerraban campos de oca que, recién excavados, brillaban como coralinas en la tierra gris, descendimos al embarcadero de Yampupata, que es ahora, como probablemente lo fue siempre, el punto de embarque. Aquí hay una playa arenosa entre rocosos promontorios y un tambo de piedra, desprovisto de ventanas, con sólo una abertura que lleva a su desnudo interior, negro de humo, solado de cenizas, del que emanan olores indescriptibles y ofensivos. No había ninguna balsa para llevarnos a la isla, que se extendía, resplandeciente con el sol del atardecer, tentadoramente frente a nosotros y que, a través de la atmósfera desprovista de humedad, parecía hallarse casi a tiro de rifle. Nos apresuramos hacia un grupo de chozas arracimadas en torno de una pequeña iglesia a un kilómetro y medio a nuestra izquierda, pero la mayor parte de la población se había ausentado de

Copacabana o trabajaba en los campos de oca y obtuvimos poca información de los ciegos, cojos y sordos que habían quedado atrás, salvo que las balsas vendrían por nosotros desde la isla. Con nuestros anteojos descubrimos varias amarradas en pequeñas ensenadas y caletas, rodeadas de rocas, de sus playas, pero no había nadie cerca de ellas, ni señal alguna de vida. Al caer la noche, en vano encendimos fogatas ardientes y efímeras con tallos de quinua; nuestras señales quedaron sin respuesta y nos vimos obligados a pasar la noche en el helado y sombrío tambo, una rústica choza de piedra, indescriptiblemente sucia, que se encuentra cerca de la orilla.

Me levanté al amanecer y bajé hasta la orilla, donde la hierba lacustre estaba entretejida con hielo y donde un grupo de indias tiritantes estaba aguardando la llegada de una balsa, que percibí en el momento en que salía impulsada por remos de debajo de la sombra de la isla. Aunque aparentemente estaba muy cerca, la balsa demoró varias horas en cruzar el estrecho y eran las diez cuando se alineó con algunas rocas que había a la izquierda del tambo y bajo la protección de ellas. Era pequeña, empapada de agua, y su parte más alta se elevaba solamente unos pocos centímetros sobre el agua. Las indias trataron de embarcarse, pero un personaje envuelto en un poncho, evidentemente una autoridad (porque llevaba un bastón adornado con borlas), lo prohibió. Se acercó a nosotros, sombrero en mano, con el saludo acostumbrado de "Tat-tai Viracocha", y se presentó como curaca de Titicaca, a nuestras órdenes. Berríos se excusó de embarcarse en la balsa que, para comenzar, era una embarcación mestable y que con H., conmigo, con el alcalde y los dos remeros, a duras penas se mantenía a flote.

Navegar en una balsa no es de ninguna manera la perfección en el arte de la navegación, ni es probable que la embarcación misma inspire mucha confianza. Es simplemente un flotador o almadía, hecho con atados de cañas, amarrados entre sí en forma de fajina, en cuyo centro el viajero se equilibra, sobre sus rodillas, mientras que los marineros indios, uno en cada extremo, están de pie, con las piernas separadas, y con pértigas pequeñas y más bien retorcidas golpean el agua a derecha e izquierda y de esta manera impulsan laboriosamente la balsa en la dirección requerida. Naturalmente, esta acción confiere a la embarcación un movimiento meciente y bamboleante y hace que el pasajero se sienta casi como si estuviera a flote sobre un cigarro gigantesco, propenso a darse vuelta con el más mínimo pretexto. Además, si el agua está un poco agitada, se produce un movimiento que probablemente no tiene igual para causar la agradable sensación del marco. Sin embargo, algunas de las balsas son grandes, con lados armados como barandillas. Se puede aparejarlas con una vela para correr con el viento y son capaces de transportar hasta sesenta personas.

Dejando atrás la pequeña *playa*, nuestros boteros indios avanzaron bajo un empinado y rocoso risco, hasta que llegaron al punto en que el estrecho que separa la tierra firme de la isla es más angosto. Al pie de este risco el agua es muy

profunda pero maravillosamente transparente y pudimos percibir la caída a plomo de los escarpados contrafuertes calizos hasta que nuestros cerebros se aturdieron. Tardamos más de dos horas en atravesar el estrecho con la balsa, una distancia que un remero común en un bote de Whitehall recorrería en quince minutos, y desembarcamos en la isla al socaire de un saliente arrecife de rocas, a plena vista del Palacio de los Incas y las terrazas que lo rodean, situados a 800 metros a nuestra derecha.

Creo que no voy a encontrar un lugar mejor que éste para decir unas pocas palabras sobre el lago Titicaca, que durante varias semanas fue la característica conspicua principal de nuestro paisaje y que en muchos aspectos es el espejo de agua más extraordinario e interesante del mundo. Es largo, de forma ovalada irregular, con una quinta parte de su superficie en su extremo meridional aislada casi totalmente por las penínsulas opuestas de Tiquina y Copacabana. Su longitud máxima es de unos 190 kilómetros y su ancho máximo oscila entre 80 y 95 kilómetros. Su nivel medio es de 3800 metros sobre el mar. Con una cuerda de cien brazas no logré alcanzar el fondo a una distancia de 1,6 kilómetros al este de la isla de Titicaca. La orilla oriental o boliviana es abrupta, dado que las montañas de ese lado caen audazmente en el agua. Las orillas occidental y meridional son, sin embargo, comparativamente bajas y llanas, el agua es poco profunda y está atestada de cañas y juncos, entre los cuales encuentran abrigo y sustento miríadas de aves acuáticas.

El lago es profundo y nunca se congela totalmente, pero cerca de sus orillas y donde el agua es poco profunda se forma hielo. En realidad ejerce una influencia muy importante sobre el clima de esta alta fría y desolada región. Sus aguas, al menos durante los meses de invierno, son entre 5,5 y 7,2 grados centígrados más cálidas que la atmósfera. Las islas y penínsulas experimentan esta influencia en forma muy perceptible y comprobé que la cebada, los guisantes y el maíz —este último, sin embargo, pequeño y poco prolífico— maduraban en ellas, en tanto que no lo hacían en lo que puede llamarse la tierra firme. Los vientos dominantes son del nordeste y a menudo soplan con gran fuerza, lo cual hace que la navegación en las frágiles balsas, siempre lenta y difícil, resulte excesivamente peligrosa. El lago tiene varias bahías importantes, entre las cuales las de Puno, Huancané y Achacachi son las principales. También tiene ocho grandes islas habitables, a saber, Amantaní, Taquili, Soto, Titicaca, Coati, Campanario, Tocuaré y Aputo. La más grande de ellas es la de Titicaca, en la que acabamos de desembarcar; alta y yerma, de contorno tan rugoso como su superficie, tiene 9,6 kilómetros de largo por 4,8 ó 6,4 de ancho.

Esta es la isla sagrada del Perú.³ A ella remontaban su origen los Incas y hasta la fecha sus descendientes le tienen profunda veneración. De acuerdo con

^{3 &}quot;Se la llama sagrada", dice Pedro Cieza de León, "por una ridícula historia que dice que no hubo luz durante varios días, hasta que el sol se elevó resplandeciente de la isla, y por

la tradición, Manco Cápac y su esposa hermana, Mama Ocllo, hijos del Sol y comisionado por ese astro, iniciaron desde aquí su misión de beneficencia para someter a gobierno e instruir en religión y artes a las tribus salvajes que ocupaban el país. Manco Cápac llevaba una vara de oro y recibió instrucciones de viajar hacia el norte hasta llega a un lugar en que la vara debía hundirse en el suelo y fijar allí la sede de su imperio. Obedeció el mandato y viajó lentamente a lo largo de la orilla occidental del lago, por las tierras anchas y planas de la *puna*, valle del Pucará arriba, hasta el lago de La Raya, donde termina la cuenca del Titicaca y desde donde las aguas del río Vilcanota comienzan su curso para engrosar el Amazonas. Bajó por el valle de este río hasta llegar al lugar en que se alza ahora el Cuzco, donde desapareció la vara de oro. Aquí fijó su sede y aquí surgió con el tiempo la Ciudad del Sol, capital del imperio incaico.

El más confiable de los cronistas, Garcilaso, nos dice que además de construir un templo en la isla de Titicaca, los Incas procuraron ennoblecerlo en todas formas por ser el lugar en que sus antepasados, al descender del ciclo, plantaron por primera vez sus pies. Nivelaron sus asperezas en la medida de lo posible quitando rocas y construyendo terrazas, que cubrieron con tierra fértil traída desde lejos, a fin de que creciera el maíz que, por el frío, no podría ser cultivado de otra manera. El rendimiento era pequeño, pero las mazorcas se consideraban sagradas y eran distribuidas entre los templos y conventos del imperio, un año a uno y el siguiente a otro, a fin de que cada uno pudiera tener la ventaja de una porción del grano traído, como lo era, desde el ciclo. Se lo sembraba en las huertas de los templos del Sol y de los conventos de las vírgenes y la cosecha era nuevamente distribuida entre los habitantes de las diversas provincias. Algunos granos se esparcían entre las reservas de los graneros públicos como cosas sagradas que aumentarían y preservarían de la putrefacción el alimento del pueblo. Y tal era la superstición, cada indio que tuviera en su depósito un solo grano de este maíz o de cualquier otro grano cultivado en la isla sagrada, nunca carecería de pan durante su vida.

La etimología del nombre de la isla, que se ha extendido al lago, no es clara. Ha sido derivada diversamente de titi, que significa "tigre" o "gato montés" y de kaka, "roca" o cresta montañosa: de modo que significaría "Roca del Tigre", tal vez por alguna caprichosa semejanza de la isla o parte de ella, al ser vista desde cierta distancia, con ese animal. Sin embargo, la tradición insiste en que antiguamente se veía de noche un tigre o puma en la cresta de Titicaca, que llevaba en su cabeza un gran carbunclo o rubí, cuya luz destellaba por todo el lago, en toda la extensión del Collao. También se la deriva de titi, "plomo" o "estaño", y kaka, "roca" o "cresta", como antes; esto es, la "Montaña de

ello construyeron aquí un templo para su gloria, que fue muy venerado y tenía vírgenes y sacerdotes pertenecientes a él, con enormes tesoros".

Estaño". No parece haber una razón válida para esta caracterización, ya que no hay trazas de metal en la isla.

En esta isla, cuna tradicional de los Incas, quedan todavía los restos de un templo del Sol, un convento de sacerdotes, un palacio real y otros vestigios de civilización incaica. A no mucha distancia se halla la isla de Coati, que estuvo consagrada a la Luna, esposa y hermana del Sol, en la que se encuentra el famoso palacio de las Vírgenes del Sol, construido alrededor de dos santuarios dedicados al Sol y a la Luna respectivamente, y que es uno de los restos de arquitectura aborigen mejor conservados al mismo tiempo que más notables de este continente. La isla de Soto era la Isla de la Penitencia, a la que los Incas de la raza gobernante estaban acostumbrados a concurrir para ayuno y humillación. Tiene también muchos restos de arquitectura antigua.

Dos alcaldes de la isla, que residían en la pequeña aldea de Challa, estaban aguardando en las rocas para recibirnos, lo que hicieron con las cabezas descubiertas y el saludo habitual. Nos dijeron que tenían mulas listas para nosotros detrás de las rocas, que atravesamos con dificultad por una senda empinada y angosta, desgastada en la piedra por los pies de miríadas de peregrinos. Ésta conduce a una plataforma de 22,2 metros de largo y 13,7 de ancho, revestida con toscas piedras asentadas con gran cuidado. Se llega a ella por un tramo de escalones. Encima de ella hay otra plataforma, a la que se asciende de igual manera, en cuyo lado más alejado se encuentran los restos de dos edificios rectangulares, cada uno de 10,6 metros de largo por 8,2 metros de ancho, separados por un angosto pasaje.

El frente de cada edificio se halla en estado muy ruinoso, pero está relevado por nichos entrantes de verdadero tipo incaico y característicos de la arquitectura de los incas. A mitad del pasaje entre los edificios, que tiene solamente 76 centímetros de ancho, desembocan puertas en cada edificio, que se compone tan sólo de una única habitación. Los lados más alejados de éstos tienen nichos similares a los del exterior. Frente a ellos y destinados aparentemente más para uso que para adorno hay dos nichos más pequeños y sencillos, semejantes a alacenas hundidas en la pared. Si hubo ventanas, éstas se encontraban en las partes superiores de los muros, ahora caídos. Ambos edificios son de piedra caliza azul, toscamente cortada y asentada en arcilla tenaz. Probablemente estuvieron estucados.

El objeto de estas estructuras o más bien de esta estructura está bastante bien indicado por los primeros escritores, quienes nos dicen que a los peregrinos que acudían a la isla sagrada y sus santuarios no se les permitía desem-

Lo encontramos consignado de esta manera por el padre Ramos en su historia del "Santuario de Copacabana", en cuya iglesia sirvió como sacerdote en una época en que las tradiciones de los nativos se mantenían comparativamente puras e incorruptas.

barcar en su suelo sin pasar antes por ciertos ayunos, penitencias y purificaciones preliminares en Copacabana, y que después de desembarcar en la isla tenían que pasar por determinados "portales", el primero de los cuales se llamaba *Pumapunco* o Puerta del Puma, donde había un sacerdote del Sol para recibir la confesión de sus pecados y admitir su expiación. El portal siguiente se llamaba *Kentipunco* por estar adornado con el plumaje del ave *kenti* y allí tenían lugar otras ceremonias. El tercero se llamaba *Pillcopunco* o Puerta de la Esperanza, atravesado el cual el peregrino podía continuar su viaje a la roca sagrada de la isla y hacer sus adoraciones. Pero no podía acercarse a menos de 180 metros del lugar. El suelo consagrado que la rodeaba sólo podía ser hollado por sacerdotes especiales de santidad excepcional.

Podemos concebir fácilmente que la estructura que estamos describiendo se halla vinculada en alguna forma con estos ritos y el modo en que el peregrino al desembarcar era conducido de una terraza a otra, para hacerlo pasar finalmente, como a través de un portal, entre los dos edificios cuyos restos todavía encontramos. En la isla de Coati y en muchos de los accesos a edificios que se sabe que han sido templos, encontramos edificios similares, que probablemente respondían a un propósito semejante.

En el lado de la colina que domina el desembarcadero, todavía llamado Pumapunco, hay terrazas, con vestigios de edificios, que Calancha y algunos de los cronistas imaginan que formaban parte de una fortificación; pero yo me inclino a creer que eran residencias de los sacerdotes y *balseros* o ayudantes del desembarcadero.

Después de confeccionar un rápido plano de estos restos, montamos nuestras mulas y con un alcalde trotando delante de nosotros y el otro atrás, partimos hacia la kaka o roca sagrada de Manco y el convento de los antiguos sacerdotes, en el extremo opuesto de la isla. El sendero bordea los flancos de las colinas abruptas que forman la isla y sigue al parecer la línea de un antiguo camino sostenido por terrazas de grandes piedras, a una altura de 60 a 90 metros sobre el lago, cuyas orillas son escarpadas. A una distancia de 800 metros del embarcadero, pasamos junto a una magnífica ruina llamada el Palacio del Inca y más allá también pasamos junto al Baño de los Incas, situado en un bello anfiteatro protegido, regado por manantiales, amarillo gracias a la cebada que maduraba y lleno de arbustos y flores. Aquí la senda dobla a la derecha sobre la cresta de la isla, a 600 metros de altura, y corre a lo largo de eminencias vertiginosas, desde las cuales pueden divisarse, muy abajo, pequeñas ensenadas o bahías reparadas, casi cercadas de tierra, en las que hay una o dos pobres chozas cubiertas de paja, una balsa que se mece de sus amarras o arrastrada hasta la playa para secarse, unos pocos árboles de quinua, y desde las que proviene la única música de la Sierra, el ladrido —mitad gañido, mitad gruñido— de los perros mal conformados y de mal genio, pero fieles, de la región. A veces nuestro camino seguía uno de los lados de la cresta y a veces el otro, de suerte

que teníamos vistas alternadas de las orillas peruana y boliviana del lago y de las bahías y promontorios de la isla.

Casi en el mismísimo extremo norte de la isla, en su parte más repulsiva y menos prometedora, donde no hay ni habitantes ni traza de cultivo, donde el suelo es rocoso y yermo y los acantilados ásperos y rotos, en lo alto, donde casí no se escucha la agitación de las olas del lago y donde el ojo recorre las amplias aguas azules de una barrera montañosa a otra, desde las resplandecientes crestas de los Andes hasta las de la Cordillera, se encuentra el lugar más célebre y más sagrado del Perú. Aquí está la roca en la que se creyó que ningún pájaro se posaría ni animal alguno se aventuraría a llegar, en la que ningún ser humano se atrevería a posar sus plantas; desde donde el sol se elevó para disipar los vapores primitivos e iluminar el mundo; que estaba totalmente enchapada en oro y plata y cubierta, salvo en ocasión de los más solemnes festivales, con un velo de género del más suntuoso color y material; que cobijó a los hijos favoritos del Sol y al pontífice, sacerdote y rey que fundó el imperio incaico."

Cuando estuvo a la vista, nuestros guías se detuvieron, se quitaron los sombreros y se inclinaron profunda y reverentemente en su dirección, murmurando unas pocas palabras de significación mística. Pero actualmente, esta roca - ay de los dioses destronados! - no es más que una masa, raída y desgastada por el tiempo, de piedra arenisca roja, que forma parte de un espeso estrato que atraviesa la isla y que aquí está roto y se yergue, con sus capas asociadas de pizarra y piedra caliza, en un ángulo de 45 grados con el horizonte. La parte que está descubierta y sobresale por encima del suelo tiene unos 68 metros de largo y 7,6 metros de altura. Presenta una cara áspera, quebrada y ligeramente saliente, pero hacia atrás baja en una cuesta que coincide con el declive de la eminencia de que forma parte. En la cara hay muchos estantes y bolsones, todos aparentemente naturales. Si se exceptúa el hecho de que hay trazas de muros de piedras cornadas que la rodean y que el suelo al frente está nivelado artificialmente, nada hay que la distinga de muchas otras salientes de estratos de piedra caliza en la isla y en la tierra firme. Calancha, uno de los cronistas más antiguos de esta región, observa correctamente que no tiene características especiales que detengan el ojo o fijen la atención.

Sin embargo, su posición es notable. Está en la cresta de una serranía que se une con un escarpado promontorio, una masa alta y rocosa, con lados

Calancha y Ramos informan, basándose en la autoridad de los indios más ancianos y mejor informados de su época, que "toda la concavidad de la roca estaba cubierta con chapas de oro y plata y que en sus diversos huecos se depositaban diferentes ofrendas, de acuerdo con la fiesta o la ocasión. Las ofrendas consistían en oro, plata, conchas, plumas y suntuoso género de *cumibi*. Toda la roca estaba cubierta con un rico manto de este género, el más fino y de colores más brillantes que alguna vez se haya visto en el imperio".

empinados y depresiones oscuras y cavernosas, que forman el extremo septentrional de la isla. Por todas partes hay rocas desnudas, confusamente amontonadas, salvo frente a la roca sagrada misma, donde, como he dicho, hay una terraza artificial nivelada, de 100 metros de largo y 38 metros de ancho, sostenida por un muro de piedras. En cada esquina exterior de esta terraza están los restos de pequeñas estructuras cuadradas, que son probablemente las que describieron los cronistas como los santuarios del Trueno y del Rayo. Según la tradición, la tierra de esta terraza fue traída de distantes valles ricos y fértiles de los ríos amazónicos, para que pudiera nutrir un verdor que negaba el duro e ingrato suelo de la isla.

Desde el frente de esta terraza la isla cae hacia el lago con un declive empinado pero suave y el ojo descansa en la pequeña pero encantadora bahía de Chucaripe, cuyas aguas claras y centelleantes corren con olas pequeñas suavemente hasta la playa arenosa, que contrasta agradablemente con los ásperos riscos que se elevan a ambos lados. Más allá, en el lago, se alzan islotes negros y rocosos, raídos y destrozados por terremotos y tormentas, y lejos, en la distancia, nítidamente delineadas en la atmósfera clara y enrarecida, están las colinas de Juli y Pomata, con la gran iglesia de este último pueblo que destella como una punta de plata sobre el fondo de color ocre oscuro.

Al darnos vuelta y enfrentarnos con la roca sagrada, nos encontramos, mirando hacia abajo, con otra bahía o caleta, rodeada de riscos, en la cual las olas, empujadas por el recio viento del nordeste se estrellan y arremolinan airadamente contra la playa rocosa, en llamativo contraste con el suave y casi somnoliento reposo de la bahía opuesta. Se la conoce como la bahía de Kentipunco, donde el Inca desembarcaba cuando venía a visitar el lugar consagrado al Sol. En una angosta plataforma natural, a mitad del camino hacia el agua, se encuentran los restos de varias estructuras que se supone que eran las residencias de sacerdotes y ayudantes. Son de piedras toscas y poco notables desde el punto de vista arquitectónico. De ellas parte un camino ancho, parcialmente cortado en la roca, que conduce al santuario. Más o menos a mitad del camino se encuentra lo que se conoce como las "huellas del Inca", reverenciadas por los indios hasta la fecha como señales del lugar en que se paró Yupanqui cuando hizo su peregrinación a la isla y se quitó el llautu imperial de su frente, como muestra de sumisión y adoración a la divinidad cuyo santuario se alzaba frente a él. Las así llamadas huellas tienen, por cierto, un tosco parecido con la impresión que podría producir un pie calzado con sandalias, pero son más bien grandes para corresponder a las de un personaje incluso tan poderoso como el Inca Yupanqui, pues tienen más de 90 centímetros de largo y un ancho correspondiente. Están formadas, en silueta, por vetas duras y ferruginosas, alrededor de las cuales la roca se ha desgastado, dejándolas en relieve.

Los cronistas afirman que aquí estaba ubicada en adoratorios o capillas la estatua trina y una de piedra, tres figuras unidas en una, a la que autores poco

críticos han hecho prestar un servicio tan grande como prueba de la existencia de la doctrina de la Trinidad en el Perú. Afirman las autoridades monásticas que estas figuras tenían nombres, que significaban Gran Sol o Señor Sol, Hijo del Sol y Hermano Sol. Calancha piensa que la conversión de la tercera persona en hermano de la primera fue una corrupción del misterio tal como lo enseñaron los apóstoles que habían venido a América y fue sugerida por el diablo en persona para llevar engañosamente a los ignorantes nativos a su ruina espiritual.

Al frente y hacia el norte de la roca sagrada y a una distancia de unos 180 metros se encuentran las ruinas de un gran edificio, que los cronistas llaman la Despensa o almacén del Sol, pero que ahora se denomina La Chingana o El Laberinto. Se justifica este último nombre. Está situado en la cuesta que baja hacia la pequeña bahía de Chucaripe, en un punto en que el terreno cae muy abruptamente, de suerte que sus muros inferiores deben haber sido dos o tres veces más altos que los de su lado superior. Su característica principal es un patio, con terrazas cortadas en la roca y con una fuente en su centro. Los muros que dan al interior del patio tienen nidios y a cada lado hay masas de edificios que evidentemente habían sido de dos o tres pisos de altura. Algunos de los cuartos o bóvedas inferiores, probablemente todos ellos, habían sido enarcados en la misma forma que la que se observa en el "Palacio del Inca", en el extremo opuesto de la isla. Los pasajes que conducían a las diferentes habitaciones eran angostos e intrincados, los vanos de puertas bajos y los cuartos mismos pequeños y oscuros, lo cual casi excluye la idea de que estuvieran destinados a ser habitados. Por su proximidad a la roca y a la identidad de sus características principales con las de otras estructuras del Perú, de propósito conocido, me inclino a pensar que la Chingana era una de las Acllahuasi o casas de las Vírgenes del Sol, de las cuales una existió en la isla, ya que no hallé ningún otro edificio que hubiera podido servir como retiro de las vestales.

En un promontorio, a 400 metros al sudoeste de la roca sagrada, hay otras ruinas, entre las cuales los buscadores de tesoros han trabajado larga y diligentemente convirtiendo el conjunto en un montón confuso, en el que sólo pudimos descubrir algunos cimientos de edificios, secciones de terrazas y muros, a plena vista de la sagrada roca, aunque lo suficientemente alejadas de ella para impedir una intrusión profana. Este fue probablemente el lugar de los tambos erigidos para alojar a los peregrinos, como los que sabemos que se construyeron cerca de cada santuario del imperio.

El sol se había puesto, lanzando un fugaz destello carmesí sobre las nieves del Illampu, a lo que siguió una abrumadora palidez azulina, y estaba comenzando a oscurecer antes de que termináramos nuestra investigación de la roca de Manco Cápac. Habíamos hecho arreglos para pasar la noche en la pequeña hacienda de la Pila o Fuente de los Incas y desandamos nuestro camino hacia allá lenta y dificultosamente. Esta hacienda se componía de tres pequeños edificios, que ocupaban otros tantos lados de un patio. Uno de ellos era una

cocina y dormitorio, otro era una especie de granero y almacén y en el tercero había un departamento reservado para el propietario, un habitante de Puno, cuando visitara la isla. El cuarto estaba blanqueado pulcramente, el suelo tenía esteras y había dos auténticas sillas de Connecticut y una mesa que podía ser tocada sin que se volcara y usada sin que se cayera en pedazos. Los alcaldes que nos tenían a su cargo atendieron fielmente a nuestras necesidades y nos sirvieron personalmente chupe, ocas y huevos. Su autoridad sobre la gente de la hacienda parecía absoluta.

La noche era de un frío cortante y no teníamos más envoltura que nuestros sudaderos, ya que nos rehusamos a utilizar algunas zaleas que los alcaldes habrían quitado a la pobre gente del establecimiento. Una zalea o la piel de una vicuña, extendida sobre el piso de barro de su choza, es la única cama del indio durante todo el año. Siempre es sucia y, con frecuencia, está llena de sabandijas. Antes de acostarnos salimos a la noche helada y estrellada y nos sorprendimos al ver fogatas que ardían en el pico más alto de la isla, en la cresta de Coati y en el promontorio de Copacabana. Otras, muchas de ellas apenas discernibles en la distancia, ardían también en la península de Tiquina y en las escarpadas orillas bolivianas del lago, con sus resplandores rojos que se precipitaban como lanzas doradas sobre el agua. A primera vista nos pareció que estaba teniendo lugar un intercambio misterioso de señales, relacionado tal vez con nuestra visita. Averiguamos, no obstante, que se trataba de la víspera de San Juan, que se celebra de esta manera en toda la Sierra. En esa noche arden fogatas en las cumbres de las colinas de todos los distritos habitados del Perú y Bolivia, desde el desierto de Atacama hasta el Ecuador.

Nos levantamos temprano y por primera vez comimos nuestro chupe con satisfacción, porque estaba caliente. Descubrimos que las casas de la hacienda estaban situadas en el lomo de un risco que se proyectaba hacia el lago y terminaba en un montículo o eminencia natural, redondeado artificialmente con gran regularidad y terraplenado desde el borde mismo del agua hasta su cima mediante muros concéntricos de piedra. Restos de un edificio, como un belvedere o cenador, resultaban conspicuos en su cima, desde la cual se tiene una magnífica vista del lago, sus islas y los distantes nevados. Al pie de esta eminencia, a ambos lados, hay pequeñas bahías con playas arenosas; la de la derecha penetra tierra adentro hacia el terraplenado Jardín de los Incas. Aquí se encuentra el rincón más abrigado de la isla y las terrazas están cubiertas de espigas de cebada, que está pasando del verde al dorado, y a medida que descendemos en zigzag llegamos a parcelas de guisantes y pequeños cuadrados de maíz, con tallos de apenas 90 centímetros de altura y mazorcas no mayores que un dedo, pero densamente cubiertas de compactos granos vítreos.

Bajamos y bajamos hasta llegar a un lugar en que oímos el agradable chapoteo y gluglú de las aguas; había un perfume sofocante de flores marchitas y en pocos minutos nos encontramos ante la Pila de los Incas. Estamos en la

mitad del valle en declive, en medio de terrazas dispuestas geométricamente y sostenidas por muros de piedras cortadas, que tienen nichos acordes con el gusto incaico y forman aquí tres de los lados de un cuadrángulo, donde hay un estanque, de 12 metros de largo, 3 de ancho y 1,5 de profundidad, pavimentado con piedras labradas. En él se vierten chorros de agua, cada uno del grosor del brazo de un hombre, desde orificios tallados en las piedras que están atrás. Sobre los muros que lo rodean cuelgan los zarcillos de vides y los tallos de plantas que se están rindiendo lentamente a la escarcha y, con los aromas y el retintín y chapaleteo del agua, uno podría imaginarse en el Patio de la Alhambra, donde las fuentes murmuran acerca de los moros, así como la Pila de los Incas cuenta su historia inarticulada de una raza ida, de cuyo gusto y poesía da un melodioso testimonio. El agua llega por pasajes subterráneos desde fuentes ahora desconocidas y su caudal no disminuye nunca. Fluye hoy día tan libremente como cuando los incas concurrieron aquí y convirtieron las empinadas laderas en terrazas, trayendo la tierra para rellenarlas -según cuenta la leyenda- desde el lejano valle de Yucay o valle de los Deleites Imperiales, distante 640 kilómetros. Como quiera que ello sea, se trata del jardín par excellence del Collao y atestigua por igual el gusto, iniciativa y habilidad de aquéllos que lo crearon, a pesar del más riguroso de los climas y el más ingrato de los suelos. Más abajo de este estanque, el agua es conducida de terraza en terraza hasta descargarse finalmente en el lago.

A mitad del camino entre el Jardín de los Incas y el embarcadero, en una repisa o terraza natural que domina el lago, pero muy alisada artificialmente, está el *Palacio* (así llamado) *del Inca*, al que ya he aludido brevemente. Su ubicación es magnífica. A ambos lados hay terrazas, algunas de ellas con nichos, que sostienen pequeñas estructuras subalternas, mientras que la empinada colina que está atrás y lo circunda como una media luna, también tiene terrazas de graciosas curvas, cada una definida no sólo por su revestimiento de piedra, sino también por un vigoroso crecimiento del arbusto que produce la Flor del Inca, que florece aquí todo el año.

El edificio es rectangular, de 15,5 metros por 13,4, y tiene dos pisos. El frente que da al lago está adornado o relevado en el piso inferior por cuatro altos nichos, de los cuales los dos centrales son vanos de puertas. En cada lado hay tres nichos, de los cuales el central forma también un vano de puerta. Está dividido en doce cuartos pequeños, de tamaño variable, comunicados entre sí de un modo que sólo puede volverse inteligible si se recurre al plano. Hay en conjunto cuatro grupos de habitaciones, dos grupos de dos cada uno y dos de cuatro cada uno. Estos cuartos tienen alrededor de 4 metros de altura, con paredes que se inclinan ligeramente hacia dentro, en tanto que su ciclo raso está formado por piedras planas que se traslapan, dispuestas con gran regularidad. Cada habitación tiene sus nichos, algunos pequeños y simples, otros grandes y complejos. Las paredes interiores así como las exteriores estuvieron estucadas

con fina arcilla tenaz, mezclada posiblemente con alguna sustancia adhesiva, y pintadas. Todavía quedan algunos parches de este estuco que indican que el edificio fue originalmente amarillo, en tanto que las partes interiores y molduras de los vanos de puertas y nichos eran de diferentes tonos de rojo.

El plano del segundo piso no es similar en absoluto al del primero. Su entrada está en la parte posterior, a nivel con una terraza que se extiende hacia atrás hasta la colina y se abre en un noble paseo que enfrenta a un muro con nichos y que sostiene a algunos edificios menores o "casas de verano"; ahora muy ruinosos. Parece no haber tenido ninguna comunicación directa con la planta baja, sea por escaleras o de otra manera. Los cuartos, que también están más o menos adornados con nichos, se hallan separados por medio de paredes mucho menos macizas que las que se encuentran abajo y no parecen haber tenido arcos como aquéllos, sino techos de paja, como la mayoría de las estructuras de los incas. La parte central de la fachada del segundo piso no estuvo cerrada, aunque sí probablemente techada, y formaba una explanada de 6,7 metros de largo y 3 de ancho, flanqueada por habitaciones que daban a ella.

Dos nichos, que se elevan justo lo suficiente para proporcionar asientos cómodos, aparecen en el muro que está al final de la explanada, desde donde puede obtenerse una de las vistas mejores y más extensas del mundo. Las olas del lago rompen a sus mismos pies. A la derecha está la elevada y diversificada península de Copacabana; en el centro del paisaje, la isla de Coati, consagrada a la Luna, así como Titicaca lo estaba al Sol; y a la izquierda, el fulgurante Illampu, con su manto blanco que se refleja en las aguas que se extienden como un mar al frente. El designio de esta explanada es demasiado obvio para admitir dudas e indica que los constructores no carecían de gusto ni eran insensibles a lo bello y grandioso en la naturaleza.

La tradición asigna la edificación de este palacio al Inca Túpac Yupanqui, quien construyó también el Templo de la Luna y el Convento de las Vírgenes dedicadas a su servicio en la isla de Coati. Lo construyó —así dice la leyenda—para que durante sus visitas pudiera tener siempre ante él la sede y santuario de la Inti-Coya, hermana y esposa de su pariente, el Sol. Los cuartos a cada lado de la explanada tienen dos ventanas cada uno, que se abren sobre el mismo paisaje que, según mi descripción, se puede ver desde la explanada misma. Hay características, arquitecturales y de otro tipo, relacionadas con el Palacio del Inca, que resultan realmente interesantes, pero que sólo se podrían hacer inteligibles mediante minuciosos planos y dibujos.

CAPÍTULO XVIII

Desvío a Puno

Regreso a Copacabana. — Salida para Puno. — Paisajes a la vera del camino. —Los pueblos y sus habitantes. —Lugar de descanso del Inca. — Antiguos sepulcros en Acora. — Chulpas o torres sepulcrales. — Llegada a Puno. — Bienvenida de un comerciante norteamericano. — Elevada ubicación de Puno. — Su origen moderno. Minas de plata vecinas. — Historia de José de Salcedo. — El comercio de lanas de Puno. —Aspecto de la ciudad. — Preparativos para visitar nuevamente las islas sagradas y explorar el lago. — Nuestra embarcación reformada e improvisada. — Viaje por el lago. — Noche en la isla de Titicaca. — Viaje en velero a la isla de Coati.

Al comprobar que una investigación apropiada de los restantes monumentos del Titicaca y las otras islas requeriría muchos días y que era tedioso y difícil ir de una isla a otra en las desmañadas balsas de los nativos, decidí seguir hasta Puno, capital del departamento, y convertirlo en la base de mis futuras operaciones en la cuenca del Titicaca. Nuestro regreso a tierra firme tuvo lugar en una balsa más pretenciosa y cómoda que aquélla en que nos habíamos aventurado la primera vez.

Nuestro regreso a Copacabana fue rápido y encontramos a nuestro comandante recorriendo las calles del pueblo sumamente encolerizado, disparando indiscriminadamente contra todos los perros que se ponían al alcance de su escopeta de dos cañones. "Los miserables", apelativo con que caracterizaba a la gente a su cargo, "no tienen lo suficiente para comer ellos mismos y a pesar de ello llenan el pueblo con estos husmeadores, gruñones, famélicos y ladrones perros de mala raza. Esto no seguirá y yo...". Al llegar aquí divisó un perro que vagabundeaba en una esquina de la calle y se lanzó en su persecución. Un disparo y un gruñido nos dijeron lo que había ocurrido. El comandante regresó pronto, se excusó por habernos dejado en forma tan repentina y nos condujo a su casa, diciendo que sabía que debíamos estar hambrientos.

Nuestra cena fue escasa y pensamos que el comandante, que era un comilón talentoso, refrenaba más bien su apetito, además de mostrarse un poco abstraído y caviloso. Pronto se descubrió la verdad. Previendo nuestra llegada, había conseguido en Yunguyo un cabrito que deberíamos haber comido, pero los famélicos perros lo habían descubierto de alguna manera y cuando llegó el momento de que interviniera el cocinero, he aquí que no quedaba ni un hueso. "¡Ni un huesito, caballeros!" dijo el comandante, con palpable humedad en el rabillo de sus ojos. No sé cuántos perros inocentes sufrieron por los pecados de sus congéneres, pero se los contaba por veintenas, y a la mañana siguiente no se veía en el lugar ningún ejemplar viviente del género canis. Los sobrevivientes habían sido cuidadosamente escondidos por sus dueños.

No relataré los detalles e incidentes de nuestro viaje desde Copacabana hasta Puno. Nuestra senda fue la del tradicional Manco Capac, por la orilla occidental del gran lago. Los desorganizados estratos carboníferos se elevan alrededor de nosotros en mil formas retorcidas y fantásticas y ocasionalmente vemos cómo se extienden por encima o más bien a través de las colinas largas zanjas entrampadas que semejan fantásticas fortificaciones titánicas. Constantemente encontramos nuevos y variados paisajes en los que el lago, sus audaces islas pardas y los distantes Andes nevados son los motivos siempre repetidos. A veces nuestra senda corre a lo largo de la playa arenosa del lago en la que las olas, empujadas por el furioso y frío viento del nordeste, rompen con fuerza oceánica. A intervalos llegamos a largas, rectas y estrechas calzadas construidas a través de bajíos y pantanos resultantes de la bajada de alguna antigua bahía que penetraba profundamente en la tierra, calzadas que fueron construidas por los incas y que los españoles dejaron caer en ruinas. Algunas de ellas son ahora tan ruinosas que resultan intransitables y nos vemos obligados a efectuar tediosos rodeos a lo largo de las bases de las colinas para llegar a un punto al otro lado del pantano que no dista más de 900 metros en línea recta. Observamos centenares de cuis o conejillos de Indias, propios del país, que se escapan precipitadamente por las paredes rotas de encierros o atisban furtivamente por grietas. Distribuidas en las praderas bajas hay miles y decenas de miles de aves acuáticas, aparentemente en cónclave solemne, que se elevan, si nos acercamos demasiado a ellas, con un poderoso batir de alas y un ruido como el de una granizada en un bosque.

A intervalos de 20 o 25 kilómetros llegamos a pueblos importantes, cuyo tamaño nos sorprendería si no supiéramos que en ellos se reúnen casi todos los habitantes de la región. Aquéllos cuya ocupación está en el campo salen a trabajar a la mañana y regresan a la noche, pero durante este tiempo de frío cortante, la mayoría de ellos se envuelve en sus ponchos de lana de llama y se reúne lóbregamente en sus oscuras, sucias y mal ventiladas cabañas de noche o durante el día se calienta silenciosamente en los lados asoleados de sus míseras habitaciones. Nada nos deprime más que el estupor y la lobreguez de los pueblos, que parecen hallarse bajo la capa mortuoria de una pestilencia, y nada

nos repele más que el hosco y casi malhumorado aspecto y modales de los habitantes. Rara vez se ve una sonrisa, jamás se escucha una risa. Los niños, impasibles, nunca lloran. Sólo en ocasión de los festivales paganos tolerados por la Iglesia o incorporados a los suyos propios y cuando lo ha calentado la chicha o enloquecido el cañazo el apático aymara se muestra animado; se trata, sin embargo, de una animación salvaje, casi tigrina, que causa estremecimiento, pero no genera ninguna simpatía.

En estos pueblos hay grandes iglesias, cuyo carácter macizo desafía por igual al tiempo y al abandono. La de Pomata es de piedra, dentro y fuera; el altar mismo está tallado en piedra y sus techos y paredes y los nichos de los santos están totalmente cubiertos con un encaje de escultura, cuyo diseño es tan complicado como delicada es su ejecución. El trabajo debe haber sido realizado por los indios antes de que perdieran la habilidad de canteros que poseían en la época de la conquista, habilidad de que dan testimonio permanente todos los valles de la Sierra.

A medida que avanzamos oímos hablar de fortalezas y otras obras "muy disformes" de "El Rey Inca", pero siempre están muy lejos y sabemos por experiencia cuán poco se puede confiar en los relatos de los ignorantes, que con tanta frecuencia confunden lo natural con lo artificial y lo fútil con lo importante. Sólo en nuestro tercer día de viaje encontramos algunos restos antiguos dignos de mención.

Entre Juli e Ilave nos encontramos junto al camino con una masa de roca arenisca, de 30 metros o más de largo y entre 4,5 y 6 de altura. Es naturalmente redondeada, pero en ella se ha cortado una escalera hasta su parte superior, que ha sido nivelada artificialmente. Aquí hay un asiento, tallado en la roca, que por su forma y tamaño se asemeja a un gran sillón, en tanto que más abajo, al frente y en derredor, hay otros asientos semejantes pero elaborados, a los que se llega por otros tramos de escalera, igualmente cortados en la roca. Dice la tradición que éste era el "lugar de descanso del Inca" en sus viajes o peregrinaciones y que la gente acudía aquí para homenajearlo, trayéndole chicha para su deleite y el de sus asistentes.

Al acercarnos al pueblo de Ácora, a tres días de viaje de Copacabana, llegamos a una llanura amplia, alta y arenosa, cubierta de pasto ichu, a través de la cual el camino se extiende en una larga línea. La llanura está cubierta con muchos monumentos toscos, pequeños círculos y cuadrados de piedras erectas sin labrar, plantadas en el suelo, que a veces sostienen otras, que se traslapan y forman cámaras, con aberturas que dan por lo general hacia el norte. Por su aspecto e índole son casi idénticas a los crónlech de Europa y podrían ser trasladadas a Bretaña o Gales y pasar por estructuras contemporáneas de los miles de toscos monumentos antiguos que se hallan en esas regiones. Investigaciones posteriores

me convencieron de que eran de origen sepulcral y que constituían formas toscas y primitivas de las que después llegaron a ser chulpas complejas y simétricas.

Este parece el lugar apropiado para proporcionar algunos detalles de estas torres, únicas y características como son, en relación con las obras más antiguas y primitivas que encontraremos en abundancia en todo el antiguo Collao. Y aquí se debería explicar, tal vez, que el Collao propio de los incas parece haber abarcado tan sólo aquella parte de la cuenca del Titicaca cuyo límite estaría definido por una línea irregular, que circunscribe las fuentes de los cursos de agua que se vierten en el lago y no toda la región ocupada por los aymaras, a cuya gran familia andina perteneció la mayor parte de los habitantes de la región llamada Bolivia. Antes de su incorporación al imperio quechua o incaico, parecen haber estado divididos en varios estados o principados, gobernados por jefes o curaças, que tenían sus capitales o sedes de poder muy distantes unas de otras. Uno de los más poderosos entre ellos -así dice la tradición- tenía su sede en la playa del lago encerrado por rocas de Uinayo, cerca del extremo septentrional del lago Titicaca, donde encontramos extensos restos monumentales que confirman la tradición. A este jefe de Hatuncolla pertenecía el distrito al que ahora entramos, distrito en el que se encuentran los toscos monumentos sepulcrales a que he aludido. Un círculo o un cuadrado, compuesto de piedras asentadas en el suelo, con otras piedras colocadas horizontalmente encima de ellas, que se traslapan unas sobre otras de tal manera que se apoyan entre sí y se sostienen mutuamente en el centro, para formar una cámara toscamente enarcada, he aquí una breve pero exhaustiva descripción de su índole. Las piedras son a menudo grandes e implica un esfuerzo considerable colocarlas en su posición actual.

En la base de las colinas que limitan la planicie de Ácora por el oeste hay varias de estas chulpas. Algunas son cuadradas, otras redondas, pero todas siguen el mismo plan y estilo. Su masa interior es de piedras rústicas asentadas en arcilla, pero están revestidas de bloques labrados de piedra caliza. La descripción de una de ellas, con la ayuda de una vista y una sección, ilustrará en medida suficiente la índole de todas. Tiene 5 metros en cuadro y 7,3 metros de altura, y se eleva desde una plataforma de piedras cortadas de 6,7 metros por lado, que se alza 30 centímetros sobre el suelo; 90 centímetros por debajo de su parte superior hay una saliente o cornisa de 60 centímetros de profundidad que sobresale alrededor de 30 centímetros en cada lado, con lo cual constituye un severo pero eficaz adorno o acabado. En la cara oriental, al nivel de la plataforma, hay una abertura cuadrada de 45 centímetros de altura y ancho. Después de arrastrarme por ella con dificultad, porque estaba obstruida con desperdicios, me encontré en una bóveda o cámara de 3,3 metros en cuadro y 3,9 metros de altura, cuyos lados se elevan verticalmente hasta una altura de 2,4 metros, donde las piedras comienzan a traslaparse para formar una especie de arco puntiagudo. A 90 centímetros del piso de la bóveda, en el centro de cada una de sus cuatro caras, hay un nicho de 1 metro de altura y 45 centímetros de profundidad, cuyos lados se inclinan uno hacia el otro en la parte superior. La entrada está inmediatamente debajo de uno de estos nichos. En esta bóveda oscura no encontré nada, salvo algunos huesos humanos y fragmentos de alfarería y los huesos roídos de animales, arrastrados aquí probablemente por perros, para los cuales éste había sido evidentemente un refugio favorito.

Chulpa es la palabra aymara para designar tumba, y cerca de la que se acaba de describir hay otra, de 7,9 metros de altura, que tiene una bóveda similar, con nichos, pero que es redonda en vez de ser cuadrada. Exteriormente tiene una saliente o cornisa similar y su parte superior posee la forma de una cúpula. Su característica peculiar, en común con todas las chulpas redondas, es que se expande hacia afuera o que su diámetro aumenta desde su base hasta el punto en que la cúpula nace, donde tiene 43 centímetros más de diámetro que en su cimiento.

Estas chulpas son comunes en la región del Titicaca, por lo general se encuentran en grupos que van de veinte a cien y casi invariablemente ocupan alguna rocosa arista o espolón de las colinas o montañas o alguna escarpada eminencia de la planicie. Ocasionalmente se presentan aisladamente o en parejas. En los distritos habitables cerca de la cabecera del lago casi no hay panorama en que no aparezca uno o más grupos, lo cual constituye una característica singular e interesante del paisaje, especialmente cuando se destacan en sus rocosas eminencias audazmente contra el cielo. En el antiguo pueblo de Chucuito, alguna vez el más importante del Collao, situado a unos 20 kilómetros de Ácora, hay un monumento singular. Tiene forma rectangular, mide 19,8 metros en cada uno de sus lados y consiste en una serie de grandes bloques de piedra toscamente labrados, colocados compactamente uno al lado del otro sobre una plataforma o más bien una base de piedras hundidas en el suelo, que sobresalen 35 centímetros hacia fuera por todos lados. La entrada tiene lugar desde el oeste, entre dos bloques de piedra más altos que el resto. Puede considerárselo un tipo de una clase avanzada de monumentos megalíticos, de ningún modo raros en las altiplanicies del Perú.

Casi todos los viajeros en la Sierra son tomados por vendedores ambulantes de *joyas* o alhajas baratas, y nuestros instrumentos y cajas fotográficas con cerraduras de hierro daban aparentemente la impresión de que también nosotros éramos vendedores de pasta y falsificaciones en gran escala. Diez kilómetros antes de llegar a Puno y justo cuando dimos con la bahía en que se levanta, observamos a un hombre espléndidamente montado que cabalgaba en forma rápida hacia nosotros por la densa arena. Se detuvo al aproximarnos, se quitó el sombrero y nos saludó con gran estilo. Respondimos con igual pompa, calculando mentalmente si sería un mensajero del prefecto del departamento o el prefecto mismo que había venido a ofrecernos la condición de ciudadanos honorarios y la hospitalidad de la ciudad de Puno. Pero vino a ser el vendedor residente de baratijas, quien al enterarse de que nos acercábamos, había decidido

que éramos buhoneros y había acudido para hacernos una oferta por todas nuestras existencias a fin de evitar que abriéramos tienda y vendiéramos más que él en el pueblo. Tardó en convencerse de que éramos simples viajeros que estudiábamos la región, pero cuando estuvo satisfecho al respecto, nos lanzó una mirada despectiva y sin un adiós siquiera, espoleó su caballo hasta lanzarlo al galope y nos dejó contemplando el revoloteo de su poncho tan bien como nos resultara posible a través del polvo que levantaba. No creo probable que los viajeros científicos inspiren mucho respeto o se granjeen un elevado aprecio entre la gente mestiza de la Sierra. Deben contentarse con que los pastores indios los tomen por Viracochas.

Después de doblar bruscamente un promontorio alto y escarpado, en cuyas repisas y entre cuyas grietas pescadores indios habían instalado sus chozas, semejantes a nidos de golondrinas, llegamos a la vista de Puno, que se eleva a orillas de su bahía medio cubierta de totoras y plantas acuáticas, al pie de la colina o más bien cerro de vetas plateadas de Cancharani. La ciudad debe su origen a las famosas minas de El Manto y otras, que han apanalado el cerro. Tiene unos 6000 habitantes, nueve décimos de los cuales son indios puros: los aymaras ocupan la parte meridional y los quechuas la septentrional.

Teníamos cartas para el señor T., un caballero norteamericano de Filadelfia casado en el país, que era el principal comerciante del lugar, y de inmediato nos dirigimos a su casa. Aquí encontramos una hospitalidad como la que se puede esperar de un ardiente norteamericano que sólo rara vez ve la cara de un compatriota y aquí descansamos un tiempo de nuestros viajes.

Puno tiene una altura mayor que cualquier otro pueblo importante del Perú, excepción hecha del pueblo minero de Cerro de Pasco. Está a 3825 metros sobre el mar. Ningún edificio en el mundo, de dimensiones iguales a las de su catedral, ocupa una posición tan elevada y en cualquier parte hay pocos mejor construidos o más macizos. La ciudad es relativamente moderna y debe su origen al descubrimiento de ricas minas de plata en las montañas de Cacharani y Lascaycota, al pie de las cuales fue construida alrededor del año 1660.

Se dice que el secreto de estas minas fue comunicado por una muchacha india, a un tal José de Salcedo, quien las trabajó con inmenso beneficio hasta que su riqueza excitó la codicia de los avaros e inescrupulosos gobernadores reales. Estos nunca carecieron de acusaciones contra aquéllos de quienes deseaban deshacerse y en 1669, bajo algunas de ellas, Salcedo fue aprehendido, llevado a Lima y ejecutado. En vano ofreció pagar mil marcos de plata por día a sus jueces si suspendían la ejecución de su sentencia durante el tiempo requerido para llevar una apelación a la corona de España. Pero el triunfo de los funcionarios de la corona fue breve, porque tan pronto como los fieles indios de Salcedo se enteraron del procedimiento contra él, detuvieron los desagües de la mina y ésta se llenó de agua. Un pequeño lago cubre ahora el lugar que la tradición asigna a

la mina trabajada por el infeliz Salcedo. Sin embargo, muchas otras vetas fueron trabajadas posteriormente, de las cuales una, El Manto, penetró más de 3.2 kilómetros cerro adentro. Las únicas actividades mineras actuales consisten en extraer la plata de los minerales rechazados en el pasado.

Puno ya no depende de sus minas, sino que obtiene un mejor sostén de su comercio de lanas, de los numerosos rebaños que ahora constituyen la riqueza del departamento del que es la capital. Se la envía principalmente a Arequipa, desde donde sale hacia el mundo. También hay una exportación limitada de mantequilla.

Puno es un lugar triste, con casas bajas cubiertas de paja y calles heladas por las que se deslizan llamas silenciosas e indios igualmente callados, con trajes tan sombríos como las yermas colinas que rodean la ciudad y cortan la vista en todas direcciones, salvo hacia el lago. Aquí están las aguas brillantes de la bahía de Puno, bordeada en todo su contorno por un ancho cinturón de totora y relevada por unos pocos islotes rocosos, cada uno de los cuales tiene su tradición indígena y en uno de los cuales confinaban los gobernadores realistas a los patriotas cautivos durante la guerra revolucionaria, sin resguardo del sol o protección, contra el frío.

Después de unos pocos días de descanso comenzamos nuestros preparativos para explorar el lago y visitar de nuevo la isla de Titicaca. He dicho que en esta época no había botes en el lago Titicaca. Había uno, un ordinario bote descubierto de cuatro remos, de 4,5 metros de largo, que felizmente pertenecía a nuestro bondadoso anfitrión, quien nos presentó a una persona que había estado empleada en la armada chilena, el capitán Cuadros, a quien le hice la corte inmediatamente. Después de varias "inspecciones" de la embarcación, se convino en que si se elevaban sus lados y se la dotaba de velas cangrejas, podíamos aventurarnos en ella en el ancho y a menudo turbulento lago. Pero elevar los costados (Cuadros los llamaba "macarrones") era más fácil de decir que de hacer. ¿De dónde iban a salir las tablas? La última consignación a Puno, consistente en media docena de tablones aserrados en Maine, cortados en secciones y traídos desde la costa en mulas, un viaje de veinte días, había sido agotada por nuestro anfitrión mismo en la confección de persianas para las ventanas de su almacén. Por eso nos vimos obligados a deshacer algunas cajas y armar nuestros "macarrones" con los pedazos. La Natividad resultó una embarcación maravillosa para la vista cuando todo estuvo terminado. Sus costados eran tan abigarrados como un paredón fuera de uso de una ciudad, cubierto de carteles. Aquí se leía "Fragile", cerca "This side up with care" y a continuación "Bitters, X.S.P.9", en todo tipo de letras. Los mástiles eran dos palos que habían sido traídos desde los valles amazónicos de Carabaya en los hombros de indios y parecían haber sido escogidos por sus maravillosas sinuosidades. H. protestó diciendo que eran "demasiado torcidos para mantenerse inmóviles". Una caja que había sido revestida con hojalata para envasar calicós, que contenía un pequeño horno de

arcilla, fue firmemente amarrada a la popa como cocina y con gran fortuna conseguimos una bolsa de carbón de leña. El capitán Cuadros tenía un pequeño espacio cercado para él en la popa, donde se desempeñaba como capitán, piloto y timonel. El profesor Raymondi y yo ocupamos el centro de la embarcación, en tanto que dos bogadores o remeros e Ignacio, mi sirviente, un bribón consumado, que actuaba como cocinero, se acomodaron "como marineros".

Cierta mañana, a la temprana hora de las seis, cuando el mercurio del termómetro oscilaba en 0° C, partimos en esta frágil embarcación. No contábamos siquiera con el rápido movimiento del bote para calentarnos por un esfuerzo de imaginación, porque el único canal para salir de la bahía de Puno es poco profundo y sinuoso y la totora, que se cierra por todas partes, nunca deja un espacio libre de más de 4,5 metros y en algunas partes lo atraviesa por completo. Tres horas de paciente esfuerzo nos llevaron más allá de las malas hierbas y entonces una buena brisa nos permitió avanzar rápidamente hacia Coati y Titicaca. Aunque se trataba de un lago, pronto los pasajeros y el cocinero estuvieron mareados y pagaron su tributo al dios del lago Titicaca tan fielmente como lo hubieran hecho al viejo Neptuno mismo en circunstancias similares.

Nuestro viaje no fue de ninguna manera una excursión de placer. Caía ya la tarde invernal cuando a eso de las cuatro el viento se apaciguó dejándonos encalmados a 5 kilómetros de la isla de Titicaca. Recurriendo a nuestros remos y con la ayuda de unas pocas y leves ráfagas de viento, conseguimos finalmente penetrar en una de las bahías resguardadas de la isla. Había algunas chozas indias cerca de la playa y, dispersos en ellas, conseguimos pasar la noche.

Nuestro primer pensamiento a la mañana fue el Intihuatani o Templo del Sol, pero todas nuestras averiguaciones respecto de su ubicación no lograron sonsacar ninguna información y nos vimos obligados a diferir el propósito de explorarlo. Volvimos a izar nuestras velas en dirección a la isla de Coati y alrededor de las diez de la mañana desembarcamos en sus playas.

CAPÍTULO XIX

La Isla Sagrada de Coati y nueva visita a Titicaca

La Isla de Coati consagrada a la Luna. —Pequeña, pero fértil. —Los dos grupos de ruinas. —Las Puertas de Purificación. —Restos de tambos. —El así llamado Palacio del Sol, probablemente Templo de la Luna. —El santuario de Coati. —Posición y estructura. —Construcción interior. —Curiosas habitaciones. —Patio o corral para las llamas y vicuñas sagradas. —Plataformas y terrazas. —Magnífica vista. —Origen de las estructuras. —Derivación del nombre de la isla. —Sacerdotes y vestales. —Un accidente. —Nueva visita a Titicaca. —Búsqueda del Templo del Sol. —Relaciones de los cronistas. — Identificación de las ruinas. —Lugares en que se encadenaba al Sol. —Un elevado promontorio con terrazas. —Vista desde su cima. —El caserío de Challa. —Importancia histórica real de la isla de Titicaca. —Fecha y origen de sus estructuras. —Embarque para Puno. —Un viaje borrascoso. — Entrada a puerto en Escoma. —Ruinas que hay aquí. —Encalmados en el lago. —Llegada a Puno.

1

La isla de Coati, dedicada a la Luna, como Titicaca lo estaba al Sol, figura en segundo lugar entre las islas sagradas del Perú. Dista más o menos 9,5 kilómetros de Titicaca, con la que contrasta en todo sentido. En tanto que Titicaca es alta y rugosa, con playas profundamente melladas y suelo árido, Coati sólo tiene una elevación moderada, con una superficie pareja, playas regulares y se la puede cultivar en toda su extensión. Es pequeña y su largo no excede de 4 kilómetros por, tal vez, 1,2 de ancho. En la actualidad constituye una sola hacienda y su población se limita a tres o cuatro familias de indios, quienes cultivan un poco de quinua, maíz y papas y tienen un rebaño de ovejas que encuentra abundante pasto en sus laderas, que están provistas de terrazas que ascienden desde el borde del agua y ofrecen un aspecto de gran regularidad y belleza cuando se las mira desde corta distancia.

Hay dos grupos de ruinas en la isla, uno en el extremo más próximo a Titicaca y cerca de lo que era el antiguo desembarcadero para balsas y el otro aproximadamente a mitad de la longitud de la isla, en su lado septentrional. Los restos más próximos al desembarcadero son en parte similares a los que he

descrito como los primeros que encontramos al desembarcar en Titicaca, esto es, los edificios ubicados en terrazas, con pasajes angostos entre ellos por los que tenían que pasar los peregrinos al desembarcar y donde, tenemos razones para creerlo, se les obligaba a realizar ciertas ceremonias y pasar por ciertas lavaciones.

Más allá de estas Puertas de Purificación y a no mucha distancia, en la cresta de la isla, hay algunos restos bastante extensos de lo que probablemente fueron tumbos o casas para la recepción de peregrinos y para el alojamiento de los custodios de la isla.

El principal monumento antiguo de la isla, que le confiere su interés principal, es el edificio llamado Palacio de las Vírgenes del Sol, pero probablemente sería mejor llamarlo Templo de la Luna. Está situado en el lado septentrional de la isla, más o menos a mitad de su longitud, donde la playa se curva hacia dentro como la luna en cuarto creciente y se adapta a una curva similar de la elevada cordillera que atraviesa la isla. En la falda de este anfiteatro natural, su extensión de terrazas alineadas con olivos o árboles de quinua silvestres, con sus troncos rojos y follaje oscuro, se alza el santuario de Coati. Ocupa la parte superior de una serie de siete terrazas sostenidas por muros de contención hechos con piedras cortadas y sin cortar. Estas terrazas, que están flanqueadas por otras y a las que se asciende por sendas en zigzag o escaleras curiosamente diseñadas, al caer hacia el lago brindan superficies llanas, que parecen haber sido rellenadas con la tierra más rica, como los *andenes* del Templo del Sol en Titicaca.

La estructura misma ha sido construida en torno de tres de los lados de un patio oblongo rectangular, de 55 metros de largo por 24 de ancho, y sigue un plan complicado pero armonioso, que ninguna descripción puede aclarar tanto como el grabado adjunto. Las ruinas se hallan todavía en tan buen estado de conservación que es posible levantar el plano con poca dificultad y figuran entre las ilustraciones mejores y más inteligentes de la arquitectura incaica en el Perú. El material empleado en el edificio es la piedra, toscamente labrada, asentada en arcilla tenaz y, al igual que las estructuras de Titicaca, cuidadosamente estucada. De los treinta y cinco departamentos en que está dividida la planta baja, sólo uno —b en el plano— está revestido con piedras labradas y parece haber constituido una especie de penetrale o cámara secreta, a la que se llega por un angosto pasaje enarcado. Todos los intentos de ornamentación arquitectural aparecen en las fachadas que dan al patio y consisten en nichos elevados y adornados, cuyo fondo desaparece en algunos casos y posibilita la entrada a los departamentos interiores. Cada uno de estos nichos y vanos de puerta está en el centro de una especie de estructura o panel de estuco, como se muestra en la elevación. Los nichos son totalmente uniformes y rompen agradable y artísticamente la monotonía de las largas hileras de paredes, que están aliviadas además por adornos no fáciles de describir, pero que se muestran en las ilustraciones y que están hábilmente realizados a fin de dar luz al interior del edificio, sin ningún

indicio externo de un propósito semejante. La fachada está diversificada además por la ubicación de la línea de cornisa en una posición más alta que en otras partes sobre las entradas, con lo cual se las distingue de los vanos de puerta ciegos o nichos ornamentales. La cornisa, que se compone de tres capas de piedra, sobresale 45 centímetros. El exterior estuvo pintado de amarillo, excepción hecha de los nichos y las superficies interiores de las graduaciones de las cornisas, que eran rojas.

El edificio era de dos pisos o más bien tenía una elevación de un piso y medio. El techo tenía una caída casi tan aguda como los techos de Holanda, pero no se extendía por todas partes paralelo a las fachadas. Al contrario, se interrumpía por la presentación de gabletes hacia el patio, a fin de producir un efecto coincidente con el que distingue el estilo arquitectónico conocido como isabelino.

Los pisos de los departamentos superiores han desaparecido, evidentemente por haber sido de madera. Los retallos o salientes en la pared que los sostenía están claramente marcados en todas partes, y hay retallos similares en las caras interiores de los gabletes, con piedras salientes en que apoyar y fijar los techos. Todavía se distinguen los lugares en que se insertaron las parhileras. Probablemente el plano del piso superior coincidía casi por completo con el del inferior y se llegaba a él mediante escaleras de piedra cortada, algunas de las cuales todavía son perfectas.

Las habitaciones estaban conectadas entre sí mediante puertas que atravesaban directamente los tabiques o se hundían, si puedo emplear el término, en las paredes laterales. Para llegar a algunas de las habitaciones interiores era necesario pasar por varias de las exteriores. Cada puerta que daba al patio conducía a su propio sistema especial y separado de cámaras. Éstas estaban iluminadas en forma diversa; algunas por medio de pequeñas ventanas (W) que daban al patio, donde se las disimulaba mediante los adornos de la fachada, y otras por medio de ventanas que se abrían a través de las paredes exteriores y no ornamentadas, marcadas en el interior por medio de nichos. Cada gablete estaba atravesado por una o dos ventanas grandes, angostas en la parte superior y anchas en la base. Entre las ruinas hay un solo departamento pequeño, revestido con piedras cortadas en forma pareja, al que se entra por un pasaje abovedado de 6 metros de largo y 2,4 de altura. Hay una pequeña abertura hacia él de pocos centímetros en cuadro desde una habitación o celda exterior, evidentemente no concebida para dejar pasar la luz y que parece haberse destinado a permitir la comunicación verbal con el interior. De hecho hay muchas particularidades interesantes relacionadas con la disposición interior de la estructura, celdas oscuras, nichos de formas extrañas y puertas disimuladas, todas las cuales sugieren artificios monásticos, reclusión, penitencia y misterio. Éstas sólo se ponen de manifiesto si se estudia cuidadosamente el plano de los edificios. Confunden la descripción.

Sin embargo, las características salientes de los edificios son dos cámaras o cuartos, de 6 metros de largo por 3,6 de ancho, a los que se entra desde el centro de la fachada principal, no por vanos de puerta como los que acabamos de describir, sino por aberturas amplias, de 4,5 metros de ancho. El suelo o piso en ellas se eleva a 1,2 metros por sobre el nivel de los pisos del edificio en general y se llega a él por tramos de escalones de piedra. En el interior y directamente frente a la entrada hay en cada cuarto un gran nicho, avellanado en la pared, que aquí ha sido hecha de mucho espesor. Por su estilo coincide completamente con los que adornan la fachada. En cada extremo del departamento se ven dos nichos pequeños. Estos cuartos, que parecen haber sido mucho más elevados que todos los demás y haber estado coronados por techos piramidales, no tienen comunicación entre sí o con cualquiera de las otras habitaciones. Su propósito casi no admite duda. Eran los lugares sagrados o santuarios del convento y contenían las estatuas o simulacra del Sol y de la Luna respectivamente, que, según lo afirma la tradición, eran la una de oro y la otra de plata. Las entradas no parecen haber estado cerradas, a no ser, quizá, con un velo de género como el que estaba extendido sobre la roca sagrada de Titicaca. No es difícil imaginar el patio nivelado frente a estos santuarios, repleto de peregrinos reverentes, quienes, cuando se levantaban los velos, inclinaban sus cabezas hacia el suelo en señal de adoración de los símbolos de sus divinidades, resplandecientes bajo los esplendores del Sol, su padre y dios a la vez.

Entre las dos cámaras, que presumo que eran los santuarios del Sol y de la Luna, hay un departamento más pequeño, al que se entra por una puerta angosta. La vista hacia el interior está interrumpida por una cortina o pared transversal, detrás de la cual hay una especie de estrado de piedra, con una plataforma delante de él. Sólo podemos conjeturar que estaba en alguna forma relacionado con los santuarios mismos y con las ceremonias a que estaban dedicados.

Frente al convento encontramos, detrás de su ala derecha, un patio limitado en parte por el edificio mismo y en parte por un muro de retención semicircular, dotado de nichos, que se adapta a la curva del anfiteatro en que está construido el convento. Se ingresa a él desde las terrazas que rodean las alturas, por un pasaje principal situado entre dos edificios sencillos, que dependen no obstante de la estructura general. El propósito probable de este patio o recinto se nos hubiera ocurrido durante nuestra visita cuando comprobamos que lo empleaban como corral los pastores indios, aun si no hubiéramos sabido previamente, sobre la base de la tradición, que aquí se tenían las vicuñas y llamas sagradas, con cuya lana las mamaconas o vestales confeccionaban sus propias prendas, así como las de la casta real y las colgaduras de los templos.

Sería inútil tratar de describir la realmente bella aunque complicada serie de terrazas que descienden en armoniosas graduaciones desde el patio o explanada del convento hacia el lago. Semejante intento sería por igual confuso e

insatisfactorio y sólo se debe decir en general que el gusto moderno difícilmente podría sugerir una disposición más agradable de plataformas o terrazas o el arte moderno llevar a cabo más satisfactoriamente las concepciones del proyectista. El frente de retención de la segunda terraza debajo del patio del convento es de piedras cortadas, admirablemente encajadas, y a lo largo de su parte superior corre un muro de piedras, que llega hasta la altura del pecho: una especie de parapeto o balaustrada, perforado a intervalos regulares con aberturas, conformadas como los nichos con que nos estamos familiarizando, a través de las cuales puede verse el relampagueo y juego de las aguas del lago. Dos escaleras Avellanadas, si se puede emplear el término, permiten el descenso hasta la terraza que está abajo, desde donde voltean en curva terrazas de flanco que terminan en plataformas rectangulares, que tal vez sostenían estructuras tan livianas y temporarias, si no de tan buen gusto, como nuestras propias casas de verano.

En la fresca y pequeña isla de Coati, donde resalta sobre el verde y gris del anfiteatro terraplenado en que está construido, brillante de colorido y diversificado con adornos, de diseño audaz y libre, con sus terrazas sembradas, como sabemos que lo estaban, con flores, algunas de las cuales lozanean como antaño, el Convento de las Vírgenes del Sol debe haber sido un objeto impresionante y bello a la vez. Ahora resulta triste en su ruina, pero no deja de tener características familiares y caseras, que lo relacionan con la vida y simpatía modernas. Sus gabletes pueden confundirse con los del ruinoso cortijo de algún hugonote exiliado en Norteamérica, como los que vemos en New Rochelle, cerca de Nueva York, y la cantería, de la que el estuco se ha desprendido, puede pasar por la obra del mismo arquitecto rural que construyó a orillas del Hudson la pequeña escuela de piedra en que aprendí mis primeras letras. Cuando lleguemos al Cuzco, en sus calles angostas, bordeadas por las altas, severas y pétreas caras de sus fríos y quizá más clásicos muros, casi dolorosos por su precisión y regularidad geométrica, recordaremos al santuario de Coati y añoraremos sus variadas tonalidades y diversificados contornos.

Pero si este edificio es pintoresco, la vista desde sus terrazas es maravillosa. Para dar una idea adecuada de la majestad de la escena que se presenta ante los ojos del que está parado en la explanada del convento de Coati, haría falta un gran pintor que trabajara con su estado de ánimo más elevado y más inspirado. Aquí, como casi en todas partes en la cuenca del Titicaca, el grande y nevado Sorata o Illampu es el centro y la característica dominante del paisaje, y en ningún lugar su poderosa mole es más claramente visible ni más impresionante su extraña y austera belleza.

Los cronistas asignan tanto a Huayna Cápac como a su padre, Túpac Yupanqui, el supuesto restaurador de los santuarios del Sol en Titicaca, la selección de la isla de Coati como el santuario de la Luna. Así como la hermana y esposa del Inca era llamada Coya, así *Quilla*, la Luna, como esposa y hermana del Inti o Sol era llamada por un nombre similar: *Inti* Coya. Se supone que el nombre

de la isla deriva de esta denominación, Coyata o Coata, el Lugar de la Coya. Según la tradición, uno de estos Incas construyó aquí un templo y convento en el que instaló tanto a sacerdotes como a vestales, con santuarios del Sol y de la Luna, el primero adornado con oro y el último con plata. También asignó a dos mil de sus súbditos, que estaban libres de tributo y otros trabajos, como residentes de Copacabana, con la obligación de que cuidaran y cultivaran la isla, mantuvieran sus andenes en orden y sirvieran al santuario. La isla sólo era aventajada por Titicaca como lugar frecuentado por peregrinos, quienes traían aquí, como ofrendas, lana de vicuña y de alpaca y plumas de aves, que debían ser trabajadas por las vestales, y mucha chicha, que habían de beber los sacerdotes, cuyas oraciones estaban destinadas a conseguir buen tiempo y cosechas abundantes.

Si esto fuera cierto, tanto sacerdotes como vestales deben haber ocupado el mismo edificio, con los respectivos sectores separados tal vez por los santuarios a que he aludido. Los cronistas frailunos se esmeran, por supuesto, en representar a las afamadas vestales más bien como sacerdotisas de Venus que de Diana y sus festivales religiosos como orgías lascivas, en las que, dice Ramos, "se revolcaban como brutos sucios en el lodazal de sus obscenas costumbres. Lo cual —añade el panegirista e historiador de la Virgen de Copacabana—, es común en toda idolatría".

Durante nuestra estadía en la isla de Coati empleamos como lugar para dormir nuestra carpa fotográfica; pero la espléndida luz de la luna era demasiado atractiva para permitir que nos retiráramos a vivienda tan estrecha y permanecíamos afuera hasta altas horas de la noche, cuando las brisas heladas de los nevados Andes nos enviaban, tiritando, a nuestros lechos.

Dedicamos tres días a las interesantes ruinas de esta isla, las cuales se distinguieron por uno de los pocos accidentes que me acaecieron durante mi exploración. El tercer día había completado mis reconocimientos y, subido a un fragmento de pared que todavía, se elevaba unos 3 metros del suelo, estaba echando un último vistazo a la isla y al lago cuando la vieja estructura cedió bajo mi peso y caí, arrastrando conmigo y sobre mí una masa de ruinas. Tuve tantos cortes y magulladuras, especialmente en mi pierna y muslo derechos, que me desmayé. Cuando volví en mí, traté en vano de zafarme; luego, al ver a no más de 90 metros del lugar en que estaba a algunos indios ocupados en preparar chuño, les llamé tan fuerte como pude, pero no me oyeron o no quisieron oírme. Todo dependía, pues, de mis propios esfuerzos. Apartando las piedras, una a una, con gran dificultad conseguí finalmente liberarme y me puse de pie muy dolorido. Podía mantenerme parado y podía caminar, aunque con exquisito sufrimiento. El campamento estaba por lo menos a 2,5 kilómetros de distancia, pero me encaminé hacia él y cuando con gran esfuerzo llegué hasta mis compañeros, ello sólo me sirvió para pasar la noche con intensos sufrimientos.

A la mañana siguiente izamos velas para ir a Titicaca; pero debido a vientos de frente el viaje fue largo y tedioso, ya que demandó todo el día. Dejé al profesor Raymondi bosquejando el Palacio del Inca, que yo había explorado durante mi visita anterior y trepé por la colina hasta la hacienda, donde pasé una noche muy incómoda. Al día siguiente renové una vez más mis indagaciones sobre el Templo del Sol, pero con un resultado igualmente insatisfactorio. Nadie parecía tener la más mínima información respecto de él. Al no obtener ninguna información de esta manera, resolví comenzar mi trabajo examinando personalmente un edificio ruinoso situado en el punto extremo de la isla, al que algunos nativos me remitieron por contar con las ruinas más grandes que conocían. Examinando la obra de Calancha, comprobé que, sobre la base de la autoridad de Ramos, situaba realmente el Templo del Sol en ese lugar. Sin más guía que las afirmaciones no muy precisas de Calancha y el hecho de que el desembarcadero de los Incas era una bahía llamada Kentipunca, bordeé el flanco oriental de la isla, siguiendo un antiguo camino sinuoso a lo largo de casi 1,6 kilómetros hasta que encontré extensos restos, que tienen fama de ser los del templo que tanto ansiaba hallar.

1

De esta estructura Garcilaso dice que sólo era comparable con la del Cuzco, aunque los restos, como lo veremos, distan mucho de justificar la observación del cronista inca. Éste afirma, fundándose en informes corrientes en su época, que estaba enchapada en oro y que todas las provincias del imperio le hacían cada año ofrendas de oro, plata y piedras preciosas en reconocimiento por las grandes bendiciones que el Sol había conferido a la raza humana en esta misma isla. Añade, sobre la base de la autoridad de Blas Valera, que los metales preciosos que se habían acumulado en el templo, aparte de todo lo que era necesario para confeccionar los utensilios empleados en su servicio, hubieran bastado para construir otro templo, de dimensiones iguales, desde sus cimientos hacia arriba, pero que todo este inmenso tesoro fue lanzado al lago cuando se recibieron noticias de la llegada de los españoles.

Los peruanos parecen haber tenido gran afición por lo que puede llamarse istmos como sitios para sus palacios y estructuras públicas. Empleo el término istmo no sólo en su estricto sentido geográfico, sino también para designar el espinazo que conecta dos colinas o montañas, el paso entre dos eminencias.

El así llamado Templo del Sol ocupa la cresta de uno de estos espinazos, que conecta la masa de la isla con un noble promontorio que se eleva abruptamente desde el lago, hacia el cual presenta un risco escarpado, de 600 metros de altura. Esta cresta ha sido nivelada para formar un ancho terre-plein, que está sostenido por terrazas y al que se llega por tramos de escalones. En uno de los lados, construido contra el declive de la masa central de la isla, está el templo, una estructura rectangular de 32 metros de largo por 9 metros de ancho. Cinco puertas dan al terre-plein, separadas por distancias iguales, y cada sección de pared

entre ellas está atravesada por ventanas. El interior presenta una serie de nichos de 90 centímetros de altura y 60 de ancho en la base y parece haber consistido en una sola habitación. Las paredes están muy derruidas y en la actualidad sólo tienen de 2,4 a 3 metros de altura, por lo cual resulta imposible decir con seguridad si la estructura se componía de más de un piso. Probablemente no era así. Está hecha de piedras toscas asentadas en arcilla tenaz y estuvo estucada y pintada por fuera y por dentro. En la parte posterior del edificio un único vano de puerta da a una serie de terrazas rectangulares bellamente niveladas, que se levantan una sobre otra, y rodeadas por un alto muro. Tramos de escalones llevan de terraza en terraza y conducen a dos edificios más pequeños que el templo, pero de estilo similar. Ambos ocupan posiciones imponentes, que dominan el lago a ambas manos y han sido seleccionadas con evidente apreciación de la amplia y hermosa vista que se puede obtener desde ellas. Estas terrazas todavía cumplen su probable finalidad original de jardines y la finura del suelo y la relativa lozanía de su vegetación parecen confirmar el relato de los cronistas en el sentido de que los incas trajeron a la isla esa rica tierra desde grandes distancias para compensar su aridez general.

Frente al Templo, en el lado opuesto del terre-plein, que tiene unos 90 metros de ancho, construidas contra la pendiente del promontorio que he mencionado, hay otras terrazas y estructuras, que encierran ciertas rocas, parcialmente labradas a mano, que llegaremos a conocer con el nombre de Intihuatanas o lugares en que se encadenaba al Sol. Ninguna descripción puede dar una idea clara de estas estructuras, que obviamente dependían del Templo. Detrás de ellas el promontorio se eleva, en forma cónica, exactamente hasta 300 metros y está terraplenado en toda su extensión hasta la cima.

Es difícil imaginar un lugar más lindo que el del Templo del Sol en Titicaca. La vista desde allí se asemeja mucho a la que se obtiene desde la cima del promontorio que domina Amalfi y Sorrento, desde donde el ojo domina las bahías de Salerno y Nápoles, con sus islas y playas rocosas. Sólo que aquí la Naturaleza aparece en aspectos más grandiosos, aunque tal vez menos bellos, ceñuda su frente, augusta y severa. Los incas trataron de suavizar sus rasgos con sus terrazas y jardines, pero sus esfuerzos fueron débiles frente a los rigores del clima y la esterilidad del suelo y la isla sagrada, incluso cuando los peregrinos llenaban sus santuarios con los tesoros de mil provincias, debe haber sido casi tan áspera y repulsiva como en éste, el día de su profanación y abandono.

A orillas del lago, a 1,6 kilómetros del templo, hay una pequeña aldea, con una tosca iglesia, llamada Challa. Al descender a ella, el viajero pasa junto a un grupo de alisos y molles que rodean a un copioso manantial, el cual nace en una cisterna de albañilería incaica y descarga sus aguas, mediante canales complicados y hábilmente ejecutados, en una serie de terrazas, florecientes con rosas y brillantes con el carmesí de la Flor del Inca. Este lugar se llama el Baño

de los Incas y en la aldea pueden verse varios grandes tazones de piedra que tienen las dimensiones y casi la misma forma de nuestras modernas bañeras.

He sido tan minucioso al describir la isla de Títicaca y sus monumentos no sólo por la gran veneración en que la tenían los incas, sino porque suministran un punto de partida apropiado para nuestras investigaciones, en el curso de las cuales rastrearemos la civilización incaica desde el lugar de su origen tradicional hasta su desarrollo máximo en el Cuzco. Se verá que ninguna de las ruinas que han sido observadas en la isla tiene parecido alguno con las de Tiahuanaco. Son relativamente rústicas y pobres y parecería que fueran realmente los primeros esfuerzos arquitecturales de un pueblo joven e inmaduro. Pero semejante conclusión se opondría a tradiciones bien autenticadas, que alcanzan casi la dignidad de historia y que nos dicen que la mayoría de las estructuras que existían en la isla fueron construidas por el undécimo Inca, Túpac Yupanqui, abuelo del malogrado Atahualpa y del casi no menos desafortunado Huascar. Aunque siempre fue muy venerada, parecería que la isla perdió algo de su importancia con el rápido crecimiento del imperio, hasta que los sacerdotes que la cuidaban informaron sobre su decadencia a este Inca, quien resolvió visitarla en persona, lo que hizo con gran pompa y ceremonia. Uno de sus primeros actos consistió en trasladar a todos los habitantes de la isla a tierra firme, a Yunguyo, y reemplazarlos con familias de sangre real. Construyó un palacio para su propia recepción y la de sus sucesores cuando acudieran allí en sus peregrinaciones; estableció un convento para las vestales, a cuyo frente su sucesor Huayna Cápac ubicó a una de sus dos hijas; fundó un templo e incrementó notablemente la pompa de la religión en la isla, que posteriormente fue considerada dominio especial del gobernante. Si damos por sentada la verdad de estas tradiciones, la mayoría de los edificios de la isla, si no todos, fueron construidos en algún momento entre 1425 y 1470, período durante el cual reinó Túpac Yupanqui.

Habiendo descrito de este modo brevemente la índole de las ruinas incaicas en dos de las principales y más famosas de las islas sagradas del Perú, omitiré toda referencia a las otras porque no ofrecen particularidades muy diferentes o más notables.

Después de haber explorado concienzudamente las ruinas de la isla sagrada, escogimos un momento en que todo parecía favorable y zarpamos con la Natividad para Puno; pero no bien dejamos el socaire de la isla, el viento cambió, nos llevó perpendicularmente a nuestro rumbo correcto y pronto se convirtió en un ventarrón, en tanto que olas como las del océano rompían sobre nuestra pequeña embarcación. El día siguiente no fue más favorable. Nuevamente se levantó el ventarrón y fuimos sacudidos y arrojados sobre las olas, viendo tormentas que se desencadenaban en el lago en todas direcciones, en tanto que aparecía la nieve, con un frío cortante. No podíamos llegar a Puno; el viento nos condujo a través del Lago y al caer la noche nos encontramos en una

pequeña bahía, justo encima de la de Escoma. Aquí anclamos con agradecimiento y comenzamos a estudiar nuestra posición.

El mapa de Pentland señalaba algunas ruinas en esta vecindad y como el viento todavía era desfavorable, resolví quedarme un día y examinarlas. Encontré algunas grandes chulpas de piedra, de construcción comparativamente tosca, una de ellas situada en un arrecife que domina el valle de Escoma. Es notable porque contiene dos cámaras separadas, cada una con una entrada independiente, una encima de la otra y la superior toscamente abovedada. Estas cámaras habían sido despojadas hace mucho por los buscadores de tesoros y en el momento de mi visita nada quedaba en ellas, salvo algunos esqueletos desmenuzados y alfarería rota. Desde el sitio que ocupa este monumento puede verse al otro lado del valle uno de los antiguos pucaras o colinas fortificadas, consistente en una serie de cinco concéntricas terrazas y muros de piedra que rodean una eminencia cónica de formas muy regulares.

Finalmente el viento se dignó favorecernos, y una vez más nos embarcamos en nuestro frágil navío con destino a Puno; pero después de una cegadora tormenta de nieve y cellisca que duró más de veinticuatro horas y en la que a duras penas pudimos mantener a flote la *Natividad* mediante un asiduo achicamiento, vino una reacción y tuvimos tiempo agradable, aunque sin viento. Permanecimos encalmados durante cinco días, a lo largo de los cuales agotamos todas nuestras provisiones y estuvimos sin ningún tipo de alimento durante dos días. Tengo la esperanza de que este viaje de descubrimiento pueda ser de alguna utilidad para el mundo, porque yo ciertamente no voy a emprender ningún otro en un bote abierto, en un lago tempestuoso situado a 3,2 kilómetros sobre el nivel del mar, con el termómetro perversamente inclinado hacia el cero.

Nuestros amigos en Puno se habían inquietado mucho por nuestra larga ausencia. En realidad, ya nos habían dado por perdidos y cuando nos divisaron atravesando laboriosamente la bahía, bajaron presurosamente al pequeño muelle y nos recibieron con una cordial bienvenida.

Después de nuestra expedición "asistí" a una gran "función", una patriótica Fiesta de Banderas, como me permitiré llamarla, que simbolizaba la unión de todas las repúblicas contra la intervención monárquica en América. Firmé un acta en esta ocasión y, lo que es más, porté una bandera norteamericana, que las jóvenes del Colegio habían improvisado para esta oportunidad, ya que equivocaron el número de barras e hicieron el campo de azur demasiado pequeño, pero compensaron todo con el tamaño y peso del asta. Pero eso no fue lo peor. Tuvimos que pasar por una misa y una bendición de las banderas en la catedral desapaciblemente fría, con muchas genuflexiones y mucho arrodillarse en las piedras frías, además de soportar un discurso del prefecto después, a cabeza descubierta, en el aire helado. Se había asignado el puesto de honor a la bandera norteamericana, con las de Chile y México a ambos lados. Y como por una

coincidencia notable y sin precedentes habían llegado a Puno dos jóvenes ingenieros norteamericanos, el elemento yanqui ascendía a cuatro, y en parte en reconocimiento por el alto honor concedido a Estados Unidos con motivo de la "función", el señor T. resolvió que el Glorioso Cuatro, ya muy próximo, fuera celebrado con una cena y "con todos los honores".

Y así fue celebrado. Al amanecer se disparó el cañón de bronce de a seis del lugar, un cañonazo por cada estado; las campanas repicaron al mediodía; se celebró una misa en la catedral a las dos de la tarde; la guarnición desfiló como escolta de la bandera norteamericana, que fue llevada en triunfo por las calles; y, en conjunto, Puno tuvo un gran día de fiesta aquel 4 de julio. Hasta los malhumorados aymaras parecieron ablandarse y se vio sonreír a algunos de los más volátiles quichuas. Fue la gran fiesta de San Jonás y se podía obtener chicha gratis en la plaza.

El grave daño que recibí entre las ruinas de Coati, más una fiebre sobreañadida por la exposición en el lago, me impidieron tomar parte activa en las diversiones y el baile que se dieron en nuestro honor, de los que participaron con cordialidad y auténtica simpatía todos los habitantes de Puno que alguna vez habían oído hablar de Estados Unidos, los cuales constituían la clase más respetable aunque de ninguna manera la más numerosa. Lo lamenté, ya que me impidió presenciar un incidente que, aunque ilustrativo de algunas cosas del Perú, no debe considerarse característico de todo el pueblo.

Debe sentarse como premisa que en los pueblos más pequeños de la América española el populacho se invita a presenciar, si no exactamente a participar de cualquier reunión social que pueda tener lugar. El estilo de los edificios construidos alrededor de un patio al que se entra por una única puerta grande impide mucha exclusividad, aun si se la procurara. El patio de la casa del señor T. estuvo, por consiguiente, repleto, no sólo mientras duró la cena, sino también después, y la cortesía así como el respeto por las costumbres lo habrían inducido a ser muy generoso con los "extraños" tanto por lo que respecta a los sólidos como en lo que hace a los líquidos. La mayoría de ellos se retiró cuando partieron los huéspedes invitados y presuntamente más respetables, pero unos pocos empedernidos, que habían saboreado el coñac legítimo, persistieron en quedarse a la espera de otro trago. La puerta grande se cerró a medianoche y sólo quedó abierto el postigo, una indirecta para marcharse que sólo dos o tres de los huéspedes o espectadores autoinvitados dejaron de comprender. Finalmente todos habían partido, salvo un fornido mestizo, que llevaba una capa larga y amplia y tardaba en marcharse y charlaba, y charlaba y tardaba en marcharse, hasta que el señor T., creyendo que todo lo que deseaba era aguardiente, le dio media botella y, empujándolo suavemente hacia el postigo, dijo:

—Ahora, mi amigo, son más de las dos. ¡Estoy muy cansado y usted realmente tiene que irse!

- —Abra la puerta— respondió el hombre de la capa.
- —Sin duda puede salir por el postigo. ¿Por qué debo abrir la puerta?
- -Para dejarme salir.

Esto colmó la medida y nuestro anfitrión, en un acceso de irritación, dio al persistente intruso un empujón. Trastabillando, dejó caer una silla de tocador, que había escondido bajo su capa, se precipitó por el postigo y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO XX

Sillustani: sus chulpas y círculos solares

El lago Umayo. —El pueblo de Vilque. —Ruinas de un templo. —Sillustani. —Numerosas chulpas. — Una chulpa redonda. —Su construcción y disposición. —Forma en que se elevaban las piedras. —Una chulpa rota en Sillustani. —Las chulpas y los topes de Ceilán. —Las piedras se cortaban de acuerdo con un plano antes de ser colocadas en su lugar. —Círculos solares. —Un pueblo y palacio sumergidos. — Hatuncolla. —Cerro fortificado de Quellenata. —Chulpa en Ullulloma comparada con una torre pelásgica de Italia. —Chulpas cuadradas en Bolivia. —Evidentemente las chulpas eran tumbas. — Descripción en Las Casas de las prácticas peruanas de entierro. —Región en que se encuentran. — Estructuras aymaras y no quechuas.

Además de nuestra prolongada expedición por el lago Titicaca, hicimos varias excursiones a lugares interesantes en los alrededores de Puno. Una de ellas fue al notable lago Umayo, situado a 25 kilómetros al noreste de Puno y a 20 del lago Titicaca. Está situado a un nivel más alto que este último, tiene más o menos 19 kilómetros de circunferencia, rodeado en casi todos sus lados por abruptos riscos de 90 metros de altura, y se lo podría tomar por un amplio cráter, de no ser por una isla grande que se encuentra en su centro, cuya cima está a nivel con la planicie en que está hundido el lago. El pueblo de Vilque se halla cerca de uno de los extremos del lago y es famoso por su feria anual, a la que concurren personas desde una distancia de 1600 kilómetros: desde el Cuzco, en el norte, hasta Tucumán y las provincias del Plata, al sudeste. Se traen tropillas de mulas desde esta dirección para abastecer la Sierra, donde la crianza de ovejas es más provechosa que la de bestias de carga. Más allá de Vilque, a gran altura en la Cordillera, hay otros lagos importantes, uno de los cuales, llamado Coaqui, está casi a 5100 metros sobre el mar.

El lago Umayo, que según la representación de los mapas descarga en el lago Titicaca, en realidad no tiene ninguna salida. Sin embargo, contiene distintas variedades de peces, algunas de las cuales, si no todas, son idénticas a las del lago

más grande. A excepción de un angosto estrecho, está dividido en dos partes desiguales por un promontorio, audaz y elevado, áspero y rocoso, unido a la tierra firme por un istmo o espinazo angosto y mucho más bajo, en el que se había construido una estructura similar al Palacio del Inca de la isla de Titicaca.

En esta península o promontorio, que la tradición afirma que fue el cementerio de los caciques de Hatuncolla, hay numerosas chulpas, cuyas dimensiones y construcción varían. Entre ellas figuran algunas de las más imponentes y mejor conservadas de todas las del Collao. Los promontorios del lago y las colinas circundantes están erizados de otras, que se elevan aisladamente o en grupos de cien o más; pero muy pocas de ellas rivalizan con las de Sillustani en tamaño o hechura.

Después de pasar el istmo en su parte más angosta y en el lugar en que el promontorio comienza a elevarse, encontramos la vía de acceso obstruida por una serie de muros de pesadas piedras irregulares, cada una de las cuales sólo tiene una abertura. La subida es abrupta y en un punto la repisa basáltica natural impide avanzar. Sin embargo, encima de ésta se ha hecho una senda en zigzag, que nos permite llegar hasta la cima del promontorio, que se halla al mismo nivel que la meseta general en que está hundido el lago. Aquí, dispersas en todas direcciones, con absoluta prescindencia de orden, están las chulpas. Unas se encuentran en el borde mismo de los precipicios que dominan el lago y tan cerca que es imposible que una persona pase fuera de ellas; otras están en el centro del promontorio. Algunas se hallan en ruinas o están parcialmente caídas; otras son casi tan perfectas como cuando recién se las construyó; otras parecen haber sido recién comenzadas y otras sólo parecen haber sido terminadas a medias. Por todas partes se esparcen profusamente grandes bloques de basalto y traquita, total o parcialmente labrados. Ningún lugar podría ser más propicio que el que suministra Sillustani para estudiar el diseño y construcción de las chulpas o para determinar su propósito.

Tomaré como primer ejemplo una de las más grandes y mejor conservadas. Está situada a unos pocos metros del borde del precipicio que limita la península y se encuentra cerca de otra sin terminar o en ruinas. Al igual que la última de aquéllas de que me ocupé en Acora, es redonda, con 4,8 metros de diámetro en la base y 11,8 metros de altura. Como aquélla, también se ensancha a medida que se eleva hasta que en el arranque de la cúpula su diámetro es 86 centímetros mayor que en su base. La cornisa o banda que la rodea, a tres cuartos de la distancia que va desde la base hasta la parte superior, tiene unos 90 centímetros de ancho y sobresale aproximadamente 7,6 centímetros. El material de la estructura es un basalto compacto y duro. Los bloques de piedra están admirablemente cortados, dispuestos en hiladas casi parejas y ajustados con precisión. En unos pocos casos en que se presenta alguna irregularidad en el borde de una piedra o cuando una de una hilada sobresale por encima de otra, la piedra de arriba ha sido cortada a fin de corregir la irregularidad y mantener

perfectas la junta y las hiladas superiores. La hilada inferior, compuesta de las piedras más grandes, medía 1,5 metros sobre el suelo. En lo que probablemente fue la superficie original del suelo, estas piedras están biseladas como lo están a menudo nuestros postes de piedra de las puertas de los cercados y se las ha dejado ásperas abajo, como si estuvieran destinadas a brindar un mejor agarre en la tierra. Hemos observado la misma característica al describir las grandes piedras que sostienen los muros y terrazas que rodean la así llamada fortaleza en Tiahuanaco. La entrada a este monumento tiene lugar por una abertura baja, apenas lo suficientemente grande para dejar pasar el cuerpo de un hombre. No se la ha formado mediante la omisión de una piedra en el cimiento, como en Ácora, sino que ha sido cortada a través de uno de los bloques. Conduce a una bóveda circular de 3 metros de diámetro y 3,6 metros de altura, arqueada como ya he descrito, con piedras planas, no cortadas y traslapadas, asentadas en arcilla. No tiene nichos, pero al parecer estuvo estucada. Inmediatamente en el centro de la bóveda o cámara hay una abertura de unos 60 centímetros de diámetro, que lleva a una bóveda superior y más pequeña. En ésta hay todavía algunos huesos humanos y fragmentos de alfarería. En común con todas las chulpas de mejor calidad, ésta había sido saqueada para buscar tesoros escondidos y durante la operación se había excavado el suelo que ahora sólo exhibía una masa tosca y mixta de piedras, alfarería rota y huesos humanos. Entre éstos, sólo permanecía intacto un cráneo, que me llevé conmigo.

No hay dos chulpas de Sillustani que tengan una disposición exactamente igual. Algunas tienen una sola cámara abovedada; otras tienen receptáculos cubiertos con piedras planas hundidas en el suelo de la bóveda, y otras tienen nichos. Una tiene no solamente un receptáculo, sino dos series de nichos. El receptáculo es octogonal, de 90 centímetros de diámetro y 1,5 metros de profundidad, pavimentada y cerrada con muros de piedra. La abertura se cerraba probablemente con una losa de piedra. Los nichos inferiores, cuatro en total, son más grandes que los de la segunda serie o serie superior. Éstos están dispuestos en forma intermedia o sobre los espacios que existen entre los inferiores. Entre las dos series hay varias piedras planas que sobresalen varios centímetros de las paredes, evidentemente destinadas a servir de apoyo para los pies al colocarse cualquier objeto en los nichos superiores. A ambos lados de cada nicho hay otras piedras planas y delgadas, que sobresalen unos pocos centímetros y están agujereadas. Los orificios estaban evidentemente destinados a recibir cuerdas para amarrar los cuerpos de los muertos en los nichos. La cámara de esta chulpa particular no era abovedada, sino que estaba cubierta con piedras labradas anchas y planas.

J

Varias de las chulpas de Sillustani fueron construidas con piedras rústicas, recubiertas con arcilla, estucadas y probablemente pintadas. Aquí no las hay cuadradas, pero sí lo son los cimientos de varias y algunas están parcialmente terminadas. Éstas, así como algunas de las redondas sin terminar, nos ilustran

sobre la forma en que sus constructores y los de los otros monumentos peruanos lograron elevar pesadas piedras hasta alturas considerables sin contar con la ayuda de grúas y poleas. Encontramos, erigidos contra las chulpas, planos indinados de piedra y tierra por los que se subían las piedras, probablemente con palancas y posiblemente con la ayuda de rodillos. A medida que aumentaba la altura de la estructura se elevaba el plano coincidentemente y cuando la estructura quedaba terminada se suprimía el plano.

Una de las chulpas más grandes de este grupo y la que está mejor terminada, hecha de traquita fina, está parcialmente rota o, más bien, partida en dos, probablemente a causa de un terremoto. En ella hay varias piedras que miden 3,6 metros de largo en la curva de la cara, 2 metros de altura y 1,5 metros de espesor. Muestran perfectamente el modo de construcción. Todos los extremos de las piedras fueron cortados en un radio exacto desde el centro de la estructura. Penetraban, a profundidades diferentes, en la masa de la chulpa, que en todos los casos es de piedras rústicas asentadas en arcilla, y de este modo se mantenían más firmemente en su lugar. También se adoptaba otro artificio para mantenerlas con mayor seguridad en su sitio. Se ahuecaban los extremos de varias piedras en forma de escudilla, de modo que al colocarlas juntas quedaba una cavidad en que se encajaba, una piedra y el espacio se rellenaba con arcilla tenaz. Así las piedras quedaban prolijamente unidas entre sí, sin que se vieran en el exterior los medios por los cuales se efectuaba esto. Precisamente con la misma finalidad de suministrar un exterior más parejo y acabado, a veces avellanaban las caras superior e inferior de los ladrillos empleados para revestir paredes. Los constructores de los monumentos de Sillustani no extendieron este artificio a los lados superior e inferior de las piedras, contando probablemente con que el peso de la masa superyacente de la estructura las mantendría en su posición.

Desde el punto de vista arquitectural, estas chulpas figuran entre los monumentos más notables de América. Sus cúpulas nos recuerdan las dagobas o topes de la India y Ceilán, pero los topes nunca adoptaron la forma de torres, sino que consistían simplemente en cúpulas elevadas sobre una plataforma, a la que se llegaba mediante tramos de escalones. Córtense estas chulpas por debajo de la cornisa o banda y su parte superior será casi por completo un tope en miniatura. De ninguna manera estoy buscando semejanzas, porque si así fuera obtendría poca satisfacción de los topes, que eran esencialmente estructuras religiosas, dedicadas a Buda, aunque a menudo erigidas sobre una reliquia de aquel maestro. En cambio nuestras chulpas eran simples monumentos sepulcrales, tumbas individuales o familiares, cuyo tamaño y elaboración tienen que ver probablemente con la dignidad o importancia de los muertos dentro de ellas.

Pero no solamente los extremos de todas las piedras que formaban los muros exteriores eran cortados en radios desde el centro del monumento, sino que también el gradual aumento de la estructura a medida que se ensanchaba, así como la curva de la cúpula, se conservaba en cada una y tenía precisión geométrica. Aquéllas de la cúpula en especial se cortaban primero en el radio, luego para que siguieran la curva o hinchazón de la cúpula y finalmente se les daba forma de cuña en sus caras superior e inferior para que su empuje o presión se ejerciera hacia dentro. El que las piedras no fueron conformadas después de haber sido colocadas en su posición lo prueba el gran número de ellas esparcido por el promontorio, perfectamente cortadas para encajar en su lugar en estructuras que nunca fueron terminadas. Es evidente que fueron labradas según planos en que cada dimensión de las estructuras se había fijado previamente. El hombre inteligente, así como el cantero práctico, puede apreciar las dificultades que se han de encontrar en esta clase de trabajo y estar preparado para admirar la habilidad con que todo fue superado.

D

Antes de abandonar Sillustani y dejar de lado las chulpas, debe llamarse la atención sobre unos restos singulares, que no se parecen a las que hasta ahora hemos visto en el Perú. La península de Sillustani tiene en su lado oriental una especie de escalón o terraza natural, de 18 a 24 metros más bajo que el nivel rocoso en que se alza la mayor parte de las chulpas. En ella encontramos varios círculos y semicírculos, de diferentes diámetros, definidos por una plataforma de piedras planas bien ajustadas, en cuyo interior hay una hilera de piedras erectas y sin labrar, que a tal punto coinciden en todo sentido con los llamados círculos solares o círculos druídicos de Inglaterra y muchas partes de Europa septentrional y Asia que casi no se puede distinguirlos de aquéllos. Las piedras que forman lo que he llamado la plataforma están toscamente cortadas y sus bordes adyacentes están en radios que parten desde el centro del círculo. Los extremos interiores son los más altos y por ellos corre un surco o canal que se extiende alrededor de todo el círculo.

Algunos de estos círculos son más complicados que otros y de uno de ellos ofrezco un dibujo que servirá para ilustrarlos todos. Se observará que hay, en primer lugar, un círculo de piedras rústicas y erectas, de tamaños irregulares, firmemente asentadas en el suelo. El círculo tiene 38 metros de diámetro; al este posee una abertura de 1,5 metros de ancho y encierra dos piedras erectas de mayor tamaño (una de las cuales está caída), con una separación de un tercio del diámetro del círculo entre ellas. El segundo círculo tiene unos 27 metros de diámetro. Las piedras a ambos lados de la entrada están atravesadas por orificios. Esta es la forma perfeccionada de los círculos solares del Perú y no debe suponerse que todos ellos son igualmente complejos, pues la mayor parte está compuesta de simples piedras erectas en su estado natural.

En la vasta región que componía el imperio incaico he observado algunos casos en que rústicas piedras erectas, a veces de gran tamaño, estaban dispuestas en forma de cuadrados o rectángulos. Las ruinas de Tiahuanaco, ya descritas, ofrecen un ejemplo sumamente notable. Allí encontramos cuadrángulos defi-

nidos por grandes piedras sin labrar, desgastadas y deterioradas por el tiempo y que ponen de manifiesto una grandísima antigüedad, junto a otros cuadrados de plano similar, pero definidos por piedras macizas cortadas con mucho esmero, como si fueran obra de generaciones posteriores y más adelantadas que, no obstante, conservaron las ideas de sus antecesores, sólo que aportando una mayor destreza en la construcción de sus monumentos.

La bahía que se extiende detrás de la península de Sillustani es poco profunda y está llena de cañas y de la hierba lacustre que, como ya lo he descrito, brinda alimento al ganado en la estación seca y se llama *llachu*. Allí observamos una hilera de muros que se asemejan a una calzada, que va de orilla a orilla, dentro de la cual, apenas visibles a flor de agua, hay hileras de cantería, como las que podría realmente dejar el hundimiento o sumersión de edificios y que dan algún tipo de respaldo a la tradición de que aquí los *apus* o *curacas* de Hatuncolla tenían un palacio y un pueblo, que se hundió y quedó cubierto por las aguas del lago durante un gran terremoto. Fui hasta los supuestos muros en una balsa y me convencí de que realmente se trata de restos de edificios; pero no podría decir si originariamente fueron erigidos en tierras bajas, con la supuesta calzada interpuesta como dique para evitar las invasiones del agua cuando subía el lago durante fuertes lluvias o si hubo un verdadero hundimiento del suelo durante alguna convulsión terrestre. Me inclino, sin embargo, por la primera hipótesis.

En el pequeño pueblo moderno de Hatuncolla, a 10 kilómetros del lago, hay dos pilares realmente notables de piedra arenisca, de 1,8 ó 2,1 metros de altura, 60 centímetros de ancho y 25 centímetros de espesor. Estos monumentos tenían talladas imágenes de serpientes, lagartos y ranas y complicados adornos geométricos. Se afirma que alguna vez constituyeron las jambas de la estructura indudablemente incaica que se encuentra en el istmo que une la península de Sillustani con la tierra firme. Según Garcilaso, los caciques de Hatuncolla se sometieron sin resistencia a Lloque Yupanqui, el tercer Inca, quien reinó desde 1091 hasta 1126.

Las tumbas chulpas son tan variadas en su disposición interior como lo son en tamaño y estructura. La entrada a ellas tiene lugar por lo general desde el este, pero no hay ninguna uniformidad en este sentido, ni siquiera entre las que componen el mismo grupo. En muchos casos no hay ninguna abertura en absoluto. Esta carencia resulta especialmente notable en los centenares que se encuentran entre las ruinas de Quellenata, en la orilla nordeste del lago Titicaca. Aquí la cámara interior o bóveda está formada, como en el caso de las ya mencionadas, por un círculo de piedras erectas, encima de cuyas partes superiores se han colocado piedras planas, que forman una cámara, cuyo piso a menudo está por debajo del nivel general del suelo. Alrededor de esta cámara se ha construido una pared, que se eleva hasta alturas que varían entre 3 y 9 metros. Las piedras exteriores habitualmente han sido cortadas para conformarlas a la curva exterior de la torre y el conjunto está más o menos unido con una arcilla

muy tenaz. Casi todas han sido construidas con paredes abocinadas o divergentes; esto es, son más angostas en sus bases que en sus partes superiores. A veces esta divergencia sigue una línea curva en vez de una recta y da al monumento una forma graciosa. En Quellenata sólo encontré un esqueleto en cada una de las chulpas que examiné y ninguna de esas estructuras tenía entradas abiertas. Restos de forma y construcción similar se encuentran en gran cantidad entre lo que se conoce con el nombre de ruinas de Ullulloma, a 15 kilómetros de la ciudad de Santa Rosa, en el valle del río Pucura. Pero aquí las chulpas tienen aberturas por las que puede arrastrarse un hombre y todas ellas contenían originalmente dos o más esqueletos. A fin de posibilitar la comparación, ofrezco una vista de una chulpa en Ullulloma y uno de los restos de una así llamada torre pelásgica en Alatri, Italia. Hay un parecido muy estrecho por lo que respecta al estilo y habilidad en el trabajo en general, pero en la estructura peruana las piedras están mucho mejor ensambladas entre sí.

0

1

ľ

3

Ý

Ò

1

ï

Ľ

S

11

ť!

1

2

1

D

BIT

Entre las ruinas de Tiahuani, en la orilla oriental del lago, todas las chulpas son cuadradas o rectangulares y muchas de ellas tienen dos cámaras, una encima de la otra, enteramente separadas, a las cuales se llega por diferentes aberturas desde el exterior. Cuando se escala la Cordillera desde la Costa más allá de Tacna y en el valle del pequeño río que suministra agua a esta ciudad, se encuentran unas pocas chulpas (ya mencionadas) de piedra tosca, estucadas y pintadas de rojo, amarillo y blanco. La conservación de los colores se debe al hecho de que estas estructuras se hallan fuera del cinturón de lluvias. Tienen la característica adicional y singular de que la cornisa está formada, no por piedras salientes, sino por una capa de pasto ichu, colocado de tal modo que los tallos apuntan hacia afuera. Esos tallos han sido luego recortados como con tijeras.

He dado por sentado desde el principio que las chulpas eran tumbas. De esto no puede dudarse en absoluto, si bien varios viajeros, incluido el eminente Von Tschudi, han supuesto que eran las moradas e incluso partes de las fortalezas de los antiguos habitantes por el hecho de haber encontrado en ellas trazas de fuego y alfarería rota. Pero también menciona que a menudo ha encontrado refugio en estas torres durante la noche, como yo lo he encontrado varias veces, dejando al día siguiente rastros indudables de fuego y otras señales de ocupación, precisamente como lo habían hecho centenares de indios antes de mí. Examiné varias chulpas que nunca antes habían sido abiertas y en todos los casos encontré un esqueleto humano. Éstas parecen haber sido erigidas para un solo individuo, en tanto que las que tenían entradas eran tumbas familiares, ya que habitualmente encontramos en ellas de dos a doce esqueletos.

En su "Historia Apologética" inédita Las Casas nos ha brindado un informe sobre los ritos de entierro y los sepulcros de los peruanos de la costa. Hablando de la gente de las montañas, dice:

"Tienen tumbas diferentes y diferentes modos de entierro. En algunas provincias tienen por sepulcros altas torres, huecas abajo hasta la altura de un estado (1,8 metros), construidas en forma maciza con tierra o piedras cortadas, todas ellas muy blancas. En algunas partes son redondas; en otras, cuadradas, muy altas, y se asocian unas a otras en los campos. Algunos las construyen en eminencias, a media legua (2,5 kilómetros) o más de sus pueblos, de tal modo que se asemejan a otras aldeas muy populosas. Cada uno posee un sepulcro de su prosapia o linaje. Los muertos son envueltos en pieles de llama en que se señalan los ojos y la nariz, luego se los viste y deposita en postura sentada. Las puertas de las tumbas, todas las cuales dan al este, se cierran entonces con piedras o arcilla. Al cabo de un año, cuando el cuerpo se reseca, las puertas son abiertas nuevamente. En otros lugares los cuerpos son envueltos tal como se describe más arriba y luego colocados a lo largo de las paredes en sus propias casas. En algunas partes los cuerpos se colocan en las mismas casas en que comen y duermen los vivientes. No hay malos olores porque las pieles en que se colocan los cuerpos son cosidas en forma muy ajustada y, a causa del frío, pronto se vuelven como momias. Los jefes o señores colocan los cuerpos de sus muertos en el cuarto grande o principal de sus casas y los rodean con las vasijas, vestimentas, joyas y adornos que el difunto poseyó en vida."

Hasta donde llegan mis observaciones, la chulpa es una estructura confinada al Collao y Bolivia, en la región ocupada por los aymaras o, como los define el doctor Morton con arreglo a la forma de sus cráneos, el "pueblo dolicocéfalo o de Titicaca". Después de pasar la divisoria de La Raya para ingresar en el país propio de los quichuas sólo encontré un grupo de ellas. Sin embargo, Von Tschudi encontró estructuras similares en el distante departamento de Junín, construidas tal vez por mitimaes aymaras o colonias trasladadas.

CAPÍTULO XXI

Del lago Titicaca al Cuzco

Orillas del lago Titicaca. —Huancané. —Quellenata. —Sondor-huasi. —Techos de paja. —Santa Rosa. —Una corrida de toros. —Interviene un cóndor. —Intento de enviar dos aves de esta especie a la costa. —Correspondencia de Pedro Lobos. —Heladas gargantas en las montañas. —Tambos. —El paso de La Raya. —Descenso desde las montañas. —Las Aguas Calientes. —El valle del Vilcanota. — Cacha y el Templo de Viracocha. —Relato de Garcilaso sobre el Inca Viracocha. —Se le aparece el espíritu de Viracocha. —Su victoria milagrosa sobre los chinchasuyus. —Erige el Templo. —Informe de Garcilaso sobre el Templo y la estatua. —Estado actual. —Estructuras dependientes. —Cacharros modernos entre las ruinas. —Gabletes y ventanas en la arquitectura incaical —Error de Humboldt y de Prescott. —Nichos. —Etimología del nombre Viracocha. —Tupac Amaru. —Quijijana. —Curiosas ruinas y tumbas. —Urcos. —El bolsón de Andahuaylillas. —La cadena de oro de Huayna Capac. — Una noche en Andahuaylillas. —Las canteras incaicas. —Método para extraer piedras. —La fortaleza de Piquillacta. —Ruinas de la ciudad incaica de Muyna. —El llautu o insignia de los Incas. —Muyna, antigua ciudad amurallada. —Oropesa. —El paso de Angostura. —San Sebastián, con su gente de los ayllus o familia incaica. —Entrada al Cuzco. —El coronel Francisco Vargas y su bienvenida.

Desde Puno contorneamos en nuestro viaje el extremo superior del lago Titicaca a través de los pueblos de Paucarcolla, Pusi y Taraco hasta Huancané, cerca de la cabecera de la linda bahía del mismo nombre, después de cruzar los importantes ríos Lampa y Ramis, no muy lejos de sus desembocaduras. Estos dos cursos de agua figuran erróneamente en los mapas: el primero no desagua directamente en el lago, sino en la bahía de Puno.

Nos detuvimos entre Paucarcolla y Pusi para explorar ciertos monumentos que descubrimos lejos de nuestro camino. Enviamos entonces por delante nuestro equipaje, que no llegamos a alcanzar porque sobrevino la oscuridad. Al enmarañarnos entre las colinas de Capachica nos extraviamos y nos vimos obligados a pasar la fría noche al lado de una roca, sin alimento ni fuego, ni envoltura alguna, a excepción de nuestros ponchos. El alba nos encontró a menos de 2,5 kilómetros del pueblo al que nos dirigíamos, donde

Ignacio, firmemente convencido de que nos habíamos ahogado al cruzar el río Lampa, había comenzado a hacerse cargo de nuestros efectos y junto con los arrieros, media hora después del amanecer, se había emborrachado por completo con nuestro mejor coñac. La embriaguez es universal en toda la Sierra. No se descuida nada que se pueda fermentar en la preparación de bebidas embriagantes. Casi todo el maíz se convierte en chicha; hasta las semillas del molle se emplean en la misma forma. Y por lo que respecta a la caña que se cultiva en los valles cálidos, su jugo se destila íntegramente en cañazo, de suerte que en el Cuzco 450 gramos de azúcar sólo pueden conseguirse a un dólar o un dólar y medio.

La región que rodea la desembocadura del Ramis es una especie de delta muy bajo y llano, salpicado con charcos poco profundos de agua estancada, como si sólo en época reciente se hubieran liberado a medias del lago gracias a depósitos provenientes del río. Estos charcos de agua estancada están atestados de aves acuáticas, entre las que se destacan el ibis escarlata y el ganso montañés de poderosas alas. Aquí todos los habitantes son pastores, y como lo que hay de terreno sólido se halla cubierto por un pasto ralo pero resistente, lo utilizan exclusivamente en la construcción de sus moradas y los corrales para sus rebaños. Se trata de estructuras raras y curiosas, que semejan altos montones cuadriláteros de heno. En algunas de ellas se ha tratado de introducir algo así como ornamentos arquitecturales y tienen, al igual que las chulpas, una especie de cornisa en el punto en que el techo comienza a convergir desde las paredes verticales, una característica sugerida tal vez por las chulpas o una tradición estilística proveniente de los antiguos constructores de las tumbas. Su interior, en común con todas las moradas de los indios nativos, es sucio en extremo. Unas pocas habían sido abandonadas y se habían derrumbado, formando montículos de mayor o menor regularidad y elevación en los que la excavación expondría ciertamente lo que por regla general encontramos en montículos de tierra en todas partes en el mundo: huesos, fragmentos de alfarería, implementos estropeados que no vale la pena trasladar y rastros de fuego.

La ciudad de Huancané es grande y está ocupada casi exclusivamente por indios de la familia aymara. Hay en sus alrededores algunos manantiales de agua caliente, que tienen una gran reputación medicinal, y el lugar puede ser considerado la Saratoga del distrito de Puno. Veinte kilómetros más allá, siguiendo las orillas de la bahía de Hauncané, está el pueblo indio de Vilquechico, en cuya vecindad hállanse otros manantiales de agua caliente, las ruinas incaicas de Acarpa y los monumentos preincaicos de Quellenata. Consisten en gran cantidad de chulpas, de variados tamaños, que se alzan en una eminencia que con justicia puede llamarse cerro, rodeadas por muros de piedras toscas o rústicamente labradas, atravesados por pasos, y no se los puede distinguir de lo que en el Viejo Mundo se conoce con el nombre de muros pelásgicos. Las ruinas de Acarpa se

alzan en una península que penetra muy adentro de una bahía poco profunda y los incas llegaban a ellas por una calzada de piedra todavía visible sobre el agua.

Al partir de Huancané, donde después de nuestra visita los indios se han rebelado abiertamente contra los blancos y cometido grandes crueldades, viajamos hacia el noroeste atravesando el pueblo de Chupa hasta llegar a Azángaro, asiento famoso de los antiguos habitantes, que ahora se distingue por contener uno de los monumentos más notables de la antigüedad en el Perú, el Sondorhuasi, que conserva su techo original de paja después de un lapso de más de trescientos años y nos muestra cuánta habilidad y belleza así como utilidad puede lograrse y ponerse de manifiesto incluso en un techo de paja. Sabemos por el testimonio concurrente de los cronistas que todos los techos incaicos eran de paja, como lo son en verdad nueve décimos de los techos de todas las casas de la Sierra. De esto se ha inferido una incongruencia entre la diestra hechura de los muros y el aspecto tosco y mezquino de los techos, cosa que el Sondor-huasi corregirá en gran medida. El delgado, largo y resistente pasto ichu de esta región montañosa se adapta admirablemente como paja, ya que se extiende en forma pareja, además de ser fácil de trabajar.

El Sondor-huasi es un edificio circular, aparentemente de arcilla consolidada, de 4,8 metros de diámetro exterior. Las paredes, que tienen 35,5 centímetros de espesor y 3,3 metros de altura, son perfectamente lisas exterior e interiormente y descansan sobre un cimiento de piedras. La entrada tiene lugar por una puerta, que da al norte, de 71 centímetros de ancho y 1,8 metros de altura. En el interior se extiende a lo largo de las paredes un banco de piedras cortadas, salvo en el punto inmediatamente opuesto a la puerta, donde hay una especie de estrado de piedra y arcilla consolidada, con apoyos para los brazos, como los de un sofá, en cada extremo. Hundidos en las paredes, a 1,2 metros aproximadamente del suelo, hay dos series de nichos y a 2,4 metros de altura hay cuatro ventanas pequeñas.

La cúpula del Sondor-huasi es perfecta y está formada por una serie de bambúes de igual tamaño y ahusamiento, cuyos extremos más grandes descansan en la parte superior de las paredes; están doblados en forma pareja hasta un punto central sobre una serie de aros del mismo material y de tamaños graduados. En los puntos en que se cruzan los soportes verticales y horizontales, éstos están atados entre sí con finas cuerdas de hierba delicadamente trenzada, que se cruzan y recruzan con admirable habilidad y gusto. Sobre este esqueleto de cúpula hay una magnífica estera hecha con la epidermis trenzada del bambú o rota que, por no exhibir costuras, casi induce a creer que fue trenzada allí mismo. Sea como fuere, se la ejecutó en diferentes colores y artesonados cuyo tamaño se adecuaba a los espacios decrecientes entre el armazón, que también estaba pintado. Probablemente sobresaltaré a mis lectores clásicos y se me considerará presuntuoso si me atrevo a comparar el estilo y efecto de la cúpula de Azángaro con los de la cella del Templo de Venus, que está frente al Coliseo en la Ciudad

Eterna. Sobre esta estera interior hay otra, abierta, basta y fuerte, a la que se fijó una capa del ichu más fino, que pende como una pesada orla más allá de las paredes. Luego viene una capa transversal de pasto más grueso o cañas, a la que sigue el ichu, y así sucesivamente, de modo tal que el conjunto se eleva en el centro para formar un cono ligeramente achatado. Los extremos salientes de las capas de ichu fueron cortados en forma tajante y regular, lo cual produce el efecto de tejas traslapadas.

Cieza de León también describe estos techos como testigo ocular. Dice: "Son de paja, pero están tan hábilmente colocados que, a no ser que los destruya el fuego, durarán muchos siglos."

Si recurrimos a Garcilaso veremos cuán estrechamente coincide el techo del Sondor-huasi con su descripción de los techos existentes en su época. Dice: "Sus techos estaban hechos con palos atados entre sí transversalmente mediante cuerdas fuertes. Estos sostenían una capa de paja del espesor de 1,8 metros o más en algunas casas, que no sólo servía de cornisa a las paredes, sino que se extendía fuera de ellas más de un metro, como un tejado colgadizo para resguardar las paredes de la lluvia y brindar protección a las personas debajo de él. La parte que sobresalía más allá de las paredes estaba recortada en forma muy pareja... Recuerdo una estructura en el valle del Yucay, del tipo que he descrito, de más de 20 metros en cuadro [¿perímetro?], que estaba cubierta en forma de pirámide. Aunque las paredes sólo tenían tres estados (5,4 metros) de altura, el techo tenía más de 3,6 metros."

De esto se desprende que los techos incaicos no eran realmente tan toscos y feos como podemos imaginarlos por nuestro conocimiento de los modernos edificios cubiertos de paja, asociados como lo están con la pobreza y la escualidez. Lo cierto es que si se puede considerar el Sondor-huasi como ejemplo de la forma en que estructuras ordinarias como ella estaban ornamentadas interiormente, podemos concebir fácilmente que los interiores de los edificios y templos más importantes eran sumamente bellos.

Desde Azángaro nuestra ruta atravesó una alta meseta cubierta de nieve hasta llegar al valle del río Pucará, que ascendimos por los pueblos de Pucará y Ayaviri, con las montañas que se iban cerrando gradualmente alrededor de nosotros a medida que el valle se angostaba, hasta que nos encontramos en Santa Rosa, un pueblo importante a la vez que el último del Collao, al pie de la gran montaña nevada de Apucumurami y a 160 kilómetros del lago.

Aquí presenciamos una de esas corridas o más bien hostigamientos de toros que deleitan por igual a la gente de la costa y de la Sierra. La plaza del pueblo estaba encerrada con cerca y el toro, con un paño carmesí chillón sujeto al lomo y sus cuernos cargados de cohetes, fue soltado en el ruedo. Montar en el lomo del toro y recorrer así toda la plaza, mientras se encienden los cohetes, aguijonearlo con afilados clavos colocados en los extremos de pértigas y en

general irritarlo y vejarlo, parecen constituir las características principales de este apreciado pasatiempo.

En Santa Rosa la función varió porque en el lomo de uno de los toros se sujetó un cóndor joven que, excitado por el ruido, el movimiento y las explosiones, comenzó a golpear los flancos del toro con sus poderosas alas y a lacerar su carne con su terrible pico. Después que el toro y el cóndor quedaron completamente exhaustos y el primero, con flancos sangrantes y la lengua afuera, permanecía impotente en un rincón, se acercó un indio para desatar al ave que, a pesar de todo, lo cogió del brazo sacándoselo casi de su articulación. Este cóndor y otro más me fueron obsequiados por su propietario y me comprometí a enviarlos a mi país como un regalo para el Central Park de Nueva York. Sin embargo, nunca llegaron a la costa como lo explicará, en forma suficiente tal vez, la siguiente carta de Pedro Lobo, el arriero que se comprometió a llevarlos hasta allí:

"¡Señor y caballero. Viracocha! —Estoy enfermo. Imploro su misericordia. Como usted sabe, soy un hombre pobre y mi familia tuvo viruela. Manuela murió hace ya mucho tiempo. En mi aldea se puede conseguir poca alfalfa. Por eso le pido perdón. No pude obrar de otra manera. Sucedió así. Fue en la pampa de Tungasaca. Uno de los *pollos*, el del toro, arrancó las orejas de la mula Chepa, que lo llevaba. Usted se acordará de la mula Chepa por su cola, que era corta. Hizo trizas mi poncho y me hirió dolorosamente. Todavía imploro su misericordia. Pero se escapó.

"Usted sabe que el maíz está muy caro y como dije ya, la pobre Manuela murió de viruela. Están reclutando hombres para el ejército. No sé qué puede ocurrirme. Hay sarampión en mi pueblo y los caminos son malos; pero cuando el pollo del toro se escapó, el otro también se escapó. Sé que en Santa Rosa dirán que corté las correas. Y así puede parecer. Pero señor, caballero y Viracocha, usted no les creerá; porque hay poca alfalfa y ningún maíz de que hablar en mi aldea y ahora han pasado dos años desde que Manuela murió, por no decir nada del sarampión, ¡del que quiera la Virgen proteger a Vuestra Merced! Por eso imploro su misericordia."

Debo explicar que en varias ocasiones manifesté a Pedro Lobo mi gran compasión por la prematura muerte de su hija Manuela y él se persuadió de que la referencia ablandaría mi corazón y ahuyentaría toda cólera que pudiera experimentar por el escape de los *pollos*.

En Santa Rosa se anudan los Andes y la Cordillera y muy pronto nos vimos envueltos en sus gargantas, disputando el paso a la cabecera del río Pucará. Desde Santa Rosa hasta la divisoria, una cansadora distancia de 25 kilómetros, el paisaje es sumamente audaz e impresionante y se asemeja al del valle del Lauterbrunnen en Suiza o a la subida del paso de San Gotardo desde Bellanzona. No hay casas, salvo restos, aquí y allá, en lugares expuestos, de tambos incaicos,

bajo cuyas paredes que se están desmoronando encontramos a algunos grupos tiritantes de viajeros nativos, amontonados sobre una humeante fogata de estiércol, que trataban de calentar su miserable chupe. El viento se cuela por las gargantas con enorme violencia y arrastra la arena y grava del áspero sendero y finas esquirlas de roca que se desintegra, que pinchan como lancetas la piel agrietada y sufriente hasta que la sangre comienza a gotear de todas las partes expuestas de la persona. Nuestras mulas se niegan a enfrentar las ráfagas y obstinadamente vuelven sus grupas hacia ellas o se niegan ariscamente a abandonar el amparo de alguna roca que corta la fuerza del viento. Las montañas alrededor de nosotros se hallan cubiertas de nieve que, de tanto en tanto, cae encima de nosotros en cegadores torbellinos, cuando alguna avalancha se precipita desde las crestas amenazantes que se encorvan como las olas encrespadas del océano antes de romper en la playa.

Nos acercamos a un paso angosto, un arroyo frígido, cuajado con nieve flotante y cristales helados, se agita entre las ásperas rocas que están a un lado y el risco se eleva escarpado en el otro, con sólo una angosta repisa como sendero, tan angosta que los animales no pueden pasarse de frente. Acabábamos de ingresar en él, con una mula herida, que ahora viajaba de balde o sea sin carga, al frente, cuando oímos el sonido del silbato de advertencia de una persona que se aproximaba a nosotros desde el otro extremo del paso, sonido que habíamos oído antes pero que, medio cegados y sordos, habíamos confundido con el aullido del viento cruel. Tratamos de hacer volver grupas a la mula, pero ésta se lanza hacia adelante, en tanto que nosotros nos retiramos hasta una parte más ancha de la repisa y nos aplastamos contra la roca para dejar pasar a los viajeros que se acercan. Éstos vinieron a ser un solo hombre, evidentemente de posición, pero que lleva una gruesa máscara y anteojos y responde a nuestra pregunta de si había encontrado una mula señalando hacía abajo entre las rocas al pie del precipicio. Había matado al animal al enfrentarse con él en el camino; no había otra alternativa.

A medida que nos aproximamos a la cima, el desfiladero se ensancha un poco y tenemos mejor camino. Aquí comprobamos que cada roca sostiene montones de piedras y hay cientos de otros montones en todas las partes en que hay espacio suficiente para hacerlos, cuyas alturas varían de 0,30 a 1,5 metros o más. Han sido levantados por los indios para propiciar a los espíritus de las montañas y a los que controlan los vientos, las nevadas y las frías heladas. El río Pucará, reducido su tamaño al de un simple arroyo, murmura a nuestro lado y nos sentimos tan llenos de gratitud como los indios mismos, a pesar de que no erigimos nuestra pequeña apacheta por haber pasado a salvo la peor parte de nuestro camino. Un kilómetro y medio más allá llegamos a la cumbre o divisoria: un regazo, si se me permite emplear el término, entre las dos cadenas de montañas. Aquí, a un lado, hay una gran pila de piedras votivas y, al otro, un pequeño lago de montaña, que sale a borbotones de entre masas de pasto

vibrante y medio congelado, ribeteado por un plateado borde de hielo, y que parece límpido pero oscuro bajo el frío cielo acerado.

Desde este lago, que tiene solamente unas pocas decenas de metros de diámetro, fluyen dos pequeñas corrientes diferenciadas, una hacia el sur por el desfiladero que hemos pasado y que forma en su curso el río Pucará, que desemboca en el lago Titicaca, y la otra que fluye hacia el norte y constituye la fuente del río Vilcanota, que bajo sus sucesivos nombres de Vilcamayo, Yucay, Urubamba y Ucayali forma la corriente madre del Amazonas. Un corcho arrojado en el centro del lago podría ser llevado al Titicaca o al Atlántico, cosa que depende probablemente de la dirección del viento. La divisoria a que hemos llegado está a 14°30′ de latitud sur y 70°50′ de longitud oeste, a una elevación de 4320 metros, dominada por el gran pico nevado de Vilcanota, que aquí todavía se alza majestuosamente sobre nosotros.

Alrededor del lago se encuentran los restos de varios tambos incaicos, algunos proyectados evidentemente para la clase más pobre de viajeros y uno destinado claramente al Inca mismo o a las personas de su sangre. Este último ha sido completamente destruido por los buscadores de tesoros y sus paredes arrasadas no protegen de los vientos. Así nos reunimos para la noche al abrigo de algunas paredes que están en pie de estructuras más humildes, atamos nuestras mulas cerca de nosotros, alimentándolas con cebada verde, y, metidos en esta cerca de nuestro equipaje, nos arrimamos a una pequeña fogata de ramas de quinua que, por un accidente afortunado, pudimos comprar en Santa Rosa por algo menos que su peso en plata. Nos refrescamos con café; nuestros arrieros se llenan sus bocas con coca; nos apretujamos lo más cerca posible unos de otros y aguardamos el alba, instante en que iniciaremos el descenso por las vertientes del Amazonas.

Los medios de intercomunicación en el imperio incaico, bajo el gobierno benéfico de sus soberanos aborígenes, fueron infinitamente mejores que lo que son en la actualidad. Aparte de sus caminos y puentes, construyeron en todos los puntos expuestos, a intervalos en las punas y entre las montañas, así como en las aldeas, puestos para alojar a los viajeros. No eran de ningún modo estructuras imponentes, pero sí amplias y cómodas, en que no sólo los viajeros mismos sino también sus llamas podían encontrar alimento y abrigo. En La Raya, por donde tenían que pasar todas las comunicaciones entre la capital y el Colla-suyu o región importante alrededor del lago Titicaca, las necesidades públicas fueron satisfechas con la construcción de varios tambos de gran tamaño y también hay trazas de una fortificación como para el mantenimiento de una guarnición aquí.

Hice un plano de estos tambos, bajo cuyas paredes que se desmoronaban encontramos protección durante la noche, plano que puede considerarse típico de esta clase de estructuras en general, aunque no hay dos que sean exactamente iguales. Se trata de un edificio con un frente de 55 metros de largo, con alas que

se extienden hacia dentro en cada extremo, con lo cual se forman los tres lados de un patio. Este patio se prolonga hasta las aguas del pequeño lago mediante rústicos muros de piedra y el suelo desciende por medio de terrazas. El frente principal sólo tiene tres habitaciones, cada una de unos 18 metros de largo; sólo la central tiene entradas desde el exterior. Las habitaciones de las esquinas dan al patio y cada una tiene un cuarto interior más pequeño al que sólo se puede llegar a través de ellas, destinado tal vez a las mujeres o personas de distinción. Las habitaciones tienen en sus lados pequeños nichos, hundidos en las paredes, las cuales son de 60 a 90 centímetros de espesor y están compuestas de piedras rústicas asentadas en arcilla. En conjunto, los tambos parecen haber sido estructuras rústicas pero sólidas, hechas con sentido común y racionalmente concebidas para satisfacer las necesidades de la gente para cuyo uso fueron construidos. Los patios fueron proyectados, sin duda, para la recepción de las manadas de llamas y alpacas que pudieran acompañar a los viajeros o ser enviadas desde los valles hasta las altiplanicies del Collao.

Descendemos ahora, ora entre empinadas montañas donde la corriente de agua y el sendero se disputan el paso, con un invierno eterno entronizado en las alturas que están sobre nosotros, ora azuzando a nuestras mulas sobre intervalos angostos pero arables de tierra o deteniéndonos para descansar en curiosas aldeas de indios, famosos en la historia aborigen con el nombre de canchus.

Desde el paso de La Raya hasta el valle del Vilcanota el descenso es rápido y antes del mediodía comenzamos a sentir el cambio de la temperatura. En los calientes manantiales de Aguas Calientes, situados a 10 kilómetros de distancia, habíamos descendido 450 metros. Las aguas de estos manantiales se consideran específicos para ciertas enfermedades y hay cerca de ellos unas pocas chozas bajas y toscas de piedra (sin ventanas ni puertas para cerrar las entradas y sin habitantes), a las que los enfermos pueden recurrir, trayendo, por supuesto, sus lechos, utensilios de cocina y alimentos. El pequeño arroyo que en la mañana goteaba, medio congelado, desde el lago de La Raya, antes del mediodía ha crecido para convertirse en una corriente considerable y antes de la noche lo encontramos fluyendo por un valle angosto, pero fértil y bien cultivado, hecho un río apenas vadeable.

Es invierno y los campos están secos y marchitos; pero por doquier vemos el rastrojo de trigo, cebada y maíz y a grandes intervalos un rústico molino harinero. Las empinadas gargantas que se abren desde las montañas que encierran el valle están terraplenadas desde las zonas ribereñas hacia arriba y forman pequeñas huertas o jardines triangulares en que pueden verse chozas medio escondidas entre quinuas y matas de la Flor del Inca. Las casas y los pueblos se vuelven más frecuentes y, en común con la gente, tienen un aspecto de relativa prosperidad. Podemos obtener alimento para nuestros animales a

determinado precio y los huevos se convierten en un lujo al alcance de nuestros bolsillos.

Los indios que encontramos son menos atezados y hoscos que los del Collao y obtenemos una pizca de satisfacción de la menos promisoria de todas las fuentes, el llanto de un bebé. En general, seguimos la huella de Manco Capac, convencidos de que debe haber encontrado en el valle del Vilcanota un cambio muy agradable en relación con su fría y yerma roca de Titicaca.

Viajamos 95 kilómetros más, hasta que el arroyo que goteaba desde el lago de La Raya ha crecido para convertirse en un río no vadeable, conocido con el nombre de Vilcanota. Aquí llegamos al pueblo de Cahca, cerca del cual están los restos del famoso Templo de Viracocha. El valle se ha abierto hasta alcanzar una anchura de 5 kilómetros y es llano y fértil. Más allá del pueblo, en la orilla derecha del río, se eleva casi en el centro del valle el cono volcánico irregular, ancho y más bien bajo, de Arache. Ha lanzado hacia todas partes sus masas de lava, rellenando parcialmente el vallecito que se encuentra entre él y las montañas, por un lado, y enviando, por el otro, dos altos diques hacia el río. Entre estos diques hay un espacio triangular, de casi un kilómetro y medio de longitud mayor, literalmente amurallado por aristas de lava negra, amontonadas en la más salvaje confusión hasta muchos metros de altura. En el extremo superior de este espacio, que ha sido ampliado mediante la erección de terrazas cerca de los campos de lava y el amontonamiento de los ásperos fragmentos unos sobre otros, hay un manantial copioso que envía una corriente importante. Ha sido cuidadosamente emparedada con piedras cortadas y rodeada con terrazas, sobre cuyos bordes cae, en cataratas musicales, hacia un gran estanque o depósito artificial que abarca varios acres y en el que crecen plantas acuáticas y encuentran refugio agradable numerosas aves acuáticas. Desde este estanque el agua se descarga en parte por numerosas acequias que riegan las diversas terrazas que se alinean a lo largo de este valle delineado por la lava y en parte por un canal emparedado al Vilcanota.

Dominando el depósito o estanque, en una amplia terraza o más bien serie de terrazas, en uno de los lados de una gran superficie semicircular, se alzan las elevadas ruinas del Templo de Viracocha, uno de los más importantes jamás construidos por los incas y que parece haber sido único en su género. Antes de pasar a una explicación y descripción más minuciosa de lo que queda de este templo, no será inoportuno, ya que ciertamente nos ayudará a comprender el origen y significado de esta estructura, repasar lo que Garcilaso tiene que decir de él y de su construcción.

El Inca Viracocha fue el octavo de su linaje, de acuerdo con la tabla de Garcilaso, y dejó la más romántica y brillante historia de su raza real. Su padre, Yahuar-Huacac, fue un príncipe tímido y más bien pusilánime, que mal podía soportar el ambicioso e impetuoso temperamento de su hijo, a quien envió a

temprana edad a un exilio honorable fuera de la corte para que fuera custodio de los rebaños reales y los del Sol en la alta y fría planicie de Chita, situada 15 kilómetros al nordeste del Cuzco. Después de tres años de destierro, el joven príncipe regresó al Cuzco sin permiso y se hizo llevar por la fuerza ante su padre afirmando que tenía que comunicarle cosas que concernían a la paz y seguridad del imperio. Relató que durante un ensueño o trance se le había aparecido un ser celestial, blanco y barbudo, vestido con un manto largo y flotante, quien le dijo: "Soy hijo del Sol, hermano de Manco Cápac. Mi nombre es Viracocha y me envía mi padre para avisar al Inca que las provincias de Chinchasuyu se han rebelado y que grandes ejércitos avanzan desde allí para destruir la capital sagrada. El Inca debe prepararse; yo le daré protección a él y a su imperio." Entonces la aparición desapareció. Mas el padre escuchó esto con impaciencia y desatendió las súplicas de su hijo, quien de ahí en adelante tomó el nombre de Viracocha. El Inca no hizo ningún preparativo para evitar la catástrofe predicha. Pero al cabo de tres meses quedó sorprendido por informes sobre la aproximación, con grandes fuerzas, de los insurrectos chinchasuyus. Aterrado por haber despreciado la advertencia celestial y creyendo que su destrucción era inevitable, abandonó su capital y se retiró a la ciudad fortificada de Muyna —de cuyas ruinas todavía quedan rastros-donde aguardó su suerte.

El pueblo, abandonado por su príncipe, se sintió abrumado por el terror y huía en todas direcciones, hasta que apareció en medio de ellos el joven Inca, Viracocha, con los pastores de Chita. Su porte valeroso, palabras alentadoras y espíritu altivo reunieron y reanimaron a los fugitivos y él se apresuró a presentarse ante su padre para instarlo a que volviera al Cuzco, se pusiera a la cabeza de su pueblo y diera un golpe varonil por su imperio. Pero sus súplicas fueron vanas; el pusilánime Inca se negó a abandonar los muros de Muyna.

Entonces Viracocha mismo resolvió redimir el honor de su raza y conservar el imperio. Regresó al Cuzco, se puso a la cabeza de las fuerzas que pudo reunir y salió a combatir a los chinchasuyus con fuerzas numéricamente muy inferiores. El blanco y barbudo espíritu que se le había aparecido en Chita cumplió su promesa y las mismísimas piedras se levantaron armadas, como hombres blancos y barbudos, cuando el peso de la batalla abrumaba severamente al juvenil Inca. Éste obtuvo una notable victoria en la llanura que todavía lleva el nombre que entonces se le dio de Yahuar-pampa, "el Campo de Sangre".

A pedido de un pueblo agradecido, Viracocha depuso después a su padre y asumió el *llautu* imperial.

En agradecimiento por el poder y la intervención del divino Viracocha, el joven Inca mandó construir en Cacha un suntuoso templo para su culto. Por qué allí, en vez de Chita, donde el espíritu se le apareció por primera vez, o en la llanura de Yahuarpampa, donde luchó por el joven Inca, es algo que los cronistas se confiesan incapaces de explicar. Pero por alguna razón ordenó que el templo

fuera construido en Cacha y que su forma y estructura imitaran en la medida de lo posible el lugar entre las rocas de Chita donde el espíritu se le apareció en su ensueño de mediodía. Por consiguiente, el templo debía carecer de techo, poseer un elevado segundo piso y diferir por lo que respecta a su plano y hechura de cualquier otro existente en ese entonces. Debía contener una pequeña capilla o santuario, donde se colocaría una imagen del celestial Viracocha.

Según Garcilaso, este templo tenía 36 metros de largo en su interior y 24 de ancho y era de piedras pulidas. Poseía cuatro entradas, que daban a los cuatro puntos cardinales, o más bien lo que parecía ser entradas, ya que tres de ellas eran puertas ciegas, proyectadas únicamente como adorno, y sólo la cuarta, que daba al este, permitía la entrada al interior. Y como los indios no conocían la forma de construir arcos para sostener el segundo piso, erigieron paredes transversales que hacían las veces de vigas, de 90 centímetros de espesor y a 2,1 metros de distancia entre sí. Entre estas paredes había doce pasajes con cielorrasos revestidos de piedras planas labradas. Al transponer la puerta del templo, el visitante doblaba hacia la derecha por el pasaje que se abría en esa dirección y seguía hasta llegar a la pared, donde doblaba a la izquierda por el segundo pasaje, y así sucesivamente hasta llegar al duodécimo pasaje o pasillo, donde había una escalera que conducía al segundo piso y descendía en el lado opuesto. Frente a cada pasillo había ventanas semejantes a portillas (falteras) que dejaban pasar suficiente luz y debajo de cada ventana había un nicho en la pared para un portero que podía sentarse ahí sin obstruir el paso.

El piso de la segunda planta estaba pavimentado con piedras negras lustrosas, traídas desde lejos. En lugar de un gran altar, había una especie de capilla, de 3.6 metros en cuadro por lo que respecta a sus dimensiones interiores, techado con la misma clase de piedras negras, ensambladas y elevadas en forma de capitel de una columna, con cuatro ángulos. Ésta era la obra más linda de toda la estructura. En esta capilla y hundido en la pared del templo existía una especie de tabernáculo, donde había una imagen del celestial Viracocha, en cuyo honor se construyó el templo. En los lados izquierdo y derecho de la capilla también había tabernáculos o nichos, pero no contenían nada ya que sólo servían de adornos. Las paredes de la estructura se elevaban 2,7 metros sobre el segundo piso y no tenían ventanas. La cornisa era de piedra en todas partes.

En el tabernáculo recién mencionado, sobre una gran base o pedestal, había una estatua de Viracocha, tal como se le apareció al joven Inca en Chita. Representaba a un hombre de buena talla, con larga barba y un manto flotante, como una túnica o sotana, que llegaba hasta sus pies, donde se encontraba la figura de un animal desconocido, con las garras de un tigre y una cadena alrededor de su cuello, uno de cuyos extremos sostenía en sus manos la estatua. Todo esto estaba tallado en piedra, y como los escultores no sabían cómo representar a la aparición, el Inca solía vestirse tal como se le apareció para proporcionarles un modelo según el cual pudieran trabajar. "Y en razón de que

este templo", añade Garcilaso en tono de reproche, "constituía una obra tan extraordinaria, los españoles deberían haberlo conservado para admiración de las edades futuras; pero en lugar de ello, como si envidiaran las obras de quienes les habían precedido, lo destruyeron en tal forma que ahora apenas quedan los cimientos, cosa muy lamentable. La causa principal de la destrucción fue, sin embargo, la creencia de que debajo de él había muchos tesoros escondidos. Lo primero que se derribó fue la estatua, porque se decía que debajo de ella había mucho oro escondido. La estatua existió hasta hace algunos años, aunque muy desfigurada por las piedras que se habían arrojado contra ella".

Desde el momento en que Garcilaso escribió esto han transcurrido cerca de trescientos años y si en su época el templo estaba tan en ruinas como él lo describe, ¿qué podemos esperar de su estado actual? Las iglesias de San Pedro y San Pablo de Cacha, de Tinta y otras aldeas cercanas y más de uno de los puentes que cruzan el Vilcanota están hechos con piedras extraídas de sus paredes; a pesar de ello, todavía puede seguirse su plano y en general no es demasiado tarde para rescatar la piadosa obra del Inca Viracocha de la exageración o del olvido. El plano no concuerda totalmente con el descrito por el cronista^{4*}, quien escribió probablemente de segunda mano, basándose en las imperfectas descripciones de observadores incompetentes; pero podemos ver fácilmente que está describiendo esta misma estructura.

La parte más conspicua de los restos del templo es una pared de 12 metros de altura, de adobes o arcilla consolidada, sobre un cimiento de piedras irregularmente labradas, pero perfectamente ensambladas entre sí. Este cimiento tiene 2,4 metros de altura y 1,6 metros de espesor a nivel del suelo, pero está "ataludado" o su espesor disminuye ligeramente a medida que se eleva, cosa que también acontece con la pared que está encima de él. Puede describírsela como una sucesión de pilas, doce en total, cada una de 6 metros de ancho, separadas entre sí por espacios de 2,5 metros. Estos espacios penetraban (con los lados inclinados hacia dentro) en la estructura de adobes de arriba hasta la altura de 4,2 metros, con lo cual formaban puertas de esa altura, cuyos dinteles eran de madera, ahora podrida o quitada, pero que ha dejado huellas en la pared. Esta pared se extendía longitudinalmente por el centro de la estructura y se ve que fue de unos 100 metros de largo. Todavía está en pie una de las paredes terminales, con una ancha puerta, flanqueada por nichos que se abren hacia dentro en cada lado de la pared central. La forma de la pared terminal indica que la estructura tenía un techo inclinado y que su ancho exterior total era de 26 metros. Las paredes laterales y una de las paredes de caballete habían desaparecido, pero la excavación permite rastrear fácilmente sus cimientos.

Así, describe el templo como carente de techo, en tanto que las ruinas muestran que tenía un techo en pendiente. Según él, sus medidas son 36 metros por 24, cuando en realidad son 100 metros por 26.

En el centro de cada entrepaño había una abertura de 90 centímetros de altura por 45 de ancho, que atravesaba completamente la pared, con piedras bien alisadas tanto dentro como fuera, y más o menos a mitad de la altura de cada vano o a 2,1 metros del suelo hay alvéolos de 15 centímetros en cuadro, hundidos en la piedra, como para recibir vigas o barras. Inmediatamente frente a las aberturas de las que dije que penetraban en el cimiento de piedra que sostiene la pared central y a mitad de la distancia entre ella y las paredes exteriores de cada lado, hay dos series de columnas, de 1,6 metros de diámetro en la base, doce en cada lado o veinticuatro en total. De éstas, sólo una es perfecta. Al igual que la pared central, su base, hasta una altura de 2,4 metros o más, está hecha con piedras labradas, de caras talladas y encajadas con precisión, y sobre ella el pilar se continúa con adobes hasta una altura de 6,7 metros aproximadamente. La excavación puede descubrir los cimientos de todas estas columnas. A ras de las partes superiores de estas columnas y coincidentes con su centro vertical, hay en la pared central huecos aparentemente destinados a recibir los extremos de las vigas, cuyos otros extremos descansaban en las columnas, que en verdad pueden haber sostenido otras vigas que se extendían hasta las paredes exteriores. Esto es lo más probable, porque en 250 ó 500 kilómetros a la redonda no hay maderos lo suficientemente largos para extenderse de una pared a la otra, una distancia de 10 metros.

1

101

1

.

1

2

Supongo que no había paredes transversales como las que describe Garcilaso, pero sí que el segundo piso de la estructura estaba sostenido por estas columnas. No podemos decir ahora cuál fue la disposición del piso o pisos superiores. Sólo sabemos que la pared central está atravesada por una doble hilera de ventanas o aberturas, ubicadas inmediatamente encima de los vanos de puerta de la planta baja, cuyo ancho disminuye con su elevación.

Garcilaso describe las paredes exteriores como hechas de piedras cortadas y la inmensa cantidad de ellas que sabemos que se ha sacado de aquí parece justificar la afirmación. Los cimientos ciertamente estaban hechos así; pero el gablete que queda es de adobes, atravesado por una sola puerta. No se puede determinar ahora si había otras entradas; el susodicho historiador Garcilaso afirma que sólo había una. De las restantes partes de la estructura tal como las describe él —la capilla o santuario— no queda ahora traza alguna.

Pero ni Garcilaso ni ningún autor posterior ha reparado en la extensa serie de restos, apenas menos interesantes que los del templo mismo y vinculados con él. Es imposible ofrecer un plano completo de ellos, porque ocuparía demasiado espacio; tampoco puedo tener la esperanza de transmitir una idea muy clara de ellos mediante una descripción, por minuciosa que fuera. Me límitaré, por consiguiente, a describir una o dos de las estructuras dependientes más notables, comenzando con una serie de edificios que rodean unos patios ubicados perpendicularmente al templo, en su extremo meridional. Están construidos sobre una terraza, que se eleva 90 centímetros sobre el nivel general,

y entre dos muros paralelos de 2,4 metros de altura y distantes entre sí 58 metros. Hay seis series de patios y edificios enteros y uno, próximo al templo —de hecho, inmediatamente en frente de su gablete restante—, parcialmente destruido. Cada serie abarca un área de unos 36 metros en cuadro y en conjunto se extienden más de 240 metros en línea recta.

Por su disposición, cada grupo o serie es sustancialmente idéntico y consiste en seis edificios, dos en cada uno de los tres lados de un patio, cuyo cuarto lado, que mira hacia el lago artificial, etc., está libre. Los edificios que se levantan en forma transversal a la línea general de la fila de edificios pueden ser descritos como dobles, es decir, como divididos longitudinalmente por una pared medianera, y cada división mira hacia un patio separado. Esta pared medianera dividía exactamente el gablete, al igual que la del templo, y se elevaba hasta la cima de la estructura, sosteniendo los extremos superiores de los cabrios. Los edificios divididos de este modo en dos departamentos iguales miden exteriormente 14 por 11,5 metros. Los gabletes son elevados y existen muchas pruebas de que cada edificio se componía de dos pisos. Las paredes tienen 90 centímetros de espesor y hasta una altura de 2,4 ó 3 metros se componen de fragmentos no labrados de lava, unidos entre sí con arcilla tenaz. Más arriba se las ha continuado con adobes, salvo en un caso, en que la parte superior de la pared central era también de lava. Los frentes tenían dos entradas y el interior de cada departamento estaba adornado con nichos —dentro de algunos de los cuales el fino estuco todavía es perfecto— brillantes con el color púrpura con que habían sido pintados. Entre los edificios hay un callejón o pasaje de 2,1 metros de ancho. Los dos edificios que se encuentran en el tercer lado del patio no son dobles, como los que se acaban de describir, sino que se componen de un solo departamento interior. Sus dimensiones exteriores son 14 por 9,1 metros y también tienen dos puertas que dan al patio y están adornados con nichos. Entre la hilera de edificios y la pared exterior el espacio ha sido dividido en recintos con pequeños edificios, cada serie en correspondencia con los grupos principales, destinados aparentemente a cocineros y ayudantes.

Fuera de este muro exterior hay ciento veinte estructuras circulares, cada una de 8,2 metros de diámetro alineadas en diez hileras de doce, con calles o pasajes de 3,6 metros de ancho entre ellas. Cada edificio tiene una puerta que da a la calle, pero los edificios están dispuestos en forma tal que las puertas no están frente a frente. Estos edificios redondos son comparativamente rústicos y están construidos en su totalidad con toscos bloques de lava. En su interior exhiben pocos intentos de ornamentación. Para conseguir la superficie en que están construidos se ha apartado la lava amontonándola fuera de ellos. Parecería que estuvieran destinados a albergar a los peregrinos al santuario del celestial Viracocha y, de ser así, darían a entender que se le tenía en gran estima y que era muy frecuentado.

El suelo frente a la larga hilera de edificios que he descrito está bellamente nivelado y termina en otro grupo de edificios de plano menos regular, pero muy interesantes. Ahora están parcialmente habitados y es probable que tengan el mismo aspecto general que antes de la Conquista. En verdad, una parte considerable de la bella y pequeña llanura rodeada de lava y bien regada en que se ha construido el Templo de Viracocha y sus estructuras subordinadas está ocupada ahora por una aldea de alfareros, famosos en toda la Sierra por sus artículos. Entre la lava que, como hemos dicho, fue apartada antiguamente de esta área con un trabajo increíble y amontonada en torno de ella, encuentran una arcilla o caolín muy fino y sumamente tenaz. Desde el lugar en que está el templo el ojo no encuentra ninguna abertura en las paredes de lava, en tanto que en el lado que da hacia el cráter la lava está apilada en masas estupendas, como si un océano de tinta se hubiera congelado súbitamente durante una furiosa tormenta.

No puedo abstenerme de corregir uno o dos errores radicales que han prevalecido sobre la arquitectura incaica y que han recibido el apoyo de los grandes nombres de Humboldt y Prescott. El primero, en su informe sobre la fortaleza de Canar, situada en la parte septentrional del imperio incaico, describe un edificio dentro de sus muros que, aunque más pequeño, era casi una contraparte de las casas dobles halladas cerca del Templo de Viracocha. Parece haberse sorprendido de encontrar que el edificio tenía gabletes como los de nuestras propias moradas y expresa su creencia de que fueron añadidos después de la Conquista. Consideró que el hecho de que existieran ventanas en esos gabletes respaldaba especialmente esa hipótesis, "porque es cierto", añade, "que en los edificios de construcción peruana, así como en los restos de Pompeya y Herculano, no se encuentran ventanas". Antes de él, de la Condamine también había expresado algunas dudas sobre la antigüedad de los gabletes, pero creyó que era posible que formaran parte de la estructura antigua. Prescott, siguiendo probablemente a Humboldt, niega la existencia de ventanas en la arquitectura peruana.

Sin embargo, Humboldt sólo vio unos pocos restos incaicos en el norte del Perú. Si hubiera viajado a la parte central o meridional del país, habría comprobado que el empleo de gabletes y ventanas era casi universal. Incluso en las ruinas del Gran Chimú en la costa, donde rara vez llueve, pueden encontrarse gabletes. En todas partes en el interior, las ruinas de los pueblos incaicos se caracterizan especialmente por sus gabletes puntiagudos, que casi siempre tienen una ventana y frecuentemente dos. Estas ventanas se empleaban a veces como puertas para entrar al piso superior o intermedio del edificio y a ellas se llegaba por una sucesión de piedras plantas que sobresalían de las paredes para formar un tramo de escalones.

No siempre los gabletes tenían igual declive o forma. Por regla general, eran casi tan puntiagudos como los de Holanda. En los edificios que se alzan en las laderas de las colinas, que constituían los emplazamientos favoritos para las

aldeas, ya que de este modo se reservaban los terrenos llanos para el cultivo, la caída del gablete más próximo al declive era más corta. Cuando lleguemos a las grandes y complicadas ruinas de Ollantaytambo, encontraremos algunos magníficos ejemplos de casas incaicas de todas clases, de uno, uno y medio y dos o más pisos, con ventanas en los gabletes y ventanas en los lados.

Puedo añadir que cuando el Inca ordenó la construcción del Templo de Viracocha de acuerdo con un plano diferente del de cualquier otro templo en el Perú, encontró obreros apropiados para ejecutar sus órdenes, porque su diseño es estrictamente único en su género. No encontré columnas en ningún otro edificio, ni parece que hubiera habido otro de tanta altura. El detalle de los adobes sobre una base de piedra trabajada no es, sin embargo, peculiar de este edificio, ya que lo encontré en otros, donde fueron usados no sólo para erigir los gabletes, sino también para formar parte de las paredes generales. Constituye un ejemplo notable el antiguo templo, ahora iglesia de Guitera, a dos días de viaje desde la costa, en el valle del río Pisco. Estos complementos de ladrillo en edificios de piedra serían naturalmente los primeros en desaparecer con la acción del tiempo, y en muchos casos es probable que así hayan desaparecido, quedando solamente la obra de piedra. De estas relativamente bajas paredes de piedra se extraería una conclusión errónea sobre lo que los cronistas llaman la "majestuosidad" de algunos de los edificios peruanos.

Como los nichos ornamentales constituyen una característica peculiar y constante de la arquitectura incaica, pueden formularse aquí unas pocas observaciones generales. Cuando aparecen en el exterior de los edificios, su intención es claramente ornamental y en ciertos casos, cuando aparecen en los interiores, descubrimos el mismo propósito. Hablo ahora de los más grandes, que llegan hasta el piso o cerca del piso de las habitaciones. Hay otros que no tienen un pequeño nicho entrante, sino que son simples alacenas, por decirlo así, sin puertas, más anchas en su base que en la parte superior y de diferente profundidad, que se extienden alrededor de casi todas las habitaciones, grandes o pequeñas, sea construidas con piedras toscas o bloques prolijamente cortados y encajados. Es posible que éstos hayan sido para uso así como para adorno, si bien siempre resulta claramente manifiesta esta última finalidad. Las dimensiones de estos nichos varían con las diferentes dimensiones de las estructuras en que se encuentran, y a menudo una larga hilera de ellos, que se extiende cerca del suelo, está realzada por otros más pequeños y alternados. La monotonía de largas y tediosas hileras de terrazas, especialmente cuando se relacionan con edificios públicos, se rompe casi siempre mediante la introducción de estos nichos. Estas terrazas están formadas en general con piedras irregulares, ensambladas entre sí en el estilo llamado ciclópeo, en cuyo caso las piedras alrededor de los nichos adoptan una forma más regular y tienen una terminación que no se encuentra en otras partes de la pared. En las estructuras hechas con piedras rústicas asentadas en arcilla están siempre bien revestidos con estuco y hay razones para creer que

se los pintaba con colores que diferían de los de las paredes que estaban destinados a adornar.

Antes de dejar este templo, podemos hacer notar que la etimología del nombre "Viracocha" se da en forma variada. La que se acepta generalmente es wira, "espuma", y cocha, "mar" esto es, "Espuma del Mar". Y como el espíritu que se le apareció al joven Inca en la altiplanicie de Chita y que dijo que su nombre era Viracocha era blanco y barbudo y se vestía con una túnica flotante, no es de extrañarse que la misma designación se aplicara a los españoles, que vinieron desde el mar, y que a los sencillos indios parecieran encarnaciones del visitante sobrenatural, controladores del rayo y el trueno. Entre los indios del campo, los pastores de llamas de las punas y los pescadores de los lagos, el saludo común para los extranjeros de tez clara y ojos azules es "¡Tat-tai Viracocha!".

En las alturas de Tungasaca, que dominan las ruinas del Templo de Viracocha, en la ribera opuesta del rio, José Gabriel Condorcanqui, más conocido con el nombre de Túpac Amaru que asumió más adelante, organizó a fines del siglo pasado esa sublevación de los indios contra los españoles que pronto se extendió por toda la Sierra y amenazó extinguir el poderío español en el Perú. Túpac Amaru era descendiente directo del último de los Incas y cuando reunió a sus seguidores en el pueblo de Tinta para ir a arrebatar de manos de los descendientes de Pizarro la capital de sus antepasados, los condujo primero a las ruinas del Templo de Viracocha y allí, rodeado de negros y ásperos muros de lava, a la sombra del santuario que se desmoronaba, conjuró con extrañas y solemnes ceremonias y antiguas invocaciones la ayuda del Espíritu que había combatido al lado del joven Viracocha en la planicie de Yahuar-pampa. Durante un tiempo tuvo éxito: los dioses muertos parecían vivir una vez más y el estandarte de los Incas, al brillar nuevamente con su blasón, irisado, parecía destinado a flamear otra vez sobre los macizos muros de la gran fortaleza del Cuzco. Pero la traición, más que la fuerza, arruinó la causa del caudillo indio: fue hecho prisionero y después de verse obligado a presenciar la ejecución de su esposa e hijo, el 21 de mayo de 1781 fue descuartizado a su vez por caballos en la plaza principal del Cuzco, bajo los muros de su augusta catedral, consagrada al culto de un Dios justo y misericordioso.

Después de dejar Cacha, no encontramos nada especialmente interesante hasta que llegamos a un punto en que las montañas se cierran a ambos lados del Vilcanota y le dejan solamente un cañón rodeado de rocas por donde fluir. En diferentes puntos observamos extensas ruinas de antiguos pueblos. Los asientos de éstos eran casi invariablemente alguna eminencia rocosa en el valle o algún áspero promontorio que sobresalía de las montañas que lo rodeaban, entre masas de rocas y pilas de piedras laboriosamente amontonadas a fin de obtener espacio para las casas, que, en estos lugares, estaban dispuestas sin miramiento por el orden, aunque con el propósito evidente de economizar tierras arables.

Al acercarnos al pueblo de Quiquijana encontramos una parcela de tierra quebrada en medio del valle; una especie de risco, que domina el río, áspero y estéril, que fue el asiento de un pueblo grande, con un templo y plaza pública, todo curiosamente dispuesto. Las escarpas que miran hacia él y bordean el valle están atestadas de tumbas de los antiguos habitantes. Consistían en pequeñas cámaras revestidas de piedras, construidas bajo cada roca saliente o contra las escarpas, dondequiera que hubiera espacio para una pared. Muchas se encuentran en lugares aparentemente inaccesibles y resulta difícil comprender cómo se llegó hasta ellos y, más aún, cómo fueron construidas. Todas parecen haber estado estucadas y pintadas. A la luz del sol producen un efecto sorprendente, al resaltar sobre el fondo oscuro y áspero de las escarpas.

Dejamos el angosto valle del Vilcanota, que ahora se ha convertido en una corriente grande y poderosa, con su puente caído de albañilería y uno existente de mimbres o ramas entrelazadas de arbustos, y después de doblar bruscamente hacia la izquierda, subimos por una empinada cuesta hasta el pueblo de Urcos, una aldea serpenteante, con más chicherías que casas respetables. Como nuestro destino para esa noche es Andahuaylillas, que es el nombre musical de un pueblo distante 19 kilómetros, no perdimos tiempo en Urcos, sino que escalamos las alturas intermedias para descender al bolsón de Andahuaylillas. Este bolsón es uno de los que pertenecen al grupo cuyo centro es el del Cuzco y figura entre los más hermosos del Perú.

En la cima misma de la serranía, entre el valle y el bolsón, en un lecho como el cráter de un volcán, se encuentra el pequeño pero profundo lago de Urcos, que no tiene desagüe. Es muy famoso por la tradición de que sus aguas amarillas ocultan la gran cadena de oro de Huayna Cápac, que tenía el grosor del brazo de un hombre y se extendía dos veces alrededor de la gran plaza del Cuzco. Esta tradición era reciente y común en los tiempos de Garcilaso, porque éste nos da los nombres de las personas que emprendieron la tarea de hacer un socavón a través del risco para drenar el lago y que sólo desistieron, después de gastar todo su dinero, al dar con la peña viva. El socavón es todavía visible y su extensión demuestra el propósito muy persistente de aquéllos que lo excavaron. Daré de buena gana toda la información que poseo sobre el lago y la forma de llegar a él a los emprendedores caballeros que alguna vez organizaron una compañía, con un capital de cinco millones, para recuperar el tesoro del naufragio de la fragata de Su Majestad Hussar, hundida en Hell Gate, a no ser que los buscadores del mal habido tesoro de Kidd, al pie de las Highlands, presenten la primera solicitud. Dejo a los que están acostumbrados a habérselas con grandes cifras la tarea de señalar cuál debería ser el capital de la "Compañía para el Rescate de la Cadena de Huayna-Cápac", advirtiendo solamente que la Plaza de Huacapata tenía más de 800 metros de perímetro y que la cadena "del grosor del brazo de un hombre" daba dos vueltas alrededor de ella, y lo que es más, el oro de los incas era puro.

El bolsón de Andahuaylillas es un óvalo irregular, de 29 kilómetros de largo por 4,8 a 9,6 de ancho; es casi llano y está bien regado por riachuelos que bajan de las montañas circundantes y se reúnen en una sola corriente que ha abierto un angosto canal en la cadena intermedia y desemboca en el Vilcanota. Ningún viajero puede dejar de convencerse de que estas cuencas circundadas por montañas fueron alguna vez lagos, que se han drenado gradualmente por la lenta excavación de sus desaguaderos o repentinamente, a causa de alguna convulsión de la naturaleza, por la ruptura de las barreras que los confinaban. Hay algunas "terrazas de lagos" muy definidas en este bolsón, que merecen la atención de los geólogos y otros investigadores. Tengo casi la impresión de que aquí hay un fragmento de Lombardía y que los Alpes, por una magistral maniobra de flanqueo, lo han circundado, cortado su retirada y obligado a la soledad y quietud.

Nos lanzamos hacia abajo por la angosta senda que lleva al valle, impávidos ante un bramante toro que nos pasa a la carrera, con un soldado provisto de mosquete que le pisa los talones y grita "¡Cuidado!", y en vez de entrar en la pintoresca aldea frente a nosotros, nos lanzamos hacia la derecha a nuestro puerto de descanso, que lleva el nombre cadencioso de Andahuaylillas.

Pasamos frente a varias ricas y extensas haciendas, rodeadas por macizos muros, con corredores arqueados y balcones provistos de enrejados de hierro, que hablan de la riqueza y las artes del hogar, y nos refugiamos en una casa abandonada que la esposa del *corregidor* pide prestada para nosotros a fin de que pasemos la noche. Su esposo se ha ido de juerga o lo que se conoce entre nosotros como "parranda" a una lejana aldea de montaña, donde tiene un *compadre* o tal vez una *comadre*. Tenemos la casa y la casa tiene un piso, en el que, a falta de muebles salvo una espesa alfombra de polvo, tenemos el privilegio de ponernos tan cómodos como nos resulte posible. A la mañana siguiente, no perdemos el tiempo en adioses innecesarios, sino que retomamos nuestro camino.

Este bolsón está separado del de Oropesa, que no es más que una extensión del de Cuzco, por un angosto espinazo o paso, que constituía el límite meridional de los dominios del primer Inca y donde se alzan los macizos restos de las obras con que lo defendían de agresiones provenientes del sur. Antes de llegar a estos restos nos encontramos con grandes masas salientes de rocas traquíticas y basálticas, a través de las cuales el sendero serpentea tortuosamente. Aquí se encontraba una de las principales canteras de los incas y de aquí se extrajo, con mucho, la mayor parte de las piedras empleadas en la construcción de los edificios del Cuzco. Por todas partes hay inmensos montones de astillas de piedras, que cubren más de 800 metros en cuadro, y entre éstos hay desparramados en todas direcciones bloques de piedra de todos los tamaños y en cualquier estadio de elaboración, desde el fragmento recién desprendido de la masa original hasta el bloque primorosamente terminado, listo para ser colocado en el lugar asignado en un edificio. Aquí están las rústicas chozas de piedra de los canteros y también la morada más pretenciosa del capataz o supervisor, que

7

3

1

1

construyó un pequeño cerco alrededor de su casa y una terraza al frente y reveló de otras maneras gusto y amor por la comodidad.

El aspecto global de las cosas es familiar y podríamos fácilmente imaginarnos en una cantera abandonada de nuestro (¿¡). Aunque desde la conquista han sido llevadas muchas de las piedras labradas, quedan sin embargo suficientes para demostrar que las canteras se hallaban en pleno funcionamiento en la época de su interrupción final y que los Incas estaban todavía activamente empeñados en agrandar y embellecer su capital. No asigno mucha importancia a las afirmaciones de Cieza de León y otros en el sentido de que muchos de los palacios reales y templos del imperio incluso tan distantes como los de Quito, fueron total y parcialmente construidos con piedras transportadas desde el Cuzco, con lo cual obtenían cierto grado de santidad o reverencia, como ocurrió con el () del Campo Santo de Pisa por el hecho de que parte de él fue traído desde la Tierra Santa. Las () con que se están construidos principalmente los edificios del Cuzco no son de ninguna manera raras en todo el Perú y la coincidencia de los materiales de cualquier estructura dada con los de otras implica en modo alguno que estos materiales hayan sido obtenidos de una fuente común.

Aunque no quedan en la cantera pruebas directas de la forma en la que se reparaban las piedras después de ser extraídas de sus yacimientos, parece sin embargo bastante claro que la mayoría de ellas fue picada o martillada para darles forma mediante un instrumento puntiagudo o un martillo antes de caer bajo el cincel. Sobre la forma en que las piedras eran separadas de la roca natural hay aquí, como en otros lugares, abundantes ilustraciones. En la medida de lo posible, se hacían excavaciones debajo de las masas de roca a fin de dejar algunas de sus partes pendientes. Se tallaba entonces una acanaladura en la superficie superior según la línea de fractura deseada, en que se hacían orificios oblongos hasta una profundidad considerable, precisamente en la misma forma de que se los hace ahora. Existe la firme presunción de que se elevaban cuñas de madera seca en esos orificios y que se vertía agua en la acanaladura. La madera, al hincharse, desprendía en forma pareja el bloque, este artificio es probablemente tan antiguo como el arte mismo de la cantería. En esta cantera encontré algunos discos de piedra dura con perforaciones en el centro como para recibir mangos, que parecen haber sido usados para desbastar o martillar las piedras hasta darles forma.

La distancia de esta cantera al Cuzco es de unos 35 kilómetros. No es fácil decir cómo fueron trasladadas las piedras hasta allá; pero como los incas carecían de bestias de carga, ello debe haberse hecho mediante la aplicación directa de fuerza humana. Con una población redundante y disciplinada, bajo control absoluto, podemos comprender cómo los Incas lograban combinar el poder de los números en forma sumamente eficaz.

Aproximadamente 1,5 kilómetros más allá de las canteras, mientras el valle sigue contrayéndose y nuestro sendero ascendiendo, llegamos al paso de

Piquillacta, encerrado estrechamente por riscos, que tiene un ancho de 600 metros. Aquí, elevándose frente a nosotros, encontramos un macizo muro de piedras, que tiene entre 6 y 9 metros de altura, atravesado por dos pasos, un muro más macizo que el que circundaba al Lacio. Los pasos están revestidos con piedras hábilmente cortadas y asentadas sin cemento. Se trata de la Fortaleza de Piquillacta que era el límite meridional de los dominios del primer Inca, cuyos pasos hemos seguido desde la isla de Titicaca. La fortaleza se extiende desde la montaña, a un lado, hasta una alta eminencia rocosa, en el otro. Popularmente se la llama El Acueducto, tal vez por algún parecido imaginario con un acueducto destinado a llevar agua a través del valle; pero como aquí no hay agua que llevar a ningún lago, es evidente que el nombre está mal aplicado.

La obra consiste en una sola línea de muro macizo, de 228 metros de largo, 10 metros de altura en su parte más alta y 11 metros de espesor en la base. Está atravesada por dos pasajes o vías entre pilastras de pesadas piedras, finamente labradas y encajadas.

Por el plano que se da aquí de la sección que comprende los pasajes así como por un corte transversal y elevación, se verá que el muro disminuye por gradas o escalones en ambos lados, los cuales, de ocupar una posición diferente, podrían parecer en pugna con la hipótesis de que se trata de una obra de defensa o fortificación. Parecería más bien una obra formidable destinada a servir de barrera de peaje; pero que nosotros sepamos los incas no tuvieron tales establecimientos. Ésta era la frontera o límite del principado del primer Inca y podemos suponer que data de su reinado. Excepción hecha de los remates de los muros que dan a los pasajes, que eran de grandes piedras cortadas, todo el resto de las obras está hecho de piedras rústicas, asentadas en arcilla. La parte superior del muro tiene en toda su extensión el mismo nivel; por consiguiente, su altura se reduce a medida que se aproxima a las colinas a ambos lados y su espesor disminuye proporcionalmente. En el interior del muro se encuentran los restos de los cuarteles o barracas de la guardia donde vivían los defensores de su angosto dominio contra los canchus, que fueron sometidos al gobierno incaico por su sucesor.

Después de pasar las entradas nos encontramos con un camino bien nivelado que en vez de descender por el empinado declive hasta el lago de Muyna, por donde pasa el camino existente, se desvía hacia la derecha y bordea los flancos de las colinas hasta llegar a un promontorio llano, en el que encontramos una colección de antiguos edificios, redondos, cuadrados y oblongos, construidos con piedras rústicas y que sólo tienen lo que puede llamarse los marcos de puertas y ventanas de piedras cortadas. Un kilómetro y medio más adelante y en una repisa más baja, un área amplia y llana que domina el lago de Muyna y el valle de Oropesa, llegamos a las ruinas del gran pueblo incaico de Muyna, en el que se refugió el pusilánime padre de Viracocha cuando su capital se vio amenazada por los insurgentes chinchas y en el que lo confinó en

majestuoso cautiverio el joven Inca cuando, después de rechazar a los chinchas, se ciñó en su propia frente el *llautu* imperial.**

El pueblo de Muyna era grande. Sus ruinas cubren densamente casi 2,5 kilómetros cuadrados. Sus edificios, a excepción de uno o dos cerca del centro del pueblo, eran de piedras rústicas, asentadas, como ya lo he descrito, en arcilla. Estaban dispuestos con regularidad y daban a anchas calles pavimentadas, que se cruzaban en ángulo recto. El conjunto estaba rodeado por un alto muro de piedra, que todavía tiene entre 7,6 y 9 metros en ciertos lugares, con un parapeto que corría a lo largo de la parte superior y un espacio detrás para sus defensores. Se llegaba hasta él, al igual que en otras partes, por una serie de piedras salientes, dispuestas de tal modo que servían de escalera.

Las ruinas de Muyna me dieron la impresión de figurar entre las más antiguas del Perú y no es imposible que aquí estuviera la sede primitiva del poder, que después se transfirió al Cuzco. La posición, naturalmente fuerte, estaba, como lo he dicho, defendida por un elevado muro. No encontré esta característica en ningún otro pueblo antiguo de la Sierra, donde aparentemente se confió en verdaderos fuertes fundamentalmente para fines defensivos. En otras palabras, los Incas posteriores parecen haber abandonado el sistema de amurallar ciudades, como lo hemos hecho nosotros, y confiado en sus fortificaciones y ciudadelas, ubicadas en posiciones estratégicas, que dominaban pasos o vías de acceso imposibles de ser flanqueadas y que debían ser tomadas por la fuerza antes de que un enemigo pudiera llegar a las ciudades y pueblos en que se concentraba la población.

Descendiendo desde las alturas de Muyna llegamos al lago poco profundo de Muyna u Oropesa, con sus pantanos circundantes, a través de los cuales el camino sigue una antigua calzada de piedra, probablemente parte de uno de los caminos que se nos dice que construyeron los Incas, caminos que se extendían por todo el imperio, desde Quito hasta Atacama.

Ya he descrito el bolsón del Cuzco como el centro de un grupo de altos valles rodeados por montañas, donde se acumulan las aguas de las elevaciones circundantes, que forman importantes torrentes que atraviesan las barreras que los rodean y descargan, después de muchos saltos, por oscuras, angostas y rocosas gargantas, en los ríos que surcan la meseta andina.

El llautu, una de las insignias distintivas de los Incas, consistía en una banda, con una franja de 3,8 a 5 centímetros de largo, que se pasaba dos o tres veces alrededor de la frente, con la franja colgando casi hasta las cejas. Los ayllus o familias reales tenían el privilegio de usar el llautu, pero de color negro. Los descendientes inmediatos del Inca podían usarlo de color amarillo; sólo el del Inca era rojo. Este llevaba también en la frente una especie de borla del mismo color, coronada por dos largas plumas del ala del coricanque o águila andina.

Los blancos edificios de aspecto morisco de numerosas haciendas en Oropesa brillan al sol, a intervalos, a lo largo de la base de las colinas, en todas partes. Pasamos presurosamente junto a ellas, casi sin prestar atención a sus bellezas o las del lago, porque sabemos que la capital incaica está cerca delante de nosotros y debemos llegar a ella antes de que anochezca. El valle se contrae; nuevamente se disputan el paso el arroyo y el camino. Estamos en el paso de Angostura. Unos centenares de metros más adelante, con todas las alturas alrededor de nosotros coronadas con los altos gabletes de ruinosas estructuras incaicas, llegamos a un punto en que el valle del Cuzco se abre a nuestra vista: un valle oblongo encerrado por montañas desprovistas de árboles, el aire trémulo con las aparentemente palpables barras doradas del sol poniente, debajo de las cuales está el Cuzco, más allá de las aldeas apiñadas de San Sebastián y San Gerónimo, en la cabecera y parte más elevada del valle, reclinado en tranquilo reposo de sombra contra las colinas de color ocre oscuro, con la luz sesgada que resplandece en las puntas de sus tres veintenas de torres, desde donde llega a nuestros oídos expectantes la leve vibración de campanas, en cuyas masas sólidas se han fundido los ídolos de oro y plata de una antigua fe. Aquí nos detenemos y a la par de nuestros arrieros, que se quitan sus sombreros e inclinan sus cabezas casi hasta el suelo, también nosotros saludamos reverentemente a la Ciudad del Sol!

Atravesamos la aldea de San Sebastián, donde la altivez de la gente podría decirnos, si no lo supiéramos de antemano, que se trata de los descendientes de los ayllus (linajes o familias de sangre incaica), a quienes después de la Conquista se les asignó este lugar como refugio, y al dar con un camino pavimentado nos apresuramos hacia la ciudad de nuestro destino. Entramos a ella por la plaza de Rimac-pampa (la Llanura del Oráculo) y entre edificios que se elevan sobre macizos cimientos antiguos, adobes sobre piedra —arte moderno sobre el antiguo— con la cuneta o albañal abierto que ocupa el centro de la calle y que de ninguna manera despide los olores de Arabia la Bendita, llegamos lentamente al Inti-pampa o Plaza del Sol, donde las paredes cubiertas de serpientes en todas partes revelan su origen incaico.

Aquí preguntamos por la plaza principal y nos envían a ella por una calle angosta, oscurecida por gruesos muros de piedras cortadas con precisión maravillosa, impresionantes por su originalidad, atravesando aquí y allá por vanos de puerta que se angostan en la parte superior y que traen reminiscencias de Egipto, y pronto emergemos en una plaza grande con una fuente central, la Huacapata o Terraza Sagrada de los Incas, ahora flanqueada por una maciza catedral en uno de sus lados y la compleja iglesia de los jesuitas en otro y rodeada por una columnata baja. Es de noche y cuando preguntamos por la residencia del comandante de las tropas —no hay hoteles en el Cuzco— un oficial vistosamente uniformado nos conduce hasta allí, señala una pesada arcada, bajo la cual se lanzan nuestros cansados animales, conscientes por fin de un refugio, con

inusitado y sorprendente vigor, y comprobamos que somos los huéspedes bienvenidos del coronel Francisco Vargas, cuyo nombre mencionaré siempre con respeto y gratitud, un respeto y una gratitud que todos mis lectores compartirían si hubieran experimentado las privaciones, el hambre y la sed, el frío, la exposición y molestias que realmente implicó el largo y fatigoso viaje, sobre el cual he escrito con tanta ligereza, desde la costa lejana hasta este alto nido de águilas del poderío aborigen.

Estamos finalmente en el Cuzco, donde la vara mágica de Manco Capac se hundió en la tierra y donde comenzó a cumplir la elevada y benéfica misión que le confiara su padre, el Sol. Aquí construyó su palacio, aquí sus sucesores fundaron los suyos y aquí, a su debido tiempo, surgió ese espléndido santuario, el Templo del Sol, con los palacios de sus sacerdotes y los conventos de sus vestales. Sobre él frunce el entrecejo la gran fortaleza de Saccsahuamán, obra de tres reinados, el monumento más sólido y perdurable del arte aborigen en el continente americano.

[&]quot;El Cuzco", escribió el coronel (después mariscal) O'Leary al general Miller durante la guerra de la independencia peruana, "me interesa mucho. Su historia, sus fábulas y sus ruinas son encantadoras. Puede llamárselo en verdad la Roma del Nuevo Mundo. La inmensa fortaleza, al norte, es el Capitolio. El Templo del Sol es su Coliseo. Manco Capac fue su Rómulo, Viracocha su Augusto, Huáscar su Pompeyo y Atahualpa su César. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos son los hunos, godos y cristianos que lo destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario, quien le dio un día de esperanza; Pumacagua, su Rienzi y último patriota".

VIAJE A TRAVÉS DE AMÉRICA DEL SUR

PAUL MARCOY

DATOS DEL VIAJERO⁵¹

6

11

13

Laurent Saint-Cricq es el verdadero nombre de Paul Marcoy, quien nació el 22 de octubre de 1815 en Burdeos, Francia. Sus padres fueron Jeanne Roy y Bernard Saint-Cricq, quien era propietario y negociante. Al terminar sus estudios secundarios, se orientó hacia el comercio en la pura tradición bordelesa y visitó, entre 1831-1834, las grandes y pequeñas Antillas. De regreso a Francia, colaboró en varias revistas locales y publicó artículos sobre pintura (expuso más tarde sus propios lienzos en distintas galerías bordelesas), actividades que lo apasionaban mucho más que el comercio.

Después de algunos años de estadía en Burdeos, Marcoy viajó hacia América del Sur; visitó Chile, Bolivia y Perú donde residió varios años y emprendió numerosas incursiones en los Andes que le permitieron adquirir conocimientos básicos del quechua.

En 1846, cuando procuraba regresar a Francia, Marcoy optó por la vía interoceánica, entrando por las selvas al este del Cuzco. La idea de cruzar el subcontinente de oeste a este tenía su origen, según confía el viajero, en una apuesta hecha en el puerto de Islay (costa del Pacífico) con un capitán de navío escocés nativo de Glasgow (Marcoy, 1861, t. 2: 324-325; 1869, t. l: 8-9). Marcoy pretendía llegar en menos de tres meses a Belem do Pará, mientras que el dicho capitán sostenía que la ruta por el Cabo de Hornos era la más rápida. Marcoy perdió su apuesta: gastó un año y 14 días de viaje para alcanzar el Pará. En el camino tuvo, sin embargo, la oportunidad de unirse como dibujante a la famosa expedición del Conde de Castelnau desde Echaraté hasta Sarayacu. A

Los datos que aquí se consignan están desarrollados en base al texto *Una visión de la* Amazonía a mediados del siglo XIX: El viajero Paul Marcoy, escrito por Jean-Pierre Chaumeil para el Bull. Inst. fr. études andines. Págs. 269-295) (1994)

consecuencia de las discrepancias con Castelnau, Marcoy siguió solo el viaje por el Amazonas hasta el Pará (1847), de donde se embarcó para el Havre y "llegó moribundo a París". A pesar de la pérdida de varios documentos durante la bajada del Urubamba, donde tuvo varios naufragios, Marcoy llevó a Francia numerosas notas manuscritas relativas al relato de su viaje, mapas, vocabularios en lenguas indígenas, muchos dibujos y acuarelas, esqueletos de animales y un herbario (Feret, 1888: 555).

Restablecido, Marcoy publicó diferentes trabajos en el Bulletin de la Société de Géographie de Paris (1853) —el único escrito firmado bajo el nombre de Saint-Cricq—, l'Illustration y la Revue contemporaine (1858-1859; 1859; 1860). En 1860, la editora Hachette le propuso la publicación de sus viajes desde el punto de vista anecdótico y pintoresco. Escribió entonces (siempre bajo el seudónimo de Paul Marcoy) una serie de relatos, la mayoría en una revista muy popular de la época (Le Tourdu Monde), incluyendo la primera versión integral de su viaje a través de América del Sur (1862-1867).

Marcoy regresó varias veces al Perú entre 1847 y 1860 donde realizó, entre otras cosas, el tan discutido viaje al valle de Marcapata y a la zona de Carabaya en busca de la "cascarilla" o quina. En realidad no sabemos con certeza la fecha de este viaje, motivo de su segundo libro importante. Lo cierto es que Marcoy regresó definitivamente a Burdeos en 1875. Prosiguió sus escritos y colaboró en La Gironde (cotidiano republicano) con diversas notas sobre geografía y etnografía. En 1876 fue nombrado director de los jardines y parques de la ciudad y ocupó, de 1876 hasta 1887, la dirección administrativa del Jardín Botánico de Burdeos. Murió en esta ciudad el 7 de febrero de 1888, después de una larga enfermedad.

DEL FRAGMENTO QUE APARECE EN ESTE TEXTO

El fragmento que figura en esta edición pertenece al libro *Viaje a través de América del Sur.* Tomo I, (Páginas 125-229) traducido por Edgardo Rivera Martínez y editado recientemente por el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).

En estas páginas se distingue su visión romántica de la naturaleza, sus observaciones botánicas, geográficas y etnográficas, y por otro sus tentativas e hipótesis sobre el origen del hombre americano. Además, a lo largo de su obra, se nota su talento artístico y literario más que científico, lo que lo diferencia de una cierta manera de la mayoría de los grandes viajeros de su época.

SEGUNDA ETAPA

De Arequipa a Lampa

La Pampilla y los carboneros. — La posta de Apo. — Lo que se descubre y lo que se siente al llegar. — El soroche. — Charla a intervalos. — Huallata. — Una tempestad a quince mil pies de altura. — La hospitalidad del sepulcro. — Ojeada retrospectiva sobre la nación aimara. — El lago de oro y el lago de plata. — Elegía de un gallo. — Una noche en Compuerta. — Paisajes y otras cosas. — Cabana y Cabanilla. — Un sacerdote según el Evangelio. — Que trata de un colibrí gigantesco y de renúnculas enanas. — Aspecto de Lampa al caer la noche. — Un negociante en ruanerías. — Manera de honrar a los santos. — Efecto que puede producir en los órganos de la visión la aplicación brusca de un hígado de ave. — De la fresa de Chile y de su empleo como estimulante báquico. — Al día siguiente de la fiesta. — El autor prosigue su camino con una disertación sobre el pasado y el presente de la provincia de Lampa.

Al norte de la ciudad de Arequipa, al extremo del arrabal de San Isidro, renombrado por sus cantinas, se extiende un arenal llamado La Pampilla. Los indios carboneros, que van y vienen de la montaña al valle, lo han escogido para acampar y han levantado allí sus cabañas. Nada más semejante a una banda de gitanos, acampada a las puertas de la ciudad, que estos indios, a los que su idioma⁶², sus vestidos y su cabellera en cola de caballo les dan un aspecto extraño, por completo diferente de la casta mestiza de Arequipa, con la cual, por lo demás, no mantienen sino las relaciones pasajeras necesarias para su comercio.

Sólo hablan el quechua, pero comprenden el español. El primero de estos idiomas, que Huot, continuador de Malte-Brun, sostiene que es en Lima el idioma de la galantería y de la buena sociedad, no solamente es allí inusitado, sino despreciado y puesto en ridículo como todo lo que se vincula con los usos y costumbres de la sierra. Se puede asegurar incluso que en Lima, Arequipa y en las demás ciudades del litoral, no hay en la buena sociedad de cada una de estas localidades cinco personas que puedan comprender y sobre todo hablar el quechua, a menos que se trate de gentes originarias de la sierra, lo cual se cuidan mucho de admitir después de algunos años de permanencia en la costa, pero que se descubre fácilmente por su acento gutural y su defectuosa pronunciación del español.

Media hora de marcha al paso ordinario de una mula basta para atravesar este desierto, a cuyo extremo comienza el camino en zigzag que conduce a las alturas. Después de un ascenso lento y penoso, durante el cual se dispone de todo el tiempo del mundo para estudiar la configuración del volcán Misti y la perspectiva aérea de los pueblos y cultivos del valle de Arequipa, se llega al tampu de Cangallo, a diez mil quinientos cincuenta y cuatro pies sobre el nivel del mar; a tres mil cuarenta y seis pies más arriba se encuentra el amontonamiento de huesos de caballos y mulas, conocido en la zona con el nombre de Alto de los Huesos; y se llega por fin, rendido uno de fatiga y con la cara amoratada por los efectos tanto del aire como de la altura, a la posta de Apo, primera etapa de la Sierra Nevada.

Aquí el viajero que se detiene para pasar la noche y dejar descansar a sus animales, puede admirar a gusto los esplendores de una naturaleza hiperbórea. Al norte, delante suyo, la nieve endurecida cubre el suelo, los arroyos mudos duermen bajo el hielo, las cascadas no ofrecen más que una masa confusa de estalactitas, cuyos cristales forman flecos por abajo; y, del noreste al noroeste, algunos picos nevados de la cadena de los Andes se alzan en el horizonte como blancos fantasmas. El termómetro marca de doce a catorce grados bajo cero.

La posta de Apo, a la que llegué al caer la tarde, no es, como todos los establecimientos de su tipo en el Perú, sino una cabaña más o menos grande, dividida en dos o tres piezas, y más o menos desmantelada, según la mayor o menor distancia de los lugares civilizados. Un espacio cuadrado, sub Jove crudo, cercado por piedras sobrepuestas, sirve de caballeriza y de cuadra a las monturas de los viajeros. Éstos se instalan como pueden en uno de los compartimientos de la cabaña, duermen sobre el suelo pelado, si no se han preocupado en llevar un colchón o pellejos de camero, tiemblan de frío durante toda la noche, y se levantan lo más temprano que pueden para sustraerse a un suplicio que debe recomenzar en la posta siguiente.

Al despertarme al día siguiente después de sufrir las condiciones de este programa, pedí al arriero que me acompañaba y al que tuve como compañero de cuarto, que ensillara rápidamente nuestros animales. Mientras lo hacía con esa actividad indolente que caracteriza a las gentes de su oficio, me dirigí a la cocina del establecimiento, donde ardía una lumbre de estiércol de llama (takya) para prepararme yo mismo el chocolate con agua que invariablemente forma parte del desayuno del viajero en la travesía de los Andes. Ñor Medina, mi arriero, terminaba su tarea cuando tomé el último sorbo, así que no nos quedó por hacer sino sacar cuentas con los postillones y montar. El sol se hallaba ya alto en un cielo puro, y la jomada prometía ser magnífica. Arreamos a nuestros animales, y la choza de posta desapareció pronto tras de nosotros.

Al cabo de una hora de marcha, que nos hizo ascender unos centenares de metros, comencé a sentir un malestar general que atribuí a la insuficiencia de

presión atmosférica. Este fenómeno, que los quechuas de las alturas llaman soroche, y que a ellos no les afecta nunca, dotados como están por la naturaleza con unos pulmones un tercio más voluminosos que los de los europeos, lo atribuyen a los gases mefíticos producidos por el antimonio -en quechua soroche— incluso en sitios donde no hay este metal. Son preámbulos de este mal singular, seguido a veces por un síncope, una contracción del diafragma, dolores sordos en la región dorsal, latidos en la cabeza, náuseas y vértigos. Pero yo no llegué a ese extremo. Ñor Medina, advertido de lo que sucedía por mi palidez lívida y mis esfuerzos para mantenerme sobre la silla de montar, me alcanzó un diente de ajo exhortándome a masticarlo como una almendra. Obedecí, no sin rechinar los dientes. Y como el antídoto, que mi Esculapio sostenía ser infalible contra el soroche, no produjo ningún efecto, me aconsejó darme algunos puñetes en la nariz, los cuales, al causar una hemorragia, debían según él causar un pronto alivio, pero ese recurso me pareció demasiado heroico, así que preferí masticar un segundo diente de ajo, a pesar de mi poca afición al olor y al gusto de esta liliácea.

Transcurrieron más o menos veinte minutos, y ya fuese que el remedio comenzaba a surtir efecto, o ya sea que mis pulmones comenzaban a acostumbrarse poco a poco al aire sutil, sentí que mi malestar se disipaba. Pronto estuve en estado de consultar a mi compañero sobre el camino a tomar para llegar al Cuzco, pues el itinerario que me había trazado se apartaba de la línea recta y de las etapas que la dividen de modo muy irregular. El hombre enumeró las postas diseminadas entre Arequipa y el Cuzco, calculó su respectiva distancia, y concluyó anunciándome que la ruta de Lampa, que yo había escogido prefiriéndola al gran camino que en la región se llama Carretera Real de los Andes, ofrecía la desventaja de ofrecer siete postas menos y veintiséis leguas más, lo cual, en otros términos, significaba que después de laboriosas jornadas a través del rompecabezas de una región cuya altura varía entre los diez mil y dieciocho mil pies, no encontraríamos otro abrigo que una miserable pascana de pastor en donde nos veríamos obligados a dormir, hechos unas bolas, a falta de espacio suficiente para estirar nuestras piernas.

El arriero quiso saber por qué daba yo semejante rodeo para llegar a mi destino, siendo así que la línea recta y el camino real me conducirían a él naturalmente. Le respondí que en vísperas de abandonar ese país, para no volver nunca, no me importaba alargar mi viaje en algunas leguas para ver de paso a cierto ministro del Señor de quien había oído hablar por su gran habilidad para cruzar camélidos. El arriero abrió grandes y asombrados ojos.

—¿Habla el señor del cura Cabrera? —me preguntó—.

Del verbo quechua pascani, pastar.

- —El mismo —dije—, refiriéndome a ese digno sacerdote, otrora cura de Macusani, en la provincia de Carabaya, y ahora residente en Cabana, en la provincia de Lampa.
- —¿Y el señor quiere hacer veinte leguas para ver a ese viejo que, según dicen, está un poco loco?
- —Caro amigo —repliqué a Ñor Medina—, esa persona de la que usted habla con tanta ligereza es uno de esos hombres a quien, en mi país, le habrían levantado desde hace tiempo una estatua de bronce con pedestal de gres rojo, como bienhechor de la humanidad. No podría lamentar, pues, las veintiséis leguas que voy a recorrer para estrecharle la mano. Unas veinte leguas que, por lo demás, recuperaré abreviando mi permanencia en el Cuzco.
- —Como el señor quiera —dijo el arriero—. Y añadió en voz baja, pero no tanto que yo no lo escuchase: "¡Vaya idea!". Consideré conveniente no replicarle.

Continuamos cabalgando en medio de las nieves, mi compañero pellizcándose la nariz para calentarla, y yo soplando mis dedos para preservarlos del entumecimiento doloroso de las puntas. En vano la vastedad de líneas del horizonte, el azul resplandeciente del cielo, y ese perfume de libertad que se respira en las altas cumbres, daban al paisaje no sé qué de grandioso y de inmaterial que elevaba el alma y suscitaba entusiasmo, pues el descenso de la temperatura me hacía imposible todo éxtasis. Al gran libro de la tierra y del cielo, abierto ante mis ojos, habría preferido una habitación bien cerrada y el calor de una estufa.

El día se pasó sin que hubiésemos visto más seres vivos que unos cóndores en las alturas o vicuñas en las pendientes. A las cinco avistamos, escondida entre las rocas, la posta de Pachaca, donde tenía pensado pasar la noche, pero es sobre todo viajando que el hombre propone y Dios dispone: la posta se hallaba cerrada y silenciosa, y a pesar de los fuertes gritos que dimos para anunciar nuestra llegada, ningún postillón con el birrete nacional salió a recibimos. Nos fue forzoso doblar la etapa y proseguir hasta Huallata, adonde llegamos a las nueve de la noche.

La posta de Huallata, construida sobre un cerro aislado, rodeada de nieves y precipicios, asediada por todos los vientos, batida por todas las tempestades, a menudo velada por neblinas glaciales, es uno de los sitios más espantosos que me haya ofrecido la cadena de los Andes desde la Tierra del Fuego hasta el Ecuador. Son cinco las veces en que los azares de mi vida me han llevado a ese sitio bravío, y cada vez, al llegar a él, he lamentado no tener, como Josué, la facultad de detener el sol para prolongar el día y seguir adelante.

Esta vez la sensación que experimenté ante su aspecto fue menos desagradable que de costumbre, ya que el cansancio, el hambre, y sobre todo el temor de pasar la noche a la intemperie, me predisponían a ver las cosas con buenos ojos. La acogida de los postillones acabó de reconciliarme con la posta. Después de cenar una taza de chocolate y un pedazo de pan tostado pasé al compartimiento de la cabaña destinado a los viajeros, donde procedí a mi arreglo nocturno, mientras que Ñor Medina taponeaba lo mejor que podía los huecos y grietas de las paredes. Se prendió después un fuego de bosta en el centro de la pieza, y un indio del tampu se encargó, por una módica retribución, de mantenerlo encendido durante toda la noche. Y fue gracias a la vigilancia de nuestra vestal en calzones que pudimos gozar de una temperatura muy aceptable.

A la mañana siguiente, con uno de esos fríos que le ciñen a uno la frente con una cinta de hierro y provocan una abundante secreción de las glándulas lacrimales, abandonamos Huallata, y dejando a la izquierda la ruta del Cuzco, nos dirigimos en dirección al sol levante. Después de bajar por una serie de cuestas bastante rápidas, entramos en la gran llanura llamada Pampa de los Confites, a causa de su suelo alfombrado de guijarros redondeados por la acción de las aguas primitivas. Esta planicie, cuya travesía nos costó dos horas de marcha, limita del noreste al sureste con una aglomeración de picos traquíticos, empinados, agudos, contrahechos. Se observaba bajo la nieve que los cubría en parte largas bandas amarillas, negras, rojizas, que producían por contraste un efecto singular. Si un pintor hubiera representado en su tela un fondo de montañas semejantes, la crítica no habría dejado de reírse en sus narices, en virtud del axioma armoniosamente formulado por Boileau: "A veces lo verdadero puede no ser verosímil".

Se puede intentar en toda estación la travesía de los Andes, pues nosotros la hemos efectuado unas treinta o cuarenta veces, por diversos puntos y en diversos meses del año; pero las épocas más favorables para un viaje como éste son los meses de abril y de septiembre. En abril, todavía no cae nieve, y sólo aparece en los sitios en que es eterna. En septiembre, la esporádica nieve que cubre los caminos de junio a agosto se derrite, y después de sacar de madre torrentes y ríos, va a presentar su tributo anual a los dos océanos.

Como por entonces estábamos en julio, es decir en el corazón del invierno, era de esperar que nos sorprendiese una de esas tempestades que por lo general estallan por la tarde, a menos que el cielo —lo cual era poco probable—se mostrase clemente con nosotros durante uno o dos días. Por entonces atravesábamos una zona pedregosa y muy accidentada, en la que, ayudado sólo por mis conocimientos topográficos, me habría inexorablemente extraviado; pero Ñor Medina era un piloto experimentado, y la manera en que bordeaba los barrancos y hondonadas alejaba todo temor de mi espíritu. En los pasajes estrechos y peligrosos iba adelante sin hablar, y yo lo seguía imitando su silencio, pero cuando la anchura del camino nos permitía caminar lado a lado aliviábamos el fastidio del viaje charlando no sobre cosas de amor y de guerra, como La Môle

y Coconnas, sino sobre la probabilidad de encontrar al final del día una choza hospitalaria y algo que llevar a la boca.

Hacia las dos aparecieron en el cielo unas lindas nubes blancas, de esa especie que los marinos llaman pacas de algodón, y los estudiosos cirru-cumuli, como una bandada de palomas. En pocos instantes crecieron, se aproximaron y acabaron por ocultar el disco solar. Se preparaba una tormenta. Buscamos con los ojos un abrigo cualquiera. No lo había. Las mismas montañas no ofrecían ninguna cueva o grieta donde pudiésemos refugiarnos, por lo cual apuramos el paso de nuestras mulas, sin saber a ciencia cierta adónde nos llevaría esa marcha forzada, y movidos solamente por el terror del peligro y la necesidad de sustraerse a él que caracteriza a todas las criaturas. En el momento en que pasábamos del trote a un galope moderado, comenzaron a soplar unos ventarrones intermitentes, amontonando unas sobre otras, como carámbanos en el deshielo de un río, las nubes que a ojos vista se obscurecían. Los truenos y relámpagos que se sumaron a la partida parecieron advertimos que la tormenta estaba próxima, y que las patas de nuestros animales, así hubiesen estado dotadas de la ligereza que poseían los pies de Aquiles, en vano competirían en velocidad con ella. No por ello dejamos de huir de la tempestad, alzando de cuando en cuando la nariz para ver el estado del cielo, y hundiéndola de inmediato en la inmensa corvata llamada tapacara⁸, obligada pieza de uniforme en estas latitudes. Mientras tanto los rugidos del trueno se sucedían a intervalos cada vez más frecuentes; los relámpagos trazaban en el cielo rombos flamígeros; las nubes, arrastradas por su peso, descendían rápidamente; y una luz lívida alumbraba el paisaje, que se destacaba en claro sobre el fondo neutro del horizonte.

Al estruendo de un trueno que nos llenó de espanto e hizo temblar sobre sus corvas a nuestras mulas, lanzadas a todo galope, las nubes reventaron como odres demasiado llenos, y una granizada se abatió sobre nosotros. Para protegernos en lo posible de esa aterradora ducha, nos acurrucamos mientras que nuestros desdichados animales, que no podían hacer lo mismo, relinchaban de dolor al brutal contacto con esos proyectiles, que les lastimaban los ollares. Al tiempo que nos apiadábamos por su suerte los excitábamos con la voz, las espuelas y las riendas. La granizada fue seguida por una nevada como no se ve sino en semejantes alturas. La nieve caía tan densa que no se veía a diez pasos de distancia. En un instante el paisaje todo se vio cubierto por un sudario uniforme. Las mulas aprovecharon la estupefacción que ello nos causó para retardar el paso y caminar a su guisa. Avanzábamos así a tientas desde hacía un cuarto de hora, cuando una masa obscura se destacó a través de ese cortina móvil. "¡Alabado sea Dios!" exclamó Nor Medina volviendo riendas hacia la construcción cuya naturaleza aún yo no me podía explicar. Al llegar a ella, me pidió a gritos que desmontara. Obedecí con tanto mayor prontitud por cuanto la puerta estaba

⁸ [En español en el original. N. del T.]

abierta, sólo que era tan baja que para poder entrar me vi obligado a ponerme de rodillas. Mientras que yo tomaba posesión del sitio, Ñor Medina desembarazó a las mulas de sus arneses, que cubrió con una tela encerada y, deslizándose por la entrada no tardó en reunirse conmigo. La nieve seguía cayendo en apretados copos.

El refugio que acabábamos de descubrir tan oportunamente era una construcción de bloques enormes, cubierta por uno monolítico. Una pequeña ventana, a la altura de un hombre, y orientada hacia el oriente, apenas si alumbraba el interior. El sepulcro, pues se trataba de uno, podía tener unos diez pies cuadrados por ocho de altura. Sus muros en talud, como los de las construcciones egipcias, y de un enorme espesor, probablemente habían visto pasar muchos siglos y soportado muchas tempestades. Le pregunté a mi guía qué pensaba al respecto, y si había alguna tradición sobre la tumba, pero la nieve, al calar su ropa, había secado su habitual locuacidad, y me respondió con un bostezo: "Es obra de los gentiles aimaras".

Debí contentarme con esta respuesta. Sin embargo, pensando que si alguna vez tenía oportunidad, como tantos otros, de contar al público lo que había visto a lo largo de la ruta, éste no se contentaría como yo con la lacónica explicación de Ñor Medina, saqué el encendedor y prendí un cabo de vela y, a la luz de su llama, escribí las líneas siguientes:

"Cuando los Hijos del Sol vinieron a establecerse en el Perú, la gran nación de los aimaras estaba en posesión de la comarca que se extiende desde Lampa hasta los confines del Desaguadero, y comprende, bajo el nombre de Collao, la región de las punas o mesetas situadas al este de la cadena de los Andes occidentales. Esta comarca, de más o menos noventa leguas de largo por una anchura promedio de treinta, ofrecía en muchos sitios palacios y monumentos diversos, unos intactos, otros ya en ruinas, y cuya arquitectura y estatuaria daban testimonio de una civilización avanzada. Los aimaras, que asignaban a estas construcciones una fecha muy remota, las atribuían a la nación de los Collaguas, cuyos descendientes pretendían ser. Según ellos ésta había venido en antiguos tiempos de un país lejano, situado al norte del Perú, y se había detenido por largo tiempo en diferentes lugares antes de alcanzar la región de las mesetas peruanas, la misma que, en recuerdo suyo, había llevado desde entonces el nombre de Collao."

15

00

"Estos antepasados de los aimaras, si nos sujetamos siempre a lo que éstos aseguraban, creían, según pinturas jeroglíficas cuyo secreto sólo conocían sus jefes, que antes del sol que los alumbraba había habido ya otros cuatro, que se habían apagado sucesivamente, como consecuencia de una inundación, de un temblor, de un incendio generalizado y de un huracán, aniquilando con ellos las especies creadas. Después de la desaparición del cuarto sol, el mundo se hundió en las tinieblas durante veinticinco años. Fue en medio de esa profunda noche, y

diez años antes de la aparición del quinto sol, que renació el género humano. Cuando el gran Obrero hizo de nuevo un hombre y una mujer, encendió, para alumbrarlos, ese quinto sol, que tenía ya mil años de duración."

9

1

"Por lo demás esta ficción astrológica, que los aimaras habían heredado de los Collaguas y que ha servido de base a una sistema particular de cosmogonía, era común a todo un grupo de pueblos que hablaban la misma lengua: los toltecas, los chichimecas, los nahuatlaques, los acolhues, los tlascaltecas, los aztecas, etc., los mismos que, hacia los primeros siglos de nuestra era, habitaban la región del Anahuac, en la Nueva España. Pueblos que aseguraban haberla recibido, junto con su civilización, su arquitectura, sus quipus⁹ y sus jeroglíficos, de los olmecas y xicalanques, dos poderosas naciones que los precedieron, y que, a su vez, pretendían remontarse a una gran antigüedad."

"Para volver a los aimaras, el establecimiento de los incas en el Perú, al determinar una desplazamiento de la mayoría de las naciones andinas, tuvo como efecto que se arrebatase a este pueblo la región en que habitaba desde hacía largo tiempo. Ya bajo Sinchi Roca, segundo emperador peruano, había abandonado los Condesuyos¹0 del Cuzco y retrocedía cada vez más hacia el oeste para sustraerse a la dominación de los Hijos del Sol. El tercer Inca, Lloque Yupanqui, llevó sus armas hacia esta parte del Collao cuyo centro histórico son el lago Titicaca y sus monumentos; ocupado en subyugar a los aimaras establecidos en el sur, dejó en paz a los que vivían al oeste. Mayta Capac, su sucesor, atacó a esta nación por dos puntos opuestos de su territorio. Después de someter a los aimaras de Tiahuanacu, en el Alto Perú, marchó contra los de Parihuanacocha, el lago de los flamencos, situado casi bajo el 15° de latitud, y también los sometió."

"Este círculo de conquistas, sucesivamente ampliado por cada emperador, empujó hacia la costa del Pacífico, al tocar los puntos que acabamos de indicar, a los aimaras que aún estaban libres. Algunas familias de esta nación se detuvieron a la entrada de los valles occidentales, donde aún se pueden ver sus restos¹¹; otras avanzaron hasta el mar y se mezclaron con las poblaciones ictiófagas que, en esa época, moraban en las riberas del océano, entre los 14° y 24°. En el siglo XV las conquistas que el Inca Capac Yupanqui extendió hasta Chile acarrearon la extinción casi completa de estas poblaciones, y los aimaras

Los quipus o hilos de lana de color, de los que se servían los peruanos para conservar fechas y tradiciones, no fueron inventados por ellos, como se ha creído por largo tiempo. El uso de quipus existía ya entre los canadienses, y muy antiguamente entre los chinos. Las naciones mexicanas que hemos citado también se servían de ellos y los llamaban nepohualzitzin. (Vide Botturini).

Del quechua *cunti*, oeste, *suyu*, dirección. Una de las cuatro divisiones del imperio establecidas por Manco Capac.

El osario aimara, cuya existencia hemos sido los primeros en revelar, está situado a cuatro leguas al sursureste de Islay, en medio de la zona de cenizas traquíticas que se extiende desde este puerto hasta la entrada del valle de Tambo llamada Arenal.

desaparecieron con ellas del litoral. Solamente los individuos de esta nación que habían sufrido anteriormente el yugo de los incas continuaron ocupando en la sierra una parte del antiguo territorio de sus padres. En la actualidad estos indígenas suman más o menos doscientos mil, diseminados en la frontera peruano boliviana y en los siete departamentos del Alto Perú."

"Entre las antiguas costumbres de esta nación, una de las más singulares, y que puede ayudar a que el etnógrafo descubra las huellas de su paso a través de ambos continentes, está la de deformar el cráneo de los recién nacidos y darles una forma cónica por medio de tablillas guarnecidas de algodón y amarradas con ligaduras. Los esqueletos de aimaras que se encuentran en la vecindad del mar, entre los 16° y 18° de latitud sur, son perfectamente reconocibles por su cabeza oblonga o en forma de huevo. Un huevo una de cuyas puntas formaría el facies puede dar una idea exacta al respecto."

"La forma de inhumación usada por estos indios en la época de su esplendor es también asaz extraña, y no se observa en ninguna de las demás naciones de América del Sur. Sus tumbas, llamadas chullpas, tenían la figura de una pirámide truncada de veinte a treinta pies de altura. Una pirámide que, construida con adobes, tenía varias hiladas en receso, y recordaba, por su configuración general, los teocallis mejicanos, cuyo modelo parece haber sido tomado en préstamo al templo de Bel. A veces las tumbas de los aimaras eran simples monumentos construidos en aparejo ciclópeo, cubiertos por un techo monolítico, y cuyo interior comprendía una habitación cuadrada —en la que escribo estas líneas— con una puerta baja hacia el poniente y una pequeña ventana orientada hacia el oriente. A veces, no obstante, estas tumbas tenían la forma de un obelisco cuya altura, de ocho a diez metros, era el doble de la anchura de su base, y estaban cubiertas por un techo inclinado y construido de barro y paja. Cada tumba del tipo de éste en que nos encontrábamos estaba destinada a una docena de individuos, cuyos cuerpos, embalsamados con Chenopodium ambrosioides de los valles vecinos y portando sus vestidos o un saco tejido con hojas de totora y escotado a la altura del rostro, se hallaban sentados en círculo y, tocándose con los pies, figuraban los radios de una rueda. Cada muerto tenía junto a sí, a manera de provisiones y utensilios domésticos, mazorcas de maíz, un jarro para chicha, una cazuela y una cuchara. Si era un hombre, se añadía una honda, una macana o masa, aparejos de caza o de pesca y un rollo de trenzas de lana. Si era una mujer, se ponía a su lado un canastillo hecho con tallos de jarava, ovillos de lana de llama, lanzaderas y agujas de tejer hechas con las largas espinas negras del cactus quisco12. Una vez llena la tumba con los huéspedes a quienes estaba

Las colinas de Cocotea, de Tambo y de Mejillones, los alrededores de Iquique, el morro de Arica, etc., muestran en muchos sitios huacas o sepulturas de indios changos, aimaras, quechuas, de época anterior a la conquista española y en las cuales se vuelve a encontrar objetos de la misma naturaleza. A primera vista se puede señalar cuál es la

destinada, se tapiaba la puerta. Sólo quedaba abierta la ventana, probablemente para que los caminantes a los que se les ocurriese aguaitar pudiesen sacar una enseñanza o un consuelo del tranquilo espectáculo de esos muertos sentados lado a lado, y mirándose con sus órbitas huecas. Cada mañana el sol levante lanzaba un rayo de oro al interior de estos sepulcros, y calentaba por un momento, sin reanimarlos, los amarillentos pergaminos que alguna vez habían sido hombres. Aún subsisten hoy algunas de esas chullpas, pero están vacías y han sido profanadas. Franceses, ingleses, alemanes, han usado a porfía la lampa en estos monumentos, y las momias que guardaban, arrancadas a su sueño secular, han sido llevadas a los museos de Europa, donde hacen muecas detrás de una vitrina en espera del día de la resurrección...".

Cuando acababa yo de escribir esta línea, Ñor Medina, que no había dejado de observar el estado del cielo, me dijo que ya no nevaba y que teníamos que ponemos en marcha. Eran las cuatro. Buscamos pues, a nuestras cabalgaduras, cuyas crines, tomadas rígidas por el hielo, me recordaron a Rifax y Stinfax, los corceles de Odín, de heladas crines. Las pobres bestias no se habían movido del sitio donde las habíamos dejado. Mi guía les palmeó la grupa para consolarlas por el mal cuarto de hora que habían pasado, y luego, cuando las hubo ensillado y colocado los arreos, nos alejamos del sepulcro aimara.

Después de una hora de camino descubrí a mi derecha, escondido en los pliegues del terreno, un lindo río que serpenteaba alegre a través de las rocas, a las que adornaba con flecos recamados de espuma. Se lo señalé a Ñor Medina, el cual me dijo que ese río era el hilo de agua que yo había visto salir del hueco de un peñasco cerca de la posta de Apo. Un recorrido de veinte leguas en medio de las nieves de la sierra había obrado ese prodigio.

—Así nacen y crecen las sociedades y los imperios —le dije a mi guía, el cual sonrió en muestra de aprobación—.

nacionalidad de las momias, tanto por la construcción de las huacas que las encierran como por la posición que se ha dado a los cuerpos en la tumba. Así, las huacas de los changos tienen hasta ocho pies de profundidad, y el muerto descansa de espaldas. Las de los aimaras son cavidades circulares, en cuyo fondo el difunto, envuelto con una manta de lana, una estera o un saco de junco, se halla simplemente sentado. Las huacas de los quechuas, que apenas tienen cuatro pies de profundidad, son de forma elipsoide y su interior está revestido de pequeñas piedras chatas. El cadáver está colocado como el niño en el seno de su madre, es decir acurrucado sobre los talones, con las rodillas al nivel del mentón, los codos sobre los muslos y los puños cerrados encajados en las cuencas de los ojos.

Los vestidos y los tejidos de lana que envuelven a las momias, así como los diversos objetos colocados a su lado, se parecen y por lo general son muy groseros. Hemos encontrado en la mayoría de las huacas mazorcas de maíz y chicha. Los granos de maíz han tomado el color de la caoba vieja, pero conservado su lustre. Lo poco de chicha que quedaba en el fondo de los cántaros de terracota, herméticamente cerrados, tenían el color y la consistencia de la melaza.

El camino que seguíamos se acercó pronto al río y nos permitió bordear sus orillas. En los sitios desprovistos de piedras, su espejo se extendía suavemente sobre un lecho de arena cuarzosa tan blanca, tan fina, tan suave a los ojos, que por un momento me sentí tentado a desmontar, descalzarme e ir con la corriente hacia la sima desconocida en que sin duda se sumía. El cercano fin del día me impidió poner en obra tal idea, y me contenté con sumergir, con ayuda de una cuerda, la copa de estaño que me servía de vaso y de taza en los viajes, y sacar y beber unos sorbos de esa agua límpida y glacial.

Como los alrededores no ofrecían ningún tampu ni pascana donde pudiéramos pasar la noche, y como el caserío de Compuerta, único sitio habitado según mi guía, se hallaba aún a dos leguas de distancia, espoleamos vivamente a nuestras cabalgaduras. La tempestad de la tarde había barrido del cielo incluso la más pequeña nube, de manera que nada empañaba la inmensa cúpula de azur que el sol poniente teñía con un púrpura anaranjado. En el camino encontramos una laguna de un cuarto de legua de contorno, bordeada de totoras de grandes hojas — Juncus peruvianus —. Esta "gota de agua límpida donde se contemplaba el cielo", como dice un poeta, servía de refugio a palmípedos, somormujos, cotúas, cercetas, que se agitaban y hozaban en espera de la noche. Un corte practicado a un costado permitía que saliera el exceso de agua a una hondonada que se comunicaba con el río. A doscientos pasos de allí descubrí otra exactamente igual, pero situada en la margen derecha de la corriente que bordeábamos. Ñor Medina se apresuró a informarme que a partir de las dos lagunas, la primera de las cuales se llamaba Ccoricocha —lago de oro— y la segunda Conquecocha lago de plata—, el río que habíamos visto nacer en Apo, y que hasta entonces se llamaba río de Cuevilla, tomaba el nombre de río Compuerta. Tomé nota de su información, y cuando le pregunté si el caserío de Compuerta se hallaba aún lejos, me mostró, a unos tiros de flecha de la segunda laguna, un grupo de casuchas apoyadas contra una colina. Atravesamos el río por un banco de arena que parecía puesto allí a propósito para facilitar el paso de una margen a otra, y nos dirigimos a esas viviendas, que por sus muros caídos en partes se habría podido creer inhabitadas, si el hilo de humo que se escapaba del techo de una de ellas no hubiera revelado una presencia humana.

Al ruido que hicimos al llegar se entreabrió la puerta, una india se asomó, nos examinó con aire espantado, y, aparentemente tranquilizada por nuestro aire pacífico, le preguntó a mi guía qué lo traía a semejantes lugares, sin mencionarme en absoluto a mí, como si hubiera sido uno de los talegos atados al lomo de nuestras mulas, pero yo estaba acostumbrado a las maneras de los quechuas, y esa indiferencia respecto a mi persona me dejó indiferente. Después de intercambiar algunas palabras con esta mujer, mi guía me invitó a desmontar y a buscar en la casa un lugar a mi gusto. Miré a la india para leer en sus ojos si aprobaba la cosa o no, pero ella, sorprendiendo mi mirada, se dio la vuelta y me dio la espalda. "Quien nada dice, consiente", pensé, y pasé ufanamente a su lado.

Lo que Ñor Medina, por consideración sin duda al sexo de la dueña, acababa de llamar una casa, era un espacio cuadrado, negro, lleno de humo, sórdido, donde vestidos en harapos colgaban de todas partes, colgados de los palos del techo. El color original de los andrajos había desaparecido bajo una capa de sebo. Un fuego de excrementos de llama ardía en el centro de la pieza, difundiendo un olor de almizcle que, junto con el espeso humo que desprendía, afectaba a la vez la vista y el olfato. Una olla colocada delante del fuego anunciaba los preparativos de una cena cualquiera. Levanté la tapa y vi unos de esos menjunjes hechos de agua clara y harina de maíz con que los indios de las alturas se alimentan a falta de algo mejor. El festín me pareció mediocre. Jalé un escabel hacia la lumbre, y cuando reflexionaba removiendo las brasas en la magra mesa que me esperaba, un gallo, domiciliado en un rincón de la choza, alzó su voz estentórea. Me estremecí a ese ruido insólito, y le hice una señal a Ñor Medina, que entró, seguido por la india, y se acercó:

- —No me gusta el agua —le dije en voz baja, a la vez que le mostraba el menjunje espartano que se cocía lentamente en la olla—, pero el gallo que acaba de cantar me interesa: ¿habría modo de que sirviese de cena?
- —Nada más fácil —me respondió en el mismo tono—. Y luego, volviéndose hacia la mujer, dijo:
 - —Mamita¹³, anda a ver si las mulas no se han ido por ahí.

La india salió y permaneció fuera por un momento. Cuando regresó, lanzó un grito de espanto a la vista de Ñor Medina sentado ante el fuego, con las piernas separadas, dedicado a la tarea de desplumar a su gallo favorito, cuya yugular había cortado.

- —Mamita, este gallo está bien flaco, le dijo mi guía, en contestación al grito que ella había dado.
- —¡Ah, hijo del diablo —exclamó la mujer en quechua—, asesino y ladrón, matar a un gallo que yo había criado y que cantaba tan bien las horas! ¿Qué te había hecho el pobre animal? Y luego la desdichada se echó a llorar.
- —¡Paz, mujer! la interrumpió gravemente Ñor Medina—. El agua que cocinas no le gusta a este viajero, y como necesita algo que comer, tu gallo ha caído a pelo. Por lo demás, te lo pagaremos, flaco como estaba. ¿Cuánto puede valer? ¿Un real? ¿Dos reales?

La india, acostumbrada como los de su casta, a las exacciones a menudo acompañadas de vías de hecho de los descendientes de los españoles, pareció tan sorprendida y encantada ante este ofrecimiento de reembolsarle lo que hasta entonces ellos se habían contentado simplemente con tomar, que sus lágrimas se secaron súbitamente. Sin embargo, ante el aire singular con que miraba a Ñor

[[]En español en el original. N. del T.]

Medina, estimé que consideraba irrisoria la oferta que éste acababa de formular, y, para poner fin a su ansiedad, saqué del bolsillo una moneda de cuatro reales, que puse en sus manos rogándole que disculpara las maneras un poco bruscas de mi guía. Ella recibió la pieza de plata con un asombro temeroso, la miró y remiró como para asegurarse de que no era falsa, y después, cuando pareció convencida de su buena ley, sonrió y la deslizó en el dobladillo de su falda.

—En verdad —dijo, enjugándose los ojos—, prefiero que sea así, ya que el *apuhualpacuna*¹⁴ no le dejaba dormir a mi Juan, y tarde o temprano le habría torcido el cuello.

Y para mostrar al arriero que no le guardaba rencor, se puso de cuclillas a su lado, cogió un ala del ave, y se puso a arrancar las plumas remeras, mientras que Ñor Medina hacía con la otra la misma operación. Gracias a la emulación de ambos personajes, el gallo fue despojado en un instante de su capa multicolor, chamuscado eviscerado, desmembrado y puesto en una batea que la mujer proporcionó de muy buen talante, así como la grasa de buey y algunas cebollas que fue a buscar en un hueco de muro que parecía servirle de despensa y de fresquera. Algunas palabras amables que le dirigí en señal de agradecimiento, y dos o tres palmaditas amicales que Ñor Medina le dio en la espalda, devolvieron a la india todo su buen humor.

Mientras que la cena hervía, se oyó un ruido de voces afuera.

—Es Juan, que vuelve de la mina con amigos —dijo la mujer—. No bien terminó de hablar se abrió la puerta y aparecieron cuatro indios envueltos hasta los ojos en sus ponchos listados. Al encontrar a unos desconocidos en la casa, no pudieron disimular una mueca, pero como Ñor Medina les dio la bienvenida, y la mujer le mostró a su marido la media piastra que había recibido, sus caras, por un momento hostiles, dejaron de mostrarse fruncidas y sonrieron al mismo tiempo. Mientras que los recién llegados se quitaban sus mantas, la mujer encendió una de esas antorchas resinosas envueltas en espatas de banano que se traen de los valles del este. A la claridad de esta lumbre, que producía más humo que fuego, lo; quechuas se sentaron en el suelo, sacaron de sus alforjas una escudilla de madera que tendieron a la dueña de casa, y que ésta llenó hasta los bordes del caldo humeante.

Comenzó entonces una pantomima muy divertida, en la cual se habría inspirado con gusto Pierrot-Debureau. Cada uno de los indios, al recibir su escudilla llena, la puso en equilibrio sobre la punta de sus cinco dedos, e imprimiéndole un movimiento giratorio empezó a lamar le porción del cocido ligeramente enfriada ya por su contacto con la madera. La rapidez con que estas buenas gentes maniobraban con su escudilla, los guiños de sus ojos y los juegos de fisonomía con que acompañaban le operación, constituían un espectáculo tan

^{14 10} Literalmente, señor de las gallinas.

nuevo, tan raro, que absorbido como estaba yo en mirarlos, me olvidé que no había tomado nada desde le mañana.

Nor Medina me lo recordó anunciándome que la cena estaba servida. Había tendido en el suelo, a manera de mantel, la cubierta de mi montura, colocado en medio la batea y su contenido, afilado un palito para que sustituyese el tenedor ausente, y puesto a mi disposición un jarro de agua helada. No tuve qué hacer sino poner manos a la obra. Acabé mi cena, y al ver que el arriero acaparaba en su provecho los restos de ésta, le indiqué que ofreciese a la dueña de casa, en prueba de mi perfecta estima, un pedazo cualquiera del ave, cuya dura carne había dejado cansados mis músculos maxilares. El hombre se apresuró a obedecer. Sólo que, en lugar de un ala o de un muslo, según yo deseaba, lo que le dio a la mujer fue un resto de huesos, que ésta no dejó de chupar con evidente placer.

—Pobre apuhuallpacuna —decía, lamiéndose los dedos—, y si algo lo puede consolar ahora, es pensar que se lo ha comido un caballero de España.

No tardamos en levantar la sesión. Los quechuas, luego de consultarse en voz baja, desaparecieron saludándonos con un *Quédense con Dios*¹⁵. Por los ruidos en la choza vecina comprendí que se preparaban a pasar la noche en ella, dejándonos la completa posesión de la pieza en que nos encontrábamos. La india me ratificó en esta idea añadiendo algunos puñados de bosta seca al fuego, que se hallaba a punto de extinguir, y yendo a reunirse con su marido. Ya solos, extendimos nuestros pellones a algunos pasos del fogón, y nos dejamos caer encima vestidos. Cinco minutos después dormíamos como bienaventurados.

A la mañana siguiente, a las seis, nos pusimos en camino. El terreno presentaba de este a oeste un declive muy pronunciado. A nuestros pies el paisaje estaba escondido por una bruma blanca y espesa, y cuyos bordes coloreaba débilmente el sol, que se alzaba ya sobre el horizonte. A medida que descendíamos, la niebla subía. Pronto toda la parte inferior de las mesetas se dibujó muy clara y nítidamente, mientras que el cielo seguía velado por ese espeso amontonamiento de vapores. Al cabo de un momento, éstos comenzaron a moverse y a rodar sobre sí mismos, pasando del blanco opaco al rojo transparente, y luego ese inmenso cortinaje se abrió, dejándonos ver en todo su esplendor el azul del éter y el orbe del sol levante.

De Compuerta a Cabana, donde debía terminar nuestra jornada, se cuentan sólo seis leguas, pero esas leguas hispanoamericanas que equivalen a nueve de Francia. Además, el paisaje, de los más insignificantes, no ofrece en conjunto sino hierba rastrera y piedras, y el turista que viaja para distraerse corre el riesgo de aburrirse mortalmente. Pero el estudioso, amante de Flora o de Cibeles, puede encontrar materia para sonetos y disfrutes. Gracias a los anteojos

¹⁵ [En el español en el original. N. del T.]

que por lo general lleva, que aumentan los objetos y a veces hacen que los vean doblados, descubre en la hierba *fragosas* ramudas de talla liliputiense, florecillas sin tallo, gencianas, *wernerias*, *loasas*, *lysipomias*, lobelias, etc., blancas en su mayoría y que justifican el dicho local: Oro en la costa y plata en la sierra¹⁶.

Si ese mismo estudioso pasa al reino mineral, allí donde el turista no ve sino piedras, él ve, en cambio, con la ayuda de sus espejuelos, poderosas colinas de pórfido trapeo, mezclado con feldespato nitroso y anfíbol, y reconoce la calidad de los materiales empleados por los incas en sus bellas construcciones de los siglos XI y XII.

Pero como yo no viajaba como estudioso ni como turista, sino por negocios, no buscaba en el paisaje ni distracciones ni descubrimientos. Toda mi atención se concentraba en mi mula, a la que excitaba con la voz y con las espuelas, sin dejar de escuchar, sin responder, el parloteo sostenido de mi guía.

Desde nuestra salida de Compuerta habíamos seguido siempre las márgenes de su río, a fin de evitar las subidas y bajadas que nos hubiera ocasionado una marcha en línea recta hacia el pueblo de Cabana. Determinación que había tomado Ñor Medina, no teniendo en cuenta mi bienestar y mi gusto, como se podría creer, sino solamente para cuidar las fuerzas de sus animales, a las que esos sucesivos pasajes del nadir al cenit, según él, aburrían y cansaban considerablemente. Cualquier otro en mi lugar habría gritado y exigido que el digno arriero tomase la línea horizontal, tanto más que la curva descrita por el camino que había elegido alargaba un tanto la etapa. Si no hice nada de eso, fue porque me lo impidió una consideración de amor propio. Temí dar de reír al buen hombre, el mismo que no habría dejado de encontrar extraordinario que un viajero se quejase por una legua de más que se le obligaba a hacer, cuando había aceptado de muy buen grado recorrer veintiséis para evitar el camino principal.

El sol ascendió, las horas se sucedieron. El río de Compuerta, cansado de correr hacia el sureste, se desvió hacia el este y volteó hacia el norte. El terreno tomó una pendiente más decidida. En este momento debíamos encontrarnos, náuticamente hablando, a la altura de Chucuito. El lago Titicaca redondeaba, a quince leguas de allí, su inmensa superficie, y si por casualidad nos hubiésemos topado con una montaña, desde su cima habríamos avistado el lago sagrado, con sus trece islas diseminadas en su superficie y los catorce ríos tributarios suyos. En la imposibilidad de recrear mis ojos con el espectáculo de este mar alpestre, ora adormecido, ora furioso, y que domina desde cerca de doce mil ochocientos pies el nivel de ambos océanos, recordé día por día, para distraerme, la época feliz en que, libre de toda clase de preocupaciones, vagabundeaba por sus playas, tratando de sorprender en sus juegos acuáticos, pero sin jamás descubrirlos, la

Casi todas las flores que crecen a la vista del océano Pacífico y que pertenecen a los géneros aster, helianthus, hieracium, actinea, chrysanthemum, etc., son en efecto de un amarillo de oro, mientras que las que se encuentra en la sierra son de un blanco de plata.

araña verde, el torniquete y el tritón barbado, de los que habla el P. Valera en su Historia Natural del Perú. Era en vano por ello que apartaba los juncos y cañaveras para encontrar el Polygonium amphibium que allí vio florecer el mismo padre. Desanimado por mi infructuosa búsqueda, me detuve entonces para mordisquear un bizcocho o hacer rebotar en el agua los guijarros negros y blancos de la ribera. ¡Ay, cuán apagado y melancólico el pasado cuando uno lo considera a la claridad de la lámpara del recuerdo!

En el momento de dejar para siempre estas altas regiones, sobre las que tanto han escrito y disertado los sabios de gabinete, sin haberlas visto nunca, me sentía atado a ellas por todos los lazos del hábito y de la simpatía. Hubiera querido poder llevar en mi mano, como Carlos el Grande su globo, esta región histórica, de la cual la antigua civilización de la India, en marcha por el mundo, había hecho otrora uno de sus lares. ¡Con qué fervor de etnógrafo y qué entusiasmo de arqueólogo la habría depositado en un museo de Europa, al abrigo de una puerta vidriera, a fin de que nuestros hombres doctos, estudiándola de cerca, pudiesen ponerse de acuerdo de una vez por todas sobre su origen y su desarrollo! Por desgracia, ello era imposible.

Estos recuerdos del pasado me absorbieron de tal modo durante algunas horas, que no sentí ni el hambre, que hacía correr tumultuosos borborigmos en mis entrañas, ni el frío, que una brisa cortante como la punta de una aguja traía de los Andes nevados del Crucero a medida que el sol declinaba detrás de nosotros. No advertí tampoco que al extremo de la puna que atravesábamos, se dibujaban como puntos blancos y obscuros las casas de dos pueblos situados uno frente al otro y separados por el río de Compuerta. Se necesitó nada menos que una exclamación de Ñor Medina y el anuncio de que llegábamos al término de nuestro recorrido, para arrancarme a mi meditación y desarmarse el andamiaje de hipótesis que estaba construyendo.

Apenas supe que las dos aldeas que veíamos eran Cabana y Cabanilla, mi estómago reivindicó sus derechos, por tanto tiempo reprimidos.

- —¡Tengo un hambre de todos los diablos! —exclamé—.
- —¡Yo un apetito infernal! —me contestó Ñor Medina—.
- —Si picásemos espuelas un poco para llegar más rápido... —propuse—.
- —¡Bah, siempre llegaremos temprano! —replicó mi guía, que como todo arriero que alquila mulas temía fatigar a sus animales—.

Un rato después entrábamos al pueblo de Cabana, dejando a nuestra derecha el de Cabanilla, al que un puente de tres arcos groseramente construidos, pero de gres traquítico, une a su vecino como si hubiera sido un guión puesto sobre el río.

Cabana, que los estadígrafos peruanos, por una modestia de buen gusto bastante raro en ellos, simplemente mencionan en sus obras, sin agregar a su

nombre un epíteto resplandeciente, no es ni una capital ilustre, ni una ciudad benemérita, ni una población heroica. Es un grupo de casitas construidas con piedras y barro, cubiertas con ichu, techumbre rígida de las cordilleras, y cuyo conjunto ofrece la figura de una Z. El medio del palote de esta letra forma, al recortarse, algo así como una placita ocupada por la iglesia, humilde construcción de tapia y coronada por un campanario cuadrado, cuyo techo saliente, soportado por palos que el tiempo ha retorcido, es remangado como un techo de pagoda. Sobre el campanario, que en ese momento iluminaba un rayo de sol poniente, una docena de gallinazos negros¹⁷¹³, verdaderos enterradores emplumados, se alineaban en esa actitud inmóvil que caracteriza a esta ave coprófaga.

Los relinchos de nuestras mulas, que habían olfateado la caballeriza, y los sonoros juramentos con los que Ñor Medina creyó conveniente anunciar nuestra llegada, no atrajeron a nadie a la puerta de las casas. El triste poblado parecía encantado, o despoblado por una peste. A la observación que hice al respecto, mi guía contestó que los moradores de la localidad se habían ido probablemente a explorar las quebradas, los ríos y los riachuelos de los alrededores, para buscar algunas pepitas de oro o algunos pedazos de mineral de plata, con los cuales pagar sus deudas.

—¡Pero ya se ha decretado la abolición del tributo —objeté—, y por lo tanto el indio no tiene nada que pagar al Estado!

—¡Cabal!¹8 —me respondió—, pero si el indio ya no tiene que pagar ningún tributo al Estado, tiene siempre algunas cuentas que cancelar al subprefecto de la provincia, al gobernador y al alcalde. No digo nada del señor obispo, del cura, del vicario y de los monjes de los conventos, santas gentes que no le tienen ningún cariño al dinero y se contentan con percibir un diezmo de las cosechas de papas, de chuño, de avena o de quinua que el indio puede recoger. A menudo éste no cosecha nada, pero entonces su mujer tiene una rueca¹¹¹⁵, así que se pone a hilar y entrega al diezmero²¹¹6 algunos ovillos de lana de llama, que siempre son recibidos con placer. ¡Y a falta de lana tiene cuyes, una gallina, huevos, un pedazo de sebo, qué se yo! Le sirven como regalo, y los pequeños regalos mantienen la amistad. Nuestros indios lo saben tan bien que, sin dejar de rechinar un poco, no dejan de cumplir cuando llega el momento de hacer la corte a las autoridades civiles y religiosas.

—¡Pero es un abuso terrible! —exclamé—.

—Por educación no voy a contradecir a su señoría —me replicó el arriero—, pero el indio ve las cosas con otros ojos; si a veces murmura, jamás

Percnoptero urubu.

¹⁸ [En español en el original. N. del T.]

[[]El texto francés dice quenouille, esto es rueca, pero presumiblemente se trata, más bien, de lo que en quechua se llama pushca, o varita de hilar. N. del T.]

Individuo encargado de recolectar el diezmo.

grita. En muchas cosas el hábito lo hace todo. Diré incluso que la mayoría de los punarunacuna²¹17 consideran como una excursión de placer la que efectúan a las quebradas en busca de un poco de metal. Desde luego que prefieren realizarla solos y en libertad; todos son casados legítimamente, y el hombre casado no toma a mal sentirse libre por un momento. Pero como el Evangelio ordena que la mujer siga a su marido, la india, sin molestarse en averiguar si ello agrada o no a su amo y señor, parte tras de él bajo el pretexto de prepararle la comida y remendarle sus calzas, pero en realidad para hacerlo rabiar; pero luego, como los niños no podrían vivir sin su madre, los perros se aburrirían sin los chicos, tanto gentes como animales abandonan su pueblo, lo cual explica la completa soledad de éste. Ahora bien, nuestros indios van a estar diez o doce días en campaña. Al cabo de ese tiempo, si han llenado su chuspa con metal, separarán algunas piastras que adeudan a las autoridades superiores. Con el resto comprarán aguardiente y coca, y luego, ya de retomo en casa, bailarán al son de la trompeta de hojalata y del charango, beberán hasta embriagarse y zurrarán a sus esposas para enseñarles a no abandonar otra vez el techo conyugal. Trabajo perdido. La mujer es incorregible por naturaleza, y por gusto la india quiere ser pegada. Es algo que halaga su amor propio. Una buena tanda con un palo o con una cuerda con nudos, administrada de tiempo en tiempo por aquél a quien ella llama su palomachay22 o paloma querida, le prueba mejor que protestas o juramentos sin fin que el hombre que la ha escogido como compañera y sigue queriéndola entre todas las mujeres...

Aquí la disertación de Nor Medina se vio interrumpida por los ladridos de un perro que parecía aquejado de laringitis.

—Es el *alleo* del señor cura —me dijo—, un pobre animal que ya es tan inútil como su amo.

En ese momento dábamos vuelta al ángulo de una pared casi desplomada, y vi una casucha adosada al presbiterio de la iglesia, cuyo techo de paja en saliente la protegía del viento del norte, así como el follaje de una rama abriga el nido del pájaro. Vivienda que, con una puerta y una ventana, era tan baja que un hombre a caballo habría podido, irguiéndose sobre los estribos, acodarse a su cumbrera.

Runa, hombre; puna, meseta; cuna, los. Esto es los hombres de la meseta. Es el nombre que se da a los indígenas de la región del Collao.

La palabra paloma es española, ave que no existía en estado salvaje en América del Sur, y ha sido importada por los españoles. En cambio hay aquí de siete a ocho variedades de tórtolas, entre las cuales la más grande es de la talla de una torcaza, y la más pequeña de un gorrión franco. La primera es llamada urpi; la segunda cuculí. La urpi, bajo los nombres de urpilla, o de urpillachay, dulce tórtola, tórtola amada, aparece en la mayoría de los yaravíes y poesías de los quechuas.

Una mano de pintura al temple alegraba su humilde fachada. Sobre el alféizar de la ventana, en una maceta común, pero con una silueta que recordaba el arte de los etruscos, florecía una mata de esos alstroemeres impropiamente llamados por nuestros horticultores lirio de los incas²³, cuya variedad tomentosa, que reconocí a primera vista, vegeta a la sombra de los arbustos en algunos lugares expuestos de la entre-sierra. La vista de estas lindas flores de pétalos de un rosa verduzco puntuado de rojo obscuro me causó una sensación agradable. Denotaban en su dueño una cierta delicadeza de organización que me pareció de buen augurio para la comida y el alojamiento que me proponía solicitarle. Como el perro, un desdichado gozquecillo desdentado, erizado, redoblaba sus ladridos al vernos desmontar, apareció una vieja en la puerta de la casa y nos miró asombrada.

— Dios bendiga a usted, mamita²⁴ —le dijo el guía, con un tono a la vez respetuoso y familiar—.

—*llillamanta hueracocha*²⁵ —respondió la mujer en el idioma de los quechuas—.

La forma de saludo y la diferencia de idioma entre los dos personajes no solamente mostraba un mayor grado de civilización en uno que en otro, sino también en el título honorífico que la mujer asignaba al arriero en respuesta al calificativo de "madrecita" que ella había recibido; había allí algo así como la admisión tácita de una inferioridad de posición que a mi pesar me sorprendió vivamente. Sin embargo, no tuve tiempo de preguntar a mi guía a este respecto. La anciana, al enterarse de que yo quería ver al cura Cabrera, me invitó a entrar en la casa, adonde la seguí, dejando a Ñor Medina que desensillase nuestras mulas.

Una vez en el fondo de la primera pieza, que parecía servir de antecámara, de cocina y de comedor, mi conductora se detuvo para preguntarme tímidamente si el asunto que me llevaba ante el cura era lo suficientemente urgente como para que lo despertase, ya que en ese momento el ex pastor de Macusani se hallaba entregado a las dulzuras de la siesta.

A esta pregunta respondí cortésmente que era inútil interrumpir el sueño del santo varón, y que yo esperaría que se despertase por sí mismo, sobre todo si, para hacer más llevadero el fastidio de la espera, mi digna introductora me daba algo de comer.

Apenas había pronunciado yo esta frase, el cura, que no dormía como la buena mujer había creído, me oyó detrás del tabique, circunstancia que denotaba una singular finura de oído.

[En español en el original. N. del T.]

Es el narcissus amancaes y no la alstroemeria, que los indígenas llaman lirio de los incas.

Buenos días, señor.

- —¿Con quién estás hablando, Verónica? —preguntó en quechua a mi interlocutora—.
- —Con un *hueracocha* de piel blanca, que dice que tiene un asunto de qué hablarte, hermano mío, y que me pide de comer...
- —Pues se cae de inanición —agregué yo, alzando la voz y sirviéndome a propósito del idioma en que ellos habían hablado—.
- —¡Ah, hermana, a trabajar! —replicó el cura—. Mata un cuy, rompe unos huevos, haz una tortilla, comprende que este pobre viajero tiene hambre. —Y, dirigiéndose a mí, continuó: Y usted, señor, sírvase pasar, que aquí podremos hablar con más comodidad.

Dejé a Verónica en sus preparativos culinarios, accediendo a la invitación del cura. Cuando empujé la puerta que comunicaba ambas piezas, me encontré en una habitación bastante grande, pero de cielo raso bajo. Una piedra de Verengüela, transparente como vidrio y tallada en ángulo recto, estaba encajada en una abertura entre las vigas del techo, alumbrado el aposento a la manera de un taller de pintor.

El cura se hallaba sentado en uno de esos poyos que, entre las gentes del pueblo, sirven de asiento, de mesa y de lecho. Unos vellones apilados y cubiertos por mantas de lana grosera atenuaban su dureza. El pastor desgranaba las cuentas de un rosario, que colgó de un clavo al entrar yo. Luego, mientras que me acercaba, extendió hacia mí, en gesto vacilante, sus dos manos, que parecieron buscar las mías.

—Ayúdeme, querido señor —me dijo con acento de singular dulzura—. Sé que usted está allí, pero sin poder decir con exactitud dónde, ya que desde hace cuatro años Dios me ha quitado la claridad del cielo y no veo ya las cosas de este mundo sino por medio del pensamiento.

Tomé vivamente las manos del anciano, el cual me atrajo y me hizo sentar sobre su cama. Me sentía tan turbado por la noticia de una invalidez que no esperaba, que no encontré ni un consuelo banal, ni una palabra amable que dirigir al venerable sacerdote. Mientras lo examinaba a hurtadillas, él acariciaba mis manos con una expansión juvenil, palpaba la tela de mi ropa y parecía entregarse a una apreciación fisiológica cuya finalidad yo no podía comprender.

- —Usted no es de este país —me dijo, en fin—, no tiene ni el acento ni el exterior de mis compatriotas. Dígame, caballero, ¿de dónde viene y adónde se dirige, y qué viento del Señor lo ha traído a mi pobre morada?
- —Con mucho gusto —le respondí—. Partí de Islay la semana pasada, y me dirijo al Brasil, adonde espero llegar antes de tres meses. En cuanto al motivo que me ha conducido a su casa, es de los más simples. Un día, pronto harán cinco años de ello, un día que visitaba como aficionado el museo de Lima, vi en un rincón de la sala donde se encuentra el árbol genealógico de los incas un

retrato del cura de Macusani, don Juan Pablo Cabrera. Este retrato al óleo, hecho por un artista local, me pareció mediocre como pintura, y mi atención se habría desviado pronto si no hubiera leído la biografía del representado en la leyenda que se había colocado en uno de los ángulos de la tela. Ese relato de una vida laboriosa y santa me emocionó tan vivamente que me prometí no dejar América sin conocer el hombre venerable que se veía en el retrato; y es por cumplir esa promesa, reverendo padre, que en lugar de seguir la ruta de los Andes para dirigirme al Cuzco, tomé la de Lampa, casi seguro como me hallaba de encontrar en el pueblo de Cabana a la persona a la que deseaba ver, y a la que profesaba afecto desde hacía largo tiempo sin conocerla.

—¡Usted ha hecho eso por mí! —exclamó el pobre sacerdote llevando mis manos a sus labios con tal vivacidad que no pude impedir ese impulso de gratitud profunda y magnífica humildad—. ¡Ah, señor! ¡Ah, hijo mío, pues adivino por su voz que usted es joven, Dios lo bendecirá, pues se ha acordado de aquellos que sufren y a los que se olvida…!

Reinó un silencio pleno de pensamientos entre ambos.

—Europa es una noble tierra, y sus hijos son nobles corazones —dijo en fin el cura, como en respuesta a una meditación anterior—. De Europa nos han venido todas las grandes ideas que se ha tratado de naturalizar entre nosotros. Si estas ideas no han producido nada, si el buen grano se ha secado en la tierra o no ha dado más que paja sin espiga, es porque nuestros corazones y nuestra inteligencia no estaban preparados para recibirlo. En la época en que vivía en Macusani, conocí a europeos a los que el amor de la ciencia llevaba a esas comarcas. A pesar de que mi trato con ellos fue de corta duración, su recuerdo ha quedado grabado profundamente en mi memoria.

Mientras el sacerdote hablaba, yo estudiaba su fisonomía y la comparaba en pensamiento con el feísimo retrato suyo que había visto. Sus rasgos mostraban el tipo de la raza irania, pero sin los pómulos salientes y la violenta curvatura de la nariz que la caracterizan. Un pensamiento constante, pensamiento de humana caridad y de amor divino, parecía haber ennoblecido aún más y depurado las líneas de un rostro ya noble y correcto por sí mismo. Los ojos del anciano, cerrados como estaban según él a las cosas de este mundo, y que no comunicaban a su espíritu ningún reflejo de la naturaleza exterior, esos ojos de párpados siempre cerrados, daban a su rostro la calma seria y augusta de las hermosas máscaras antiguas. El idioma quechua, con sus expresiones floridas y sus metáforas pomposas, que él empleaba en su conversación de preferencia al español, espiritualizaba aún más en él, por así decir, la belleza plástica, prestando a su pensamiento no sé qué gracia misteriosa, qué elevación sostenida, que no tenían nada de común con el lenguaje habitual de los hombres.

La ropa del sacerdote se componía de una especie de amplio gabán de esa tela grosera que se llama bayeta, fabricada en la región. Su camisa era de una tela

de algodón crudo, y le servía como corbata un pañuelo de cotonada a cuadros. En cuanto al mobiliario de la habitación era, como la ropa del anciano, de una simplicidad que lindaba casi en la indigencia.

Paredes blanqueadas con cal; a la cabecera del lecho, un lienzo que representaba a la Virgen de los Siete Dolores; una pila de agua bendita y un rosario al costado de la imagen. Aquí y allá unos bancos y taburetes, una maleta de cuero y algunos objetos sin valor; y luego, a la derecha, en la penumbra, una segunda y estrecha cama, probablemente de la hermana Verónica, completaban el humilde mobiliario que me recordó estos dos versos de un poeta:

La cruz de madera, el altar de piedra,

bastan a los hombres como a Dios.

El digno pastor se había callado. Aproveché su silencio para pedirle, no sin disculparme por adelantado por mi indiscreción, algunos detalles sobre su pasado y la vida que llevaba en esta soledad.

- —Hijo mío —me respondió con fina sonrisa—, ¿no me ha dicho usted que había leído la leyenda colocada en la parte baja de mi retrato? Y bien, esa leyenda seguramente lo ha instruido sobre las particularidades de mi vida.
- —Esa leyenda —repliqué— no me ha contado más que las virtudes del sacerdote y los trabajos del hombre. No me ha dicho nada de sus sufrimientos, y yo desearía conocerlos, pues si usted no me hubiera dicho ya que ha sufrido, lo habría adivinado al verlo y escucharlo hablar.

Un pensamiento de amargura pasó sobre la frente del anciano, como la sombra de una nube sobre un agua tranquila, pero se repuso pronto.

- —Veamos —dijo—, el día se pasa, y aún le quedan a usted cinco leguas para encontrar una estancia. ¿Acepta usted darme las horas que siguen al obscurecer y pasar la noche bajo mi techo? A ese precio le contaré mi historia, pero no la que usted ha leído en el museo de Lima, sino la que sólo Dios conoce...
 - -No partiré sino mañana por la mañana -le contesté-.
- —¡Verónica! llamó entonces, inclinándose hacia la puerta entreabierta—, ¿estará pronto la comida de nuestro alojado?
- —Un poco de paciencia, hermano —replicó la voz de Verónica—. El cuy²⁶ no está frito más que por un lado, y la tortilla está todavía por hacer.

Y como me excusé ante el cura por la molestia y el trabajo que le ocasionaba a su hermana con los aprestos de la comida, cuando me habrían bastado un pedazo de pan y un triángulo de queso, él dijo:

Es el nombre en quechua del conejillo de Indias, o *cavia minima*.

- —Oh, no estamos en cuaresma, y hoy no es viernes para que usted ayune. Hay una sola cosa que me contraría: es el retraso en servirle. Pero Verónica está sola en la casa. Nuestra hermana Epifania ha ido a Lampa a vender la lana que las pobres han hilado juntas la semana pasada, y no la espero sino después que anochezca.
 - -Es un viaje de seis leguas -observé-.
- —Seis para ir y seis para volver —me respondió el cura—. En total doce leguas que nuestra hermana tendrá que hacer hoy, así que estará bien cansada. Ojalá quiera Dios que el río de Lampa no esté crecido, pues Epifania tendría que buscar un vado para cruzarlo, y la corriente es rápida...
 - —Con una buena mula no tiene nada que temer —repliqué—.
- —Ay —dijo el sacerdote—, nosotros no tenemos ni caballos ni mulas, y nuestra hermana se ve obligada a viajar a pie. Es una de mis más vivas aflicciones. Pobres hermanas, yo que hubiera querido rodearlas de cuidados en su vejez para recompensarlas por los trabajos pasados... Pero Dios sabrá hacerlo en mi lugar...

La conversación se vio interrumpida por doña Verónica, quien nos anunció que la cena estaba servida.

—Deme usted el brazo —me dijo el cura— y vayamos a sentarnos a la mesa. Mientras que usted come, yo acabaré mi rosario.

Pasamos a la pieza de entrada donde, sobre una mesa cubierta por un mantel, vi en platos de cerámica a un lado el cuy cortado ya y bien frito, y por otro la tortilla, chata y un poco quemada, como se acostumbra en el país. Un jarro de agua de manantial y un cuchillo con mango de cuerno completaban el servicio. Doña Verónica, roja y sin aliento por la proeza culinaria que acababa de realizar, me mostró mi asiento y ayudó a su hermano a sentarse frente a mí.

Me lancé contra los alimentos que se me ofrecían, y vista la rapidez con que se sucedían los bocados, doña Verónica, que seguía de pie y me miraba con grandes ojos, no pudo dejar de sonreír. Pero la suya era una sonrisa que no tenía nada de hiriente. Lejos de burlarse de mi glotonería, parecía más bien invitarme a redoblar mi actividad. Comprendí tan bien la muda invitación que esa sonrisa implicaba, que cinco minutos después no quedaba del conejillo de Indias más que un esqueleto desfigurado por la presión de mis muelas. Y cuando comenzaba a atacar la tortilla, Ñor Medina, impulsado por ese instituto del estómago que no engaña jamás, se mostró en el umbral.

- -Señor, que le haga provecho -me dijo, quitándose el sombrero-.
- -Gracias por el deseo -le respondí-.

Al oír una voz ajena, el cura se dio vuelta. Me apresuré a decirle el nombre, apellido y calidad del visitante, pero sin decir nada del motivo al cual

debíamos su visita, motivo que yo entendí desde el principio a la vista del aire melancólico y apasionado con que Ñor Medina miraba la tortilla.

- —¿Comería este buen hombre alguna cosa? —inquirió el cura—, y dijo luego a su hermana:
 - —Vea usted, Verónica, si queda cecina y un poco de chuño.
- —El señor Padre es demasiado bueno, en verdad —dijo Ñor Medina al recibir en una escudilla que le tendió la hermana los manjares locales solicitados por el hermano, al tiempo que salía para despachar afuera su pitanza—.

Mi atención, distraída un momento por este episodio, se centró de nuevo en la tortilla, que no tardó en desaparecer en las profundidades de mi estómago. Y como no quedaba ya nada por comer, bebí algunos sorbos de agua clara para ayudar a la quimificación del bolo alimenticio, y luego doña Verónica retiró los platos vacíos. Entonces el cura, que había terminado su plegaria, me propuso ir a respirar por un momento el aire del atardecer. Mientras salíamos un alegre carillón comenzó a sonar en dirección de Cabanilla.

—¡Ya la oración! —exclamó el sacerdote—.

Doña Verónica, quien nos había seguido hasta el umbral, miró la cima de las colinas enrojecidas por un último rayo del poniente y dijo sin dudar:

—Hermano, ya han sonado las seis. Yo saqué mi reloj, que marcaba las seis con tres minutos. "Esta mujer es un verdadero cronómetro", pensé.

El cura había pasado su brazo bajo el mío. Atravesamos el pueblo, cuyas casuchas estaban todas cerradas, y salimos a la pampa. Reinaba en torno a nosotros un silencio que no rompían ni la voz de un hombre, ni el canto de un pájaro, ni el chirrido de un insecto. El sol acababa de ponerse en un sudario violeta estriado de púrpura y de oro, y en estas latitudes sin crepúsculo la noche iba a suceder bruscamente al día. Ya la lejanía se desvanecía en una bruma opaca. Se elevaban vapores del fondo de las quebradas como el humo de los trípodes. Los cerros vecinos se tornaban obscuros. Comenzaban a brillar algunas estrellas. Sin embargo, el día no había desaparecido por completo. Un vago y encantador resplandor rosa, reflejo del púrpura del poniente, teñía las nieves del Crucero que cerraban el horizonte por el lado del este. Nieves que coloreadas así, y como vivientes en medio del melancólico paisaje, grisáceo, somnoliento, se asemejaban a la sonrisa que revolotea aún en la boca de una bella mujer, a la que el sueño ha cerrado ya los ojos. Ante ese tranquilo y radioso espectáculo de la tierra que apagaba sus rumores y del cielo que encendía sus astros, espectáculo que Dios concede cada día a sus criaturas y que me era posible contemplar, sentí una inexpresable lástima por el pobre sacerdote, que, desde hacía cuatro años, no gozaba de todo ello más que en pensamiento.

Nuestro paseo continuó en silencio. De rato en rato una corta frase pronunciada por mi compañero, y a la cual yo respondía con el mismo laconismo, enlazaban nuestras respectivas meditaciones. Caminamos así al azar, soñando más bien que conversando, hasta que al hacerse sentir el frío de la noche el anciano manifestó el deseo de regresar a casa. Media hora después estábamos sentados en su lecho. Doña Verónica había tomado su huso y, sentada sobre un retazo de alfombra, a algunos pasos de nosotros, se puso a hilar a la humeante claridad de una lamparilla.

—Ha llegado el momento —me dijo el cura— de contarle a usted la parte de mi historia que los hombres ignoran y que sólo Dios conoce. No sé qué pensará de mí después de escucharla, pero así usted no concediese a los males que he sufrido más que una piedad burlona, me parecería no responder a la simpatía que me ha testimoniado, o responder mal, haciendo por más tiempo misterio de lo que siempre he escondido con cuidado a otros.

1

1

1

1

1

Y

1

E

Z

0

3

0

4

5

He nacido en Canima, pequeño pueblo del departamento de Puno, y no en Macusani, como han dicho mis biógrafos. A los veinticinco años era ya sacerdote y mal servía el curato de Macusani, en la provincia de Carabaya. Mis dos hermanas, Verónica y Epifania, que se quedaron solas después de la muerte de mis padres, vinieron en mi busca y vivían conmigo. Imbuido de la grandeza de mi ministerio, y dedicado por completo a las obligaciones que me imponía, emprendí la tarea de sacar del embrutecimiento en que habían sido hundidos los desdichados indios que Dios me había dado como rebaño. Abrir los ojos de su espíritu a la verdadera luz, devolver la esperanza a sus corazones marchitos, a esos pobres esclavos a los que el temor al látigo hacía encorvar ante un amo, hombres libres, hermanos en Jesucristo, indisolublemente unidos por los lazos del afecto y de la devoción, tal era el sueño que acariciaba antes de recibir las órdenes, tal fue la idea a la cual, una vez sacerdote, resolví consagrar mi vida.

Después de pasar un año en el ejercicio de mis funciones y durante los cuales reconstruí, con mi propio dinero, la iglesia de Macusani, que se caía en ruinas, comprendí toda la dificultad que implicaba mi misión apostólica, de la cual había visto sólo su finalidad, sin preocuparme por los medios; embrutecidos por una opresión de tres siglos, los hombres que me rodeaban se mostraban incrédulos o indiferentes a la palabra que yo hacía escuchar a sus orejas. Todos no veían en el porvenir más que la continuación fatal del pasado. En vano traté de levantar a esas almas abatidas con las promesas de una vivificante esperanza; en vano les mostré la posibilidad de llegar por la regeneración de su ser moral a una mejora física de su suerte; todo lo que pude intentar a este respecto fue sin resultado. Unos me escucharon por curiosidad, otros por obediencia. Ninguno pareció tocado o convencido.

La ley de Cristo, que yo trataba de inculcar en esos hombres, contrariaba demasiado vivamente sus hábitos de desenfreno y libertinaje para que la aceptasen como un don. Su apatía natural, acrecentada aún más por el embotamiento de sus facultades, se espantaba y retrocedía ante un cambio de vida. Acostum-

brados a encontrar el olvido de sus males en los humos de la embriaguez, no comprendían que se pudiese buscarlo en el renunciamiento a sí mismo y la devoción al otro, en el amor, la caridad, la fraternidad, en una palabra en la vida del alma.

Por largo tiempo estudié a esos seres degradados por el sufrimiento y por el temor, buscando un punto vulnerable donde el sable de la palabra pudiese alcanzarlos. Pero me desanimé de ese estudio al reconocer su inutilidad. Hubiera sido necesario a esas almas endurecidas uno de esos rayos por medio de los cuales Dios comunica los tesoros de su gracia a los pecadores que quiere convertir.

En la imposibilidad de convencerlos por el razonamiento, sustituí la lógica con el sentimiento, y les manifesté ostensiblemente una viva solicitud y una dedicación absoluta. Al obrar así, creía despertar su reconocimiento, granjearme su afecto y llegar a su espíritu por el camino del corazón. Pero por ahí me vi también cruelmente decepcionado en mis esperanzas. No encontré en ellos, a cambio de mis servicios, más que duda y desconfianza, a menudo ironía, malicia y falsedad, casi siempre cobardía bajo la apariencia de dulzura. Diez años de mi vida, los más hermosos, los más viriles, fueron consagrados a esa labor ingrata, diez años que cayeron en el sima del pasado sin haber hecho crecer una sola brizna de hierba en los bordes.

¡Oh, hijo mío, cuán pesada y desencantada me pareció la vida, cuando me convencí de que mi idea de regeneración era una quimera en cuya persecución me extenuaba vanamente! A partir del día en que reconocí la imposibilidad de alcanzar mi objetivo, se apoderaron de mí un hastío profundo, un amargo disgusto, y la inacción del espíritu, el aislamiento del corazón me sumieron en una mortal tristeza. Durante un lapso cuya duración no podría precisar viví replegado en mí mismo e indiferente a todo. Las caricias y cuidados de mis pobres hermanas, que se apenaban por mi estado, cuya causa ignoraban, me sostuvieron en esa prueba.

Abatido por la pérdida de mis ilusiones, lastimado en mis más caras simpatías, pero sin cólera ni odio hacia los hombres a quienes había abierto mis brazos y mi corazón, y que los rechazaban, me lancé al estudio de la naturaleza, creyendo encontrar en ello un remedio a mis sufrimientos al mismo tiempo que un alimento para mi pensamiento. Esperaba que la contemplación del infinito, al suscitar en mí un nuevo orden de ideas, me arrancaría a los males de esta tierra para no dejarme ver sino los esplendores del cielo. Estudié, pues, o más bien observé la vida de la naturaleza, tratando de seguirla en sus diferentes transformaciones y de penetrar sus secretos. Escuché con éxtasis sus caprichosas armonías; buscaba su sentido oculto. Admiré, pleno de entusiasmo, el orden y la belleza del universo y la regularidad de las leyes a las que está sometido. Después de constatar los efectos, traté de remontarme a las causas; quise conocer el

pensamiento que había presidido la creación y, en una ferviente jaculatoria, a menudo me sucedió lanzarme a Dios para pedírsela.

Pero pronto me di cuenta de que esa constante admiración gastaba mis fuerzas lejos de robustecerlas. Mi espíritu flotaba al azar en esa inmensidad, como un esquife sin remos y sin brújula, y mis ojos cegados por el resplandor de los astros se me cerraban de cansancio. Comprendí entonces, ante el extraño vacío que se hizo en mí, que yo no había nacido para la vida contemplativa. Para disfrutar instintivamente de esas tranquilas y serenas maravillas, hubiera sido necesario un temperamento más poético que el mío; para estudiar el mecanismo de esas esferas y explicarse de manera satisfactoria las leyes y afinidades que las reglan, hubiera sido menester una inteligencia alimentada de estudios más sustanciales que aquéllas que de ordinario poseemos.

Recaí de nuevo en mí mismo y sentí mi alma abrumada bajo el peso del tedio. El estudio de la naturaleza que me había sonreído por un momento se me hizo odioso; sólo había servido para hacerme sentir aún más vivamente mi pequeñez y mi aislamiento. La vida no me pareció más que una árida vigilia, una realidad agotadora. Me abrumaba sobre todo la reflexión, y hubiera querido olvidar el ejercicio del pensamiento, perder la memoria del pasado, la conciencia del presente, la aprensión del porvenir; vegetar, en una palabra, a la manera de las plantas. Durante meses y años viví esta vida languideciente y taciturna, cumpliendo escrupulosamente con todos mis deberes de sacerdote y de cristiano, pero sin encontrar en ella esa satisfacción íntima que da la certidumbre del deber cumplido. Los errores y los males que no había podido remediar eran como otros tantos fantasmas que me perseguían en mis horas de vigilia y volvían aún a turbar las horas que consagraba al sueño.

1

(2)

(X)

-

M

II.

T

(N)

1

1

1

30

12

0

15

I

T

10

a.

Mientras tanto estalló la revolución de 1824. El reino debió ceder el paso a la república. Grandes instituciones se desplomaron en un día; los escombros se amontonaron por todas partes; esperé por un tiempo que, de todo ese trastorno político y social, resultase algo grandioso y útil, que comenzase una era afortunada para nuestras poblaciones; pero mi esperanza fue de corta duración. Por más que cambiase la forma de las cosas, el fondo siguió siendo el mismo. La palabra libertad, inscrita en el estandarte de Simón Bolívar, no fue más que un letrero mentiroso colocado sobre el nuevo poder. Así como en el pasado, el despotismo reinó sin control. A los virreyes les sucedieron los presidentes, y eso fue todo. El pueblo permaneció como era y como usted lo ve en la hora actual, miserable, ignorante, embrutecido y, lo que es peor, satisfecho de su situación o consolándose de ella con la embriaguez.

He allí, hijo mío, la fase de mi vida que no aparece en la leyenda colocada al pie de mi retrato, y ello porque los hombres la han ignorado. Si se las he ocultado con el cuidado que se pone en esconder ciertas llagas secretas, es porque no habría despertado en ellos más que incredulidad, ironía o indiferencia, en lugar de las simpatías que yo estaba con derecho de esperar.

Llego a una circunstancia de mi vida sobre la cual se ha hecho gran ruido. Es la que me ha valido el honor de figurar en el museo de Lima como uno de los que ha mejorado la industria peruana. Le expongo los hechos tales como han sucedido. Un día, vagando en la parte montañosa que separa Macusani de los primeros valles de Carabaya, encontré en la cavidad de un peñasco a una alpaca macho nacida la víspera. La madre, que pastaba a unos pasos de allí, se dio a la fuga al acercarme. Me llevé al pequeño en mi sotana, y, al llegar a casa, lo entregué a mis hermanas para que lo criasen. La alpaca creció en compañía de una vicuña, a la que habíamos convertido en nuestra comensal. Después de quince meses, estos animales nos dieron un retoño cuya lana es notablemente bella. Una muestra de ella, que dimos a los comerciantes de la provincia, atrajo de tal manera su atención que mis hermanas vieron en el cruce de las dos especies, pacocha y vicuña, un medio de recuperar la pequeña fortuna que San Martín y los independientes nos habían arrebatado. Ayudé a las pobres muchachas en la realización de su proyecto, menos por interés en esa fortuna y sí por afecto a ellas. Después de muchas incursiones a los cerros, logramos hacernos de algunas alpacas y de algunas vicuñas. Al cabo de siete años nuestro rebaño de híbridos ontaba con unas sesenta cabezas. Pero ¡cuánto trabajo nos había costado llegar ese punto!

Mientras tanto la noticia de nuestra empresa había llegado a Lima. El residente de la república, impresionado por las ventajas que el comercio y la industria del país podían obtener de ella, se interesó en su éxito. Se dignó escribirnos al respecto una carta halagadora, y para darme, según él, un particular testimonio de su estima, quería que mi retrato figurase en el museo de Lima, que se acuñase una medalla de oro en mi honor y que yo escogiese en el departamento del Cuzco un curato que me conviniese. Rechacé este ofrecimiento. Hacía treinta años que vivía en Macusani, y me habría costado mucho ir a vivir a otra parte. Más tarde, las circunstancias me obligaron a pedir yo mismo mi cambio al obispo de la provincia. El favor de los grandes, al interesarse por un momento en nosotros, había despertado en la región odios violentos. Gentes que hasta entonces se habían mostrado indiferentes a nuestra empresa, se tomaron envidiosas y resolvieron perjudicamos. Como no osaban atacarnos abiertamente, la emprendieron contra nuestros pobres animales, a los que el veneno hizo perecer uno a uno. Mis hermanas, profundamente afectadas por esta pérdida y sin saber hasta dónde podía llegar la maldad de nuestros enemigos, me suplicaron abandonar Macusani. Vinimos a establecemos en Cabana, del cual Cabanilla, el pueblo vecino, era por entonces anexo. Después de dos años, la mano de Dios se hizo otra vez dura conmigo: perdí la vista. Como no podía cumplir ya con los deberes de mi ministerio, el obispo transfirió la sede del curato a Cabanilla y envió a un sacerdote para que me reemplazara. Al quedarme sin recursos,

presenté al gobierno, que se había mostrado benévolo con nosotros, una solicitud, en la cual yo recordaba con humildad lo que mis hermanas y yo habíamos hecho sin la ayuda y protección de nadie. Terminaba exponiendo la situación de desamparo en que nos encontrábamos y pidiendo que, en lugar de los honores que el jefe de Estado había ofrecido, tuviese a bien asignar a cada una de mis hermanas una piastra por día para ayudarnos a vivir. Mi solicitud tuvo el honor de ser presentada a la Cámara, donde los diputados pronunciaron sobre ella hermosos discursos, pero el tiempo pasó sin que recibiésemos respuesta. Como no contábamos con ningún medio de existencia, mis hermanas roturaron una parcela y la sembraron. Criamos gallinas y cuyes, lo cual nos procuró alimentos y medios con qué efectuar intercambios con nuestros vecinos. Más tarde mis hermanas tuvieron la idea de hilar y tejer para personas caritativas de Lampa, que retribuyeron de modo adecuado su trabajo. Poco a poco aumentamos nuestros recursos. Sin salir de la pobreza, conseguimos ponernos al abrigo de las necesidades. Pronto hará cuatro años que llevamos juntos esta vida, consolándonos entre nosotros y estrechando los lazos de nuestro afecto a medida que nos acercamos al término en que la muerte los desata.

El cura dejó de hablar; su cabeza se inclinó lentamente, como bajo el peso de un pensamiento secreto que no confesó. Quizás el relato que acababa de hacer había agotado sus fuerzas. Miré a doña Verónica, que seguía hilando. Su rostro no expresaba otra cosa que una serena impasibilidad [sic]. ¿Es que la costumbre del sufrimiento había embotado la sensibilidad de la vieja dama, o es que, a ejemplo de su hermano, cargaba su cruz con muda resignación? No lo sé, pero me parecía que toda su atención se concentraba en el trabajo de su huso, cuyo hilo examinaba de rato en rato a la luz, como para asegurarse de que era de un grosor parejo.

Había llegado la hora de acostarse. El buen cura quiso que se armase mi lecho en su habitación. Unos cuantos pellejos de carnero, que su hermana tendió en el suelo, formaron una cama mullida. En el momento en que Ñor Medina traía mi montura, que yo había pedido para hacer con ella mi almohada, el perro lanzó afuera algunos ladridos ahogados, a los que respondió una voz de mujer.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el cura—. ¡Es nuestra pobre Epifania, que regresa de Lampa!

Doña Verónica salió a dar el encuentro a su hermana, e instantes después ambas mujeres reaparecieron juntas. Doña Epifania tomó la mano de su hermano, la besó y la puso sobre su cabeza, según antigua costumbre de los quechuas. Éste murmuró:

- —Que Dios te bendiga, como yo te bendigo.
- —Debe estar usted agotada por la caminata —dije yo a la viajera—, cuyos polvorientos pies calzaban sandalias de cuero bruto, como usan las gentes del pueblo.

—¡Bahl Será motivo para dormir mejor —me respondió ella alegremente—.

Y luego puso en la mano del cura algunas monedas de plata, producto sin duda de la venta de su trabajo, y que el anciano deslizó bajo la almohada de su lecho, luego de lo cual las dos mujeres reunieron aprisa algunos vellones de carnero y mantas de lana y salieron no sin cerrar la puerta tras de ellas.

Me quedé con el cura, el mismo que después de desearme las buenas noches se dio vuelta del lado de la pared, luego de rogarme que apagase la lamparilla. Por un momento lo escuché rezar en voz baja, mezclando algunos suspiros con la plegaria, y luego cerré los ojos y caí en un profundo sueño.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Mientras aún dormía, las dos hermanas habían preparado una papilla de harina de maíz, y me exigieron que me sirviese algunas cucharadas para protegerme, dijeron, contra la neblina matinal. Y mientras me encontraba despachando el bodrio, Ñor Medina vino a anunciarme que las mulas ya estaban ensilladas. Le tendí mi escudilla, llena a medias, para que diese cuenta de lo que quedaba. Le bastaron tres lengüetadas para despachar el contenido. Mis huéspedes salieron hasta la puerta de su morada para presenciar mi partida. Tomé entre mis manos las del viejo sacerdote y le dije:

- —Reverendo padre, no tengo nada que ofrecerle a cambio de su cordial acogida y de la conmovedora confianza que me ha dispensado. Dejo este país para no regresar nunca, pero tengo en Lima, en Arequipa, en el Cuzco, amigos influyentes que, estoy seguro, recibirán favorablemente el pedido que les formularé con respecto a usted. ¿Qué desea que hagan por usted?
- —Absolutamente nada —me respondió—. Me quedan demasiados pocos días en esta tierra para que ahora me sea útil la protección de los hombres. Vaya usted, hijo mío, y que Dios lo guíe. No faltarán las plegarias del anciano al que usted ha venido a buscar desde tan lejos.

El venerable cura me dio un abrazo y las dos mujeres me estrecharon la mano como si se tratase de un viejo conocido.

En el momento de dejar para siempre a estos nobles infortunados, sentí que mi corazón se henchía y mis ojos se humedecían.

- —Adiós —les dije súbitamente, montando en mi cabalgadura—.
- —Adiós y buen viaje —me respondieron los tres—.
- —¡Vamos! —exclamó Ñor Medina, ya sobre su mula, arreándola, y a la que siguió de inmediato la mía—. Cinco minutos después, los pueblos de Cabana y de Cabanilla, y el puente de tres arcos que los unía, se desvanecieron detrás de nosotros.

El recuerdo de mis huéspedes absorbía demasiado mi espíritu para que éste pudiese interesarse en los sitios por los que pasábamos o en el espectáculo siempre solemne del sol levantándose en la cordillera. Me hallaba sumido en esa ensoñación que, de cierta manera, es la prolongación de una sensación dolorosa, y que no se detiene sino después de haber propagado la conmoción de vibración en vibración hasta las últimas fibras del corazón. Ñor Medina, al mismo tiempo que respetaba mi silencio, parecía vivamente contrariado por él, y se esforzaba en ponerle fin por medio de observaciones que formulaba en voz alta. Tan pronto era la cincha de mi mula que le parecía muy floja, o el pellón de mi silla que colgaba de un lado, o aun el cálculo de la distancia que teníamos que recorrer para llegar a Lampa. Lo dejé hablar sin interrumpirlo. Cuando vio que sus alusiones indirectas no tenían resultado, tomó el partido de ir derecho al grano.

- —¿Se queja el señor de la recepción que se le ha hecho en Cabana? me preguntó con aire obsequioso—.
 - -¿Por qué esa pregunta? -dije.
- —Ah, es que el señor no ha abierto todavía la boca desde que estamos en camino, y su silencio me haría suponer que está descontento. Después de todo, yo le advertí que el padre Cabrera estaba un poco loco, y si lo ha aburrido al señor, no es mi culpa.

Ante estas irreverentes palabras salté en la silla de montar, y, erguido sobre los estribos, a fin de dominar a mi interlocutor con toda mi talla y mi desdén, le dije, tratando de fulminarlo con la mirada:

- —Ñor Medina, justed no es y no será más que... un arriero!
- —Así lo espero, señor —me respondió el hombre quitándose el sombrero en señal de respeto a sí mismo—. Arriero fue mi abuelo, mi padre lo fue también, y yo le he sucedido a mi padre como mi hijo me sucederá algún día. ¡Arriero, caramba, no lo es cualquiera que lo desee en este mundo!

Ante esa profesión de fe entusiasta, era imposible conservar la seriedad. Toda la cólera que hervía en mí se me fue en una carcajada. El hielo se había roto. Y viéndome reír, mi guía también se echó a reír, y otra vez buenos amigos, reanudamos la plática de la víspera en el punto en que la habíamos dejado.

Después de bordear durante dos horas el río de Cabana, que ora corría lentamente, ora precipitaba su curso, según que el terreno era plano o en declive, dejamos que continuase hacia el este, y enrumbamos hacia el norte en dirección de Lampa. El cielo era de una serenidad admirable. Un sol brillante alegraba el paisaje, pero hacia las dos de la tarde el astro y el éter se sustrajeron a nuestros ojos detrás de una cortina de obscuras nubes. Esos pesados vapores, de la especie de los nimbos, parecían esconder en sus flancos el rayo, el granizo y la nieve, y nos preparábamos a recibir su choque lo más filosóficamente posible, cuando la Providencia se apiadó de nosotros. El negro remolino pasó como una tromba

por encima de nuestras cabezas, se contentó con llenar de polvo y de pequenísimas piedrecillas nuestros ojos, nariz y orejas, y se fue a abatirse sobre el Titicaca, para espanto de los palmípedos que viven en el lago sagrado. Unos instantes después, el cielo volvía a ser color de lapislázuli y el sol brilló de nuevo sobre nuestras cabezas.

En el momento en que mi reloj marcaba las cuatro, faldeábamos la pendiente de una colina toda salpicada de fragmentos de obsidiana de un verde negruzco y de un centelleo que nos hacía bajar los ojos. Se alzaban aquí y allá bloques erráticos de figura rectangular y de enormes dimensiones, semejantes a lienzos de muro que hubiesen quedado de pie después del desplome de un edificio. Pasábamos a unos diez pasos de esas moles, cuando descubrí un arbusto de tola²⁷, de rígido y obscuro follaje, que vegetaba al abrigo del viento del norte. En torno a él, escondidos a medias entre una hierba fina y lustrosa, desplegaban su blanca corola algunos eranthis enanos, propios de estas latitudes. Me disponía a desmontar para recoger un ramo de estas flores alpinas que me recordaban las margaritas de corazón de oro con que abril adorna nuestros prados, cuando un pájaro, viniendo no sé de dónde, se lanzó como una flecha contra las florecillas, y sin que sus patas tocasen tierra pasó de una a otra, hundiendo en su cáliz su pico desmesuradamente largo, curvo y afilado. Reconocí en el vuelo zumbante del pájaro, en sus movimientos vivos y entrecortados, en su especial configuración, a un ejemplar de la familia de los colibríes. Confieso sin embargo que un colibrí de semejante talla, cuyas alas medían unos treinta centímetros de envergadura, me pareció algo tan prodigioso, que por un momento desconfié del testimonio de mis ojos abiertos más allá de toda medida. Me fue forzoso, no obstante, rendirme ante la evidencia y de concordar conmigo en que este misterioso pájaro era en efecto un colibrí, pero un colibrí gigante, que sería con respecto a los miembros de su familia lo que un gorrión a un dinornis, si es que el dinornis aún existe.

Durante los segundos que duró la detención que el picaflor en cuestión hizo sobre cada flor, a la que laceraba a picotazos cuando no le ofrecía nada, pude o creí notar que su capa y sus alas eran de un verde negruzco, con reflejos metálicos, y su pecho de un gris pizarra que se tomaba en blanco sucio al llegar al vientre. Acabada su cosecha de miel, el pájaro desapareció con un movimiento de alas que me recordó el vuelo en remolino de las hojas secas que un huracán de otoño se lleva lejos de los bosques.

Como no tenía nada mejor que hacer, tomé mi libreta de notas y escribí con lápiz las líneas siguientes, tan borrosas ahora que para descifrarlas me veo obligado a aplicar a mi ojo una lupa de gran aumento.

²⁷ Baccharus obtusifolia.

"Hoy 7 de julio, fiesta de San Fermín, obispo de Pamplona, que vivió en el siglo IV, he observado entre Cabana y Lampa un colibrí de talla fenomenal. Traído por el viento, ha sido llevado por éste. El naturalista Tschudi ha constatado ya la presencia de estas aves picoteando a trece mil setecientos pies sobre el nivel del mar, pero no ha dicho nada del género de las flores cuyo néctar busca el pájaro a esta elevación. Ahora bien, el colibrí que el azar me ha permitido ver hoy extraía la miel de una *eranthis gracilis*, cuyo nectario o la escama petaloide que hace sus veces no podía contener, como el de las ranunculáceas, sino un jugo acre, de propiedades venenosas. Someter a la apreciación del primer estudioso que encuentre este caso que me parece extraño: colibríes revoloteando en los límites de las nieves eternas y alimentándose de venenos."

Una hora después de la aparición del ave, que mi guía había tomado por una golondrina, vadeamos el río de Lampa, curso de agua sin importancia en tiempo de sequía, pero que se convierte en un torrente furioso en la época en que las nieves se derriten. Ya el sol descendía sensiblemente. La atmósfera, de una magnífica pureza, parecía saturada por un polvo de oro. Los líquenes y las leprarias que tapizaban ciertas rocas tomaban, con los reflejos del poniente, tonos de un castaño dorado, semejantes a la irisación del cuello de las palomas. Las colinas del este se azulaban a la vista y se envolvían a la aproximación de la noche con un velo de gasa, mientras que las del oeste, teñidas de ocre y de betún, se destacaban con un vigor sorprendente contra el fondo púrpura del cielo. En el momento en que el sol desaparecía, una línea opaca y festoneada cerró el horizonte ante nosotros. Llegábamos al término de nuestro recorrido, pues esta línea era la de las casas de Lampa. Arreamos resueltamente nuestros animales, y después de una media hora de marcha atravesábamos el puente de piedra de tres arcos que se ha tendido sobre el río de Lampa.

El puente data de irnos quince años atrás. Fue construido en reemplazo del antiguo, hecho de mimbres, técnica cuya invención se atribuye a los incas. El actual jefe de estado, considerando que un columpio de mimbre recordaba demasiado indiscretamente el pasado bárbaro de la provincia, lo hizo descolgar y quiso que se lo sustituyera con un puente de piedra. Este evidente progreso se realizó en muy poco tiempo, gracias a una contribución extraordinaria de cinco mil piastras (veinticinco mil francos) que los lampeños, celosos de dar lustre a su río y de complacer a su presidente, se impusieron heroicamente.

Una vez franqueado el puente, no vi en torno a mí sino casas bajas, agrupadas sin el menor paralelismo. Una pulpería²⁸, tienda de abarrotes y licores, del aspecto más destartalado, y cuyo interior estaba alumbrado por una vela de sebo pegada a la pared, proyectaba sobre sus tristes fachadas una claridad lívida. Me estremecí de la cabeza a los pies, sin saber por qué. A la obscuridad ya completa

ï

²⁸ [En español en el original. N. del T.]

se sumaba un profundo silencio. La población parecía viuda de habitantes. Sin embargo, a medida que avanzábamos, distinguí a algunos transeúntes que rozaban las paredes como sombras. Aquí y allá, un rayo luminoso brillaba a través de las rendijas de las contraventanas. Era poco, pero al menos algo, y sentí que renacía a la esperanza. En fin desembocamos en una plaza bastante grande, donde entreví casas de una construcción tranquilizadora. La pesada masa de una iglesia con sus campanarios cuadrados dominaba sus techos. Unas tiendas poco iluminadas, pero aún abiertas, me anunciaban el centro comercial de la localidad, que cuenta más o menos con dos mil trescientas almas. En el momento en que pasábamos cerca de una de esas tiendas, cuyo propietario se ocupaba en guardar pilas de platos, ensaladeras y urnas de forma sospechosa, extendidos ante su puerta, detuve mi cabalgadura para rogarle que me indicase la casa de un cierto señor don Fermín de Vara y Pancorbo, negociante en mercaderías de Rouan, para quien yo tenía una carta de recomendación. El hombre me mostró, allá al fondo de la plaza, una casa con balcón de madera, cuyas ventanas, brillantes de claridad, contrastaban vivamente con las tinieblas de las moradas vecinas.

—Encontrará usted a todo el mundo alegre —me dijo—. Le di las gracias a este comerciante de cerámica vidriada sin pensar en pedirle que me explicase sus palabras. Al llegar ante la casa indicada, llegó a mis oídos un ruido de voces y risas. Mi guía y yo desmontamos. Un pongo nos abrió la puerta, y lo mandé a que avisara a su señor de mi llegada. Un momento después la escalera de madera de la casa crujía bajo unos pasos apurados, y un hombre se precipitó más que vino a mi encuentro.

—Yo soy don Fermín —gritó al verme—. —Y usted, señor, ¿quién es y qué desea de mí? Ante la singularidad del recibimiento, no menos que ante el tinte colorado del rostro del negociante, consideré que había estado festejando a la diva botella, pero como su brusquedad me parecía hasta cierto punto benévola, dejé de lado las formalidades y sacando de un bolsillo una carta de unas cuantas líneas que me recomendaba ante el caballero, se la presenté con aire sonriente.

—Sea usted bienvenido —me dijo, después de leerla—, mi casa está a su disposición por todo el tiempo que usted quiera quedarse en ella. Soy soltero. Hoy es la fiesta de San Fermín, y he reunido en esta ocasión a algunos negóciantes amigos míos y a unas damas de un talante encantador. Usted nos ayudará a celebrar la fiesta de mi bienaventurado patrono.

Sin esperar que se lo agradeciera, el negociante tomó mi brazo y me llevó a la escalera. En los altos, abrió una puerta y me hizo pasar a una gran pieza bastante poco amoblada, pero alumbrada *a giorno*, donde vi a unas quince personas de ambos sexos sentadas en torno a una mesa. El mantel manchado, las viandas sometidas a pillaje, las botellas vacías o caídas indicaban ese momento

preciso de un festín peruano en que el hambre de los convidados está ya completamente saciado, pero en que su sed apenas si comienza a despertarse.

Al verme aparecer del brazo del anfitrión, hombres y mujeres lanzaron un hurra colectivo, que los transeúntes, si los había, debieron escuchar al otro extremo de la ciudad, y luego, calmado ya ese acceso de entusiasmo, todos se apretujaron para hacerme lugar. Me senté entre dos bellezas, ya un poco maduras pero admirablemente escotadas, que se apresuraron a servirme con esa gracia obsequiosa que es privilegio de su sexo. Mientras que una llenaba mi plato con alimentos variados, la otra me servía generosamente la copa. A la vez que comía a dos carrillos, pues tenía un hambre canina, yo trataba de responder a las diversas preguntas que esas gentes positivas me dirigían al mismo tiempo. Pues a la vista de mi ropa polvorienta y desaliñada, de mis espuelas chilenas cuyos fierros se hacían oír, estos señores entendieron que acababa de bajar del caballo y deseaban saber de dónde venía, adónde iba, si era negociante al por mayor o un simple empleado de comercio, y qué artículos traía. Cuando contesté que realizaba un viaje a través de América, que no llevaba conmigo más que un álbum y algunos lápices para dibujar las cosas notables que podían brindarme los tres reinos de la naturaleza, estos filisteos se miraron con el rabillo del ojo y fruncieron los labios para no echarse a reír. Vi bien que había errado el efecto, pero me consolé apurando los bocados.

La confesión que acababa de hacer, si bien me había alienado las simpatías de los hombres, había picado la curiosidad de las mujeres, como comprendí al ver las singulares miradas que me dirigían. Esta dulce mitad del género humano gusta de lo misterioso y lo ininteligible; es, a este respecto, un poco como un niño. Le place el galimatías, lo complicado lo encanta, lo obscuro e incomprensible lo hechizan. Bastaba que las bellezas que me rodeaban no se explicasen que un hombre atravesara América sin otro equipaje que un álbum bajo el brazo, para que se interesaran en él de inmediato. Al menos eso fue lo que pensé ante los brindis que unas damas encantadoras hicieron en honor a lo que llamaban "mi viaje en paños menores". Respondí con prontitud elevando mi vaso a la altura del hombro, paseándolo de derecha a izquierda, y, según la costumbre del país, saludando, después de desearle cien años de existencia a la persona que se había dirigido a mí de esa manera.

Este intercambio de amabilidades con bellezas evidentemente más jóvenes había desagradado a mis vecinas. Me lo advirtieron dos codazos un poco bruscos que me dieron simultáneamente. ¡Las mujeres de cierta edad asumen a veces maneras tan extrañas! Sin embargo aguanté bravamente su choque, visto lo cual las damas llenaron precipitadamente sus vasos para brindar conmigo y contrabalancear, si era posible, la naciente influencia de sus compañeras. Y

juzgaron conveniente añadir a esta cortesía algunos bocaditos²⁹, pedacitos de carne que llevaban a mis labios con sus tenedores, pero las más de las veces con sus dedos. Todo ello mezclado de ojeadas y de dardos halagadores que me lanzaban a quemarropa con voz aflautada. Por consideración a su sexo, así como por respeto a su experiencia en las cosas de este mundo, me cuidé bien de no interrumpirlas. Con este juego singular se excitaron tanto que pronto no supe a cuál de ellas escuchar, ya que una escogía precisamente para dirigirse a mí el instante en que me hallaba ocupado respondiendo a la otra.

En el momento en que bebía mi vaso de vino con mi Cloto³⁰ —había dado ese nombre mitológico a la dama de la derecha, al no conocer el verdadero—, la dama de la izquierda, a la que yo llamaba mi Laquesis, me dijo a la oreja:

—Amable extranjero, este último bocadito por amor a mí.

Me di vuelta vivamente, pero tan vivamente que el bocadito en cuestión, que como supe más tarde era un hígado de ave, me dio en el ojo en lugar de entrar a mi boca, y como quien me lo ofrecía lo había espolvoreado previamente con ají molido, creí que un millar de agujas se clavaban todas juntas en mi cristalino. A los aullidos que lancé, todos los convidados se pusieron de pie. Todos se preguntaban por la clave del enigma. Mi vecina, autora del estropicio, informó con simplicidad lo sucedido. Su aire tan tranquilo mientras yo sufría los tormentos del infierno, acabó de exasperarme. En ese momento comprendí las iras de Otelo y de su hermano menor Antony: ¡con qué placer hubiera estrangulado con mis manos a esa débil mujer!

Mientras tanto la acción cáustica y rubificante del ají iba en aumento. Imposibilitado de quedarme en mi sitio, me puse a correr a través de la habitación, tapando con una servilleta mi ojo achicharrado. Un mozo trajo agua fresca, en la cual una dama, ángel de la sociedad, batió una clara de huevo, y mojando en este colirio su pañuelo de batista, lo aplicó sobre la quemadura a manera de compresa. A este contacto me sentí renacer. Algunos lavados con el fresco líquido calmaron la irritación. Al cabo de diez minutos estuve en estado de abrir el ojo y de lanzar a mi femenino verdugo una mirada fulminante.

El talante de los comensales, ensombrecido por el incidente, volvió a ser juguetón y jubiloso. Por orden del dueño de casa, los mozos de servicio se llevaron los restos de la comida, retiraron el mantel y pusieron sobre la mesa uno de esos recipientes asargados, del tamaño de un balde, que Germania, donde se fabrican, envía al Perú. El anfitrión vació allí sucesivamente seis botellas de vino de Burdeos, cuatro de Jerez, dos de ron, y dio sabor y perfume a todo ello con azúcar y moscada, y después dejó caer en esa mezcla incendiaria llamada cardinal,

²⁹ [En español en el original. N. del T.]

[[]Cloto y Laquesis son los nombres de dos de las Parcas en la mitología griega. N. del T.]

una fresa³¹, que se hundió, desapareció y tomó a flotar en la superficie del líquido. Entonces cada comensal, tomando en sus manos ese vaso fenomenal y mojando sus labios en la bebida, trató de coger con la boca la fresa, ya sea atrapándola bruscamente, ya sea atrayéndola al fondo de su gaznate por medio de un pérfido remolino, pero la pequeña fruta, que conocía su oficio, giraba sobre sí misma o desaparecía cada vez que una boca ávida se aproximaba mucho Después de vanos esfuerzos y la absorción voluntaria o forzada de copioso sorbos, el frustrado aficionado a ese juego pasaba el recipiente a su vecino, cual recomenzaba sin mayor éxito la maniobra. Este bonito pasatiempo, llamad pesca de la fresa, y cuyo inventor fue, según se dice, un obispo, Melchor de Nava, que vivía en el Cuzco a comienzos del siglo XVIII, no es para los peruanos de la sierra más que un honesto pretexto para beber. La gente pobre pesca la fresa en un gran recipiente de chicha, la cerveza local; los ricos hacen una mezcla heterogénea y costosa de licores finos y de vinos extranjeros. Los medios, como se ve, pueden diferir, pero el resultado es siempre el mismo. La embriaguez es el puerto al que van a dar fatalmente los pescadores de fresas.

Cuando pasó delante de mí ese tremendo vaso³² tuve que, de grado o fuerza, mojar allí mis labios y fingir que perseguía la móvil fruta, pero me cuidé eso sí de tener los dientes bien apretados para que ninguna gota de líquido, en el que tantas bocas indígenas habían chapoteado, pasase por mi garganta. La diversión local duró hasta que se acabó por completo el licor. Entonces uno de los bebedores se comió la fresa, que se había quedado a seco en el fondo del recipiente.

Bajo el efecto de la traidora bebida, que pronto fermentó en sus cerebros, todos los comensales se levantaron. Las guitarras hicieron oír un rasgueo triunfal, las mujeres dieron vuelta a los arrugados volantes de sus vestidos, los hombres desplegaron sus pañuelos, la zamacueca convocó a los danzantes. Una pareja renombrada por la agilidad de sus movimientos, y designada unánimemente por

[El texto francés dice "vidrecome", palabra que designa un gran vaso o recipiente alemán para beber, y que es aplicada por el autor analógicamente. N. del T.]

Fraga reniformis. Es una de las cinco variedades de fresas que se cultivan en Chile y en el Perú. No es originaria de estos países, como aún lo creen nuestros horticultores, sino que fue importada de España en el siglo XVII, así como algunas plantas que los botánicos califican de Chilensis y de Peruviana, sin ocurrírseles que provienen de Europa: tales son los casos de la scylla, vulgarmente llamada Jacynthe du Pérou, de las paneratium ringens et latifolium, el crinum urceolatum, los amaryllis aurea flammea, primitivamente procedentes de las Azores y de las Filipinas, y naturalizadas en Europa por los portugueses. Plantas de la variedad de fresa reniformis, cogidas en la Mocha o Concepción, en la costa de Chile, por el capitán Frézier, a quien se debe una relación de viaje a estas regiones, fueron traídas por él a Francia en 1712. Como el lector podría asombrarse al ver fresas en medio de las nieves del Collao, añadiremos que, dos veces por semana, unos convoyes de asnos y mulas aprovisionan con frutas de Europa y de los trópicos los mercados de las principales ciudades de la sierra.

la galería, comenzó el baile con uno de esos pasos característicos que los españoles llaman simplemente troche y moche³³ pero ante el cual un agente de policía de París embotado por el minué de Courtilles se habría velado púdicamente la cara de su tricornio. El vaso cuyo tamaño acababa de espantarme, fue sustituido por otro de aguardiente, gaita báquica a la que todos fueron, uno a uno, a extraer algunos sonidos. La orgía tomaba proporciones babilónicas. Aproveché un momento en que nadie me miraba para escurrirme por la puerta. En el rellano encontré a un mozo de servicio al que tomé amigablemente por el cuello y al que llevé a un rincón.

—Escucha —le dije—, como tengo que partir muy temprano, debo dormir un poco. Vas a darme una habitación en la que, para mayor seguridad, tú me encerrarás, llevándote la llave. Si por acaso tu amo pregunta por mí, le dirás que he partido — Y añadí, deslizándole una piastra: —Toma esta propina y sé discreto, pues si se te ocurre revelar mi escondite, el arriero que me acompaña no dejará, con cualquier pretexto, de molerte a golpes antes de dejar la casa.

El mozo tenía la inteligencia sutil, y comprendió a maravilla.

—Venga usted señor —me contestó, embolsillándose la piastra—. Hoy es la fiesta de San Fermín, y el patrón difícilmente pensará en dormir, así que lo voy a instalar a usted en su propio dormitorio. Si pide entrar allí, le diré que la llave se ha perdido.

Un momento después yo me estiraba voluptuosamente entre dos blancas sábanas con las que el mozo reemplazó las del dueño de casa, atención por la que me sentí muy reconocido. El digno servidor se fue luego, retirando la llave de la cerradura, y yo me quedé entregado a mis reflexiones. Al comienzo me pareció raro ocupar el dormitorio y la cama de un hombre al que a la hora que se ponía el sol no conocía todavía, y ello sin que se le ocurriese pensar una cosa así. Pero este escrúpulo, suponiendo que lo fuese, se desvaneció bien pronto. Me puse a filosofar al respecto, y al mismo tiempo que me admiraba ante las secretas vías por las que la Providencia da comida a los pajaritos y cama a los viajeros, dejé caer mi cabeza sobre la almohada en la que don Fermín de Vara y Pancorbo había hecho descansar tantas veces la suya. Al cabo de cinco minutos, y a pesar de los rugidos de la tempestad humana que se había desencadenado a algunos pasos de mí, me hundí en un profundo sueño.

A la mañana siguiente dormía aún cuando mi oficioso carcelero vino a abrir la puerta.

—Sus mulas ya están ensilladas —me dijo—, y el arriero lo espera a usted en la calle.

³³ [En español en el original. N. del T.]

Me puse de pie de un salto, y mientras me vestía pregunté al mozo si la noche había sido tempestuosa.

—Lo verá usted al salir —me respondió—.

Cuando acabé mi arreglo personal, me dispuse a reunirme con mi guía. Y en el momento en que pasaba ante la habitación donde habían tenido lugar el banquete y el baile de la fiesta de San Fermín, el mozo, que me precedía entreabrió la puerta.

- —Vea usted —me dijo—. Asomé la cabeza y un lamentable espectáculo se ofreció a mis ojos. Todos los convidados de la víspera, tan alegres, tan bulliciosos, tan plenos de vida y salud, yacían en el suelo, amontonados unos sobre otros. Las mujeres tenían un tinte verdoso, y los hombres la cara violeta. Algunas bocas abiertas mostraban sus dientes. Sillas rotas, guitarras sin cuerdas, odres vacíos, aquí y allá vestidos y artículos de tocador para uso de ambos sexos: aquí una trenza de cabellos postizos, allí un sombrero aplastado, formaban los accesorios de este cuadro. Un rayo de sol que entraba por la ventana iluminaba, sin reanimarlos, estos cuerpos helados y rígidos por la embriaguez.
- —¡Oh horror, horror, horror!³⁴ —exclamé como Macbeth, cerrando la puerta y bajando de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera—. Ñor Medina me esperaba en la puerta. El mozo, que iba tras de mí, me sostuvo el estribo para ayudarme a montar.
- —Mis felicitaciones a su patrón, cuando se despierte —le dije al buen joven—.
 - -No me olvidaré, señor -me respondió riendo-.

En el momento en que sobrepasábamos las últimas casas de Lampa en la parte norte, me acordé de que los episodios de la víspera me habían hecho olvidar de apuntar en mi cuaderno de notas algunos detalles relativos a la provincia de Lampa, a su comercio, a la industria y al carácter de sus habitantes. Llené de inmediato esa laguna, no tanto por amor a la estadística y para ponerme en regla ante las sociedades de estudiosos, sino para arrebatar a los viajeros presentes y futuros, encabezados por éstos, todo pretexto de deslumbrar al público con un pomposo despliegue de documentos seguros, de datos oficiales y de cifras exactas.

La provincia de Lampa, enclavada entre las de Arequipa, de Chucuito, de Puno, de Azángaro, de Canas y Canchis, ocupa una superficie de más o menos trescientas veinte leguas cuadradas. En toda esa extensión, completamente desprovista de árboles y de arbolillos, pero accidentada por numerosos vallecillos

³⁴ [En español en el original. N. del T.]

y colinas, quebradas y barrancos, y surcada por tres ríos torrentosos³⁵, se cuenta una ciudad capital —la población a la que damos la espalda—, cuarenta y tres pueblos —léase caseríos de la más triste especie—, y ciento ocho pascanas o majadas. La población de la provincia es de más o menos cincuenta y siete mil habitantes, y la cifra de sus carneros se eleva a cuatrocientos mil. Gracias a los vastos desiertos tapizados de musgo y de ichu, entrecortados por lagunas de agua durmiente, de una a tres leguas de contorno, que en general caracterizan a las provincias del Collao, y en particular a la de Lampa, las especies ovina, bovina y de camélidos crecen y se multiplican a maravilla y sin que intervenga para nada el arte del criador. La mantequilla en vejigas, el carnero ahumado (cecina), la carne de vacuno y de llama cortada en lonjas (charqui), la papa helada (chuño), de la cual hay variedades, la tunta, la moraya, el mosco, forman la rama más importante del comercio de Lampa con las provincias vecinas. La esquila anual de ovejas y alpacas, cuya lana es comprada en el lugar por dos o tres especuladores de Arequipa, que la remiten a Europa, esa esquila y tráfico hacen decir a los lampeños que sus relaciones comerciales se extienden a los dos confines del mundo.

La explotación de las minas, de las que la región extraía otrora grandes ngresos, ha disminuido de año en año. Numerosos yacimientos productivos stán hoy abandonados. Entre los que aún se explotan hay que contar los ocho cavones o galerías del cerro de Pomasi, cuyo rendimiento anual, de treinta y unco mil marcos de plata al comienzo de este siglo, no es en la actualidad más que de ocho mil marcos. Sin embargo, esta enorme diferencia en los resultados obtenidos no procede, como podría creerse, del agotamiento de las vetas metalíferas, sino simplemente de un manejo parsimonioso de los medios de explotación. Desde hace tiempo faltan para el trabajo brazos y capitales. Allí donde antaño se recurría a poblaciones enteras y a grandes sumas, ahora se contentan con exponer algunos centenares de piastras y algunos trabajadores. En cuanto a los afloramientos de mineral, tan célebres en los fastos financieros del país y en los que la extracción del oro apiro y de la plata virgen se realizaba con el solo trabajo del cincel, no son materia de conversación sino sólo por recuerdo. Sin embargo, abundan los bolsones³⁶ espléndidos en la parte montañosa del Collao, sólo que los indios que por casualidad los descubren o que los conocen de oídas se cuidan mucho de no revelar su existencia a los descendientes de los españoles. Saben por tradición todo lo que sus abuelos tuvieron que sufrir por la insaciable avidez de los conquistadores y, temerosos de ser nuevamente obligados a trabajar en las minas, callan sus hallazgos.

³⁶ [En español en el original. N. del T.]

El Pucara-Ayaviri, los ríos de Lampa y de Cabanilla, y algunos arroyos sin importancia. Estos tres cursos de agua desembocan en el lago Titicaca.

El comercio de Lampa, como acabamos de ver, es muy limitado. Su industria se circunscribe a la fabricación de vasos groseros y de alfombras velludas, cuyo monopolio tiene el pueblo de Atuncolla desde hace dos siglos. En cuanto a los productos vegetales de la tierra, la botánica, la agricultura o la horticultura no tienen que preocuparse. En este frígido clima apenas si crecen la papa dulce y la amarga —papa franca y papa lisa³⁷—, una avena y una cebada raquíticas, que no dan espigas y que caballos y mulas comen en pie; dos quenopodias, una dulce, llamada quinua real³⁸, la otra amarga, llamada *cañihua*, cuyos granos los indígenas comen en gachas y las hojas en su chupe.

El cuadro estadístico que acabamos de trazar, si bien fidedigno desde todo punto de vista, no tiene nada de muy halagador. Se podría incluso hallarlo miserable. Y bien, a pesar de esa miseria o quizás a causa de ella, Lampa es entre las sesenta y tres provincias con que cuenta el Perú, aquélla donde el indígena parece más satisfecho con su suerte y deja pasar, sin contarlas, las horas que Dios le concede. Sin ambición y sin deseos, exento de cuidados e inquietudes, insolente frente a la enfermedad y riéndose de la muerte, vive día a día, en una calma filosófica. En vano piojos y otros parásitos lo carcomen y la opresión lo abruma; en vano sus señores naturales, presidentes, obispos, curas, subprefectos, gobernadores y alcaldes, lo exprimen como a un limón; en vano el militar lo despoja y el burgués lo apalea; siempre se consuela bebiendo chicha y aguardiente, pescando la fresa y bailando el zapateo³⁹. Algunos viajeros pesimistas o mal informados han tomado como embrutecimiento esta quietud de espíritu que caracteriza a los lampeños. Confieso que siempre me ha parecido la última palabra de la sabiduría humana y por tanto el colmo de la felicidad. Si a algún Jérôme Paturot, ávido de dicha, se le ocurre buscarla alrededor del globo, es en la provincia de Lampa donde la encontrará infaliblemente.

Por corrupción, quinoa.

[[]En español en el original. N. del T.]

³⁹ [En español en el original. N. del T.]

TERCERA ETAPA

De Lampa a Acopia

La llanura de Llalli. — Que trata del modo de enternecer el corazón de las indias y conseguir almorzar. — Conmovedora historia de una suegra y una nuera. — Manibus date lilia plenis. — El correo real — Que en el Perú si bien los días se suceden pero no se parecen, los pueblos que se suceden se parecen — Apachecta. — Pucara, su etimología y su feria. — Un enfermo y un médico. — Donde las buenas mujeres encontrarán una nueva receta del bálsamo de Fierabrás — Ensayo ditirámbico sobre los arroyos. — Adioses báquicos. — El cura Miranda. — Una égloga acompañada de hondazos. — Santa Rosa. — Una fiesta en medio de las nieves. — El jefe de posta de Aguas Calientes. — Que recuerda de lejos las bodas de Camacho el Rico. — El autor devela en una epístola familiar la negrura y perfidia de su alma. — Dos crucifijos milagrosos. — Informaciones útiles sobre la cerveza de Combapata y sobre la manera en que fermenta. — Disertación sobre el pasado de los indios de Canas y de Canchis. — Donde se trata de César pasando el Rubicón. — Llegada a Acopia.

Si el pueblo grande y disperso de Lampa es de un lúgubre aspecto cuando se ingresa al caer la noche por la pampa de Cabana, no ofrece una vista muy alegre que digamos cuando se sale al amanecer por la puna de Llalli. Tal fue el juicio que pronuncié al ver desaparecer las últimas casas de esta capital y disminuir de tamaño los dos cerros a los que están adosadas.

La puna de Llalli, que nos disponíamos a atravesar de sur a norte, es una vasta extensión suavemente ondulada, tapizada de musgo y de menuda hierba y entrecortada por algunos aguazales en torno a los cuales crecen juncos tenues, rígidos y negruzcos. Reinaba un silencio de muerte en esta planicie, que limita por el oeste con los primeros dentículos nevados de la Cuesta de la Rinconada⁴⁰ y por el este con el torrentoso río Pucara. Agregaré que, caminando por el medio del despoblado, no podíamos descubrir ni el curso de agua ni la montaña, y que

Es el nodus formado por la reunión de las sierras de Cailloma, de Huilcanota y la cadena de los Andes occidentales. Esta especie de empalme es llamada porco por los naturales.

nuestras miradas, hasta donde podían llegar, no abarcaban más que un horizonte verdusco y poco recreativo. En dos o tres oportunidades Ñor Medina, inquieto por mi aire fastidiado, me había dirigido la palabra, pero como en ayunas toda conversación me es antipática, dejé sus preguntas sin respuesta, y el hombre, disgustado por mi obstinación en guardar silencio, se puso a silbar una tonada de la región.

De Lampa a Llalli, primera etapa del camino que habíamos elegido, hay tres leguas cortas. Llegamos entre las once y mediodía. Llalli es una reunión de casuchas construidas con piedras yuxtapuestas y cimentadas con barro. De las ocho viviendas de este tipo con que cuenta la localidad, una sola estaba abierta; nos detuvimos ante su puerta, por la que Ñor Medina quiso ingresar él solo, con el pretexto de que la aparición de un hueracocha⁴¹ como yo podía asustar a los moradores y frustrar infaliblemente la posibilidad que teníamos de encontrar qué almorzar. Lo dejé hacer. Su entrada fue acogida con un murmullo de voces. En el momento en que yo escuchaba ese ruido, que me parecía de mal agüero, sonaron dos gritos. Reconocí en su tono agudo la voz de unas mujeres. Olvidando la recomendación que se me había hecho, desmonté y penetré en la casita. En efecto, allí había dos mujeres. Una ya vieja, la otra joven todavía. La vieja, aterrada y temblorosa, cerró aprisa un saco lleno de cualesquiera objetos, mientras que la joven, con los brazos extendidos y las pupilas dilatadas, parecía decir a Ñor Medina: "No irás más lejos".

- -¿Qué es lo que pasa? —le pregunté a éste—.
- —Se trata me respondió en quechua, a fin de ser comprendido por ellas—, de obligar a estas dos endiabladas hembras a que nos den algo de comer, y para eso no veo nada mejor que acariciarles un poco la espalda con mi laso.
- —¡Miserable, atrévete a tocar a estas dos mujeres! —exclamé dando un paso hacia el arriero y mostrándole mis puños cerrados y amenazantes—.
- —¿No ve usted que estoy bromeando? —me replicó en español, lengua que las dos indias no comprendían—. En materia de mujeres, sé bien que un hombre derecho no debe pegar más que a la suya, y lo que dije fue simplemente para asustar a estas dos comadres y volverlas atentas. Y vea usted, las dos tigresas ya no están enseñando sus garras.

Miré, y, en efecto, la vieja se había acodado sobre su saco en una postura de cariátide, y los brazos de la joven caían a lo largo de su cuerpo, mientras que la expresión de su miraba se suavizaba sensiblemente.

Es el nombre, dicen los cronistas, que antaño daban los indios del Perú a los conquistadores españoles, a los que creían salidos del mar, así como a sus buques. *Huera*, en idioma quechua, significa espuma, y *cocha* o *atun-cocha*, el gran lago. Esta expresión, desviada de su sentido primitivo, es hoy un título de nobleza que se da al primer llegado y equivalente al de caballero en español.

"Oh ley soberana de las estriberas" murmuré para mí, dura lex, sed lex, he allí que dos mujeres que parecían a punto de saltarnos a los ojos, como gatas en furia, nos miran ahora con aire afable y casi sonriente. ¿Será que siempre la razón del más fuerte es la mejor, como ha dicho Jean de la Fontaine?

Viendo el feliz resultado de su comedia, Nor Medina había avanzado hacia la vieja y, desatando el saco que ella había cerrado, retiró sucesivamente un brazuelo de carnero ahumado, cebollas, ajíes secos y algunos puñados de chuño o papas heladas42, que la buena mujer había tratado de sustraer a nuestra vista. Ahora que se había descubierto el secreto, toda simulación era inútil, y la amenaza del lazo hacía la resistencia casi imposible. Así, pues, las dos mujeres no intentaron fingir ni resistir. Se sintieron dominadas por la situación y se desenvolvieron con cierta gracia. Una se arrodilló delante del fogón y reavivó las brasas, mientras que la otra llenaba de agua una olla de barro y ponía allí, entremezclados, los diversos ingredientes que forman parte del chupe peruano. Al sentimiento de repulsión que habían experimentado a nuestra vista las dos serranas⁴³, le sucedió pronto una conmovedora confianza. Mientras el chupe se cocinaba, nos contaron ingenuamente sus pequeños asuntos. La vieja era viuda desde hacía largo tiempo y además hilandera. Hilaba de la mañana a la noche lana obscura de oveja, que a veces vendía a los incautos como si fuese lana de llama. Cada ovillo de este caytu-llama le producía cuatro reales. Con este dinero compraba en Lampa ya sea maíz para hacer acca —la chicha de los modernos—, ya sea aguardiente de caña de treinta y seis grados de prueba. Un puñado de hojas de coca y unos vasos de alcohol devolvieron momentáneamente a la pobre mujer su pasada juventud y sus ilusiones perdidas. Era, nos dijo en su lenguaje figurado, como las pálidas flores que echaba al atardecer de su triste vida. Al escucharla, me vino a la mente la date tilia de Virgilio y me sentí emocionado.

A su vez la joven tomó la palabra para hacernos saber que era la nuera de la vieja y que, tal como ella, pasaba su tiempo hilando y que compartía sus gustos. El producto de su trabajo, que las dos mujeres consagraban por entero a la compra de *Erythroxylum* coca y de bebidas fuertes, en lugar de entregarlo una a su hijo, la otra a su esposo, el cual se lo reclamaba para embriagarse también, era motivo de pleitos con éste. Como hijo sumiso y respetuoso, el hombre no se atrevía a andar a puñadas con su madre, pero no sentía ningún escrúpulo en hacerlo con su mujer. Aparte de estas rojas nubes, que a veces velaban el cielo del himeneo, la india nos aseguró que no tenía sino motivos de alabanza para con su esposo y señor.

Estos detalles locales, que consigné en mi cuaderno de notas, añadiendo algunas reflexiones filosóficas inspiradas por las circunstancias, y que completé

[En español en el original. N. del T.]

Papas ligeramente aplastadas y expuestas durante algunas noches al hielo. Las hierven con queso. Es la comida favorita de los habitantes de la sierra.

con el retrato a lápiz de ambas mujeres, me ayudaron a pasar sin aburrirme los tres cuartos de hora que necesitó el cocimiento del chupe. Al cabo de ellos nos lo sirvieron en un plato de cerámica, y lo comimos con los dedos. Cuando hubimos acabado, pagué a nuestras anfitrionas y volvimos a ponernos en marcha, llevándonos con nosotros sus agradecimientos y sus bendiciones.

No habíamos dado cien pasos cuando llegaron a nosotros los sonidos modulados de la flauta de Pan, en alas de la brisa. Tomé la cabeza para ver de dónde venía ese rumor armonioso, y vi a un chasqui que se dirigía hacia nosotros a paso gimnástico. El hombre jalaba por el cabestro un caballo flaco, cargado con una maleta de cuero llena de despachos postales.

- —Es el correo real⁴⁴, que va de Puno al Cuzco —me dijo mi guía—.
- —Diga correo nacional —repliqué—, pues la palabra real está borrada, por sediciosa, del diccionario de una república.

El arriero me miró con aire sorprendido y probablemente me iba a pedir una explicación de mis palabras, cuando el chasqui llegó hasta nosotros y, saludándonos con su montera y una modulación de siringa, nos preguntó, con un tono amable para un correo, de dónde veníamos y si íbamos al Cuzco. Mi guía satisfizo su pedido. Luego los dos hombres se pusieron a charlar amigablemente de la nieve y del frío, de los despeñaderos de la sierra y de la falta de víveres, cosas que yo conocía desde hacía mucho tiempo; luego, una vez agotado este tema de conversación, y no teniendo más que decirse, se despidieron encomendándose a Dios y ofreciéndose cortésmente un puñadito de hojas de coca, como dos aficionados al polvo de Nicot se presentan la tabaquera. El correo no se tomó más que el tiempo de cambiar su bola masticatoria vegetal vieja por otra nueva y más jugosa, y saludándonos con una gama ascendente y descendente de su flauta, se puso a trotar nuevamente con la cabellera al viento.

Dos horas después de este encuentro pasamos entre Cupi y Ocuviri, dos grupos de cabañas adornados con el nombre de pueblos, y tan exactamente semejantes, que de noche uno se equivocaría, y creyendo entrar en uno habría puesto pie en el otro. A la luz del día, su situación respectiva en relación con el camino ayudaba al viajero, en ruta hacia el norte, a reconocerlos, Ocuviri se hallaba a su derecha y Cupi a su izquierda. Mi compañero, a quien hice notar la singular identidad de esos dos caseríos-toperas, cuyas puertas estaban todas cerradas, admitió que efectivamente tenían un aire de familia, pero añadió luego que esa semejanza, que parecía hacerme gracia, era lo que precisamente daba a las ciudades y pueblos del Perú un sello especial, que no ofrecía ninguno de esos lugares en las repúblicas vecinas. El hombre, sin darse cuenta, confesaba así sus gustos noblemente clásicos y su amor por la unidad, sin la cual, según se dice, no hay belleza perfecta. Me cuidé mucho de no contradecirlo.

[[]En español en el original. N. del T.]

En la misma jornada tomamos nota sucesivamente de los caseríos de Macari y de Umachiri, silenciosos y cerrados como los que habíamos dejado tras de nosotros, y como ellos de una singular fealdad. A una legua de Umachiri pasamos delante de una *apachecta*, contra la cual un indio y su compañera, que conducían un hato de llamas, acababan de lanzar, a manera de ofrenda, la bola de coca que tenían en la boca. Esta manera de agradecer a Pachacamac, señor omnipotente e invisible, por haber llegado sin accidente al término de un viaje, nos ha parecido siempre tan original como repugnante, pero como después de todo cada país tiene sus costumbres, y todas las costumbres merecen respeto, nos cuidaremos de no criticar ésta, y, pasando del efecto a la causa, de la bola de coca al monumento, explicaremos cómo se forma éste.

La palabra apachecta, que no se puede descomponer pero sí traducir, significa en el idioma quechua lugar de alto o de descanso. Los cementerios, a los que los españoles llaman ora panteón, ora camposanto45, se llaman entre los indios apachecta. En cuanto al objeto, se compone, al principio, de un puñado de guijarros que un chasqui, arriero o conductor de llamas, que pasa y se detiene por un momento para tomar aliento, deposita al borde del camino, mas no para perpetuar el recuerdo del alto que acaba de hacer, sino como un tributo de agradecimiento que ofrece ostensiblemente a Pachacamac, señor y creador de este universo. Pasan unos días, unos meses; un segundo indio pasa por casualidad por el mismo paraje, ve los guijarros amontonados allí por quien lo ha antecedido, y se apresura a agregar otros. Con el tiempo, el puñado de guijarros se convierte en una pirámide de ocho a diez pies de altura, que los caminantes, a medida que se elevaba, han cimentado con un poco de tierra mojada en un día de lluvia. Cuando la obra está terminada, una mano desconocida pone en la cima el signo de saludo. Otra añade un ramo de flores, las cuales se marchitan, se secan, y son renovadas por otras manos piadosas. El mayor o menor grado de frescor de la ofrenda indica que el camino donde se alza la apachecta es más o menos frecuentado por las caravanas.

Son muchas las veces en que nos hemos detenido ante estos monumentos, no para dirigirle una plegaria a Pachacamac, divinidad que nos es desconocida, sino para examinar como aficionados las flores depositadas en su cima. Se trataba de lirios blancos, heliconias, eritrinias de un minio color púrpura y amarilis rojas con estrías verdes, que crecen a la sombra de los matorrales en los valles orientales. Desde el sitio donde habían sido recogidas hasta la apacheta donde nos encontrábamos la distancia aproximada era de treinta a cuarenta leguas.

Estos monumentos, que un estudioso europeo tomaría de buen grado por tumuli, y un empleado del catastro como hitos miliarios, se recomiendan

⁴⁵ [En español en el original. N. del T.]

menos a la atención por su carácter arquitectónico que por el sello indefinible que deben a las salpicaduras verduscas con que están literalmente cubiertos de la punta a la base. Salpicaduras que no tienen otras causas que el paso sucesivo de los indios, y el acto religioso que cada uno de ellos cree cumplir sacando de su boca la coca que estaba masticando y lanzándola contra la pirámide.

Al ruido del paso de nuestras cabalgaduras, el indio y su mujer, que habían vuelto la cabeza, se detuvieron en seco para vernos pasar. Al mismo tiempo que nos consideraban con un aire perplejo, no dejaron de saludarnos con un alli llamanta y quitándose el sombrero. Las llamas también hicieron alto, a ejemplo de sus amos, pero, menos corteses que éstos, se limitaron a miramos con ojos dulces e impasibles, sin honrarnos con un saludo cualquiera. A la caída de la noche llegamos a Pucara, después de recorrer por la puna nueve leguas españolas, equivalentes a doce de Francia.

Pucara era en tiempos antiguos un punto aislado de los indios ayaviris. A fines del siglo XII Lloque Yupanqui, tercer emperador del Perú, después de sangrientas refriegas con los naturales del lugar, que no querían reconocerlo como soberano ni dejar el culto a las montañas y las cavernas que habían heredado de sus padres, para abrazar el culto al sol, Lloque Yupanqui, dicen los cronistas, después de someterlos, hizo construir en el límite sur de su territorio una fortaleza de tapia (pucara), ahora destruida, como aquéllas de las que hay aún muestras bien conservadas en algunos sitios del Perú. En esta fortaleza colocó una guarnición destinada a vigilar a los ayaviris y a prevenir sus futuras rebeliones. Cuatro siglos más tarde, en las guerras civiles de los conquistadores en el Perú, Pucara fue testigo de la derrota del capitán Hernández Girón.

El Pucara actual es un pueblo taciturno con un centenar de casuchas, construidas mitad de tapia y mitad de adobes⁴⁶, y cubiertas con esa paja de la cordillera que los indios llaman *ichu* y los botánicos *jarava*. No tiene otros títulos para atraer la atención que su iglesia, comparativamente grande y caracterizada por dos campanarios cuadrados con frontón triangular de madera y tapia; el río, que a falta de puente se atraviesa en época de crecidas en botes de junco; y la feria, que tiene lugar cada año en diciembre. Ésta es, junto con la de Vilque, una de las más importantes del Perú. En ella se venden muchas mulas, casi salvajes, traídas de todas las provincias del Alto y Bajo Perú, y que el chalán doma *in situ* antes de entregarlas al comprador. Al abrigo de aleros, paravientos y cajones transformados en puestos de venta, y decorados con colgaduras de telas de algodón y recortes de papel pintado, brillan, proyectan sus reflejos, relucen, ondulan y se despliegan la bisutería, verdadera o falsa, la porcelana y la loza, el gres y el cristal, los paños y las sedas, los tejidos de lana y de algodón, y todos los artefactos variados que la cuchillería, la quincallería, la juguetería y otras ramas de

[[]El original dice, en español, tapias. N. del T.]

la industria europea inventan y hacen cotidianamente para acelerar la marcha de la locomotora humana por los rieles de los senderos de este mundo.

En medio de ese vasto bazar, Babel comercial e industrial a cuya edificación han contribuido todas las naciones del globo con sus cuotas y proporcionado sus piedras —adoquines de desecho, es verdad—, los juegos de monte⁴⁷, los bolos y boliches, los monigotes, prestidigitadores, saltimbanquis de una apariencia grotesca y que hacen chistes forzados⁴⁸, atraen al público ilustrado de las ciudades y hacen mirar con la boca abierta a los indios de la sierra. Vendedores de pasteles, de frutas, de sorbetes, de frituras, de ambos sexos, se estacionan en los sitios más frecuentados o circulan a través de los grupos, gritando, gesticulando, elogiando de mil maneras su mercancía y a veces secando con el faldón de su camisa el plato o la bandeja donde muestran lo que venden. Cada casucha del pueblo, merendero y bodegón durante el día, se transforma por la noche en sala de baile. Transformación que se opera con la simplicidad y rapidez de cambio de decorado que se efectúan a la vista del público en un teatro bien equipado. Se retiran las mesas, se adhieren dos velas de sebo a los muros, se sustituye la marmita con una guitarra, y las danzas se suceden hasta el amanecer.

Durante los quince días que dura la feria, los ecos de la puna, acostumbrados como están a no repetir sino el balido de los rebaños o los suspiros del viento, retumban con el redoblar de los tambores, la fanfarria de las cornetas de latón, los mugidos cavernosos de los pututus o cuernos de Amón, los acordes melódicos de la quena y del pincullo, dos tipos de flautas, y del charango, guitarra nacional de tres cuerdas, que los indígenas fabrican ellos mismos con la mitad de una calabaza a la que adaptan un mango y las tripas de un gato. Las vociferaciones de la multitud, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y de las mulas, la crepitación de las frituras y el chisporroteo de los fogones que arden al aire libre, forman el bajo de ese salvaje concierto. Lo que ambos sexos consumen de carne de buey, de carnero, de llama, de aves y de cuyes durante la quincena bastaría para el aprovisionamiento anual de un ducado de Alemania. En cuanto al aguardiente que toman, es difícil precisar su cantidad en cifras exactas, pero, efectuando un cálculo aproximado se puede estimar que daría para una triple ración diaria a la tripulación de una flota durante todo el tiempo de un viaje de circunnavegación.

Al llegar no se ofreció a nuestros ojos ningún cuadro de este tipo. Estábamos a 8 de julio, y la época de las saturnales de la feria estaba aún muy lejos. Algunos huecos que habían servido para plantar postes o pértigas, huesos de buey o de carnero limpiados por los gallinazos, aquí y allá huellas negras dejadas por los fogones, eran lo único que marcaba el campo de la feria y el teatro de la fiesta. La muchedumbre y el ruido se habían desvanecido como un sueño, y el

[[]En español en el original N. del T.]

[[]En francés finesse cousue de fil blanc significa chiste forzado. N. del T.]

silencio había vuelto a tomar posesión del lugar. Sic transit gloria mundi, me dije al desmontar delante de la posta donde pasaríamos la noche.

A cambio de dinero se nos dio sin demasiada dificultad un pedazo de carne de vacuno seco (charqui) y algunas papas heladas. El agua del río Pucara sirvió para saciar nuestra sed. Después de cenar, uno de los indios de la posta, al verme garabatear unas líneas en mi libreta de notas, se imaginó que yo no podía ser sino un estudioso y un brujo⁴⁹. Entre estos pueblos ingenuos, la ciencia y la brujería son sinónimas. Me preguntó si no tenía entre todas mis cosas un remedio que pudiese curar o aliviar al dueño de la posta, que estaba acostado en la pieza vecina. Me informé pronto de la naturaleza del mal que sufría. El indio, no sabiendo con qué nombre designar la cosa, hinchó sus carrillos a la manera de Eolo, y mostrándolos en un gesto cómico, me dijo: "Así". Comprendí de inmediato que se trataba de una fluxión, de un tumor, de un absceso cualquiera, y rogué al inteligente mimo que me llevara adonde se hallaba su enfermo, al que encontramos echado sobre un camastro y abrigado con una manta de lana. Una de sus mejillas estaba hinchada de tal manera que el ojo desaparecía por completo. Esa tensión violenta de la piel, al desplazar la nariz y contraer la boca, había afeado tanto al pobre hombre, que creí ver en él a uno de esos mascarones de caucho cuyas muecas se pueden cambiar a gusto con sólo apretarlo con los dedos. Sólo que en este caso la mueca era estacionaria.

- -¿Qué remedio ordenas? -me preguntó el indio-.
- —Por el momento —contesté— no veo nada mejor que evitar que le dé el aire a tu enfermo y aplicarle a la cara un cataplasma de hojas de malva o de miga de pan cocida en leche.

El indio me miró con aire burlón.

- —Con pan y leche —me replicó— nosotros hacemos papilla para las guaguas⁵⁰ y no un remedio para hombres. ¿No tienes nada mejor que recomendar?
 - —Absolutamente nada —dije—.
 - -En ese caso, tengo un remedio que vale más que el tuyo.
- —Aplícaselo, pues —le respondí, volviéndole la espalda al individuo y dejándolo junto al enfermo, cuyo estado no tenía nada de alarmante—.

Un momento después, cuando me preparaba un lecho con los pellones de mi cabalgadura, vi regresar al indio trayendo un plato de cerámica que colocó sobre el fuego y en el cual puso a derretir un pedazo de sebo o de grasa, hojas de coca molidas y una pizca de cenizas del fogón; movió todo con un palito, y

Niño de pecho.

⁴⁹ [En español en el original N. del T.]

cuando su mixtura le pareció suficientemente cocida, la echó en una escudilla de madera que llenó de chicha.

- —¿Qué andas revolviendo allí? —le pregunté—.
- -Es mi remedio -me respondió gravemente-.
- -¡Diablos! ¿Y cómo aplicas tu remedio?
- -La mitad se la daré de tomar al enfermo, y le lavaré la cara con la otra
- —Anda, amigo —le dije al hombre—, y ojalá que tu remedio actúe más pronto posible. Luego de lo cual me acosté y me dormí murmurando palabras de Cristo: "Perdónalos, señor, porque no saben lo que hacen".

Al día siguiente pregunté al indio sobre el estado del jefe de la posta, dijo que iba mejor, pero como, en mi opinión, esa mejoría no podía consecuencia de la aplicación del remedio que le había visto preparar la vísp pensé que Dios había acogido la plegaria que le había rezado antes de dormir, me alejé de la posta de Pucara glorificando el nombre del eterno y cantando sus alabanzas.

Durante una hora bordeamos el río. Nada tan fresco y lindo como estos torrentes andinos en tiempos de sequía. Ora su espejo se extiende sobre una arena blanca o dorada, ora choca con dulce murmullo contra pulidas piedras, y parece quejarse, entonces, a la manera de las tórtolas, por el obstáculo malhadado que obstaculiza su camino. Cada nube que pasa se refleja en él por un instante y le proyecta un poco de sombra; el sol quiebra en su superficie sus flechas de oro, la luna esparce sus rayos de plata, y los gallinazos y cóndores acuden allí para hacer su toilette. A esos arroyos no les falta en verdad, para ser perfectos en su género, más que un revestimiento de hierba fina y suave y algunos ramos de sauce para esconder una Galatea. Desgraciadamente nada es perfecto en este mundo, y tanto los seres como las cosas tienen un lado defectuoso o incompleto, por donde la muerte y la destrucción los alcanzan. El talón del divino Aquiles y la lanza del apuesto Paris son quizá mitos cosmogónicos.

Estos arroyos encantadores, que se podría creer inofensivos a tenor de nuestras frases, están sujetos a accesos de malhumor que dan razón al proverbio que dice "no hay peor agua que la que duerme". Se les ve pasar súbitamente de la calma más profunda a la agitación más caprichosa, salir rugientes y furiosos del lecho que les ha excavado la naturaleza y extenderse a través de la planicie, acarreando en sus olas piedras enormes, arrastrando de cualquier modo los rebaños, los pastores, los puentes de piedra y las casuchas de tapia que encuentran a su paso. Estas crecidas temibles son ocasionadas por el derretimiento repentino de las nieves esporádicas de la sierra. Su duración varía de dieciocho a veinticuatro

horas. Tienen lugar entre la mitad de la noche y el comienzo del día, más bien que a la hora en que el sol se ha elevado ya en el horizonte⁵¹.

A dos leguas de Pucara asistimos, pero a demasiada distancia para apreciar los detalles, a uno de esos cacharparis o fiestas de adiós, tan frecuentes en la sierra, entre indios del mismo pueblo que se separan por algún tiempo. Estos adioses conmoverían el corazón si no se supiese que en la composición química de las lágrimas que los acompañan hay más chicha y aguardiente que mucus, sal, soda y fosfato de calcio. Para los que parten como para los que se quedan, estos supuestos adioses no son más un pretexto para la orgía. Según la letra de un programa trazado desde hace siglos y continuado de generación en generación, los viajeros dejan su pueblo en compañía de parientes y amigos de ambos sexos, con provisiones sólidas y líquidas. Se hace alto en un paraje oficialmente designado para ello, se toma asiento en círculo, se come y se bebe, y a la verdad se bebe mucho más que se come, y después, al término del refrigerio, se baila un zapateo⁵² al son de la flauta y la guitarra. Cuando se acerca el momento de la separación o aquel en que el líquido se acaba, se entona una trenodia en la cual todos deploran a no más poder los rigores del hado. Los hombres lloran y enseñan los puños al cielo, las mujeres lanzan gritos agudos y se jalan los cabellos. Suena en fin la hora de la partida. Los dos sexos se abrazan estrechamente, beben el trago del estribo, si es que queda con qué hacerlo, y los unos se arrancan en un esfuerzo supremo a los brazos de los otros. Entonces los que se marchan pueden, tornándose, ver por largo rato en la cima de una colina o de un peñasco, si los hay en el paisaje, a los parientes y amigos que han dejado atrás, librándose a las demostraciones de un dolor violento, y saludarlos agitando un retazo de bayeta, a falta de pañuelo. Se han visto cacharparis divididos en etapas, es decir que acaban en un punto y recomienzan en otro, duran tres días y tres noches, y que obligan a los viajeros a postergar su partida a ocho días después, tanto la emoción y el exceso de aguardiente han agotado sus fuerzas.

A pesar de que nos separaba una distancia de irnos cien metros de los actores de ese drama íntimo, y que los viajeros que se alejaban de ellos estaban a punto de desaparecer a nuestra izquierda, mi guía, acostumbrado a leer en la

Muchas veces hemos sido testigos de inundaciones de este tipo, además del gran deshielo anual en la cordillera (diciembre-enero). El río al que dejamos al anochecer en una calma profunda había crecido repentinamente durante la noche, y a la mañana siguiente cubría el campo. Ahora bien, como estas crecidas anómalas eran precedidas o seguidas por temblores, que por lo general se producen en las primeras horas de la noche y al término de la misma más bien que a mediodía, hemos concluido, con razón o sin ella, que este deshielo particular de las nieves de la sierra es ocasionado por el calor que los fenómenos volcánicos determinan de pronto en las capas minerales que forman lo que se podría llamar el basamento de la cadena de los Andes.

cordillera así como el salvaje en la floresta, no dudó en decir cuando le pregunté quiénes eran esas gentes:

—Son indios de Pujuja o de Caminaca, a los que el subprefecto de Lampa envía a trabajar en alguna mina de La Raya.

Ayaviri, adonde llegamos alrededor de las cuatro, es un pueblo de la misma familia de los que habíamos dejado detrás de nosotros. Su situación en la margen izquierda del río-torrente de Pucara, un puente de madera, una iglesia bastante grande construida de piedra y de tapia, pero sin el menor estilo, y una escuela donde veinte alumnos escogidos en las poblaciones de Pucara, Ayaviri y Santa Rosa aprenden mal que bien a deletrear los salmos de David, traducidos al castellano, y a recitar de memoria el Pater noster y el Ave Maria, son las únicas particularidades que atraen la atención de los que se dedican a las estadísticas en el caso de esta localidad de más o menos ochenta casuchas. Añadiré, como narrador fidedigno, que el pedagogo encargado de instruir y de dirigir a la juventud de la zona, se libra a un pequeño comercio clandestino de lana, de mantequilla y de queso, que lo obliga a ausentarse con frecuencia. Durante sus ausencias, tiempo de descanso para los alumnos, las puertas de la escuela se quedan cerradas, como otrora y en tiempos de paz las del templo de Jano. Algunas familias de medio pelo, única aristocracia de la región, se indignan un poco ante la manera de actuar de este maestro de escuela, pero los niños se acomodan a la situación de buen grado, liberados como están momentáneamente de las recitaciones cotidianas y de los coscorrones⁵³ que a menudo las acompañan. Ignoro los beneficios que el maestro saca de su pequeño comercio. pero su sinecura escolástica le significa mil quinientos francos por año.

Estos detalles me los dio el cura de la localidad entre un saludo y un cigarrillo que intercambiamos civilizadamente frente a la iglesia, donde me había detenido fingiendo admirar esculturas que no existían. Yo esperaba, por medio de esta inocente superchería, hacerme agradable al pastor y lograr una buena disposición de su parte. Por un momento me felicité de haberlo conseguido. No solamente me habló de sus asuntos personales, sino que me contó también los de sus feligreses, e insistió particularmente en los del maestro de escuela, al que calificó de pobretón⁵⁴ o pobre de espíritu. Sin incomodarme por los motivos que podía tener el cura para guardarle tirria al maestro de escuela, me mostré

Coscorrón, tipo de golpe de puño que los maestros de escuela peruanos administran a sus alumnos, en lugar de la palmeta que aplican los nuestros. Si decimos tipo, es porque en el coscorrón el puño del individuo, en lugar de estar cerrado como en el vulgar puñetazo, deja pasar el dedo medio replegado sobre sí mismo de modo que presente una cierta saliente. Además, el coscorrón se da sobre la cabeza del alumno, y jamás en otra parte, y no perpendicular u horizontalmente, sino oblicuamente, de manera que produzca en la caja craneana de la víctima una contusión seguida de equimosis. Como estos detalles se relacionan con la infancia, los padres de familia excusarán su extensión. [En español en el original. La traducción de "pobre de espíritu" es de Marcoy. N. del T.]

encantado por la gran confianza que me manifestaba a primera vista, y para manifestarle a mi vez una total confianza le confesé que me caía de inanición, pues no había que la mitad de un queso blando, comprado en el cubil de un pastor que habíamos encontrado en el camino. Yo esperaba una respuesta favorable de parte del santo varón, una invitación a una colación, a cenar, a un refrigerio cualquiera, pero mi esperanza se vio decepcionada. Después de una conversación de una media hora se contentó con saludarme cortésmente, y retomó a pasos lentos el camino de su presbiterio. Este caritativo sacerdote, cuyo nombre pregunté a los indios de la posta, se llamaba Calixto Miranda. ¡Ojalá su nombre, intercalado en itálica en mi humilde prosa, pase a la posteridad!

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, nos encontrábamos lejos de Ayaviri, cuando me acordé de que este pueblo, o poblazón55, o como quiera llamársele, había desempeñado un cierto papel en los anales del Perú por las sucesivas rebeliones de sus naturales contra los emperadores Lloque Yupanqui v Mayta Capac, que vivieron en el siglo XII. En 1780, Túpac Amaru, cacique descendiente de esos emperadores, apeló al patriotismo de los habitantes de Ayaviri para que lo ayudasen a sacudirse del yugo de los virreyes, tentativa de libertad que expió con un atroz suplicio. Descuartizado en el Cuzco, su tronco fue quemado en las alturas de esta ciudad, y sus miembros fueron enviados a los pueblos a los que había sublevado. Santa Rosa, vecina de Ayaviri, recibió por su parte una de las piernas del infeliz cacique. Cuatro años después de la batalla de Avacucho y el fin del partido realista, el general Bolívar, a ruegos de su amigo A. de Humboldt, mandó ejecutar por Lloyd y Falmarc un nivelamiento geodésico en una línea de treinta miriámetros, habiendo sido Ayaviri una de las novecientos sesenta estaciones divisorias de esas líneas. Tan ilustres antecedentes le valían bien a Ayaviri algunas palabras a lápiz en mi libreta de notas, pero, mitad por pereza y mitad por rencor al cura Miranda, dejé el supradicho cuaderno en el fondo de mis alforjas, estimando inútil consagrar una noticia, por corta que fuese, al pueblo cuyo regente espiritual practicaba tan mal la hospitalidad.

Al salir de Ayaviri el terreno adquiere movimiento, como dicen los pintores: las colinas se aproximan unas a otras, se sueldan por su base en algunos puntos, se aglomeran sobre otras, y van ondulando del noroeste al sureste. Si fuese posible considerarlas a vuelo de pájaro, estas protuberancias del suelo ofrecerían el aspecto de un mar de olas inmóviles. La zona, totalmente desprovista de árboles y de arbolillos, no se ve animada de vez en cuando más que por los rebaños de vacunos, de carneros, de llamas y de alpacas, que vagabundean y pasan a la aventura. Una pascana o choza de pastor, con su techo de paja y su puerta tan baja que no se puede entrar allí sino de rodillas, se ofrece a veces a la mirada, pero ello es raro. Al pasar, usted busca con la mirada al morador de ese antro

[[]El texto francés dice *bourgade*, nombre que se da a un pueblo grande y de casas más bien dispersas. N. del T.]

troglodítico, a fin de cambiar con él un saludo amical y comprarle un queso. Está ausente. Mientras que usted se lamenta por este contratiempo, se hacen oír los sonidos de una flauta arriba de usted. Al levantar entonces la cabeza descubre al pastor, de pie sobre un peñasco, tocando la quena. En ese momento, con imaginación y por poco que un animal de cuernos pase por el pie de la roca, usted se representa a Argos y a la vaca Io. Mercurius septem mulcet arundinibus, repite usted con Virgilio. Luego de este homenaje a la égloga, usted se dirige al pastor para que interrumpa su melodía y le venda uno de esos quesos que confecciona en sus ratos libres. Él parece no escucharlo. Usted alza la voz, e invitándolo a descender del pedestal que ha escogido, le muestra una moneda de plata, añadiendo que tiene prisa y no tiene tiempo de esperar. Un trino de corta duración es la única respuesta que le da el hombre. La impaciencia lo gana a usted, y desmonta de su mula de un salto. "¡Eh, bribón!", le grita usted al pastor recogiendo una piedra y lanzándosela para llamar su atención. Si el individuo es de buen carácter, comprende la advertencia y, poniendo su flauta bajo el brazo viene sonriendo a darle el encuentro; pero la mayor parte de las veces es de un humor huraño e insociable, y como tiene la costumbre de llenar sus bolsillos de guijarros con los cuales tirarle al ganado que se aparta, al punto le avienta a usted unos cuantos con ayuda de su honda. En tal circunstancia no le queda otro remedio para conjurar la tormenta que espolear a su mula y poner pies en polvorosa lo más rápido.

Me sería bastante difícil afirmar que llegamos a comer algo durante esa jornada; pero lo que sí recuerdo muy bien y que puedo asegurar es que llegamos a Santa Rosa hambrientos y transidos. Un fuego de bosta, que encontramos en la sala de posta, y carne de llama cortada en lonjas y reseca, de la que nos vendieron algunos metros, nos ayudaron a combatir el frío y el hambre. Santa Rosa, como Ayaviri, como Pucara, es una de esas aldeas melancólicas y desoladas, hechas para servir de presidio para criminales y no del lugar de residencia a gentes honradas. El río pasa por en medio del pueblo, y su murmullo, que en cualquier otro lugar significaría regocijo y armonía, no es aquí sino una tristeza más. Es como una voz de la naturaleza que se lamenta eternamente en esta soledad. Añadamos que Santa Rosa es, de todos los puntos que acabábamos de atravesar, el más frío y el menos protegido contra las tempestades de la cordillera, situado como está al pie de la cadena nevada de Huilcanota. Es verdad que tiene, como ficha de consuelo, una gran iglesia con campanarios cuadrados, frontones y simulacro de acróteras, pero la fachada del monumento está agrietada, pero el frontón está carcomido, pero los campanarios bostezan por más de una hendidura y dejan ver la madera y la tierra apisonada que se han empleado en su construcción.

Ante el inusitado movimiento que reinaba esa noche en la sala de la posta de Santa Rosa, los ojos brillantes de los indios, la vivacidad de sus gestos y sobre todo su hablar más fuerte que de costumbre, comprendí que había habido un

encuentro báquico en el día. Le pregunté al respecto al menos borracho de ellos, el cual me respondió que había tomado "la sangre de Jesucristo". Como esta respuesta me pareció tan absurda como ininteligible, le pedí al hombre que se explicara más claramente, lo cual hizo diciéndome que una estancia vecina, llamada Puncullutu, tenía como patrona "la sangre de Jesucristo", cuya fiesta estaban celebrando con danzas, juegos y libaciones copiosas. Para dar más pompa a la solemnidad religiosa, los habitantes de Santa Rosa se habían sumado a los indios estancieros 46 ayudándoles a beber la sangre del Redentor.

—Por lo demás —agregó el narrador—, la fiesta ha comenzado sólo ayer y debe durar todavía dos días, y como la estancia de Puncullutu se halla en tu camino, podrás ver por ti mismo mañana la manera grandiosa con que los indios de ese sitio hacen las cosas.

Le agradecí al ebrio por sus informes, y me fui a acostar a tres pasos de Nor Medina, que ya roncaba como un trompo.

A la mañana siguiente, cuando partimos, los indios de la posta, que habían pasado la noche bebiendo y masticando coca, dormían en el suelo envueltos en sus ponchos. Entre los viandantes que encontramos en el camino, unos regresaban de Puncullutu y entraban a Santa Rosa, en tanto que otros, por el contrario, salían de Santa Rosa para dirigirse a Puncullutu: en esta contradanza, todos intercambiaban al pasar un saludo, una carcajada, una chocarrería. Los primeros caminaban con paso vacilante; los segundos trotaban con uno ágil. Éstos, llenos de ilusiones, se lanzaban alegres hacia su punto de destino, aquéllos ya lo habían alcanzado y no llevaban del viaje más que fatiga y disgusto de sí mismos. Tal es la vida, con sus opuestas vertientes, me dije, ante el aspecto de esos indígenas, de los cuales una mitad trastabillaba y la otra caminaba erguida.

Una diana tocada por trompetas de hojalata llegó hasta nosotros como armonioso preludio de la fiesta local. Azuzamos a nuestras cabalgaduras prestando atención a esta fanfarria, que pronto se extinguió y fue seguida por un tutti de tambores y flautas. Después de diez minutos de trote rápido llegamos al pie de una colina rodeada de nieves. Allí se había reunido un centenar de indios que jugaban con una pelota.

En la cima de esa eminencia se había levantado un altar con tablas imperfectamente disimuladas por manteles de esa tela de algodón local llamada tocuyo⁵⁷. Unos pañuelos de cotonería a cuadrados azules y rojos adornaban agradablemente el conjunto. Una armazón de mimbre de figura elíptica, ornada de cintas, de espejos, de banderas y de banderillas con los colores peruanos formaba una manera de retablo para el rústico altar. Un árbol postizo se alzaba en cada uno de sus ángulos. Si digo postizo, es porque no se trataba más que de

[[]En español en el original. N. del T.]

[[]En español en el original. N. del T.]

simples postes clavados en tierra y coronados, a manera de follaje, por un haz de esas cañaveras que crecen al borde de las lagunas. Se habría dicho cuatro escobas gigantescas. Y a pesar de que la hora era aún matinal y el frío de los más vivos, ya estaban en su sitio las vendedoras de chicha, y los aficionados cuya bolsa estaba vacía les daban la vuelta galanteándolas, sin otra intención amorosa que la de emborracharse al crédito. Algunos músicos, trompetistas y flautistas, para poder dar a sus labios la hinchazón y la elasticidad que exige la embocadura de un instrumento de viento, les aplicaban de rato en rato el orificio de un calabazo lleno de aguardiente, que algunos de ellos portaban en bandolera como Santiago en Compostela. Uno de esos artistas, inclinado sobre un jarro vacío y soplando en su flauta, llenaba de armonías, a falta de líquido, el tenebroso interior del vaso. Este tipo de melodía, poco conocido en Europa, está destinado en la sierra a las nenidas, trenodias y otros cantos fúnebres que los vivos tienen costumbre de dirigir a los difuntos. Flautas de diversos módulos, hundidas en cántaros de diversos tamaños, conversan entre ellas a intervalos, pasando bruscamente de grave a agudo, de agudo a grave, y se supone que expresan, con la horrible algazara que ejecutan, la turbación, el dolor y los desgarramientos del alma humana, obligada a separarse para siempre del objeto de sus afectos.

Después de gozar suficientemente del espectáculo de la fiesta y de haber empezado un bosquejo que el rigor del frío me impidió acabar, hice una señal a Ñor Medina, que parecía divertirse mucho ante esa reunión báquica, indicándole que había llegado el momento de darle la espalda y continuar nuestra marcha.

- —Esta tarde, a las cinco, la fiesta estará en todo su esplendor —me dijo con un suspiro de pena—.
- —¡Ay! —dije, suspirando yo también—, sólo los gallinazos podrán decirlo, pues todos los concurrentes estarán hechos unas uvas y en incapacidad de distinguir su mano derecha de su mano izquierda.

Al salir de Santa Rosa, el río de este nombre, que se convierte sucesivamente en el de Ayaviri, de Pucara, de Nicasio y de Calapuja, pues en el Perú todo curso de agua toma el nombre del pueblo a cuyo lado pasa, extravagancia que nubla el entendimiento de los geógrafos y daña la claridad de sus geografías, al salir de Santa Rosa, decimos, su río, al angostarse cada vez más, avisa que uno se acerca al sitio en que tiene su nacimiento. En efecto, después de dos horas de camino en dirección al norte, y después de franquear la cordillera de Huilcanota, que los geógrafos y los habitantes de la región llaman por corrupción Vilcanota, la misma que en este sitio toma el nombre de Raya⁵⁸⁵⁴, se alcanza una meseta de forma irregular, donde dos pequeños lagos de una legua de contorno extienden

Los indígenas sustituyen la palabra española Raya (límite, línea divisoria), mediante la cual los habitantes de la zona designan este paso de la cordillera de Huilca, por la de Nota que, en el idioma quechua, tiene el mismo significado que la palabra Raya en español: de allí Huilcanota, o línea divisoria de Huilca.

sus aguas reflejantes. De uno de ellos, el del sur, llamado *Sissacocha* (lago de la flor) se escapa un hilo de agua al que se juntan en su curso dos arroyos que bajan de la cordillera y aumentan su caudal. Este hilo es el río que hemos bordeado en Santa Rosa y cruzado en Ayaviri. A dieciocho leguas de Pucara recibe los dos ríos, ya confundidos en uno, de Lampa y de Cabanilla, y desemboca en el lago Titicaca, cerca de San Taraco, pueblo de la provincia de Azángaro.

El segundo lago, situado al norte de la meseta, y al que se llama *Huilcacocha* (lago de Huilca)⁵⁹, da nacimiento a un arroyo que, acrecentado unas leguas más abajo por el exceso de la laguna de Langui, toma el nombre de Huilcamayo (río de Huilca), que pronto repudia para tomar otro. Después de un recorrido de más o menos trescientas leguas, va a dar en el Apurímac con el nombre de río de Santa Ana.

Como yo conocía esos dos puntos desde hacía largo tiempo, no lancé al pasar más que una distraída mirada a ambos lagos, cuyas aguas, que en ese momento reflejaban los matices de un cielo nublado, eran de un color plúmbeo. Tenía apuro en llegar a la posta de Aguas Calientes⁶⁰, comer algo allí, pasar la noche y acabar al día siguiente con la región de las punas, de las que ya comenzaba a sentirme cansado.

La humilde posta a la que arribamos al acercarse la noche estaba en la aprensión de un grave acontecimiento.

Un ex prefecto de Ayacucho, convertido en general de división como consecuencia de una escaramuza política, y encargado por el gobierno de una misión secreta en la sierra, debía detenerse en Aguas Calientes y quedarse allí unas veinticuatro horas. El conductor de la posta, con ayuda de algunas comadres venidas a pie para el efecto de Layo y de Langui, aldeas a seis leguas de distancia, discutían vivamente sobre el ceremonial a observar en semejante caso. Se hablaba nada menos que de cubrir con bayeta y tocuyo las paredes agrietadas de la posta, de izar un pendón sobre la paja del techo y de cubrir con cañas verdes los accesos del camino por donde debía llegar su Excelencia. Unas matronas exaltadas y aún ágiles ofrecían vestirse de rojo y blanco, colores nacionales, e ir danzando al encuentro del embajador en gira. Como siempre, circulaban la jarra

Este nombre le viene de una fuente de agua caliente que brota en pequeños hilos de un peñasco a flor de tierra y ubicada a menos de doscientos metros de la casa de posta, en la parte oriental.

El huilca, hoy vilca, es un árbol corpulento de la familia de las leguminosas, división de las mimoseas. Se le llama algarroba en las provincias argentinas, donde es muy común, y donde la pulpa contenida en sus vainas sirve para hacer aguardiente. En cambio es muy raro en el Perú, en los valles cálidos de la costa del Pacífico, únicos sitios donde lo hemos encontrado. Ni siquiera intentaremos explicar su presencia pasada en medio de las nieves de Huilcanota, y cómo fue que dio su nombre a esta cordillera, pues la cosa es por completo inexplicable.

de chicha y la botella de aguardiente, y cada cual extraía de ellas, por turno, una idea ingeniosa o una opinión novedosa.

Esta supuesta cuestión de etiqueta absorbía de tal modo la atención de la galería, que ninguno de los asistentes se había dado cuenta de mi llegada, o, si la había notado, fingió no haberla visto. Esperé con paciencia algunos minutos que el conductor de la posta, un indio gordo y florido, cuyas negras trenzas colgaban casi hasta el suelo, se dignase tornar la cabeza hacia mí. Como no hacía nada en ese sentido, le advertí de mi presencia por medio de una palmada amical que di a su sombrero, el cual, ya fuese porque era un poco grande para la cabeza oblonga que cubría, o ya fuese porque mi mano había descendido con demasiada fuerza, bajó bruscamente hasta la nariz en pico de águila del individuo, la cual lo retuvo enganchado como si se hubiera tratado de una percha. La estupefacción del indio fue extrema, a juzgar por el juramento que profirió antes de recobrar la luz.

- —Que Dios sea contigo —le dije en el idioma de los hijos del Sol, mientras que él levantaba su sombrero y me miraba con un embobamiento mezclado de cólera—. Y añadí:
- —Vengo de Santa Rosa y me muero de hambre. ¿Podrías darme algo de comer?
- —¡Manancancho, manamunanicha!61 ¡Vete al diablo y déjame tranquilo —respondió—.

Dejé pasar filosóficamente esa ola de bilis.

62

—Escúchame —le dije—, tu conversación con estas mamacunas⁶² — designé de esta manera al grupo de comadres— me ha hecho saber que el

Mama, madre, cuna, artículo plural de ambos géneros. Se da por lo general el nombre de mama a las indias de cierta edad.

No hay. No quiero. Debemos explicar estas dos frases. En un viaje en medio de las cordilleras, cuando, para evitar el hambre, se le pide a un indio que venda un carnero de su propiedad, su invariable respuesta es Manancancho, no hay. Naturalmente, para desmentirlo se le muestran los doscientos o trescientos carneros que se ven en torno a él. Responde entonces: Manamunanicha, yo no quiero. Son las únicas palabras que se logra arrancarle. En tal caso, el único recurso que queda para salir de la embarazosa situación es hacer escoger por el mozo o el arriero que lo acompañan a uno, carnero gordo y a punto, mandarlo degollar y despellejar en el sitio, sin prestar atención a las recriminaciones del propietario, el cual, obligado a cederlo por la fuerza, llora, solloza y se entrega a un dolor exagerado. Una vez que se ha descuartizado el carnero, se le abonan cuatro reales (precio habitual) al Individuo, al cual se le dejan, generosamente, la cabeza, las patas y los intestinos del animal para que se haga un chupe. En un abrir y cerrar de ojos pasa del dolor más amargo a la alegría más viva; agradece cien veces al viajero, viene a besarle la mano o la tela de su poncho, lo gratifica con epítetos acariciadores o elogiosos, y acaba deseándole toda clase de parabienes. Si bien algunos viajeros, probos y conscientes, se apresuran a pagar al pastor el carnero que se llevan, hay otros, y son la mayoría, que se contentan con tomarlo y llevan el liberalismo hasta moler a golpes al propietario del animal.

general L... está de gira por el Collao y debe detenerse en la posta de Aguas Calientes. El general L... es uno de mis amigos; he retocado hace ya tiempo, a su pedido, un retrato suyo que no le parecía fidedigno, y alargado en seis pulgadas las charreteras de su uniforme, que le parecían muy cortas. Además, le he dado a su esposa la receta de una opiata maravillosa para conseguir una piel blanca y rosada, y les he enseñado a sus tres hijas el difícil arte de combinar los matices de su arreglo personal, que ignoraban antes de conocerme. Como ves, el general y su mujer están en deuda conmigo.

Aquí hice a propósito una ligera pausa para dar al individuo el tiempo de saborear mis palabras.

- —¿De veras? ¿De veras, realmente eres amigo de su Excelencia?
- —Tan cierto —repliqué con fría gravedad— que tengo pensado esperar aquí la llegada del general, no para felicitarlo por su nueva dignidad o ayudarte con mis consejos sobre la recepción que le preparas, sino para rogarle a este digno amigo que te haga desempolvar la espalda con una rienda trenzada por un soldado de su escolta, a fin de enseñarte la cortesía que no conoces y las leyes de la hospitalidad que ignoras.
- —No, *tayta*, no, *taytachay*⁶³, tú no harás que le peguen a un pobre pongo⁶⁴ que nunca te ha hecho daño.

En su terror a los latigazos, el hombre descendía de la dignidad de conductor de la posta a la condición de pongo. Estos accesos de humildad son frecuentes en la casta india, y no me sorprendí; el fin que me había propuesto alcanzar, y que había conseguido en parte, reclamaba por lo demás toda mi atención. Le respondí, pues, al conductor de la posta, que había cogido el borde de mi poncho y, con los ojos muy abiertos y las ventanas nasales temblorosas, esperaba la sentencia misericordiosa o vengadora que yo iba a pronunciar:

—Creo haber dicho que estaba con la barriga vacía y que mi estómago ya no podía más, así que como tú debes tener algunas provisiones, vas a prepararme un chupe tan suculento como sea posible, y harás que les den forraje seco a mis mulas, y mañana, antes de partir, pagaré la cuenta. En cuanto al general L..., no te canses la cabeza tratando de darle una sorpresa; dos líneas que yo te dejaré, y que le entregarás al momento en que se quite las botas, te dispensarán de toda recepción oficial en su honor.

⁶³ Tayta, padre. Taytachay, querido padrecito.

En las grandes ciudades los pongos son los indios del bajo pueblo que alquilan sus servicios a razón de quince francos por mes. Se los emplea en las casas para acarrear agua y leña, barrer los patios, abrir y cerrar la puerta de entrada, detrás de la cual duermen en cuclillas. Su nombre de pongos viene de punen, puerta, y por corrupción pongo. Son los porteros del país.

El jefe de la posta lamió el borde de mi poncho y se cayó sobre su trasero, espantado de alegría.

- —Oh tayta —me dijo, con voz acariciadora—, padrecito mío, si supieras qué agradecimiento...
- —Está bien, hijo mío —repliqué—, pero deja allí tu agradecimiento que no le pone una cebolla más a la sopa, y ocúpate de inmediato en la preparación de mi chupe.

El hombre se levantó rápidamente y dijo unas palabras a las comadres, a las que este diálogo había interesado muchísimo. En un abrir y cerrar de ojos la posta se puso patas arriba. Todos corrían de un lado a otro, en busca de animales domésticos. Oí el grito de angustia de una gallina a la que le torcían el pescuezo, al que siguió el gruñido de un conejillo de Indias que una matrona había cogido por las patas traseras, y al que le rompía las vértebras dorsales. Se aumentó medio saco de bosta de llama a las brasas del fogón; todo asumía en torno un aire de alegría, de fiesta y de abundancia. ¿Cuál es pues, el moralista estúpido, pensé, que ha dicho que el miedo aniquilaba las fuerzas del hombre y obscurecía su entendimiento? El miedo, al contrario, debe reavivar su inteligencia y excitar al extremo sus facultades físicas, pues he allí o un jefe de posta que se agita como un diablo en una pila de agua bendita.

A partir de ese momento las cosas anduvieron como queríamos. El jefe de posta había asignado a cada cual su tarea, a fin de evitar confusiones que entorpecieran el servicio. Dos indios postillones recibieron el encargo de mantener la candela, de soplar en ella constantemente y atizarla sin cesar. Cuatro matronas de notable robustez vigilaron el cocimiento del chupe, que se componía de una gallina vieja, de un pedazo de carnero secado al sol y de verdaderas papas, pues el chuño había sido declarado unánimemente demasiado vulgar y desdeñable para una boca fina como la mía. La dosis de sal, de pimienta o de ajo, adecuada para el condimento del caldo local, fue objeto de una discusión por parte de las comadres, que no la admitieron sino después de haber deliberado maduramente al respecto. Jamás un plato, cubierto, sorpresa, rareza, o delectación gastronómica, destinados a despertar el cansado apetito de un déspota, o a hacer cosquillas a las borlas nerviosas del palacio de un prelado, fue vigilado, combinado, cocinado, con más amor, atención y minucia que el vulgar puchero que hervía ante mis ojos. El jefe de posta se había encargado de la fritura. Como Brillat-Savarin, encontraba aparentemente que el arte de freír es un arte difícil, y no había querido confiar a nadie el cuidado de sostener el mango de la sartén. Su cuy, flambeado, lavado, vaciado, abierto, untado con manteca de cerdo, espolvoreado con pimienta, molido y aplanado por medio de un adoquín que se le puso sobre el vientre, no esperaba más que el instante de ser puesto al fuego, de adquirir, por medio de una viva cocción, ese color dorado que recomienda au animal a la apreciación de los gourmets peruanos.

Al fin se me sirvió esa espléndida cena, no sobre una mesa, porque la posta no tenía ninguna, sino sobre una manta de bayeta que se tendió en el suelo, y ante la cual me puse en cuclillas a la manera de un sastre sobre su banco de trabajo. Se puso a mi disposición una cuchara de palo, pero de tenedor ni se habló, y por lo demás mis diez dedos equivalían a uno. El jefe de posta quiso servirme de copero. Me bastó un cuarto de hora para cenar y agradecer. Entonces los espectadores que me rodeaban, al ver que llevaba mis pellones cerca al fuego, y comprendiendo que iba a pedir al sueño la rehabilitación de mis fuerzas, se retiraron a la pieza vecina deseándome una digestión fácil y una buena noche. Ñor Medina, a una señal del jefe de posta, se sumó al cortejo y lo siguió a la otra pieza, dejando caer detrás suyo el cuero de vaca suspendido por la cola que servía de portezuela. Pronto un ruido de mandíbulas y de carcajadas entre bastidores me hizo saber que los servidores cenaban con las sobras, y hacían uso de un adelanto de las alegrías futuras del paraíso.

A la mañana siguiente estuve de pie muy temprano. El jefe de posta ya se había levantado. Después de darle una docena de reales, precio en que evalué mi cena, y la mezcla de grano y forraje de mis mulas, arranqué una hoja en blanco de mi álbum, y tomando nota de la reiterada declaración del individuo de que no sabía leer ninguna clase de escritura, dirigí al general L... las líneas siguientes:

"Mi querido general:

"El llamado Ignacio Muynas Tupayanchi, jefe de posta de Aguas Calientes, se había propuesto, a ejemplo de sus conciudadanos, quemar un poco de incienso a vuestro paso, pero yo lo he comprometido a no hacer nada, persuadido como estoy de que en el momento en que garabateo estas líneas sobre mis rodillas, vos estaréis ya cansado de ovaciones, de arengas y de banquetes oficiales. Si por lo tanto no encontráis en Aguas Calientes ni colgaduras, ni banderolas, ni guirnaldas de cañas verdes, no le guardéis rencor al supradicho Ignacio, quien no ha hecho sino ceder a una influencia extranjera. Este buen hombre os compensará, por lo demás, con su cocina, por los vanos honores que os habría rendido. Es excelente en la fritura, y sabe hacer de un vulgar cuy un manjar de los dioses; es a este título de cocinero que os lo recomiendo, querido general, a fin de que al llegar a Aguas Calientes pongáis a prueba el talento de su jefe de posta, que no dudo en proclamar tan buen freidor como buen ciudadano, según me ha parecido, y dedicado en cuerpo y alma a la cosa pública.

Que Santa Rosa, patraña del Perú, vele por vuestros días y los de todos vuestros seres queridos."

Me entere más tarde de que el infeliz jefe de posta, sometido a requisición por el general L... y su escolta, que habían tomado mi recomendación en serio, había sostenido el mango de la sartén durante dieciocho horas y frito un número fabuloso de cuyes reclutados en los alrededores. Mas no nos adelantemos a los sucesos.

A dos leguas de Aguas Calientes, y después de una bajada poco sensible pero continua, se llega a Maranganí, pueblo pobre que no tiene otros títulos para llamar la atención que su situación en la confluencia del Hulcamayo, que hemos visto salir del lago de Sissacocha en la meseta de La Raya, y del arroyo de Langui, proveniente de la laguna de este nombre. La temperatura se había hecho más suave. En algunas anfractuosidades de la montaña, al abrigo de los vientos y del frío, verdeaban débilmente pequeños retazos de papas, de cebada, de avena, de quinua y de la oxálica llamada occa, que los indios comen en sus chupes.

Un detalle geográfico y estadístico a notar de paso es que el extremo norte de la meseta de La Raya es la frontera que separa la provincia de Lampa de la de Canchis. El pueblo de Maranganí pertenece a esta última, una de las más pequeñas del Perú. Su extensión es de 180 leguas cuadradas.

A tres leguas de Maranganí, en el área del norte y en la margen derecha del Huilcamayo, se levanta Sicuani, que los mapas peruanos califican de ciudad, pero que en realidad no es más que un pueblo grande tan monótono como mal construido. Su población, en tiempos de los virreyes, era de 7500 almas; hoy apenas si alcanza las 3000. Un hospicio para ambos sexos, que fundó allí en el siglo XVII el virrey conde Gil de Lemos, desapareció de la tierra con su fundador. En cuanto a la espléndida lámpara de plata maciza que se podía ver todavía en la iglesia de Sicuani a comienzos del presente siglo, ha sido reemplazada por una innoble lámpara de cobre con tres picos. Un español llamado Joaquín Vilafro la ofrendó en pasados tiempos a la Virgen de Sicuani, no tanto por devoción sino para excusarse ante la inquisición y el virrey por las grandes riquezas que había extraído en poco tiempo de la mina de Quimsachata, cerca a las fuentes del Apurímac, excusa o precaución que no impidió que fuese colgado por orden [sic] a causa de esas mismas riquezas. La lámpara del infortunado chapetón, después de ser por largo tiempo adorno del coro y admiración de los fieles, fue retirada del lugar santo, llevada a la Moneda y sirvió para fabricar piastras durante la guerra entre los realistas y los independentistas. Fue en Sicuani que el cacique Mateo Pumacahua, que en 1781 entregó a Túpac Amaru a los españoles, recibió, treinta y cuatro años después, el pago de sus servicios. Los españoles, que debían otrora recompensar su traición con las charreteras de coronel, postergaron por largo tiempo la ejecución de su promesa y la cumplieron finalmente haciéndole cortar la cabeza.

Una maravilla natural de Sicuani, de la que nunca han hablado los viajeros, por la perentoria razón de que ninguno la ha visto e ignora probablemente su existencia, es la laguna de Quellhua, o mejor Quellhuacocha, como se la llama en la región, situada al este del pueblo, en las alturas que lo dominan. Figúrese, si es posible, un zafiro líquido de seis leguas de circunferencia engastado entre cinco cimas, a las que sobrepasan en el horizonte las cumbres nevadas de las cordilleras de Chimboya y de Atunquenamari, y a la cual forman un cinturón encantador los totorales, esos cañaverales-juncos de grandes hojas. Nada más tran-

quilo, más límpido y más frescamente ideal que este lago andino, al que ni un soplo ondula, en el que jamás ha surcado una barca, donde sólo se peinan las nubes, las estrellas, los rayos del sol y de la luna, y cuya fisonomía, que no refleja más que esos esplendores del cielo, tiene algo de inefable y sonriente.

San Pablo y San Pedro de Cacha, a tres leguas al norte de Sicuani, son dos caseríos anexos de la más triste clase: se suceden el uno al otro y se asemejan; es la misma miseria, la misma tristeza. La gente pretende sin embargo que San Pablo vale más que San Pedro, y citan en apoyo de su afirmación la escuela con dieciocho alumnos que posee el primero, y no el segundo. Escuela, sea, pero a esta frívola ventaja que sólo un rector de universidad podría apreciar, preferimos por nuestra parte la nobleza geológica y la ilustración arqueológica de San Pedro, que si bien no cuenta como San Pablo con una escuela y un maestro, tiene en cambio hermosas ruinas coronadas por un volcán muy respetable, desgraciadamente hoy apagado, lo cual disminuye su valor, y cuyas erupciones han cubierto la zona de lava, de escoria y de piedra pómez. Este volcán, cuyo cráter se halla inclinado de norte a sur, se levanta sobre una base de colinas en un sitio llamado Racchi. De ahí el nombre de volcán de la Riacha, que por corrupción dan los habitantes a esta montaña ignívoma. Al pie de las colinas peladas que le sirven de pedestal, hay una arcilla plástica con la cual los ceramistas de la cordillera fabrican cántaros, vasos, aguamaniles de una silueta encantadora, y hay también ocres variados, un almagre llamado taco, que no sirve para nada, y magnesia, que las pobres amas de casa, que le dan el nombre de chacco o leche de tierra, recogen para hacer, disolviéndolo en un poco de agua, una salsa blanca para las papas que preparan para la comida de la familia.

A unos tiros de flecha de las colinas de Racchi, en un sitio llamado Yahuarpampa⁶⁵, se alzan los restos de un edificio antiguo que se distingue de lejos, y que los viajeros que los han visto llaman, en sus informes, *ruinas de Tinta*, pero sin decir una sola palabra sobre su origen. No sabemos de dónde han podido tomar esta designación. ¿Será porque la provincia de Canchis, donde se levantan las ruinas, formaba en otros tiempos, con su vecina la de Canas, una sola y misma provincia bajo el nombre de Corregimiento de Tinta? No podemos afirmar nada; pero lo que nos atrevemos a repetir, siguiendo a los historiadores de la conquista, es que estas ruinas son de un templo edificado a mediados del siglo XIV por Viracocha, o mejor Huira- Ccocha⁶⁶⁶², octavo Inca, en recuerdo

Llanura de sangre, llamada así porque el Inca Huiracocha derrotó allí por completo a su padre Yahuar-Huacac, el cual, destronado por sus súbditos a causa de sus vicios, había venido a reivindicar sus derechos al imperio a la cabeza de tres mil indios chancas, que perecieron en el encuentro.

Espuma del lago, así llamado a causa de su blancura láctea, dicen los historiadores del siglo XVII; pero la exageración habitual de estos estimables autores nos hace creer que esta pretendida blancura de Huira-Ccocha no era más que un matiz de café con leche, en lugar del matiz de ladrillo quemado que caracterizaba a las gentes de su raza. La

de un sueño en que un anciano de larga barba, vestido con una túnica flotante y con un dragón encadenado, se apareció a este príncipe cuando, joven aún, guardaba el ganado del emperador Yahuar-Huacac, su padre, en los llanos de Chita⁶⁷.

Este sueño, en el cual el presunto heredero había creído ver una orden de lo alto relativa a la reducción de los chancas, y que más tarde cumplió religiosamente exterminando a tres mil de estos indígenas y anexando su territorio al imperio, este sueño le valió a la región un templo conmemorativo de ochenta metros de largo por cuarenta de ancho, y cuyos muros, de una altura de diez metros, estaban construidos una mitad con hermosas piedras, y la otra con tierra apisonada. El edificio estaba situado en una meseta que dominaba los alrededores, al cual se llegaba por cinco filas de andenerías en receso, que formaban algo semejante a otras tantas gradas. Había tres puertas y tres ventanas por cada lado del norte y del sur; una puerta y dos ventanas en cada una de sus fachadas. Cinco pilares, colocados de distancia en distancia sobre los muros principales, y unidos por vigas transversales, servían de apoyo a vigas maestras que soportaban un techo de paja. La exagerada saliente de éste formaba, en las naves laterales del edificio, una especie de sobradillo o alero, bajo el cual podían refugiarse los viandantes sorprendidos por un chaparrón.

Según Garcilaso, que no concede a este templo más que cuarenta metros de largo por veinte de ancho, es decir la mitad de lo que le dan Pedro Cieza y el reverendo Acosta, y que además pretende que no estaba cubierto por ningún techo, conforme al sueño cuyo recuerdo perpetuaba, el cual había tenido lugar en el campo y sub jove crudo, según el mismo Garcilaso, decimos, la decoración interior del templo consistía en un simple cubo de pórfido negro, sobre el cual estaba colocada la imagen del misterioso anciano que otrora se había aparecido al inca Viracocha. En la época de la conquista los españoles echaron abajo la estatua y rompieron su pedestal, con la idea de que cubrían un tesoro escondido.

Hoy no queda de esos esplendores arquitectónicos sino unos lienzos de muro de más o menos veinte pies de alto. Es verdad que presentan nueve puertas, siendo así que el edificio no tenía más que ocho, según dicen Pedro Cieza y el padre Acosta. Felizmente somos los únicos en saberlo; pues si esa novena puerta, con la cual no se contaba, hubiese sido encontrada por los delegados de una sociedad de estudiosos, no solamente habría ofrecido materia para disidencias a sociedades rivales y pretexto para folletos, sino que más de un espíritu amante de las paradojas se habría reído del hallazgo y habría señalado en público

hermana y esposa de este Inca, que se distinguía igualmente de los suyos por una blancura relativa, fue llamada Mama Runtu (la madre huevo).

67

Dejamos a los historiadores de la conquista la responsabilidad de este sueño apócrifo y el cuidado de explicar la presencia del joven príncipe en el horrible desierto de Chita, es decir a cuarenta leguas al sur del Cuzco, capital del imperio, cuidando carneros, animales que los conquistadores no introdujeron en América sino dos siglos más tarde.

que el tiempo, ese tiempo voraz e insaciable, tempus edax, que recorta, roe, desmenuza y reduce nuestros pobres edificios, por el contrario les agrega a los del Perú. Por consideración a la crónica y a la tradición, dueñas respetables, no diremos nada parecido, ni siquiera aproximadamente. Admitiremos, con los historiadores arriba mencionados, que el templo en cuestión tenía en efecto ocho puertas y solamente ocho, pero que una sacudida del volcán vecino había abierto la novena. Esa es la única manera de poder conciliar todo.

Dos leguas separan San Pedro y San Pablo de Cacha del pueblo de Combapata. Para llegar a éste se desciende sin cesar, y a medida que se desciende la temperatura se hace más suave y algunas franjas de verdor se extienden al pie de los cerros. Combapata, que no es mencionado en ningún tratado de geografía, y tampoco en ningún mapa conocido, es un pueblo de unos sesenta hogares, situado cerca de un río bastante ruidoso. Su pequeña iglesia es de las más limpiecitas, y su color blanco contrasta agradablemente con el fondo terroso de las techumbres de la localidad. Un Cristo de tamaño natural, debido al cincel de un escultor de Huamanga, y venerado por los fieles con el nombre de Señor de Combapata, decora el altar mayor del templo. Un Cristo milagroso, que ha devuelto la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la palabra a los mudos. En el siglo XVIII, cuando se expulsó a los jesuitas del Perú, brotaron lágrimas de sangre, según se dice, de sus ojos de esmalte. El mismo prodigio se repitió en 1821, cuando el virrey La Serna, arrojado de Lima por los independientes, se vio obligado a partir a España. Desgraciadamente para el Señor de Combapata, el Cristo de Tungasuca, pueblo vecino, también posee el don de hacer milagros. Este último, conocido con el nombre de Señor de Añaipampa, vuelve fecundas a las mujeres estériles, cura las enfermedades consideradas incurables y preserva a los carneros de la morriña. Como su émulo, el Señor de Combapata, llora a veces lágrimas de sangre ante las miserias de este mundo. De la conformidad de poderes entre ambos Señores resulta una rivalidad odiosa entre los fieles de una y otra parroquia. Se trata de quién alabará con más fuerza al Cristo de su pueblo, pretendiendo desdeñar al mismo tiempo al del vecino. Muchas veces, en las solemnidades báquicas con las que cada pueblo celebra la fiesta del Hijo de Dios, se ha visto a indias que, ebrias de fanatismo y de aguardiente, se batían a cabezazos, como moruecos, para mayor gloria de su Señor.

El río que bordea el pueblo y que, con el nombre de Río de Combapata, va a arrojarse en el Huilcamayo, tiene su fuente en la vertiente occidental de los Andes del Crucero, entre las provincias de Lampa y de Carabaya. Es aurífero, y cuando el deshielo acrecienta su caudal, acarrea bajo sus lodosas ondas partículas de oro desprendidas de los cerros. Los habitantes de la zona establecieron en época pasada un lavadero en sus riberas. La rápida inclinación de los terrenos que riega da a sus crecientes un carácter formidable; es menos un torrente que se precipita que una avalancha que se abate bruscamente sobre la zona circundante, a la que aniega en un instante. El río se ha llevado sucesivamente dos puentes de

piedra, de dos arcos cada uno, y de una solidez de construcción capaz de desafiar los siglos. Cada uno de ellos había costado dos mil piastras (10 000 francos) a la provincia, y como los recursos de ésta son bastante limitados, sus habitantes, como medida de economía, han vuelto a los puentes-columpios de mimbre tejido, de que sus abuelos se han servido durante seis siglos.

Lo que diferencia a Combapata de otros pueblos de la sierra no es ni su Cristo milagroso, ni el oro que acarrea su río; es la calidad de la chicha que fabrican sus habitantes. Por largo tiempo no se sabía cuál era el procedimiento por medio del cual las matronas del lugar obtenían la bebida local, cuya transparencia y aroma recuerdan al clarete de España llamado manzanilla6864. Pero el secreto acabó por divulgarse, y ahora todos saben que la calidad de la chicha se debe a la masticación previa del guñapo o maíz germinado con el cual se hace. La invención de este procedimiento se remonta a los antiguos aimaras. Los taberneros de Cochabamba, en el Alto Perú, descendientes de esos autóctonos, aún lo emplean con éxito. Este procedimiento, sobre el cual creemos nuestro deber llamar la atención de los redactores de la Cocina Burguesa y los editores de Recopilaciones útiles, es de los más simples y menos onerosos. Unos ancianos de ambos sexos se acurrucan en torno a un montón de maíz triturado, y cada uno toma del montón un puñado de ese maíz, que se lleva a la boca y mastica con mayor o menor vigor y durante mayor o menor tiempo, según el grado de vetustez de sus molares. Cuando le parece que el maíz está ya suficientemente molido, lo escupe en su mano y lo pone sobre un pedazo de cuero colocado a su alcance, adonde va a recogerlo el bodegonero para echarlo en la jarra que sirve de caldera.

Según algunos químicos de la zona que han analizado la cosa, el maíz do Combapata debe sus preciosas cualidades a una adición notable de los jugo salivares y a las secreciones de la membrana pituitaria que resultan mezclados, cualidades que comunica a la chicha. Yo no podría decir si la química local tiene razón o no, ya que siempre me negué a probar esta cerveza de la provincia de Canchis, pero confieso que a veces me he detenido ante las chicherías donde es fabricada, y que me he complacido mirando a los masticadores de maíz de ambos sexos allí reunidos. Las bocas de estas buenas gentes, que se abrían y cerraban con precisión mecánica me recordaron, al mismo tiempo que la patria ausente, las dentaduras de Désirabode, agitándose de la mañana a la noche en su marco de vidrio.

Al salir de Combapata se va a Checacupe, a tres leguas de distancia. Checacupe es una pobre aldea de unos treinta hogares, situada cerca de un pequeño río que baja, como el de Combapata, de los Andes del Crucero. Se atraviesa por un puente de piedra que data de la época de los virreyes, y dejando

[[]En español en el original. N. del T.]

atrás las provincias limítrofes de Canchis y de Canas, antiguamente pertenecientes al corregimiento de Tinta, se entra en la provincia de Quispicanchi. Antes de proseguir, echemos una rápida mirada a la historia de la doble provincia que abandonamos para no volverla a ver más.

Mucho antes de la aparición de los incas en el Perú, dos naciones rivales, los canas y los canchis, ocupaban un territorio de más de doscientas leguas cuadradas, que, de norte a sur, se extendía desde las sierras de Chimboya y de Atun-Quenamari a las mesetas de Ocoruro, y de este a oeste de la cordillera de Huilcanota al torrente de Chuquicabana. El Huilcamayo, que hemos visto nacer en Aguas Calientes y hemos seguido hasta Checacupi, cortaba en dos una parte de este territorio. Los canas ocupaban en el norte y el oeste el emplazamiento actual de los pueblos de Pitumarca, Combapata, Tinta y Yanaoca, extendiéndose hasta las alturas de Pichigua y de Mollocahua, próximas al río Apurímac. Los canchis habitaban la parte del este y del sur comprendida entre los pueblos actuales de San Pedro y San Pablo de Cacha, Sicuani y Maranganí, hasta la altiplanicie de La Raya⁶⁹.

Ambas naciones, de más o menos veinticinco mil hombres, estaban gobernadas por sus curacas respectivos. Su rivalidad, que se remontaba a tiempos lejanos y que daba lugar a sangrientas querellas, parece no haber tenido otra causa que la diferencia de su origen y temperamento. Los canas, habitantes primitivos de la Sierra Nevada, tomaban su nombre del volcán Racchi que dominaba su territorio, y del cual se vanagloriaban proceder; cana, en quechua, quiere decir foco de incendio. Los canchis habían llegado antaño de las regiones temperadas próximas a Arequipa. Su nombre recordaba la tierra natal, sus pálidas flores y su verdor. Cancha en quechua significa cerco o jardín. A esta diferencia de origen se añadía entre estos indígenas la diferencia de vestido, invariablemente negro entre los primeros y abigarrado entre los segundos.

El carácter de estas naciones cuadraba a maravilla con sus patronímicos. Los canas, de un temperamento ordinariamente sombrío y taciturno, pero ardiente e impetuoso a veces, celosos de su independencia al punto de sacrificarle todo, habían luchado durante cuatro siglos contra la invasión de los incas y no cayeron bajo el yugo de éstos sino a consecuencia de una alianza en que la hija de Atun-Cana, su jefe, se convirtió en una de las trescientas mujeres de Huayna Capac, decimosegundo emperador del Cuzco. Los canchis, por el contrario, de un carácter dulce y tímido, de un espíritu tibio e indeciso, como el clima bajo el cual habían nacido, se sometieron sin resistencia al dominio de los Hijos del Sol.

Los límites asignados hoy a estas dos provincias no recuerdan más que imperfectamente las de sus antiguos territorios.

En el siglo XVI el territorio de los canas y de los canchis fue reunido en una sola provincia bajo el nombre de Corregimiento de Tinta, y estos indígenas, que no formaban más que un solo y mismo pueblo, pasaron del yugo de los emperadores al de los virreyes. Para ellos el cabestro sustituyó al collar. Como su constitución robusta los hacía adecuados para el trabajo de las minas, fueron explotados feudalmente por sus nuevos señores. Cada año unos reclutadores españoles venían a cobrar un diezmo, en nombre del estado, a esa doble población. Los desdichados designados por la suerte se reunían ante la iglesia para escuchar una misa celebrada a su salud, y que debían pagar con su plata. A la salida de la misma el cura, después de recibir su juramento de fidelidad y de obediencia al rey de España, los rociaba con agua bendita, pronunciaba sobre ellos la fórmula acostumbrada Vete con Dios⁷⁰ y les daba la espalda.

Los así reclutados, escoltados por parientes y amigos que respondían a sus lágrimas con gemidos, tomaban entonces el camino de Cailloma, de Carabaya, de Potosí, sitios de los ricos yacimientos de minerales que los virreyes del Perú hacían explotar un poco por su cuenta y por la del rey de España. Allí, asignados a los trabajos de excavación, los indios descendían a las bocaminas y los socavones⁷¹, donde la privación del aire puro a que estaban acostumbrados, y las emanaciones de los gases deletéreos, les ocasionaban, dicen los doctores del país, una especie de asma llamada *chacco*, de la cual morían en el año. Cuando est contingente de trabajadores se agotaba por la muerte, los representantes de l monarquía española no tenían sino que inclinarse y echar mano a la reserva humana para renovarlo.

Las cosas siguieron así durante más de dos siglos, y después las poblaciones cansadas de ese yugo se sublevaron. Los habitantes de Aconcahua, en la provincia de Canas, exasperados por un aumento del tributo de oro en polvo que debían pagar al estado, se apoderaron del cobrador español que lo reclamaba y le dieron de beber el metal fundido⁷²; después, para escapar a la persecución de la justicia, abandonaron para siempre su pueblo, cuyo emplazamiento es aún hoy reconocible. Túpac Amaru, cacique de Tungasuca, después de colgar con su propia mano al corregidor de Tinta, Antonio Arriaga, y sublevar contra los españoles a la población de la región, fue vencido por éstos y pereció en medio de atroces suplicios. Angulo, Béjar, Pumacahua, Andía, que sucedieron a Túpac Amaru,

⁷⁰ [En español en el original. N. del T.]

[[]En español en el original. N. del T.]

Para saciar de este modo la sed insaciable del recaudador, dice ingenuamente Pedro Celestino Flores, que cuenta el hecho en un opúsculo titulado Patriotismo y amor a la libertad. El honesto autor añade a manera de reflexión: La opresión de los mandatarios del poder y la falta de justicia en un país empujan a menudo a los oprimidos a cometer estas cosas terribles, que merecen excusarse, vistas las circunstancias... [La primera cita aparece en español en el texto original, y la segunda en versión francesa, que a falta del opúsculo mencionado hemos retraducido al castellano. N. del T.]

pagaron con su cabeza la obra emancipadora que habían emprendido, y que nueve años más tarde realizó Simón Bolívar en los llanos de Ayacucho.

En la época en que se efectuaron los primeros intentos de liberación en la zona el corregimiento de Tinta se dividía en seis distritos, que eran los de Sicuani, Tinta, Checca, Checacupi, Langui y Yauri, los cuales comprendían veintitrés aldeas, cuya situación en los cerros o en la llanura, y con ello su diferencia de temperatura, había hecho clasificar en pueblos de arriba y pueblos de abajo. Varios de ellos ya no existen. Otros no son ahora más que simples estancias; pero, por respeto a su memoria y los recuerdos que suscitan, los recopiladores de datos estadísticos del país los han conservado desde hace cuarenta años en sus informes anuales, y les conservarán por largo tiempo aún el rango y situación que ocupaban en otros tiempos. Así, el ilustre granadero del que se honra Francia siguió figurando después de su muerte en la lista del regimiento del que había formado parte, respondiendo al llamado nominal de cada día por intermedio de la voz de uno de sus compañeros de armas.

Al mismo tiempo que aplaudimos el pensamiento de los encargados de los datos estadísticos, evidentemente inspirados por el más puro patriotismo y la piedad del recuerdo, no podemos dejar de censurar el artificio al que han recurrido en sus Anuarios para dar a Europa en general, y a las repúblicas vecinas en particular, una alta idea de las fuerzas numéricas de la región. Según ellos, la cifra actual de cada una de las provincias de Canas y Canchis sería la de la población entera del corregimiento de Tinta en tiempos de su esplendor. Por desgracia para estos señores, se sabe que de todas las provincias del Bajo Perú la de Tinta fue precisamente la más maltratada durante la ocupación española. Su población, diezmada ya sea por las epidemias, el trabajo de la mita, los alistamientos forzados, las emigraciones voluntarias, las exigencias del poder espiritual y las revolúciones políticas, no contaba en 1792 sino con treinta y seis mil trescientos catorce individuos; en 1820, había alcanzado la cifra de treinta y seis mil novecientos sesenta y ocho; en 1838, la de treinta y siete mil doscientos dieciocho. Ahora bien, esta misma población, que, en cuarenta y tres años apenas si había aumentado en novecientos cuatro individuos, acaba de llegar súbitamente a la cifra de sesenta y cinco mil! Semejante hipérbole apenas si habría sido admitida en el caso de un poeta, y considerado en el caso de un prosador como un exceso de énfasis y una redundancia de mal gusto; con mayor razón, por lo tanto, en el caso de un encargado de datos estadísticos, para quien la verdad debe estar siempre desnuda como al salir del pozo.

Había convenido con Ñor Medina que al dejar el pueblo de Combapata pasaríamos la noche en Checacupe, y que al día siguiente forzaríamos la marcha hasta Huaro, doblando la etapa y atravesando, sin detenernos, los pueblos de Quiquijana y de Urcos. Un viaje por la cordillera, si bien parece monótono o soporífico al lector que lo lee [sic], lo parece aún mucho más al viajero que lo efectúa. Un viaje en que el primero, cómodamente sentado, saciado el apetito,

con los pies calientes y el codo apoyado sobre su mesa, se contenta con bostezar y voltear rápidamente las páginas del libro, a fin de llegar más pronto al final, mientras que el segundo echa pestes y rabia de no ver a su alrededor, durante semanas enteras, más que piedras y seres petrificados, y de tener que sufrir en la misma jornada frío y calor, granizo, nieve y lluvia, truenos y relámpagos, sin contar el hambre, la sed y la fatiga, y toda clase de decepciones y los parásitos que lo esperan a la hora de acostarse. ¡Si al menos el viajero, para abreviar su martirio, tuviese la facilidad que se tiene entre nosotros de triplicar los relevos y de avanzar a toda velocidad! Pero todo ello le está vedado. Para comenzar, el camino que sigue no está adoquinado, y luego, al forzar a la mula que lo lleva a apurarse, correrá el riesgo de quedarse en la ruta, y quedarse con ella él también. Es necesario, pues, que contenga su impaciencia y se resigne a avanzar a pasos contados por la vía fatal por la que, como las almas pecadoras de Alighieri, debe atravesar zonas purificatorias y círculos de pruebas antes de disfrutar de descanso. A lo más, en el curso de su odisea, le es permitido al infortunado jurar por todos los diablos o bendecir a la Providencia, según que tenga el estómago vacío y poca esperanza de llenarlo, o que, acurrucado delante del fuego de una choza postal, escuche con arrobo el murmullo de su cena que hierve en la marmita.

Dije que debíamos terminar la jornada en Checacupe. Pero en el trayecto, y mientras conversaba de cosas indiferentes con mi guía, pensaba que Checacupe, a juzgar por la esterilidad de sus alrededores, no debía ofrecer ningún recurso, y que nos veríamos reducidos a acostarnos sin cenar, lo cual me parecía infinitamente triste. Ahora bien, como al día siguiente debíamos pasar de la margen derecha del Huilcamayo a la izquierda, y seguir en adelante por ella hasta el Cuzco, me vino la idea de efectuar de inmediato el cruce y de seguir hasta Acopia, donde teníamos la posibilidad de encontrar a la vez alojamiento y comida. Como se trataba de un trayecto de dos leguas más, me cuidé de no comunicar mi idea a Ñor Medina, quien no habría dejado de argumentar que sus mulas, derrengadas por doce leguas de cordillera, equivalente a dieciocho de llanura, cojeaban con las cuatro patas y suspiraban por el descanso del corral, como el ciervo sediento de las Escrituras según las fuentes vivas: Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum. Continuamos, pues, nuestra marcha. Cuando llegamos por el través a San Juan, pequeño caserío adornado por una laguna, mi guía se detuvo rogándome proseguir, así que aproveché la ocasión para descender al río y buscar un sitio vadeable. Bajo la transparencia del agua se dibujaba un lecho de guijarros salpicado de piedras grandes. Azucé vigorosamente a mi mula. Nor Medina, de pie arriba, vio el cambio de itinerario, y sin tomarse el tiempo de reajustar sus gregüescos, montó y acudió al galope.

^{-¿}Adónde va el señor? - me preguntó a gritos -.

[—]Ya lo ve usted —le dije— paso el Huilcamayo. Kubos aneriphto. ¡Ojalá el destino, como a César, me sea favorable!

—¡Pero el río está lleno de huecos, y usted se va a ahogar y a estropear mi mula!

A este grito de un alma venal, no respondí sino con un alzar de hombros, a lo cual mi guía entró a la corriente y pronto me alcanzó.

—¿Por qué el señor ha tomado este camino? —me preguntó con bastante brusquedad—.

La pregunta de Ñor Medina era tan natural, que me sentí tentado a responder que el miedo de cenar de memoria en Checacupe me había impulsado a pasar el río. Pero el tono con que había hecho la pregunta detuvo en mis labios la confidencia a punto de manifestarse. Miré al hombre de arriba abajo y le respondí:

- —He tomado este camino por razones particulares.
- —Ah —dijo— y ¿y adónde va el señor así?
- —A Acopia.
- —¿A Acopia?
- -¡A Acopia!
- —Es suficiente. Si el señor tiene razones particulares para ir a Acopia, es mi deber conformarme a esas razones y seguirlo.

Apenas había acabado de hablar cuando su mula hizo unas piruetas sobre las piedras resbalosas, y en los esfuerzos que realizó para conservar el equilibrio, nos mojó a los dos de los pies a la cabeza.

Una aspersión en la cordillera no es nunca agradable, pero a pesar de la glacial impresión que me ocasionó ésta, no pude dejar de reír viendo a Ñor Medina, cuya bilis se había encendido, buscar pelea a su cabalgadura y calificarla de "sin corazón" y de "inútil", injuria a la cual una mula es particularmente sensible, ya sea porque indica un cierto desprecio por el animal, o ya sea porque habitualmente la acompañan unos golpes con las riendas.

Llegamos a la otra ribera. Después de enjugarnos lo mejor que pudimos, nos pusimos en marcha, dejando a nuestra izquierda San Juan y su laguna, de la cual sale un arroyo que va a dar en el Huilcamayo. Si, como había dicho antes Ñor Medina, su deber era seguirme, debo decir en elogio suyo que lo cumplió, pero poniendo entre ambos una distancia de treinta pasos geométricos que me hicieron comprender que estaba resentido. El arriero peruano es eminentemente susceptible. Una nada lo perturba; se molesta por una bagatela. Su talante es un lago límpido que se altera al menor céfiro. El solo hecho de pasar de una ribera a otra del Huilcamayo sin haber consultado su opinión, había bastado para herirlo e indisponerlo contra mí. En consideración a mi calidad de viajero pagante, me abstuve de llamarlo junto a mi lado, y lo dejé caminar a su voluntad. Llegamos a Acopia sin cambiar una palabra.

ÍNDICE

Presentación Prefacio

UN VIAJE POR TIERRAS INCAICAS CRÓNICA DE UNA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA (1863 - 1865) E. George Squier	9
Capítulo XVI: En Tiahuanaco y hacia las islas sagradas	13
Capítulo XVII: Las islas sagradas de Titicaca	23
Capítulo XVIII: Desvío a Puno	41
Capítulo XIX: La Isla Sagrada de Coati y nueva visita a Titicaca	49
Capítulo XX: Sillustani: sus chulpas y círculos solares	61
Capítulo XXI: Del lago Titicaca al Cuzco	69
VIAJE A TRAVÉS DE AMÉRICA DEL SUR Paul Marcoy	93
Segunda Etapa: De Arequipa a Lampa	95
Tercera Etapa: De Lampa a Acopia	137

Impreso en los Talleres de:

Jr. Moquegua N° 450 Int. 02 - Puno

BIBLIOTECA PUNEÑA

- 51. Arte y grammática muy copiosa de la lengua aymara (1603)/Ludovico Bertonio
- 52. Arte de la lengua aymara (1616)/Diego de Torres Rubio
- 53. Gramatica y Arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada Qquichua, o lengua del Inca (1842)/Diego González Holquín
- 54. Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana (1621)/Fray Alonso Ramos Gavilán
- 55. El Conde de Lemos y su Tiempo/Jorge Basadre:
- 56. Vocabulario Polígiota Incaico (1905)/Religiosos Franciscanos Misioneros
- 57. Copacabana de los Incas (1901)/Fray Jesús Vizcarra Fabre
- 58. El padre Horán/Narciso Aréstegui
- 59. Sociología General. TOMO I (1908)/Mariano H. Comejo
- 60. Sociología General, TOMO II (1910)/Mariano H. Comejo
- 61. Boletín Titlkaka/Grupo Orkopata
- 62. Una Metrópoli Prehistórica en la América del Sud/Arthur Posnansky
- 63. Los Anales de Puno/Gamaliel Churata
- 64. Teatro de Inocencio Mamani/Domingo Huamán Peñaloza (compilador)
- 65. Narrativa Completa/Mateo Jaika
- 66. Carlos Oquendo de Amat. Cien metros de biografía, crítica y poesía de un poeta vanguardista itinerante. De la subversión semántica a la utopía social./
 José Luis Avala
- 67. La Medicina Popular Peruana. TOMO l/Hermilio Valdizán y Angel Maldonado
- 68. La Medicina Popular Peruana. TOMO II/Hermilio Valdizán y Angel Maldonado
- 69. Reportajes con Radar/Ernesto More
- 70. Compositores y Músicos Puneños/Félix Paniagua Loza
- 71. Magia en Chucuito/Harry Tschopik
- 72. Historia de Puno/varios
- 73. Presencia de Puno en la Cultura Popular/Enrique Cuentas Ormachea
- 74. Testimonio/Saturnino Corlmayhua
- 75. Dioses de la Lluvia/Alfonsina Barrionuevo
- 76. Danzas y Balles del altiplano/José Portugal Catacora
- 77. Poemas y relatos aymaras/Héctor Estrada Serrano
- 78. De Aldea a Ciudad: Trayectoria Histórica de Puno/Ignacio Frisancho Pineda
- 79. Sinfonía Homilía de Kori Challwa/Américo Valencia Chacón
- 80. Literatura y cultura aimara: con textos bilingües aimara-castellano/José Luis Ayala
- 81. Arquitectura del altiplano peruano/Ramón Gutiérrez
- 82. Taquile en Lima: siete familias cuentan./José Matos Mar
- 83. "No hay ley para nosotros..." Gobierno local, sociedad y conflicto en el altiplano: el caso llave/Ramón Pajuelo
- 84. Antología del Indigenismo Puneño/Varios autores
- 85. El hombre que mira el mar/Carlos Calderón Fajardo
- 86. Impresiones de Viajeros por Puno. Tomo I/Varios Autores
- 87. Impresiones de Viajeros por Puno. TOMO II/Varios Autores
- 88. La reforma universitaria en el Perú, 1930-1932/José Antonio Encinas
- 89. Viaje al Antiguo Mundo (1845)/Juan Bustamante
- Apuntes y observaciones civiles, políticas y religiosas con las noticias adquiridas en este segundo viaje a Europa (1849)/Juan Bustamante
- 91. La vanguardia plebeya del Titikaka. Gamaliel Churata y otras beligerancias estéticas en los Andes./Elizabeth Monasterios
- 92. Juegos de muerte (Tres obras de teatro / para leer y representar/Amiel Cayo
- El Lago Titlcaca. Síntesis del conocimiento limnológico actual/Claude Dejoux y André Iltis (editores)
- 94. Álbum Gráfico e Histórico de Puno/Varios Autores.
- 95. Perú; observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. TOMO I (1893)/Emst Middendorf
- Perú; observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. TOMO II (1894)/Ernst Middendorf
- 97. Perú; observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. TOMO III (1895)/Ernst Middendorf
- 98. El cuento puneño/José Portugal Catacora
- 99. Antigüedades Peruanas (1851)/Mariano Eduardo de Rivero y Johann Jakob von Tschudi
- 100. Del buen comer y beber/Federico More
- 101. Antología personal/Omar Aramayo

Por sus impresionantes paisajes y lo original de sus tradiciones, Puno ha sido siempre un lugar visitado y concurrido, tal como lo demuestran los primeros documentos del siglo XVI. Cieza de León, Murúa y otros estudiosos anotaron los registros más antiguos de esta parte del país, hasta llegar al siglo XX, cuando Riva Agüero cierra el periodo de los que podríamos llamar "los viajeros" en las regiones peruanas.

Amable lector, recogemos en este libro las crónicas de los "viajeros" que recorrieron, durante casi todo el siglo XIX, los paisajes de nuestra región en donde todavía quedan vestigios arqueológicos dignos de admirar. Es en este periodo cuando —particularmente europeos y norteamericanos— recorren el mundo, dejándonos una invalorable documentación que la etnología y la historia, a través de sus investigadores, han tomado como fuente de riqueza documental, ya que representan los últimos vestigios antes de la llegada a la modernidad.

